OBRAS COMPLETAS

DE

MARCO TULIO CICERON.

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XXVI

OBRAS COMPLETAS

DE

MARCO TULIO CICERON

TRADUCIDAS DEL LATIN

POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

TOMO II.

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
Sucesores de Hernando.
Calle del Arenal, núm. 11

1910

DIÁLOGOS DEL ORADOR

LIBRO PRIMERO.

Trayendo yo muchas veces á la memoria los tiempos antiguos, siempre me han parecido muy felices, oh hermano Quinto, aquellos hombres que habiendo florecido en la mejor edad de la república, insignes por sus honores y por la gloria de sus hechos, lograron pasar la vida sin peligro en los negocios ó con dignidad en el retiro. Ha llegado el tiempo en que á todos pareceria justo (y sin dificultad me lo concederian) que yo comenzase á descansar y aplicar el ánimo á nuestros estudios predilectos, cesando ya en mi vejez el inmenso trabajo de los negocios forenses y la asidua pretension de los honores. Pero esta esperanza y propósito mio se han visto fallidos por las calamidades públicas y por mi vária fortuna. Donde pensé hallar tranquilidad y sosiego, me asaltó un torbellino de cuidados y molestias. Ni por más que vivamente lo deseaba, pude dedicar el fruto de mis ocios á cultivar y refrescar entre nosotros aquellas artes á que desde la infancia me he dedicado.

Ya en mi primera edad asistí á aquella revolucion y tras-

ilustres acciones por su utilidad ó importancia, no antepondrá la de un general á la de un orador? ¿Y quién dudará que áun de sola nuestra ciudad han salido innumerables guerreros excelentes, al paso que podemos presentar muy pocos varones que hayan sobresalido en el decir? Pues hombres que rigiesen y gobernasen con buen consejo y sabiduría la república, muchos hubo en nuestra edad, muchos más en la de nuestros padres y en la de nuestros mayores, miéntras que en todo este tiempo apénas floreció un buen orador, y en cada época rara vez se presentó uno tolerable. Y si alguno cree que este arte de decir no ha de compararse con la gloria militar ó con la prudencia del buen senador, sino con los otros estudios literarios y especulativos, fije la atencion en estas mismas artes y vea cuántos han florecido en ellas siempre, comparados con el escaso número de oradores.

Bien sabes que los hombres más doctos tienen por madre y procreadora de todas las ciencias á la que llaman los griegos filosofía, en la cual es difícil enumerar cuántos escritores se han ejercitado y con cuánta ciencia y variedad de estudios, no separadamente y en una cosa sola, sino investigando, discutiendo y buscando la razon de cuanto existe. ¿Quién no sabe que los llamados matemáticos tratan de cosas oscurísimas, recónditas, múltiples y sutiles? Y sin embargo, ha habido entre ellos hombres consumados, hasta el extremo de que bien puede decirse que nadie se dedica á esta ciencia con ardor sin conseguir lo que desea. ¿Quién se aplicó de véras á la música ó á aquel estudio de las letras que profesan los gramáticos, y no abarcó fácilmente con el pensamiento toda la extension y materia de estas enseñanzas? Y áun me parece que con verdad puedo decir que, entre todos los cultivadores de las artes liberales, los ménos numerosos fueron siempre los grandes poetas. Y áun en esta clase, donde rara vez sale uno excelente, si comparas los nuestros y los de Grecia,

Sin duda que es la elocuencia algo más de lo que imaginan los hombres, y que requiere mucha variedad de ciencias y estudios. ¿Quién al ver tanta multitud de discípulos, tanta abundancia de maestros, tan buenos ingenios, tanta riqueza de causas, tan grandes premios propuestos á la elocuencia, dejará de conocer que el no sobresalir en ella consiste en su increible grandeza y dificultad? Pues abraza la ciencia de muchas cosas, sin las cuales es vana é inútil la verbosidad, y el mismo discurso ha de brillar no sólo por la eleccion sino tambien por la construccion de las palabras; ha de conocer el orador las pasiones humanas, porque en excitar ó calmar el ánimo de los oyentes consiste toda la fuerza y valor de la oracion. Añádase á esto cierta amenidad y gracia, erudicion propia de un hombre culto, rapidez y oportunidad en el responder y en el atacar, unido todo á un estilo agudo y urbano.

Debe ser profundo el orador en el conocimiento de la antigüedad, y no profano en el de las leyes y el derecho civil. ¿Y qué diré de la accion misma, que consiste en el movimiento del cuerpo, en el gesto, en el semblante, en las inflexiones de la voz? Cuán difícil sea ella por sí sola, bien lo declara el arte escénico y de los histriones, en el cual, no obstante que hagan todos singular estudio de voz y de semblante, vemos cuán pocos son y han sido siempre los que se pueden oir sin disgusto. ¿Qué diré de la memoria, tesoro de todas las cosas? Si ella no guardara las cosas y las palabras inventadas, perecerian todas las cualidades del orador, por brillantes que fueran. No nos admiremos, pues, de que sea difícil la elocuencia cuando tanto lo es cada una de sus muchas partes, y exhortemos más bien á nuestros hijos, y á los demas que estiman la gloria y habilidad, á que paren mientes en la grandeza del asunto y no se reduzcan á los preceptos, maestros y ejercicios de que todo el mundo se vale, sino á otros más eficaces para lograr lo que se desea. Nadie, en mi opinion,

la república, unido á Craso por grande amistad. Con Craso habian ido dos jóvenes amigos de Druso, y en quienes fundaban los ancianos de su órden grandes esperanzas, Cayo Cota, que aspiraba entónces al tribunado de la pleve, y Publio Sulpicio, de quien se creia que habia de pretender al año siguiente la misma magistratura. Todo el primer dia hablaron largamente de la condicion de los tiempos y del estado de la república, por cuyo motivo se habian reunido. Cota referia muchos años despues esa conversacion, y las predicciones verdaderamente divinas que aquellos tres consulares hicieron, hasta el punto de no haber acaecido despues en la ciudad desastre alguno que ellos mucho ántes no hubiesen previsto. Acabada que fué esta conversacion, se acostaron á cenar, y fué tanta la cortesía y buen acogimiento de Craso, que se disipó como por encanto toda la tristeza de la conversacion anterior; siendo tantos los chistes y el buen humor, que si el dia habia sido de curia, el convite fué propiamente del Tusculano. Al dia siguiente, despues que los ancianos habian descansado, se fueron todos de paseo, y á las dos ó tres vueltas dijo Escévola: «¿Por qué no imitamos, oh Craso, á aquel Sócrates que figura en el *Fedro* de Platon? Convídame á ello este plátano, que con sus anchas y extendidas ramas hace este lugar no ménos umbroso y apacible que aquel á cuya sombra se sentó Sócrates. Y tengo para mí que la amenidad de aquel lugar no procedia tanto del agua que allí se describe, como del estilo de Platon. Si Sócrates, con tener tan firmes los piés, se echó sobre la hierba para pronunciar aquellos discursos que los filósofos creen de inspiracion divina, mucho más justo parece que á mis piés se les conceda esto.» Entónces dijo Craso: «Todavía quiero mayor comodidad.» Y pidió unos cojines y los hizo colocar á la sombra del plátano.

Entónces (como solia referir Cota) para descansar los ánimos de la pasada conversacion, empezó Craso á tratar

demas innumerables beneficios, diré brevemente que en la moderacion y sabiduría de un perfecto orador estriba, no sólo su propia dignidad, sino la de otros muchos particulares, y la salvacion de toda la república. Por tanto, jóvenes, proseguid como habeis comenzado, no abandoneis el estudio, y así lograreis para vosotros honor, utilidad para vuestros amigos, provecho para la república.»

Entónces Escévola con su habitual cortesía, dijo: «Estoy conforme con casi todo lo que dices, oh Craso, y en nada quiero disminuir el arte y la gloria de mi suegro Cayo Lelio ó de este yerno mio; pero dos cosas hay que no te puedo conceder: la una, que los oradores hayan fundado y establecido en un principio las ciudades y despues las hayan salvado muchas veces; la otra, que aparte del foro, de la tribuna, de los juicios y del Senado, ha de ser perfecto el orador en todo género de elocuencia y humanidades. ¿Quién ha de concederte que el género humano, disperso ántes por montes y selvas, vino á edificar muros y ciudades, movido no tanto por los consejos de la prudencia como por la energía oratoria? ¿Acaso las demas utilidades que de establecer y conservar los pueblos se han seguido, se deben sólo á los varones elocuentes y de buen decir y no á los fuertes y sabios? ¿Te parece que Rómulo se valió ántes de la elocuencia que de su buen consejo y sabiduría singular para reunir á los pastores y foragidos, para concertar las bodas con las Sabinas, ó para reprimir la audacia de los comarcanos? Y en Numa Pompilio, en Servio Tulio, en los demas reyes que tanto hicieron para afianzar la república, ¿hallas algun vestigio de elocuencia? Y despues de la expulsion de los reyes, la cual Lucio Bruto llevó á cabo más con el entendimiento que con la lengua, ¿no vemos imperar entre nosotros el buen consejo y no la vana locuacidad? Y si yo quisiera recordar ejemplos de nuestra ciudad y de otras, veríamos que los grandes oradores han traido más daño que provecho á la

estuviésemos aquí en tu reino, y daria la razon á los que te pusieran interdicto ó te llamasen á juicio por haber invadido tan temerariamente las ajenas posesiones. Hubieran promovido contra tí accion judicial, en primer lugar los Pitagóricos, y los sectarios de Demócrito y todos los demas físicos en sus várias escuelas: hombres elocuentes y graves en el decir, con los cuales no podrias contender aunque tu causa fuera justa. Te perseguirian además todas las escuelas filosóficas que tienen por fuente y cabeza á Sócrates, y te convencerian de que nada habias aprendido, nada investigado, y que nada sabías de los bienes ni de los males de la vida, nada de las pasiones del alma, nada de la razon y del método; y despues que todos te hubiesen atacado juntos, cada una de las escuelas te pondria pleito. La Academia te obligaria á negar lo mismo que ántes habias afirmado. Nuestros Estóicos te enredarian en los lazos de sus interrogaciones y disputas. Los Peripatéticos te probarian que esos mismos adornos que crees propios del discurso y del orador, debes tomarlos de ellos, y que Aristóteles y Teofrasto escribieron sobre los asuntos que dices, mejor y mucho más que todos los maestros de elocuencia. Omito á los matemáticos, gramáticos, músicos, con cuyas artes tiene muy poco parentesco la de bien decir. Por lo tanto, oh Craso, juzgo que no debes extender tanto los límites de tu arte: bastará el conseguir en los juicios que la causa que defiendes parezca la mejor y más probable; que en las arengas y deliberaciones valga mucho tu oracion para persuadir al pueblo; en suma, que á los prudentes les parezca que has hablado con elegancia, y á los ignorantes que has hablado con verdad. Si algo más que esto consigues, no será por las facultades comunes á todo orador, sino por las propias y especiales de Craso.»

Entónces dijo éste: «No ignoro, Escévola, que entre los Griegos se suele decir y disputar esto mismo. Cuando

Demócrito el Físico tuvo buen estilo, segun dicen y á mí me lo parece, su materia perteneció á la física; pero la elegancia de las palabras á la oratoria. Y si Platon habló divinamente de cosas remotísimas de toda controversia civil, lo cual yo concedo; si Aristóteles, Teofrasto y Carneades se mostraron elocuentes en la disputa, y suaves y adornados en el decir, pertenezcan en buen hora á otros estudios las materias de que escribieron, pero el estilo es propio de este único arte de que ahora vamos hablando. Así, vemos que de las mismas cosas disputaron otros seca y áridamente, como aquel Crisipo, cuya agudeza tanto encomian, y no por eso dejó de ser buen filósofo, aunque no tuvo el arte de bien decir propio de otra facultad que lo era extraña.

»¿Dónde está, pues, la diferencia? ¿O cómo has de discernir la riqueza y abundancia de los que ántes nombré, y la aridez de estos otros que no tienen variedad ni elegancia en el decir? Lo único que tienen de característico los que hablan bien, es una elocucion elegante, adornada, artificiosa y culta. Pero todo este adorno, si el orador no penetra y domina su asunto, es cosa vana y digna de toda irrision. ¿No es un género de locura el vano són de las palabras, por excelentes y escogidas que sean, cuando no las acompaña ningun pensamiento ni ciencia? Cualquier materia que el orador trate, de cualquier arte ó género, si la aprende como si se tratara de la causa de un cliente, la dirá mejor y con más elegancia que el mismo inventor y artífice de ella. Y si alguno dijere que hay ciertas sentencias y causas propias de los oradores, y una ciencia circunscrita á los canceles forenses, confesaré que estos son los asuntos en que con más frecuencia se ejercita nuestro arte, pero que hay entre estas cosas muchas que los maestros de retórica ni saben ni enseñan. ¿Quién no conoce el poder de la oratoria para mover los ánimos á ira, á odio ó á dolor, ó para trocar estos afectos en compasion y miseri-

cordia? Por eso, quien no haya estudiado la naturaleza humana y la vehemencia de las pasiones y las causas que las irritan ó sosiegan, no podrá conseguir en modo alguno el efecto que con su oracion se propone. Dices que todo esto es propio de los filósofos. De buen grado lo concederá el orador, pero siempre que dejándoles á ellos el conocimiento de las cosas, en el cual únicamente quisieron ejercitarse, le dejes á él el cuidado del estilo, que sin estos conocimientos vale poco, porque ya dije que el oficio propio del orador es hacer un discurso grave, elegante y acomodado á la inteligencia y sentido de los hombres.

»Confieso que Aristóteles y Teofrasto escribieron sobre esto; pero quizás, Escévola, venga todo ello en apoyo de mi sentir. Sólo tomo prestado de ellos, lo que tienen de comun con los oradores, al paso que ellos conceden que cuanto escriben sobre el arte de bien decir pertenece á la oratoria, y así, á todos sus libros que tratan de ese arte los llaman libros retóricos.

»De manera que cuando en el discurso intervienen aquellos argumentos tan usuales: de los Dioses inmortales, de la piedad, de la concordia, de la amistad, del derecho civil, del natural y de gentes, de la equidad, de la templanza, de la magnanimidad, y de todo género de virtudes, clamarán, por cierto, todos los gimnasios y todas las escuelas de los filósofos, que esta es materia propia suya, y que nada tiene que ver en eso el orador. Y aunque yo les conceda que siempre, áun en sus ratos de ocio, agitan ellos estas cuestiones, tambien concederé al orador el poder explicar con majestad y gracia los mismos puntos que ellos discuten con estilo árido y frio. Esto decia yo á los filósofos en Atenas. A ello me obligaba nuestro Marco Marcelo, que es ahora Edil curul, y que de seguro asistiria á nuestra conversacion si no tuviera que celebrar estos dias los juegos. Entónces era muy jóven y ya se aficionaba á estos estudios.

»Pero en cuanto á la institucion de las leyes, á la guerra y la paz, á los aliados y tributarios, al derecho civil, distribuido por órdenes y edades, digan los Griegos, si quieren, que Licurgo y Solon (á quienes pongo, sin embargo, en el número de los hombres elocuentes) supieron más que Hipérides y Demóstenes, varones ya perfectos y consumados en el decir; ó bien que nuestros decenviros, los que escribieron las doce tablas, y que sin duda fueron muy prudentes, se adelantaron en este género á Servio Galba y á tu suegro Cayo Lelio, de quienes consta que sobresalieron en la oratoria. Nunca negaré que hay ciertas artes propias y peculiares de los que ponen todo su estudio en conocerlas y tratarlas; pero sólo llamaré orador pleno y perfecto á quien pueda discurrir de todo, con variedad y hermosura.

»Muchas veces en las causas que todos tienen por peculiares del orador, ocurre algo que no puede resolverse por la práctica forense, único saber que nos concedeis, sino que ha de tomarse de alguna otra ciencia más oscura. Y ahora os pregunto: ¿Se puede acusar ó defender á un general sin tener conocimientos de arte militar y de las regiones terrestres y marítimas? ¿Se podrá tratar ante el pueblo de la abolicion ó promulgacion de las leyes, ó en el Senado, de todo el gobierno de la república, sin gran conocimiento y experiencia de los negocios civiles? ¿Podrá el discurso inflamar ó sosegar los ánimos (verdadero triunfo del orador), sin una diligentísima investigacion de todo lo que los filósofos especularon sobre la humana naturaleza y costumbres? No sé si podré convenceros de lo que voy á decir; pero no dudaré en decirlo como lo siento. La física y las matemáticas, y todos los demas objetos que ántes señalaste, son ciencias para el que las profesa, pero si quiere poseerlas con elegancia, tiene que acudir á la facultad oratoria; y aunque conste que Filon, el arquitecto que hizo el arsenal de Atenas, dió en térmi-

nos muy elegantes cuenta al pueblo de su obra, no hemos de creer que lo hizo por arte de arquitecto y no de orador. Y si nuestro Marco Antonio tuviera que defender á Hermodoro, ¿no hablaria, con artificio y gala, de la construccion naval? Y nuestro médico y amigo Asclepiades hablaba mejor que los demas médicos, no por su saber en medicina, sino por su elocuencia. Por eso es muy probable, aunque no del todo verdadero, lo que solía decir Sócrates: que todos son elocuentes en lo que saben bien. Y áun es más verdadero que nadie puede hablar bien de lo que no sabe, y que aunque lo sepa, si ignora el arte de construir y embellecer el discurso, no podrá explicar lo mismo que tiene bien conocido.

»Por tanto, si alguno quiere definir y abrazar la facultad propia del orador, aquel será, en mi opinion, digno de tan grave nombre que sepa desarrollar cualquier asunto que se presente, con prudencia, órden, elegancia, memoria y cierta dignidad de accion. Y si á alguno le parece excesivo el decir yo: *sobre cualquier materia,* bien puede cortar y disminuir lo que bien le pareciere; pero siempre sostendré que, aunque el orador ignore lo que es propio de otras artes y ciencias, y se haya ejercitado sólo en las disputas forenses, cuando ocurra hablar de cosas para él desconocidas, debe acudir á los que poseen su conocimiento, y podrá hablar de ellas mucho mejor que los mismos que las profesan. Por ejemplo, si Sulpicio tuviese que hablar de arte militar acudiria á Cayo Mario nuestro pariente, y así que se hubiese enterado hablaria de tal manera, que el mismo Mario casi le tendria por superior á él. Si tratara del derecho civil, consultaria contigo, oh Escévola, y á tí, hombre prudentísimo y peritísimo, te venceria por su elocuencia con la misma doctrina que sin tí no hubiera aprendido. Y si ocurre tratar algo de la naturaleza, de los vicios y pasiones de los hombres, del dolor, de la muerte (aunque esto tambien debe saberlo el orador),

quizá le parecerá conveniente consultar con Sexto Pompeyo, hombre erudito en filosofía; pero de seguro que expondrá con más elegancia que él lo mismo que de él haya aprendido. Pero si oyes mis consejos, como la filosofía abraza tres partes: primera, los secretos naturales; segunda, el arte lógica; tercera, la vida y costumbres, dejemos las dos primeras en obsequio á nuestra pereza, pero retengamos la tercera, que fué siempre del dominio del orador, pues sin ella nada le quedará en que pueda mostrarse grande. Este estudio debe hacerle con mucho ahinco el orador; los demas, aunque no los domine, podrá tocarlos cuando convenga, pidiendo y recibiendo de otros las noticias. Pues si consta entre los doctos que Arato, hombre ignorante de la astrología, escribió del cielo y de las estrellas en elegantísimos versos; si Nicandro de Colofon, con vivir muy apartado del campo, escribió de las cosas rústicas, guiado más por el genio de la poesía que por el de la agricultura, ¿por qué el orador no ha de ser elocuente en las materias que ha aprendido para cierta ocasion y tiempo? Porque el poeta se parece mucho al orador, aunque es más ceñido en los números, más libre en las palabras, pero muy semejante y casi igual en el género de ornatos, así como en no tener materia definida ni circunscrita, fuera de la cual no le sea lícito extenderse con facilidad y abundancia. ¿Y por qué, oh Escévola, dijiste que, á no estar en mi reino, nunca hubieras tolerado el dicho de que el orador debe ser perfecto en todo género de elocuencia y leyes humanas? Nunca lo hubiera dicho, á fe mia, si en el orador que describo hubiera querido pintarme á mí mismo. Pero como solía decir Cayo Lucilio (hombre que andaba algo enojado contigo, y que por lo mismo me trataba con ménos familiaridad que él quisiera, pero de quien nadie negará que era docto y muy gracioso), creo que nadie merece el título de orador si no está instruido en todas las artes propias de un hombre libre, pues aunque no las usemos en el dis-

curso, siempre se conoce y resulta claro si somos en ellas ignorantes ó no. Así como los que juegan á la pelota no usan en el juego el artificio propio de la palestra, pero con el movimiento indican si han aprendido la palestra ó no, y así como en las obras del escultor puede adivinarse si sabe dibujar ó no, así en los discursos judiciales ó en los que se pronuncian ante el pueblo y el Senado, aunque no se mezclen los conocimientos propios de las demas artes, fácilmente se conoce si el declamador se ha ejercitado sólo en aquella obra ó si llega al foro adornado con todas las artes liberales.»

Entónces dijo Escévola riéndose: «No lucharé más contigo, Craso, pues despues de todo lo que contra mí has dicho, concediéndome por una parte no ser propias del orador algunas cosas, has torcido, no sé cómo, el argumento y se las has concedido todas como si fuesen de su jurisdiccion. Cuando yo estaba de Pretor en Rodas y conferia con el gran maestro de retórica Apolonio lo que yo habia aprendido de Panecio, burlóse mucho de la filosofía aquel retórico, como acostumbraba, no con tanta gravedad como chiste. Tu discurso no fué para burlarse de ningun arte ó ciencia, sino para darlas todas por compañeras y ministras de la oratoria. Y si realmente hay alguno que las haya abrazado todas y añadido á ellas la gala del estilo, no puedo ménos de tenerle por hombre eximio y admirable. Pero si existe, ó ha existido alguna vez, ó puede existir, no será otro que tú, pues en mi juicio, y creo que en el de todos los demas, apénas has dejado gloria ninguna á los demas oradores (dicho sea con paz de ellos). Pero si á tí nada te falta saber de cuanto se aprende en los negocios forenses y civiles, y sin embargo no has conseguido todavía la ciencia que atribuyes al orador, tengo para mí que la extiendes mucho más de lo que la verdad y la justicia piden.»

Entónces le replicó Craso: «Acuérdate que no hablo de mí, sino de la facultad oratoria. ¿Pues qué sabemos ni qué

hemos podido aprender los que hemos llegado á la accion ántes que al conocimiento; los que en el foro, en la ambicion, en la república, en los negocios de los amigos, nos hemos visto abrumados ántes que pudiéramos sospechar nada de la importancia de tales cosas? Y si crees que hay tales cualidades en mí (que si no carezco, segun tú piensas, de ingenio, he carecido siempre de saber, de tiempo y áun de aficion al estudio), ¿á qué altura no se hubiera elevado el que juntara á un ingenio mayor toda esa ciencia que yo apénas he saludado? ¡Cuán grande orador no hubiera sido!»

Entónces dijo Antonio: «Bien pruebas, oh Craso, tu opinion, y no dudo que será más abundante en el decir quien abrace el círculo completo de las artes y ciencias. Pero en primer lugar, esto es muy difícil, sobre todo en nuestra vida, cercada de tantas ocupaciones; y además, es de temer que nos distraigamos y apartemos del ejercicio y modo de decir popular y forense. Otro estilo me parece el de aquellos filósofos de que ántes hablabas, aunque hayan tratado de la naturaleza y de las cosas humanas con cierta majestad y elegancia. Es un género de decir claro y brillante, pero más acomodado á la ungida palestra que al tumulto civil y al foro. Yo mismo, que aprendí muy tarde y ligeramente las letras griegas, cuando, yendo de Procónsul á Cilicia, me detuve muchos dias en Atenas por las dificultades de la navegacion, todos los dias tenía conmigo hombres doctísimos, casi los mismos que nombraste ántes; y como hubiesen sabido, no sé cómo, que yo, lo mismo que tú, solia ejercitarme en causas de importancia disputaban, cada uno á su manera, del arte y profesion del orador. Unos, como el mismo Mnesarco, decian que los que llamamos oradores no son más que unos operarios de lengua veloz y ejercitada; que nadie es orador sino el sábio; que la misma elocuencia ó arte de bien decir es una virtud, y que el que tiene una virtud las tiene todas, puesto que son iguales entre sí: por donde el que es elo-

cuente viene á tener todas las virtudes y á ser sabio. Este era su espinoso y árido razonamiento, tan apartado de nuestro gusto. Carneades, hablaba con más abundancia, del mismo asunto, no para descubrir su parecer, pues es costumbre de los académicos contradecir siempre á todos y gozar en la disputa; pero daba á entender que los llamados retóricos, y los que daban preceptos de elocuencia, nada absolutamente sabian, y que no podia nadie adquirir el arte de bien decir sin conocer las opiniones de los filósofos. Disputaban en contra algunos oradores atenienses, ejercitados en la república y en los negocios, entre ellos Menedemo, que fué, hace muy poco, mi huésped en Roma, el cual decia que hay una ciencia del gobierno y ordenacion de la república. Y como era hombre de genio sacudido, llevaba mal la contradiccion de otro hombre de tan abundante doctrina y de increible variedad y copia de noticias. Decia Cármadas que todas las partes de esa ciencia habian de tomarse de la filosofía, y que todo lo que en la república se establece acerca de los Dioses inmortales, de la educacion de la juventud, de la justicia, de la paciencia, de la templanza, de la moderacion en todo y de las demas instituciones sin las que las ciudades no pueden existir ó ser bien gobernadas, jamás se hallará en los libros de los retóricos. Si estos doctores hubiesen comprendido en su arte tantas y tan elevadas cosas, ¿cómo es posible que llenaran sus libros de reglas sobre proemios, epílogos y otras necedades (así las llamaba), y que no escribieran ni una letra de la fundacion de las ciudades, de la promulgacion de las leyes, de la equidad, de la justicia, de la fe, del modo de refrenar las pasiones y arreglar las buenas costumbres? Tambien solía burlarse de los preceptos, diciendo que los retóricos no sólo eran ignorantes de esa ciencia que se atribuian, sino del mismo arte y método de bien decir. Porque él creia que lo más importante en el orador era parecer á los oyentes tal como

él mismo deseara, y que esto sólo se conseguia con la dignidad de la vida (de la cual nada dijeron estos retóricos en sus preceptos), y afectar de tal manera los ánimos de los oyentes como quisiera afectarlos el orador, lo cual tambien es imposible si ignora éste de qué modo y por qué razones se determina á obrar la voluntad humana; todos los cuales son conocimientos de recóndita filosofía que estos retóricos no han gustado siquiera. Menedemo intentaba refutarle más con ejemplos que con razones, trayendo á la memoria muchos y brillantes trozos de las oraciones de Demóstenes, para probar que conoció todos los recursos con que se conmueven los ánimos de los jueces y del pueblo, lo cual suponia Cármadas que no podia lograrse sin la filosofía. A esto replicó que él no negaba el sumo ingenio y elocuencia de Demóstenes, ya la hubiera alcanzado por su propia disposicion, ya por las lecciones de Platon, de quien consta que fué discípulo; pero que no se trataba ahora de averiguar lo que aquel grande orador habia conseguido, sino lo que enseñaban los maestros de retórica. Muchas veces, arrebatado por el calor de la disputa, llegaba á sostener que no existe el arte retórica, y probaba, con argumentos, que la naturaleza sola nos habia enseñado á halagar y á insinuarnos suavemente cuando deseábamos pedir algo, á amenazar á los adversarios, á exponer los hechos, á confirmar nuestro parecer y refutar los argumentos contrarios, y, por último, á rogar y á lamentarnos; que á esto se reducia toda la facultad oratoria, y que la costumbre y el ejercicio bastaban á aguzar el ingenio y hacer la palabra fácil: todo esto lo confirmaba con muchos ejemplos. Decia, en primer lugar, que entre todos los preceptistas y maestros, desde un cierto Córax y Tisias, que pasan por inventores y príncipes de este arte, no ha habido ninguno ni áun medianamente facundo, y por el contrario, nombraba á innumerables oradores elocuentísimos que jamás aprendieron estos

preceptos ni se cuidaron de ellos, en cuyo número (no sé si burlando, ó porque así lo pensara, ó así lo hubiera oido) me contaba á mí, que nunca habia aprendido el arte, y que sin embargo tenia algun poder oratorio, segun él afirmaba. Yo le concedia fácilmente que nada habia yo aprendido; pero en lo demas creia que se burlaba de mí, ó más bien, que en su juicio se engañaba. Seguia diciendo que no hay ningun arte que no tenga su materia conocida y bien determinada y constante y encaminada á un fin, pero que todo lo que el orador trataba era dudoso é incierto, como que decia las cosas quien no las sabía plenamente, ni trataba de enseñar á los oyentes, sino de persuadirlos, por poco tiempo, de una opinion falsa ó á lo ménos oscura. ¿Qué más? llegó á persuadirme de que no existia el arte de bien decir, y que nadie puede ser orador si no conoce todo lo que enseñan los filósofos más doctos. En estos coloquios solia decir Cármadas, grande admirador de tu ingenio, oh Craso, que me encontraba oyente muy fácil y á tí pertinacísimo disputador.

»Entónces yo, persuadido de esa misma opinion, escribí en cierto librillo (que, sin yo saberlo, ni quererlo, llegó á manos de todos), que habia yo conocido muchos hombres diserios, pero ninguno elocuente. Llamaba yo diserto al que podia hablar, segun el parecer comun, con cierta agudeza y claridad, en presencia de hombres no vulgares; y reservaba el nombre de elocuente para el que pudiese con esplendidez y magnificencia amplificar y exornar cuanto quisiera, y tener en su ánimo y en su memoria las fuentes de todas las cualidades que pertenecen al bien decir.

»Si esto es difícil para nosotros, que ántes de empezar los estudios nos sentimos abrumados con las fatigas de la ambicion y del foro, está fundado, sin embargo, en la realidad y en la naturaleza de las cosas. Y yo en cuanto puedo conjeturar, viendo tan buenos ingenios entre los nuestros, no desespero de que alguno con mayor estudio que el que

nosotros tenemos ó tuvimos, y con más sosiego y oportunidad de aprender, y con trabajo é industria superior, si se dedica á oir, á leer ó á escribir, llegue á ser tan grande orador como yo le imagino, y pueda con razon llamársele no sólo diserto sino elocuente; aunque á mi entender, ó este orador es Craso, ó si más adelante florece otro que con igual ingenio haya oido, leido y escrito más, poco podrá añadir á su mérito.»

Entónces dijo Sulpicio: «Sin esperarlo yo ni Cota, aunque mucho lo deseábamos, hemos venido á parar en esta disputa. Al venir aquí, nos parecia bastante suerte poder recoger algo digno de memoria de vuestra conversacion sobre otras materias; pero apénas acertábamos á desear que penetrárais en lo más íntimo de este estudio, artificio ó facultad. Yo, que desde mi primera edad os tuve grande aficion á entrambos, y especial amor á Craso, de quien nunca me separaba, jamás le pude oir una palabra sobre el método y arte de bien decir, aunque lo intenté por mí mismo y por medio de Druso en muchas ocasiones. Tú, Antonio, por el contrario (la verdad digo), nunca dejaste de responder á mis preguntas, y muchas veces me diste cuenta de las observaciones que habias hecho en la práctica oratoria. Ahora que uno y otro habeis abierto el camino para la instruccion que buscamos, y ya que Craso ha sido el primero en traer esta conversacion, permitidnos que detenidamente os preguntemos lo que pensais sobre todo género de elocuencia. Si nos lo concedeis, quedaré muy agradecido, oh Craso, á tu palestra y á esta gran Tusculana, y antepondré con mucho á la Academia y al Liceo este gimnasio sub-urbano.»

Craso le replicó: «Mejor fuera, Sulpicio, que rogáramos á Antonio, porque puede hacer mejor que yo lo que deseas, y porque ya tiene costumbre de hacerlo, segun me dices. Yo, lo confieso, siempre he sido extraño á este género de razonamientos, y muchas veces rogándomelo

tú, me he negado á responderte, como ántes con verdad decias. Y no lo hice por soberbia ni por altivez, ni porque no quisiera corresponder á tu deseo tan recto y justo, especialmente cuando veia en tí tan gran disposicion y aptitud, mayor que la de ningun otro, para la elocuencia; sino, á fe mia, por lo poco que yo me habia ejercitado en la disputa y por la ignorancia de las reglas del arte.»

Entónces dijo Cota: «Ya que hemos conseguido lo que parecia más difícil, Craso, que era hacerte hablar de estas cosas, culpa nuestra sería si te dejáramos sin que nos explicases todo lo que queremos preguntarte.—Será de lo que yo pueda y sepa, dijo Craso. — Y ellos contestaron: ¿Y de lo que tú no sepas ni puedas, quién de nosotros será tan atrevido que crea saberlo ni poderlo?—Pues con esta condicion, dijo Craso, de que me sea lícito negar que puedo lo que realmente no puedo, y confesar que ignoro lo que en verdad no sé, podeis preguntarme á vuestro antojo.—Ante todo, te preguntamos qué piensas de lo que hace poco dijo Antonio. ¿Piensas que hay un arte de bien decir?—¡Cómo! dijo Craso: ¿me teneis por algun griego ocioso y locuaz, aunque quizá docto y erudito, para ponerme á vuestro capricho una cuestion tan inútil? ¿Creeis que me he cuidado alguna vez de esas cosas, y que no me he burlado siempre de la imprudencia de esos hombres que, sentados en su cátedra, en medio de gran concurso, ofrecen contestar á todo lo que se les pregunte? Dicen que el primero en hacer esto fué Gorgias Leontino, el cual quedaba muy satisfecho despues de anunciar que estaba preparado á discurrir de cualquier materia que le propusieran los oyentes. Despues le imitaron muchos y hoy le imitan, de suerte que no hay materia, por alta, imprevista ó nueva que sea, de la cual no ofrezcan decir cuanto puede decirse. Y si yo hubiera podido pensar que tú, Cota, ó tú, Sulpicio, queriais este género de disertaciones, hubiera traido algun Griego que con ellas os entretuviera; lo cual no es

difícil, pues en casa de Marco Pison, jóven de grande ingenio, muy dado á estos estudios y amigo nuestro, vive el peripatético Estáseas, bastante conocido de todos nosotros, el cual, segun dicen los que de esto entienden, en aquel género suyo es el más aventajado de todos.—¿A qué me hablas, dijo Mucio, de Estáseas el peripatético? Lo que debes hacer es dar gusto á estos jóvenes, que no han venido á oir la cotidiana é inútil locuacidad de un sofista griego, ni la cantilena de los retóricos, sino á un hombre el más sabio y elocuente de todos; al que no en los libros, sino en las mayores causas, y en esta ciudad, morada del imperio y de la gloria, se ha distinguido por el consejo y la elocuencia; y quieren seguir sus huellas y aprender su doctrina. Yo, que siempre te juzgué un Dios de la palabra, nunca tributé más elogios á tu elocuencia que á tu cortesía, de la cual debes usar ahora, y no esquivar esta disputa, en la cual desean entrar dos jóvenes de excelente ingenio. —Yo, dijo Craso, procuraré complacerles, y brevemente, segun mi costumbre, diré de cada cosa lo que siento. Y en primer lugar (pues no creo, Escévola, que debo prescindir de tu autoridad), respondo que á mi ver no hay arte oratoria, ó que tiene poca importancia, ó que toda cuestion entre hombres doctos se reduce á una controversia de palabras. Pues si el arte se define segun principios claros, bien conocidos, independientes de toda opinion y sujetos á ciencia, no me parece que existe el arte oratoria, porque los recursos de la oratoria forense son muy vários y acomodados al sentir y á la opinion del vulgo. Pero si llamamos arte el conjunto de observaciones hechas en la práctica por hombres discretos y entendidos, y escritas luégo y divididas y clasificadas (lo cual creo posible), no sé por qué no ha de llamarse arte á la oratoria, en este sentido vulgar ó ménos científico. Pero sea arte ó alguna semejanza de arte, de ningun modo es despreciable; aunque sin olvidar nunca que otras cualidades

más altas se requieren para conseguir la elocuencia.»

Entónces, Antonio dijo con vehemencia que él asentia al parecer de Craso, porque no lo reducia todo al arte, como suelen algunos, ni lo despreciaba del todo, como hacen muchos filósofos. Pero añadió: «Mucho te agradecerán éstos, oh Craso, el que les digas qué cualidades son esas que crees más necesarias para el buen decir.—Lo diré, respondió, ya que he comenzado; pero os pido que no divulgueis mis inepcias, aunque me moderaré para no hablar como maestro y artista, sino como uno de los ciudadanos, medianamente versado ó no enteramente rudo en la práctica del foro. Y hablaré, no como quien lo hace de propósito, sino como quien por casualidad entra en una conversacion. En verdad, cuando yo pretendia la magistratura, solía al solicitar los votos apartar de mi lado á Escévola, diciéndole que yo queria hacer necedades, por ser este el mejor modo de pretender, lo cual si no se hace neciamente, nunca se consigue. Y Escévola es uno de esos hombres en cuya presencia jamás quisiera aparecer necio, y ahora hace la fortuna que venga á ser testigo y espectador de mis inepcias. ¿Pues hay ninguna tan grande como discurrir sobre el arte de hablar, siendo el hablar cosa tan vana cuando no es necesaria?—Prosigue, Craso, dijo Mucio. Esa culpa que temes, yo la tomo á mi cargo.—Pienso, pues, dijo Craso, que la naturaleza y el ingenio son la primera condicion para la elocuencia, y que á esos preceptistas del arte de que ántes hablaba Antonio, no les faltó el arte ni el método, sino la naturaleza. Porque los movimientos del arte y el ingenio deben ser rápidos, y es menester que el orador se muestre agudo en la invencion, rico en la amplificacion y en el ornato, firme y tenaz en la memoria, y si alguno piensa que con el arte se puede aprender esto (lo cual es falso, ¡ojalá que el arte bastara para inflamar y conmover los ánimos! pero el arte no puede comunicarlo todo, ni ménos lo que es don de la naturaleza),—¿qué dirá de

aquellas facultades que nacen ciertamente con el mismo hombre; la soltura de lengua, la voz sonora, la amplitud de pecho, y el buen aire y disposicion de todo el cuerpo? Y no digo que el arte no pueda animar algo, pues bien sé que la enseñanza puede hacer mejor lo que es bueno, y aguzar y corregir de algun modo lo que no es; pero hay algunos tan titubeantes de lengua, ó tan desapacibles de voz, ó tan toscos y agrestes en gestos y ademanes, que aunque sobresalgan por el ingenio y el arte, nunca pueden contarse en el número de los oradores. Hay otros, por el contrario, tan hábiles en las cosas mismas, tan adornados con todos los dones de la naturaleza, que no parecen nacidos, sino creados por algun Dios. Grande y dificultosa empresa es el hablar donde todos callan, en una reunion grande de hombres, y sobre muy difíciles asuntos, porque ninguno de los que están presentes deja de notar con más agudeza y acierto los defectos que las perfecciones, y si algo le ofende, esto sólo basta para oscurecer el mérito de todo lo demas. Ni digo esto para apartar del estudio de la elocuencia á los jóvenes que carezcan de alguna disposicion natural. ¿Pues quién no ve cuánto honor ha dado á mi contemporáneo Cayo Celio, hombre nuevo, esa misma mediania en el decir, de la cual nunca pasó? Y Quinto Varo, que es de vuestro tiempo, hombre tosco y feo, ¿no ha conseguido con sus facultades (sean las que fueren) mucho crédito en la ciudad?

»Pero ya que del orador hablamos, hemos de imaginar uno que carezca de todo vicio y merezca toda alabanza. Y si la multitud de pleitos, si la variedad de causas, si la turba y barbarie forense da lugar aún á viciosísimos oradores, no por eso hemos de renunciar á la perfeccion que buscamos. ¡Con cuánta escrupulosidad (por no decir desdeñosamente) juzgamos en aquellas artes donde no se busca una utilidad necesaria, sino una libre recreacion del ánimo! No hay litigios ni controversias que nos obliguen á

sufrir en el teatro á los malos actores, como en el foro á los no buenos oradores. Ha de procurar el orador no sólo satisfacer á los clientes, sino atraerse la admiracion de los que pueden juzgar libremente. Y si quereis que os diga con franqueza lo que siento, os diré lo que siempre tuve y creí que debia tener oculto. En mi concepto, los que hablan mejor y pueden hacerlo con más facilidad y ornato, si no empiezan con cierta timidez, y en el exordio no se perturban algo, casi me parecen atrevidos é inmodestos, aunque puede no ser así, pues cuanto mejor se expresa el orador, tanto más conoce las dificultades y teme la vária fortuna del discurso y el juicio de los hombres. Pero el que nada puede decir digno del asunto, ni del nombre de orador, ni de los oidos del público, aunque se conmueva al hablar, me parecerá atrevido. Pues no por avergonzarnos, sino por no hacer nada indecoroso, podremos librarnos de la tacha de impudencia. Al que no se ruboriza (y conozco muchos) le tengo no sólo por digno de reprension, sino de pena. En vosotros suelo advertir, y en mí he experimentado muchas veces que, al empezar el discurso, palidezco y empiezo á temblar. Así me aconteció, siendo muy jóven, al principiar una acusacion, deber á Quinto Máximo el favor de que disolviera el consejo apénas me vió desanimado y lleno de miedo.»

Aquí asintieron todos y comenzaron á hablar entre sí. Pues hubo siempre en Craso admirable modestia, que léjos de perjudicar á sus discursos, les daba un realce de probidad y virtud.

Entónces dijo Antonio: «Siempre he advertido, Craso, que tú y los demas ilustres oradores, aunque á mi parecer ninguno ha habido igual á ti, os conmoveis al empezar á hablar, y queriendo investigar la causa de esto, y por qué cuanto mas vale el orador es más tímido, encontré dos razones: la una, que aquellos á quienes la naturaleza y la experiencia han instruido, conocen que el éxito del dis-

curso no corresponde siempre al mérito del orador, y por eso temen, no sin razon, cuando hablan, que les acontezca algun fracaso, como más de una vez sucede. La otra, de la cual suelo quejarme, consiste en que en las demas artes, cuando un hombre de bien sentada reputacion trabaja peor de lo que suele, creemos que no quiso hacerlo bien ó que por alguna indisposicion no pudo conseguirlo. Dicen (verbigracia): Hoy no pudo representar Roscio porque estuvo muy mal del estómago. Por el contrario, si en el orador se nota algun defecto, siempre se atribuye á ignorancia, y esta no tiene excusa porque nadie se hace el ignorante por su voluntad ni por estar mal del estómago. Por eso es tan grave el juicio que de los oradores se hace. Pues cuantas veces hablamos, otras tantas se nos juzga con rigor, al paso que, cuando el histrion se equivoca en un gesto, no por eso juzgamos que ignora su arte. Pero si el orador en algo se equivoca, la opinion de su torpeza será eterna, ó por lo ménos dudará mucho. Y en cuanto á lo que dices que hay muchas cualidades naturales en las que muy poco vale el arte, estoy muy conforme contigo, y en esto alabo mucho á aquel ilustre doctor, el cual, aunque enseñaba por dinero, no permitia, sin embargo, que los discípulos en quienes veia poca disposicion para la oratoria perdiesen el tiempo con él, y así los despedia, aconsejándoles que se dedicasen á alguna otra ciencia para la cual fuesen más aptos. Pues para comprender los demas estudios, basta ser hombre, y percibir y retener en la memoria, siquiera á fuerza de oirla, la enseñanza; no se busca agilidad de lengua, ni facilidad de palabra, ni ninguna de las cualidades de semblante, de faccion ó de voz que nosotros no podemos fingir ni inventar. En el orador se pide la agudeza de los dialécticos, las sentencias de los filósofos, el estilo de los poetas, la memoria de los jurisconsultos, la voz de los trágicos y el gesto de los mejores actores. Por eso nada más raro y difícil de hallar en el género humano

que un orador perfecto. Y si en las demas artes basta una tolerable medianía, en el orador es necesario que estén reunidas en grado sumo todas las cualidades.»

Entónces dijo Craso: «Ya ves cuánta más diligencia se pone en las demas artes, aunque sean ligeras y de poca monta, que en esta de la elocuencia, que es más importante que todas. Muchas veces he oido decir á Roscio que nunca ha podido encontrar un discípulo bueno, no porque no hubiera algunos tolerables, sino porque no podia sufrir en ellos el menor defecto. Pues nada es tan notable ni dura tanto en la memoria, como lo que nos ofende. Y si aplicáramos el juicio de este histrion á la oratoria, ¿no veis que todo lo hace con perfeccion, todo con suma gracia y de la manera más conveniente para mover y deleitar á todos? Y así ha conseguido, hace mucho tiempo, que, cuando alguno sobresale en cualquier arte, digan que en su género es otro Roscio. Es en mí una temeridad el desear en el orador esta perfeccion, cuando yo disto tanto de ella. Quiero que se me perdone, y no perdono á los demas. Pero el que no puede, el que tiene radicales defectos, el que no sirve para el caso, debe, en opinion de Apolonio y tambien en la mia, dedicarse á otra cosa.

—De manera, dijo Sulpicio, que á mí y á Cota nos obligas á estudiar el derecho civil ó el arte militar. ¿Pues quién puede llegar á ese punto de perfeccion en todo?»

Craso le contestó: «Por ver en vosotros una rara y excelente disposicion para la elocuencia he dicho esto; no tanto para apartar de esta carrera á los que no tienen aptitud, como para estimularos á vosotros que la teneis. Y por más que en cada uno de vosotros he visto mucho ingenio y estudio, las cualidades exteriores de que ántes os he hablado (quizá con más extension que suelen hacerlo los Griegos), en ti, oh Sulpicio, son divinas. No me acuerdo de haber oido á ningun orador que tuviera más gracia de cuerpo, más gallardo ademan, más plenitud y

suavidad de voz; cualidades que, aunque no son las principales y las da la naturaleza, pueden, sin embargo, aprovechar mucho á quien las posee, siempre que sepa usar de ellas con moderacion, sabiduría y decoro. El faltar á éste es lo que principalmente debe evitarse; y esto no sólo os lo digo yo, que hablo de estas cosas como un padre de familia, sino el mismo Roscio, á quien muchas veces he oido decir que lo principal del arte es el decoro, pero que es tambien lo único que no puede enseñarse. Mas si quereis, pasemos á otra cosa y hablemos en nuestro lenguaje y no en el de los retóricos.

—Nada de eso, dijo Cota, y pues nos retienes en este estudio y no nos dejas dedicarnos á otro, te rogamos que nos expliques cuál es el fundamento de tu oratoria. Ya ves que no pedimos mucho; nos contentamos con esa tu mediana elocuencia, aunque no pasemos nunca del grado en que tú estás. Y ya que afirmas que las cualidades de naturaleza no nos faltan, dinos qué más condiciones se requieren.»

Entónces dijo Craso sonriéndose: «¿Piensas, oh Cota, que para la elocuencia no se requiere un estudio y vehemente ardor, sin el cual nada egregio se hace en la vida ni nadie puede conseguir lo que tanto deseas? Aunque vosotros no necesitais de estímulo, y en vuestras mismas porfiadas instancias conozco vuestra vehemente aficion. Pero no basta el deseo para llegar á ninguna parte, si no se sabe y conoce el camino. Y como no me imponeis una carga muy pesada, ni me preguntais en general sobre el arte oratoria, sino sobre esta facultad mia como quiera que ella sea, os daré una razon, no muy recóndita, difícil, magnífica ni grave, del método que yo solia usar cuando en mi adolescencia ejercitaba estos estudios.»

Entónces dijo Sulpicio: «¡Oh dia feliz para nosotros, Cota! Lo que nunca con ruegos, ni insinuaciones, ni por medio de Difilo, su lector y copista, pudimos lograr que nos dijera Craso, es decir, cómo medita y escribe sus discur-

sos, ahora vamos á conseguirlo, y á saber lo que por tanto tiempo hemos estado deseando.

—Antes pienso, oh Sulpicio, dijo Craso, que no te admirarás tanto de lo que yo diga, como de la curiosidad que has tenido de oirme. Nada diré recóndito, nada digno de vuestra expectacion, nada inaudito ó nuevo para ninguno de vosotros. No he de negar que en un principio, como conviene á todo hombre de buena familia y liberalmente educado, aprendí esos preceptos triviales y comunes: 1.°, que el oficio del orador es decir de una manera acomodada á la persuasion; 2.°, que todo discurso es ó de cuestion ilimitada sin designacion de tiempo ni personas, ó de cuestion limitada á ciertas personas y tiempos. Aprendí tambien que en uno y otro caso, y sea cualquiera la controversia, se pregunta si la cosa se hizo ó no; y si se hizo, cómo es y qué nombre ha de dársele, y áun algunos añaden si se hizo justa ó injustamente. Que existen controversias sobre la interpretacion de un escrito en que haya ambigüedad, ó contradiccion ó discordancia entre el sentido y la letra, y que cada uno de estos casos tiene sus argumentos propios. Que de las causas que son remotas de la cuestion general, unas son judiciales, otras deliberativas, y hay un tercer género de causas, que consisten en la alabanza ó en el vituperio. Y que existen ciertos lugares comunes, fundados en la equidad, de los cuales nos valemos para los juicios; y otros en las deliberaciones, donde todo se dirige á la utilidad y buen consejo; y otros, finalmente, en el género demostrativo, en que todo se refiere á la dignidad de las personas. Y que como toda el arte oratoria está dividida en cinco partes, lo primero que ha de hacer el orador es inventar lo que ha de decir; lo segundo, ordenar lo inventado, y pesarlo y componerlo; lo tercero, vestir y adornar el discurso; lo cuarto, guardarlo en la memoria; lo quinto, recitarlo con dignidad y gracia. Tambien aprendí que en el exordio se debe conciliar el ánimo de los oyentes, y luó-

go hacer la exposicion, establecer la controversia, confirmar nuestro parecer, refutar el del contrario; y en el epílogo, amplificar y poner de bulto todo lo que nos favorece, y debilitar y menoscabar lo que favorezca á nuestros adversarios. Aprendí tambien todo lo que enseñan sobre el ornato del discurso: primero, que se hable con pureza de latinidad; segundo, clara y tersamente; tercero con elegancia; cuarto, con decoro y segun la dignidad del argumento. Supe los defectos de cada cosa, y vi que querian dar reglas hasta á las cualidades que más dependen de la naturaleza. Sobre la accion y la memoria recibí pocos preceptos, pero luégo los fecundé con el ejercicio.

»A esto se reduce casi la doctrina de los retóricos, que yo no tengo por inútil, dicho sea con verdad, porque tiene ciertos preceptos que advierten al orador dónde ha de fijar el pié, y á dónde ha de mirar para apartarse ménos del fin que se propone. Pero creo que el valor de los preceptos no está en que, siguiéndolos, consiga el orador la palma de la elocuencia, sino en que son observaciones nacidas de la práctica espontánea de los grandes oradores, habiendo nacido así la elocuencia del arte, y no el arte de la elocuencia, sin que por esto rechace yo el arte, pues aunque es ménos necesario para el buen decir, no por eso hemos de tener por inútil su conocimiento. Hay ciertos ejercicios en que debeis entrar, aunque estais ya bastante adelantados en la carrera; pero á los que ingresan en el estadio puede serles muy útil este ejercicio casi festivo, para adiestrarse y disponerse á la palestra del foro.

—Este ejercicio deseamos conocer principalmente, dijo Sulpicio, aunque tampoco nos estará mal oir esos preceptos del arte que ántes con brevedad has resumido, por más que no nos sean del todo nuevos. Pero de eso hablaremos despues; ahora dinos lo que piensas acerca de esos ejercicios.

—En verdad, dijo Craso, apruebo lo que soleis hacer

cuando, propuesta una causa semejante á las que en el foro se tratan, hablais de la manera más acomodada á la realidad. Pero muchos no hacen en esto más que ejercitar la voz, aunque sin arte, y mover la lengua y deleitarse con la muchedumbre de las palabras. Les pierde el haber oido decir que hablando se aprende á hablar, cuando la verdad es que hablando mal es muy fácil conseguir el hablar pésimamente. Y aunque en estos ejercicios es útil muchas veces el hablar áun de repente, todavía es más útil tomarse tiempo para pensarlo, y hablar con discrecion y esmero. Y lo principal de todo (aunque, á decir verdad, lo que ménos hacemos, porque huimos de todo gran trabajo) es escribir mucho; el estilo es el mejor y más excelente preceptor y maestro, y no sin razon, porque si el discurso meditado vence á la improvisacion, cuánto más no la vencerá la asidua y diligente escritura. Porque todos los argumentos, todos los recursos oratorios, ya procedan del arte, ya del ingenio y prudencia, se nos presentan y ofrecen cuando afanosamente los buscamos y con toda la atencion de nuestro espíritu los contemplamos; y todas las sentencias y palabras que son más brillantes en cada género, es necesario que una tras otra pasen por los puntos de la pluma. La misma colocacion y armonía de las palabras no se perfecciona sino escribiendo con cierto número y cadencia, no ciertamente poético, sino oratorio. Esto es lo que arranca aplauso y admiracion para los buenos oradores, y nadie lo conseguirá si no ha escrito mucho y por mucho tiempo, por más que se haya dedicado con todo afan al discurso improvisado. Y el que de escribir pasa á hablar, trae la ventaja de que sus discursos, aunque sean improvisados, parecerán escritos, y si trae algo escrito no presentará discordancia alguna con el resto de la oracion. Así como la nave no deja de continuar su movimiento y curso aunque el remero suspenda el empuje de sus brazos, así el discurso, aunque se acabe la parte

escrita, continuará con el mismo calor y brio hasta el fin.

»En los diarios ejercicios que hacía yo cuando muchacho, solia imitar á aquel Cayo Carbon, enemigo mio, del cual me constaba que para fijar en la memoria algunos versos insignes ó algun notable discurso, repetia lo mismo que habia leido, con otras palabras, las mejores que él podia encontrar. Pero despues noté qué eso tenía un inconveniente, y era que las palabras mejores y más propias y elegantes las habian usado ya Ennio, si me ejercitaba en sus versos, ó Graco, si me proponia por modelo sus discursos. El usar las mismas palabras á nada conducia, y emplear otras ménos propias era una dañosa costumbre. Despues me ejercité, durante toda mi juventud, en traducir los mejores discursos de los oradores griegos. Esto tenía la ventaja de que, al poner en latin lo que ántes habia leido en griego, no sólo buscaba yo las palabras mejores entre las que usamos, sino que introducia, á modo de imitacion, algunos vocablos nuevos entre nosotros, con tal que fuesen propios. En cuanto á la voz, al aliento, al gesto y ademan del cuerpo, no es tan necesario el arte como el trabajo. Lo mejor es imitar á aquellos á quienes más quisiéramos parecernos, y no sólo á los oradores, sino tambien á los actores, para no adquirir algun resabio ó amaneramiento. Se ha de ejercitar la memoria aprendiendo muchos escritos propios y ajenos. Tampoco es inútil para este ejercicio, sobre todo si teneis costumbre de hacerlo, el método de los lugares y de las imágenes que se enseña en el arte. De este doméstico y umbrátil ejercicio, ha de salir luégo la elocuencia á la arena, al polvo, en medio de los clamores, al campamento y lucha forense. Allí hay que acostumbrarse á todo y hacer prueba de las fuerzas del ingenio, y sacar á luz toda esa doctrina largamente adquirida.

»Léanse los poetas, conózcase la historia, recórranse los escritores y maestros en todo género de humanas letras;

y para ejercicio provechoso, alábese'es, interpréteseles, corríjaseles, vitupéreseles y refúteseles. Defiéndanse en toda discusion las dos partes contrarias, y así se comprenderá lo que hay de probable en cada una: hay que aprender el derecho civil, conocer las leyes, la antigüedad, la organizacion del Senado, las instituciones de la república, los derechos de los aliados, los tratados de paz, el estado del imperio, en una palabra. Cierto género de chistes cultos y delicados es como la sal, que debe derramarse por todo el discurso. Ya os he dicho todo lo que sabía, que es lo mismo que hubiera podido responderos el primer padre de familia á quien os hubieseis dirigido.»

Habiendo dicho esto Craso, todos guardaron profundo silencio, porque aunque á todos les parecia que habia contestado muy al propósito, sentian que su oracion hubiese sido tan breve.

Entónces dijo Escévola: «¿Qué es eso, Cota? ¿Por qué callas? ¿No se te ocurre nada más que pedir á Craso?

—A fe mia que en eso mismo estaba yo pensando, dijo Cota. Tan rápido ha sido el curso, ó por mejor decir el vuelo de sus palabras, que, aunque he visto la fuerza y el arranque, apénas he podido seguir sus huellas. Y como si hubiera yo entrado en una casa rica y suntuosa, pero en que no estuviesen á la vista y bien colocados las ricas telas, la plata, los cuadros y estatuas, sino amontonados y recónditos estos y otros no ménos preciados tesoros, así en el discurso de Craso he traslucido como entre velos las riquezas de su ingenio, pero sin poder contemplarlas á mi sabor. Así que no puedo decir que absolutamente ignoro lo que posee, pero tampoco que lo sé, ni que lo he visto.

—¿Por qué no haces pues, dijo Escévola, lo que harias si entrases en esa casa tan suntuosa? Si deseabas ver todas esas preciosidades que allí estaban guardadas, ¿no rogarias al dueño que te las mostrase, sobre todo si eras amigo suyo? De igual manera debes pedir á Craso que saque á

luz, y coloque cada una en su lugar oportuno, todas aquellas riquezas que tiene recogidas en tan breve espacio y que sólo nos ha permitido contemplar á traves de un velo. Este favor te pedimos, Escévola; porque así yo como Sulpicio, tenemos vergüenza de preguntar estos que parecen elementos pueriles á un hombre tan grave como Craso, que siempre desdeñó este género de controversias. Pero tú, Escévola, puedes suplicarle que amplíe y dilate lo que en su discurso compendió y expuso brevemente.

—Sí que lo haré, dijo Mucio; y no tanto por mi interes como por el vuestro, deseaba yo ántes esto, porque me deleitan más los discursos de Craso en el foro, que el oirle tratar de estas materias. Pero ahora tambien en mi nombre le ruego, que pues tenemos tanto vagar, cuanto nunca hemos tenido hace mucho tiempo, no lleve á mal coronar el edificio que ha comenzado. Veo la forma que has dado á este negocio, la mayor y mejor de todas; mucho lo apruebo.

—En verdad, dijo Craso, no puedo admirarme bastante de que tú tambien, Escévola, desees oirme hablar en cosas que ni conozco tambien como los que hacen profesion de enseñarlas, ni aunque yo las supiera, serian dignas de tu sabiduría y de tus oidos.

—¿Qué dices? replicó Escévola. Y aunque esos preceptos más comunes y vulgares no te parezcan dignos de un hombre de mi edad, ¿podré prescindir de esos conocimientos que exigias en el orador; de la naturaleza humana, de las costumbres, del modo de excitar ó reprimir los ánimos, de la historia, de la antigüedad, de la administracion de la república; finalmente, de nuestro derecho civil? Sabía yo que poseias toda esta ciencia y riqueza de noticias, pero nunca ví tanta esplendidez en ningun otro orador.

—¿Puedes, dijo Craso, omitiendo otras cosas innumerables y de no escasa importancia, y, limitándome á ese derecho civil que profesas, tener por oradores á aquellos á quien se detenia á oir muchas horas Escévola entre

enojado y risueño, cuando iba hácia el campo de los comicios y oia á Ipseo esforzarse con muchos gritos y gran verbosidad ante el pretor Craso, para hacer perder á su cliente la causa, miéntras que Cneo Octavio, varon consular, en un discurso no ménos largo se oponia á que el adversario perdiese la causa y á que su defendido se librase del torpe juicio de tutela y de toda molestia, gracias á la necedad del abogado contrario? Me acuerdo de habérselo oido contar á Mucio. A tales abogados los tengo por indignos, no sólo del nombre de oradores, sino hasta de presentarse en el foro. Y con todo eso, no les faltaba elocuencia, ni cierta abundancia, ni método en el decir, sino conocimiento del derecho civil, porque el uno, apoyándose en la ley, pedia más que lo que la ley de las Doce Tablas permite, y si lo hubiera conseguido, perdia del todo su causa; al paso que el otro tenía por injusticia que se le exigiese más de lo que en la accion legal se contenia, sin entender que, dejando obrar así al adversario, éste perderia el pleito.

»¡Y qué! en estos pocos dias, estando yo en el tribunal de mi amigo Quinto Pompeyo, pretor urbano, ¿no pedia uno de esos hombres tenidos por discretos, que al demandado se le concediese la antigua y usada excepcion, *que dia se habia señalado para el pago*, sin comprender que esta excepcion era en favor del demandante, y que si el deudor probaba ante el juez que se le pedia el dinero ántes que hubiese cumplido el plazo, el acreedor, al presentar nueva demanda, sería excluido de la excepcion por haber venido ántes este asunto á juicio? Nada más vergonzoso que contemplar que el que ha tomado á su cargo defender las causas de sus amigos, ayudar á los débiles, curar á los enfermos, consolar á los afligidos, tropiece en las causas más pequeñas y venga á ser escarnio de unos y lástima de otros. A mi pariente Publio Craso, llamado el rico, con haber sido en muchas cosas hombre elegante y culto, le alabo principalmente porque, siendo hermano de Publio

Escévola, solia repetirle que ni él alcanzaria la perfeccion en el derecho civil si no agregaba el estudio de la elocuencia (lo cual ha hecho despues su hijo, que fué cónsul conmigo), ni él habia comenzado á tratar y defender las causas de sus amigos sino despues de aprender el derecho civil. ¿Y qué diremos de Marco Caton? ¿No tuvo tanta elocuencia cuanta aquellos tiempos en esta ciudad consentian, y no fué á la vez muy perito en el derecho civil? Con mucha vergüenza me atrevo á decir esto, porque nos está oyendo un varon insigne en el decir, á quien yo he admirado siempre como á orador único, y eso que ha despreciado siempre el derecho civil. Pero ya que habeis querido ser partícipes de mi opinion y dictámen, nada os ocultaré, y en cuanto pueda os expondré lo que sobre cada cosa pienso.

»Tan increible y casi singular y divino me parece el ingenio de Antonio, que, áun sin el auxilio de la ciencia del derecho, fácilmente puede defender su causa con las demas armas de la sabiduría. Exceptuémosle á él solo; pero en cuanto á los otros no dudaré en condenarlos como perezosos y atrevidos. Porque andar siempre en el foro; no separarse del tribunal del Pretor; tomar á su cargo los juicios privados más importantes, en que muchas veces no se controvierto el hecho sino la equidad y el derecho; arrojarse á las causas centunvirales de *usucapiones*, *tutelas*, *derechos gentilicios*, *agnaciones*, *aluviones*, *nexos*, *servidumbres*, *paredes*, *luces*, *goteras*, *testamentos anulados ó confirmados*, y demas innumerables puntos del derecho, sin saber absolutamente lo que es propio ni ajeno, ni quién es ciudadano, extranjero ó esclavo libre, es señaladísima imprudencia. ¿No fuera arrogancia visible en el que confiesa que no sabe dirigir una barca, empeñarse en gobernar una *quinquerreme* ú otra nave de más alto bordo? Cuando en un corrillo te engaña tu adversario en cualquiera estipulacion de poca importancia, y te obliga á fir-

mar documentos que comprometen á tu cliente, ¿quieres que te confien una causa de gran trascendencia? Es como si se pusiera á dirigir en el Ponto Euxino la nave de los argonautas el que perdió en el puerto una navecilla de dos escálmos. Y si no sólo en las causas pequeñas, sino en las más graves, entra el derecho civil, ¿cuál será la desvergüenza del patrono que sin las suficientes noticias jurídicas se atreve á encargarse de estas causas? ¿Cuál pudo ser más grave, que la de aquel soldado de cuya muerte llegó falsa noticia á su casa, y el padre, creyéndola, hizo nuevo testamento nombrando heredero á quien le pareció? Despues de la muerte del testador vuelve el soldado á su casa y reclama legalmente la herencia paterna, aunque estaba desheredado por el testamento. Llévase el negocio al tribunal de los Centunviros; se agita una cuestion de derecho civil: si puede considerarse como desheredado de los bienes paternos el hijo á quien el padre no ha nombrado expresamente en el testamento ni para heredarle ni para desheredarle.

»¿Y qué, en la causa entre los patricios Marcelos y Claudios juzgada por los Centunviros, cuando los Marcelos reclamaban la herencia por derecho de estirpe, como descendientes del hijo de un liberto, y los Claudios por derecho gentilicio, no tuvieron los oradores que tratar ámpliamente de todo el derecho de estirpe y de gentilidad? ¿Y en aquel otro juicio tambien centunviral, cuando se permitió á un desterrado volver á Roma si elegia algun patrono, y luego murió abintestato, no tuvo el defensor que explanar en el juicio el derecho de aplicacion, tan oscuro é ignoto de suyo? Y ahora poco, cuando yo defendí en juicio privado á Cayo Sergio Aurata contra nuestro Antonio, ¿no versó sobre el derecho todo nuestra defensa? Porque como Manlio Gratidiano habia vendido una casa á Aurata sin advertir en el contrato que tenía cierta servidumbre, defendia yo que la incomodidad causada por la

servidumbre debia ser de cuenta del vendedor, si sabiéndola no la declaraba. En una cuestion semejante erró no há mucho nuestro familiar Marco Buculeyo, hombre, á mi entender, nada necio, y en su opinion muy sabio, y no ajeno al estudio del derecho. Habia vendido á Lucio Fufio una casa, asegurándole en el contrato las luces tal como entónces estaban. Fufio, así que se empezó á edificar en una parte de la ciudad que podia verse desde aquella casa, litigó en seguida con Buculeyo, alegando que cualquier objeto aunque estuviese léjos, siempre que le impidiese ver una parte mayor ó menor del cielo, alteraba las condiciones de la venta. Y aquella famosísima causa de Marco Curio y Marco Coponio que se trató hace poco ante los Centunviros, ¿con qué concurso de gentes, con qué expectacion fué defendida? Cuando Quinto Escévola, mi colega y amigo, hombre el más erudito de todos en el derecho civil, y á la vez de agudísimo ingenio y prudencia, y muy limado y sutil en el discurso, y á quien suelo llamar yo el más elocuente de los jurisconsultos y el más jurisconsulto de los oradores, defendia las disposiciones escritas del testamento, y negaba que una persona llamada á la herencia despues de nacido y muerto un póstumo, pudiese ser heredero si el póstumo moria ántes de salir de la tutela; y yo por el contrario defendia que la mente del testador habia sido dejar por heredero á Marco Curio en caso de no haber hijo póstumo que llegase á la tutela; en esta causa, ¿dejó alguno de nosotros de apoyarse en autoridades, en ejemplos, en fórmulas de testamentos, es decir, en el derecho civil?

»Omito innumerables ejemplos de causas muy graves, en que puede haber hasta peligro de la vida. Así Cayo Mancino, varon consular, nobilísimo y óptimo, por haber hecho un deshonroso tratado de paz con Numancia, fué entregado por senadoconsulto á los Numantinos, y ellos no le quisieron recibir. Habiéndose atrevido Mancino despues de su vuelta á Roma á presentarse en el Senado, el tribuno

de la plebe Publio Rutilio, hijo de Marco, quiso hacerle salir, fundado en que, por costumbres de nuestros mayores, al que habia sido vendido por su padre ó por el pueblo no se le concedia de modo alguno el derecho de *postliminio*. ¿Qué causa más importante entre todas las civiles podemos hallar que esta en que se trataba del órden, del derecho de ciudadanía, de la libertad y de la vida de un hombre consular, y no por ningun crímen que él pudiera negar, si no por una cuestion de derecho civil? Y en otro género, aunque en órden inferior, si hubiese sido esclavo entre nosotros álguien nacido en país confederado, y luégo hubiese recobrado la libertad y vuelto á su casa, disputaron muchas veces nuestros mayores si con esto perdia los derechos de ciudadano romano. Y qué, tratándose de la libertad, que es el más arduo de todos los negocios, ¿no es propio del derecho civil preguntar si el esclavo que por voluntad de su amo fué comprendido en el censo, queda inmediatamente libre, ó no lo es hasta que se hacen las ceremonias de la lustracion? ¿Y en tiempo de nuestros mayores no sucedió, que viniendo un padre de familias de España á Roma, dejó en la provincia á su mujer embarazada, se casó en Roma con otra sin haber dado parte á la primera, murió abintestato, y dejando hijos de las dos? ¿Os parece que fué de pequeña importancia esta causa, en la cual se trataba de la suerte de dos ciudadanos: del niño nacido de la segunda mujer, y de la madre que iba á ser declarada concubina si se decia que el primer matrimonio no habia quedado disuelto por no haberse cumplido las fórmulas del divorcio? Cuando se ignoran estas y otras leyes de la ciudad, ¿no es una audacia detestable el andar arrogante y erguido por el foro con alegre y satisfecho semblante, mirando á una parte y á otra, seguido de una turba de clientes, brindando proteccion á los amigos y ofreciendo á todos sus conciudadanos las luces de su saber y consejos?

»Y esto, no sólo es imprudencia, sino abandono y dejadez, pues aunque este conocimiento del derecho fuera en sí largo y difícil, todavía su grande utilidad debia mover á los hombres á tomarse el trabajo de aprenderle.

»Pero, oh Dioses inmortales, no afirmaria yo esto delante de Escévola si él mismo no acostumbrara á decir que ningun arte le parece más fácil que este. Verdad es que muchos por ciertas causas juzgan lo contrario; en primer lugar, porque los antiguos que se dedicaron á esta ciencia no quisieron divulgarla, con la mira de conservar y acrecentar así su poder; y en segundo lugar, porque despues que Cneo Flavio dió á conocer las diversas formas de accion judicial, nadie hubo que las distribuyera artificiosamente, pues nada hay que pueda reducirse á arte, si el que conoce los elementos del arte no tiene además aquella ciencia que enseña á tratar con órden las materias que todavía no le tienen. He dicho esto algo oscuramente por anhelo de la brevedad. Si puedo, lo diré más claro.

»Todos los conocimientos que hoy constituyen las diversas artes y disciplinas, estuvieron en otro tiempo dispersos y separados, vg.: en la música, los números, las voces y los modos; en la geometría, las líneas, las figuras, los intervalos, la extension; en astrología, las revoluciones celestes, el orto, el ocaso y el movimiento de las estrellas; en la gramática, el estudio de los poetas, el conocimiento de la historia, la interpretacion de las palabras y hasta la buena pronunciacion; en el arte del bien decir, la invencion, la disposicion, la elocucion, la memoria y la pronunciacion; cosas desconocidas antiguamente de todos, ó dispersas en várias partes. Hubo, pues, que acudir á un arte particular que se apropian como suyo los filósofos, el cual reuniese los miembros apartados y disueltos, y los trabase con cierto órden.

»Sea, pues, el fin del derecho civil la conservacion de la legítima y acostumbrada equidad en las causas y negocios

civiles. Distínganse luégo los géneros, reduciéndolos á un número determinado y pequeño. El género abarca dos ó más partes, que tienen algo de comun, pero difieren en especie. Las partes están subordinadas al género de quien emanan, y por medio de la definicion declaramos el valor de los nombres de género y especie. Es la definicion una breve y circunscrita explicacion de las propiedades de la cosa que queremos definir. Añadiria ejemplos, si no viera que hablo delante de vosotros. Ahora voy á explicar en breve lo que me he propuesto. Si algun dia pudiera yo llevar á cabo lo que hace tiempo medito, ó si no pudiendo hacerlo yo por ocupaciones ó muerte, algun otro lo ejecutara, quiero decir, que dividiese el derecho civil en sus géneros, que son pocos, y distinguiese luégo las partes de estos géneros, tendriais una perfecta arte del derecho civil, más grande y rica que difícil y oscura. Pero en tanto que no se reunen estos dispersos elementos, podemos recogerlos de una y otra parte, y constituir así hasta cierto punto la ciencia del derecho civil.

»¿No veis cómo Cayo Aculeon, caballero romano, que vive y vivió siempre conmigo, hombre de agudísimo ingenio, pero poco instruido en las demas artes, sabe el derecho civil de tal modo, que sólo le vence el que tenemos delante? En esta ciencia todo está á la vista, todo en el uso cotidiano, y en la práctica del foro. No se contienen en muchas letras ni en grandes volúmenes; todos han tratado de lo mismo, y áun un mismo escritor repite muchas veces idénticas materias con sólo variar algunas palabras. Añádase á esto lo que pocos creen, la increible suavidad y deleite que hace fácil y ameno el estudio de las leyes. Si los estudios de la antigüedad nos interesan, en todo el derecho civil, en los libros de los pontífices y en las Doce tablas contemplaremos una imágen de la antigüedad que áun respira en la vetustez de las palabras y en las acciones que declaran la vida y costumbres de nuestros mayores.

Si álguien es aficionado á la ciencia política que Escévola no crée propia del orador, sino de otro género de disciplina, en las Doce tablas hallará descritos todos los intereses y el gobierno de la república. Si le deleita esa prepotente y gloriosa filosofía (me atreveria á decirlo), en el derecho civil y en las leyes encontrará las fuentes para todas sus disputas. Allí llegaremos á conocer la dignidad de la virtud, el premio y honor que se debe al trabajo justo, verdadero y honesto, y el daño, la ignominia, las cárceles, los azotes, el destierro y la muerte que están aparejados para el vicio y el fraude; y aprenderemos, no por disputas interminables y erizadas contradicciones, sino por la autoridad y mandato de las leyes, á domar las pasiones y apetitos, á defender nuestro derecho y apartar de lo ajeno la mente, los ojos y las manos.

»Aunque todos lo lleven á mal, diré lo que siento: el solo libro de las Doce tablas excede, en mi juicio, á las bibliotecas de todos los filósofos, ya por su autoridad, ya por la utilidad que encierra si queremos conocer las fuentes y capítulos de nuestras leyes. Pues si á todos nos agrada, como es debido, nuestra patria, y es tanta la fuerza de este amor que aquel sapientísimo Ulises anteponia á la inmortalidad el deseo de volver á su Itaca, pendiente como un nido de rocas asperísimas, ¿cuánto más cariño hemos de tener nosotros á esta patria, que es el emporio de la virtud, del poder y de la dignidad de toda la tierra? Antes que nada, debemos conocer su espíritu, costumbres y leyes, ya porque es nuestra patria madre comun, ya porque debemos pensar que anduvo tan sábia en constituir el derecho como en acrecentar las fuerzas de su imperio. Sentireis asimismo alegría y deleite grandes, conociendo por sus leyes cuánto vencian en prudencia nuestros mayores á los Licurgos, Dracones y Solones. Increible parece cuán desordenado y casi ridículo es todo derecho civil fuera del nuestro: de esto suelo hablar mucho en mis

diarias conversaciones, anteponiendo la sabiduría de nuestros mayores á la de los demas hombres, y sobre todo á la de los Griegos. Por estas razones creo, Escévola, que el conocimiento del derecho civil es necesario á todo el que quiera ser perfecto orador.

»¿Y quién ignora cuánto de honor, gracia y dignidad proporciona por sí mismo á los que le profesan? Así como entre los Griegos los hombres más ínfimos, á quienes llaman prácticos, se ofrecen por vil salario á servir de ministros en las causas, así en nuestra ciudad, por el contrario, las personas más esclarecidas y de mejor familia, como aquel á quien por su saber en la jurisprudencia llamó nuestro gran poeta: *el noble, sabio y prudente varon Elio Sextio,* y muchos más que, habiendo logrado reputacion por su ingenio, alcanzaron despues más autoridad que por su mismo ingenio, por su ciencia jurídica. ¿Y qué refugio más honroso puede hallarse en la vejez que la interpretacion de las leyes? Por eso yo desde mi adolescencia procuré acaudalar este conocimiento, no sólo para utilidad de las causas forenses, sino tambien para consuelo y alegría de mi vejez, cuando me vayan faltando las fuerzas (cuyo tiempo ya se acerca) y para libertar mi casa de soledad y abandono. ¿Hay nada más glorioso para el que ha desempeñado todos los honores y cargos de la república que poder decir en su vejez lo que dice en Ennio el pítico Apolo, que él es á quien piden consejo, si no los pueblos y reyes, á lo ménos todos sus conciudadanos:

Inciertos van y de prudencia ajenos;
Mas yo con mi consejo los ilustro,
Y disipo las nieblas de su mente.

»La casa de un jurisconsulto es sin duda como el oráculo de toda una ciudad. Testigos sean la casa y el vestíbulo de Quinto Mucio, á quien, áun en su vejez y agobiado de enfermedades, vemos rodeado diariamente de escogidísima y numerosa clientela.

»No es necesario un largo discurso para probar que el orador debe conocer así el derecho público de la ciudad y del imperio como los monumentos de las hazañas de nuestros mayores y los ejemplos de la antigüedad, pues así como en las causas y juicios privados se han de tomar las pruebas del derecho civil, deben estar presentes al orador todos los recuerdos de la antigüedad, el derecho público, la ciencia de regir y gobernar los pueblos, como materia propia del que se ejercita en negocios de interes general.

»Lo que buscamos aquí no es un Causídico, un declamador ó un Rábula, sino un orador que sea el primero en aquel arte, que con haber sido dado en potencia al hombre por la misma naturaleza, se creyó no obstante que era beneficio de un Dios, no adquirido por nosotros, sino divinamente revelado: á un hombre que pueda, defendido no por el caduceo, sino por el nombre de orador, salir incólume entre las armas enemigas; que sepa excitar el odio de los ciudadanos contra la maldad y el fraude y moverlos á la justicia; librar de injusta pena á los inocentes y levantar á la gloria el ánimo caido y débil del pueblo, ó apartarle de un error, ó inflamarle contra los malos, ó mitigar su animadversion contra los buenos; que pueda, en fin, excitar ó serenar en el ánimo de los oyentes todas las pasiones que el asunto y la causa exigen. Si alguno cree que esta fuerza oratoria ha sido enseñada por los que de este punto han tratado, ó que puedo yo exponerla en tan pocas palabras, mucho se equivoca, y no sólo desconoce mi poco saber, sino tambien la magnitud é importancia de las cosas. Os he mostrado, porque así lo queriais, las fuentes donde podeis beber, y el camino que habeis de seguir; no quise serviros de guia, lo cual fuera inmenso y no necesario, sino mostraros el camino y enseñaros con el dedo las fuentes.

—Me parece, dijo Mucio, que has hecho bastante para excitar la aficion de éstos, si realmente son estudiosos.

Pues así como Sócrates solia decir, segun cuentan, que su obra era perfecta si con sus exhortaciones lograba mover á alguno al deseo de conocer y alcanzar la virtud, pues una vez que se ha persuadido á los hombres á que sean virtuosos, fácil cosa es instruirlos en todo lo restante, así entiendo yo que si quereis penetrar en lo que Craso con su oracion os ha descubierto, fácilmente llegareis al término, teniendo como teneis la puerta abierta.

—Muy grato nos es todo esto, dijo Sulpicio; pero quisiera que nos explicases algo más lo que muy brevemente has dicho de este arte, confesando que no le desprecias y que le has aprendido. Y si algo más te dilatares, colmarás nuestra esperanza y deseo. Ya hemos oido lo que se debe estudiar, cosa en verdad muy importante; ahora deseamos conocer el camino y el método.

—¿Y por qué, dijo Craso, ya que, para daros gusto y reteneros en mi casa, he condescendido con vuestra voluntad, tan opuesta á mi natural inclinacion, no pedimos á Antonio que nos explique lo que él sabe y que todavía no ha divulgado, aunque hace tiempo comenzó á escribir sobre ello un libro, de lo cual mucho se arrepentia ántes? ¿Por qué no nos explica esos misterios del bien decir?

—Está bien, dijo Sulpicio; así por lo que tú respondas, Antonio, sabremos tambien tu opinion.

—Te ruego, pues, Antonio, dijo Craso, ya que los estudios de estos jóvenes imponen tan pesada carga á nosotros los viejos, que nos expongas tu parecer sobre las cuestiones de que fueres interrogado.

—Sorprendido me encuentro, dijo Antonio, no sólo porque se me preguntan cosas de que soy ignorante, sino porque en modo alguno puedo evitar lo que tanto procuro huir en las causas, que es el hablar despues de tí, oh Craso. Sólo me da confianza el creer que no esperais de mí un discurso elegante, como nadie puede esperarlo despues que ha hablado Craso. No hablaré del arte que nunca

aprendí, sino de mi experiencia; y lo mismo que en mi libro consigné, no estaba tomado de ninguna enseñanza, sino de la práctica y uso de los negocios. Si esto no os agradare, varones eruditísimos, culpad vuestra ligereza en haberme preguntado lo que no sé, y agradecedme la docilidad con que os respondo, movido no por mi juicio, sino por vuestra aficion.

—Entónces, dijo Craso, sigue hablando, Antonio: de seguro será tu discurso tan prudente que á ninguno le pese de haberte inducido á hablar.

—Haré, dijo Antonio, lo que creo que debe hacerse al principio de toda disputa: fijar bien el punto de que se trata, cuando está en controversia, para que así no ande errante y vagabundo el entendimiento. Por ejemplo, si se nos preguntare qué cosa es el arte del general, tendríamos que explicar ante todo quién es el general; diríamos que es el caudillo supremo en tiempo de guerra: aquí entraria el hablar del ejército, de los campamentos, de los escuadrones, de las banderas, de la expugnacion de las ciudades, de los víveres, de las asechanzas y celadas; en suma, de todo lo que es propio de una guerra; y añadiríamos, que los que rigen y gobiernan todas estas cosas son los generales; ilustrando todo esto con ejemplos de los Africanos, los Máximos, los Epaminondas, los Aníbal y otros hombres semejantes. Y si se nos preguntare quién es el ciudadano que aplica su saber y estudio á la gobernacion de la república, le definiríamos de este modo: debe tenerse por buen administrador y consejero de la república al que sabe las cosas en que la utilidad de la república consiste y hace buen uso de ellas, vg., Publio Léntulo, príncipe del Senado, y Tiberio Graco el padre, y Quinto Metelo, y Publio Africano, y Cayo Lelio, y otros innumerables, tanto de nuestra ciudad como de las otras. Y si se me preguntare quién merece el nombre de jurisconsulto, diria yo que sólo el que conozca las leyes y costumbres y el derecho privado de la ciudad, y pueda

responder á todo el que le consulte, y defender los intereses ajenos, como lo hacen Sexto Lolio y Publio Mucio.

»Y viniendo á estudios más ligeros, si se me pregunta por el músico, por el dramático ó por el poeta, podré explicar de igual manera la profesion de cada uno, y todo lo que de ellos puede exigirse. Del mismo filósofo, con abarcar su profesion las razones de todo, puede darse alguna definicion, diciendo que sólo merece el nombre de filósofo el que conoce la naturaleza y las causas de todas las cosas divinas y humanas, y sabe y practica el arte de bien vivir. Del orador, ya que de él tratamos, no tengo la misma idea que Craso, el cual me parece que quiere extender la jurisdiccion oratoria á todo linaje de artes y disciplinas: llamo orador al que en causas forenses y comunes puede valerse de palabras agradables al oido y de sentencias acomodadas á la confirmacion. Pido en él además voz, accion y cierta gracia. Me parece que Craso ha señalado á la facultad oratoria, no sus propios límites, sino los de su ingenio, casi inmensos. Porque concede á los oradores hasta el gobierno de la república, lo cual apénas acabo de creer; pues vemos que muchas veces el Senado en asuntos gravísimos asintió á tu parecer, oh Escévola, aunque le exponias brevemente y sin arte. Y Marco Escauro, que vive no léjos de aquí, en su casa de campo (segun tengo entendido), varon prudentísimo en cuanto al gobierno de la república, si supiera, oh Craso, que le despojabas de su autoridad y consejo para concedérselos al orador, vendria aquí, y con solo su rostro y mirada pondria freno á vuestra locuacidad. Pues aunque su elocuencia no sea despreciable, brilla más por su discrecion y práctica de los negocios que por el arte de bien decir. Y aunque se lleguen á reunir las dos cosas, ni el buen senador y consejero es por este solo hecho orador, ni se obtiene el lauro de la elocuencia por ser insigne en el gobierno de la ciudad. Distan mucho entre sí estas facultades, son muy diversas y separadas, y

Marco Caton, Publio Africano, Quinto Metelo, Cayo Lelio, con ser todos hombres elocuentes, trabajaban de diverso modo sus discursos y la gloria de la república. Pues no está prohibido ni por la naturaleza de las cosas, ni por ley ó costumbre alguna, el que cada uno de los hombres pueda conocer más de un arte ó ciencia. Y no porque en Atenas fuera por muchos años el elocuentísimo Perícles el primero en los consejos y deliberaciones públicas, hemos de creer que las dos facultades dependen del mismo arte; ni porque Publio Craso sea á la vez orador y jurisperito, deduciremos que la ciencia del derecho civil sea una parte de la oratoria. Porque si alguno, eminente en un arte ó profesion, se dedica luégo á otra y sobresale tambien en ella, se considerará la última como parte de la primera; y así podríamos decir que la pelota y el juego de damas son propios del derecho civil, porque en una y otra cosa se distinguió Publio Mucio, y que aquellos á quienes los Griegos llaman físicos deben llamarse tambien poetas, porque el físico Empedocles hizo un espléndido poema. Ni siquiera los mismos filósofos, que lo reclaman todo como suyo y se creen poseedores de la ciencia universal, se atreven á decir que la geometría ó la música sean propias del filósofo, por más que confiesen que Platon se distinguió mucho en ambas artes. Y si se quiere hacer entrar todas las disciplinas en la jurisdiccion del orador, más tolerable fuera decir que la elocuencia no debe andar pobre y desnuda, sino vestida y adornada con agradable variedad, y que el buen orador debe oir, ver, pensar, meditar y leer mucho, y no poseer estos conocimientos como propios, sino libarlos como ajenos. Confieso que en todo asunto debe mostrarse el orador sagaz y hábil, no bisoño, ni rudo, ni peregrino.

»Ni me convencen, oh Craso, esas declamaciones trágicas de que tanto usan los filósofos y que tú has usado, queriéndonos probar que nadie puede encender ó calmar los

ánimos de los oyentes (principal efecto y triunfo de la oratoria) sino conoce la naturaleza y las costumbres é inclinaciones de los hombres, por lo cual es tan necesaria al orador la filosofía, en cuyo estudio vemos que pasan toda su vida hombres ingeniosísimos, pero muy ociosos.

»Yo, léjos de despreciar, admiro mucho su riqueza y variedad de conocimientos; pero á nosotros, que vivimos en el pueblo y en el foro, bástanos saber y decir de las costumbres de los hombres lo que nos enseñan las costumbres mismas. Porque, ¿quién es el orador grave y esclarecido que, queriendo aquietar al juez contra el adversario, se vió nunca dudoso por no saber si la ira era un fervor de ánimo ó un deseo de castigar la afrenta recibida? ¿Quién, queriendo mover y agitar los ánimos de los jueces ó del pueblo, habló como suelen los filósofos, siendo así que entre éstos hay quienes juzgan nefando crímen el excitar las pasiones de los jueces; y otros, que quieren ser más tolerantes y acercarse más á la verdad de la vida, dicen que las agitaciones del alma deben ser moderadas ó muy leves? El orador encarece con palabras y presenta como mucho más acerbos los que en la vida comun se tienen por males y molestias, y amplifica y exorna lo que al vulgo le parece bueno y apetecible, y no quiere parecer sabio entre ignorantes, para que los que le oigan no le tengan por un sofista griego, ó admirando el ingenio del orador y su sabiduría, lleven á mal que los tenga por necios; pero de tal modo se insinúa en los ánimos de los hombres, de tal suerte explica sus inclinaciones y costumbres, que ni necesita acudir á las descripciones de los filósofos, ni se pone á investigar si el sumo bien consiste en el alma ó en el cuerpo; si se define por la virtud ó por el deleite; si estas dos cosas pueden unirse y enlazarse entre sí, ó si como algunos creen, nada se puede saber ni conocer con certeza: materias todas de gran dificultad é importancia, pero muy lejanas, oh Craso, de lo que ahora buscamos. Lo que se

necesita es un buen ingenio, aguzado por la naturaleza y la práctica, el cual sagazmente investigue lo que piensan, sienten, opinan y esperan sus conciudadanos y los hombres á quienes trata de persuadir algo.

»Es necesario que conozca las inclinaciones de cada sexo, y edad y la índole de aquellos ante quienes hablan ó han de hablar. En cuanto á los libros de los filósofos, bueno será que los reserve para este ocio y descanso del Tusculano; y cuando le toque hablar de justicia y buena fe, no tome prestada su doctrina de Platon, que fingió en sus libros una república ideal, apartada, en todo, del uso de la vida y de las costumbres de los ciudadanos. Y si esta doctrina fuera aceptada en los pueblos y en las ciudades, ¿quién te hubiera permitido, oh Craso, con ser tú varon tan insigne y esclarecido, decir como dijiste ante un gran número de ciudadanos: «libradnos de estas miserias; sacadnos de las fauces de éstos cuya crueldad no puede saciarse con nuestra sangre; no nos permitais ser esclavos de nadie, sino de todos vosotros, de quienes podemos y debemos serlo?» Dejo aparte las *miserias* que, segun dicen los filósofos, nunca pueden recaer en un varon esforzado; prescindo de las fauces, de que deseas librarte, para que en juicio inicuo no sea devorada tu sangre, lo cual ellos dicen que jamás puede acaecer al sabio. ¿Pero cómo te atreviste á decir que no sólo tú, sino todo el Senado, cuya causa defendias, estabais en servidumbre? ¿Puede, oh Craso, segun tus autores, ser esclava la virtud, cuyos preceptos incluyes en la facultad oratoria, cuando ella es siempre libre, y aunque nuestro cuerpo esté en prisiones ó cargado de cadenas, ella conserva siempre su derecho é ilimitada libertad? ¿Y qué filósofo, por muelle, lánguido y enervado que sea, por más que lo refiera todo al deleite y dolor del cuerpo, podrá probar lo que añadiste luégo, es á saber, que el Senado, no sólo puede, sino que debe servir al pueblo? ¿Servir el Senado al pueblo, cuando el pueblo

mismo le ha concedido las riendas y el derecho de gobernarle y regirle?

»Al paso que yo juzgaba divina esta oracion tuya, Publio Rutilio Rufo, hombre docto y dado á la filosofía, no sólo la tachó de inoportuna, sino de torpe y vergonzosa. El mismo Rutilio solia decir mal de Servio Galba (á quien mucho habia conocido), porque Galba, cuando le acusó Lúcio Escribonio, quiso excitar la misericordia del pueblo, despues que Marco Caton, grave y acérrimo enemigo de Galba, habia pronunciado contra él, ante el pueblo romano, un áspero y vehemente discurso que trae el mismo Caton en sus Orígenes. Reprendia, pues, Rutilio á Galba, por haber levantado sobre sus hombros á un hijo huérfano de su pariente Cayo Sulpicio Galo, para mover la compasion y el llanto del pueblo con la memoria de su esclarecido padre, y por haber encomendado sus dos hijos párvulos á la tutela del pueblo diciendo que hacía testamento sin balanza ni tablillas, como aquel que va á entrar en combate, y que dejaba al pueblo romano por tutor de sus huérfanos. Así pudo salvarse Galba de la indignacion y del odio del pueblo, y por eso dejó escrito Caton que, si Sulpicio no hubiera acudido á los niños y á las lágrimas, hubiera sido castigado. Rutilio vituperaba mucho esta humillacion, diciendo que á ella debia anteponerse el destierro y hasta la misma muerte. Y no sólo lo decia, sino que lo pensaba y lo ejecutó. Pues habiendo sido, como sabeis, un modelo de inocencia, hasta el punto de no haber otro más íntegro ni más santo en la ciudad, no sólo no quiso suplicar á los jueces, sino ni áun emplear en su causa más ornato ni más licencia que la que exigia la verdad. Sólo permitió tomar alguna parte en su defensa á nuestro Cota, elocuentísimo adolescente, hijo de su hermana. Tambien le defendió en algun modo Quinto Mucio sin aparato alguno, con pureza y claridad, como acostumbra. Pero si hubieras hablado entónces tú, Craso, que decias ántes que el orador debe valerse de las armas

que los filósofos usan; si hablando á tu manera, no á la de los filósofos, hubieras defendido á Rutilio, es seguro que por malvados que hubiesen sido aquellos ciudadanos, dignos del último suplicio, la fuerza de tu palabra hubiera arrancado de la mente de todos la opresion en que unos pocos los tenian. Ahora hemos perdido á un varon tan excelente, porque su causa fué defendida como lo hubiera sido en la república ideal de Platon. Nadie lloró, nadie clamó por los patronos, á nadie le dolió, nadie se quejó, nadie suplicó ni imploró la misericordia del pueblo; ¿qué más? nadie en aquel juicio dió con el pié en la tierra, sin duda por no hacerse sospechoso á los Estóicos.

»Imitó este hombre romano y consular á aquel antiguo Sócrates que, con haber sido el más sabio y virtuoso de todos, se defendió en el juicio capital de tal manera, que no parecia reo ni suplicante, sino maestro ó señor de sus jueces. Y habiéndole presentado el elocuentísimo orador Lisias una oracion escrita para que, si queria, la aprendiese de memoria y la dijese en el juicio, leyóla con gusto y dijo que estaba bien, pero añadió: «Así como si me trajeras zapatos de Sidon, no los usaria por más que fuesen bien hechos y acomodados al pié, porque no son varoniles; así tu discurso me parece elegante y oratorio, pero no fuerte ni viril.» Fué, pues, condenado, no sólo por la primera sentencia en que declaran los jueces si han de condenar ó absolver, sino por la segunda, que debian pronunciar con arreglo á las leyes. Porque en Aténas, despues de condenado el reo, si el delito no era capital se procedia á la casacion de la pena, y los jueces, ántes de dar la sentencia, interrogaban al reo para que declarase de qué se creia merecedor. Preguntado Sócrates, respondió que él merecia ser colmado de honores y premios y alimentado cotidianamente en el Pritáneo á expensas del público, lo cual se tiene por grande honor entre los Griegos. Con cuya respuesta se enojaron tanto los jueces, que condenaron á

muerte á un hombre inocentísimo. Y si hubiera sido absuelto (lo cual, aunque no toca directamente á nuestro asunto, hubiera sido de desear, siquiera por la magnitud de su ingenio), ¿cómo podríamos contestar á los filósofos que ahora atribuyen su condenacion sólo á no haber sabido defenderse como convenia, y, sin embargo, sostienen que los preceptos del bien decir se han de aprender de ellos? Yo no disputaré si su doctrina es mejor ó más verdadera; sólo digo que una cosa es la filosofía y otra cosa la elocuencia, y que la una puede ser grande sin la otra.

»Entiendo, Craso, por qué has ensalzado con tanta vehemencia el derecho civil: lo conocí desde que empezaste á hablar. Ante todo querias agradar á Escévola, á quien todos debemos tener mucho cariño por su extremada cortesía. Viendo que su arte carece de ornato y es desaliñado, insistes en enriquecerle y adornarle con todas las galas de la palabra. Despues, como tú has gastado tanto tiempo y trabajo en ese estudio, cuyo maestro y consejero has tenido en casa, te empeñaste en ponderar la importancia de ese arte, para que no se te acusara de haber perdido el tiempo. Pero yo no impugno ese arte. Valga en buen hora todo lo que tú quieras. Su importancia está fuera de controversia; toca y pertenece á muchos; estuvo siempre en grande honor, y los más ilustres ciudadanos se han dedicado hasta ahora á su estudio. Pero mira, Craso, no sea que queriendo adornar con nuevas y peregrinas galas la ciencia del derecho civil, vengas á despojarla y desnudarla de las que siempre ha tenido y todos le concedemos. Pues si dijeras que el jurisconsulto debia ser orador, y el orador jurisconsulto, hubieras distinguido dos artes iguales en dignidad entre sí. Pero si dices que el jurisconsulto puede carecer de elocuencia, y que muchos han carecido, al paso que nadie puede ser orador sin saber la ciencia del derecho, queda reducido, en tu opinion, el jurisconsulto á ser un leguleyo sagaz, y agudo pregonero

de acciones, cantor de fórmulas, cazador de sílabas; pero como muchas veces se vale el orador del auxilio del derecho en las causas, de aquí que hayas puesto la jurisprudencia al servicio de la oratoria, como criado que sigue los pasos de su amo.

»Te admiras de la imprudencia de los abogados, que siendo incapaces para los negocios pequeños, se encargan de los más graves, ó se arrojan á tratar en las causas puntos de derecho civil que del todo ignoran; pero una y otra cosa tienen fácil explicacion. Porque ni es de admirar que el que ignora la fórmula de la *coempcion* pueda defender la causa de la mujer casada por coempcion, ni porque se requiera mayor habilidad para regir una nave pequeña que otra grande, hemos de decir que no puede defender una causa de particion de herencia el que ignore los términos y fórmulas con que la particion se hace. Dices que la mayor parte de las causas centunvirales se fundan en el derecho civil; pero ¿hay entre ellas alguna que no haya podido ser bien defendida por un hombre elocuente, aunque no conociera el derecho? En todas esas causas, así en la de Marco Curio, que tú hace poco defendiste, como en la de Cayo Hostilio Mancino, y en la del niño nacido de la segunda mujer sin haber sido legal el divorcio con la primera, hubo gran discusion entre los más sabios jurisconsultos. Pregunto ahora: ¿de qué le sirve al orador en estas causas la ciencia del derecho, cuando el más hábil jurisconsulto no podria defenderlas con armas propias, sino ajenas, no con la ciencia del derecho, sino con la elocuencia? Muchas veces he oido decir que cuando Publio Craso pretendia la edilidad, y Servio Galba, consular tambien (aunque de más edad que él), le acompañaba en el foro (porque la hija de Craso estaba prometida á Cayo, su hijo), se acercó á consultar á Craso un hombre rústico, y habiendo recibido de él una contestacion más verdadera que acomodada á su negocio, se apartó de él muy triste.

Vióle Galba, le llamó por su nombre, y le preguntó qué consulta habia hecho á Craso. Oida la relacion, y visto el pesar del pobre hombre, dijo Galba: «Sin duda que Craso estaba distraido y preocupado cuando te respondió.» Y volviéndose despues á Craso, y tomándole por la mano añadió: «¡Eh! ¿cómo se te ha ocurrido dar esa respuesta?» Craso, con la confianza que su saber le daba, quiso sostener su opinion, que era sin duda la mejor y más legal. Pero Galba, con muchas alusiones y similitudes, invocaba la equidad contra la ley escrita; y Craso, que era muy inferior á él en elocuencia, aunque no hablaba mal, se refugió en sus autores, y citó, en apoyo de su opinion, los libros de su hermano Publio Mucio y los comentarios de Sexto Elio; pero al fin tuvo que conceder que la opinion de Galba era mucho más probable que la suya y casi la única verdadera.

»Pero las causas en que sobre el derecho no puede haber duda, nunca suelen venir á juicio. ¿Reclama alguno una herencia, fundado en el testamento que un padre de familias hizo ántes que le naciera un hijo? Nadie; porque con nacer este hijo queda anulado el testamento. En esto no cabe disputa ni juicio alguno. Lícito es, pues, al orador ignorar la parte del derecho que no está sujeta á controversias, y que es, sin duda, la mayor. Y en las cuestiones dudosas áun para los más peritos, no le es difícil hallar alguna autoridad en pro de la causa que se defiende, y recibir de otro las armas que ha de esgrimir él despues con todo su vigor y fuerzas. A no ser, Craso, que tú, para defender la causa de Marco Curio (lo diré con paz de nuestro buen Escévola) te valieras de los libros y preceptos de tu suegro. ¿No te encargaste de la defensa de la equidad, de los testamentos y de la voluntad de los moribundos? Las veces que yo te oí y estuve presente, lo que más atrajo á los oyentes á tu parecer fueron las sales, gracias y cultas falecias con que fingias alabar la agudeza de los

adversarios, admirando, vg., el ingenio de Escévola por haber descubierto que *primero es nacer que morir*; y cuando reuniendo muchas leyes, senadoconsultos y ejemplos de la vida y trato comun, mostraste, no sólo aguda sino chistosa y cómicamente, que, si nos atuviéramos á la letra y no al espíritu, nada podria cumplirse. Juicio fué aquel lleno de gracia é ingenio, y no veo que para nada te sirviera en él la práctica del derecho civil, sino la fuerza de tu palabra, unida á la felicidad y gracia de tu ingenio.

»El mismo Mucio, defensor del derecho del padre y propugnador del patrimonio (digámoslo así), ¿qué alegó contra tí en aquella causa que pudiera decirse tomado del derecho civil? ¿qué ley recitó? ¿qué secretos reveló, ocultos á los profanos? Todo su discurso se redujo á ponderar la importancia de la ley escrita, ni más ni ménos que hacen los muchachos en las escuelas cuando se ejercitan en causas fingidas, y uno defiende la equidad, otro el escrito. Y creo que en la causa del soldado, si hubieses defendido al heredero ó al soldado mismo, no habrias tenido que acudir á las fórmulas de Hostilio, sino á los recursos de tu elocuencia. Así, defendiendo el testamento, hubieras dicho que de este juicio dependia la fuerza y validez de todas las disposiciones testamentarias; y si hablabas en defensa del soldado, hubieras evocado (digámoslo así) de entre los muertos la sombra de su padre, la hubieses puesto á nuestra vista, abrazando á su hijo y recomendándosele entre lágrimas á los centunviros; hubieras hecho, á fe mia, llorar á las mismas piedras; habrias conseguido, en suma, que la fórmula *Uti lingua nuncupasset* no pareciese escrita en las Doce Tablas, que prefieres á todas las bibliotecas de los filósofos, sino en los preceptos de algun retórico.

»Tachas de perezosos á los jóvenes que no aprenden ese arte, con ser facilísimo. No deben pensar que lo es tanto los jurisconsultos que tan satisfechos andan con su saber como si costase grandes dificultades. Y tú mismo confie-

sas que la jurispericia no es todavía arte, pero que podria llegar á serlo cuando alguno descubriese el método y sistema que ha de dársele. Dices además que es muy deleitable; pero de seguro que los jóvenes te ceden de barato semejante recreacion y consienten en privarse de ella, porque no hallarás entre ellos ninguno que no aprenda con más gusto el Teucro de Pacuvio que el tratado de Manilio sobre compra y venta. Afirmas que por amor á la patria debemos conocer las leyes é instituciones de nuestros mayores; pero ¿no conoces que muchas de ellas han caducado por su antigüedad ó han sido sustituidas por otras nuevas? Sostienes que el derecho civil hace buenos á los hombres, porque tiene premios para la virtud y castigos para el vicio: siempre creí que la virtud se inculcaba á los hombres (si es que puede inculcarse) con la persuasion y la enseñanza, no con amenazas ni terrores. Aun sin el conocimiento del derecho, podemos distinguir el bien del mal, y hacer el uno y evitar el otro.

»En cuanto á mí, único á quien concedes, oh Craso, que sin saber el derecho civil pueda defender causas, te diré que nunca he aprendido las leyes, pero que tampoco las he echado de ménos en ninguna de las causas dependientes de ellas que he tenido que defender. Una cosa es ser artífice de cualquier género, y otra no ser en la vida comun y vulgar hombre torpe y rudo. ¿Á quién de nosotros no es lícito recorrer por utilidad ó deleite sus casas y heredades? Ninguno hay tan sin ojos y entendimiento que no sepa lo que es la miés y la sementera, la poda de los árboles y de las vides, y en qué estacion del año, y cómo, se hacen estas cosas. Pero para examinar el fundo ó dar alguna órden al arrendador ó al granjero, ¿tendrás que estudiar los libros del cartaginés Magon ó te bastará con ese vulgar conocimiento? ¿Y por qué no ha de ser lo mismo en el derecho civil, sobre todo cuando hemos vivido siempre en el foro y entre causas y negocios, y hemos tratado

de ellos como ciudadanos, y no como peregrinos y extranjeros? Y si alguna causa oscura y difícil se nos presentare, fácil será consultarla con Escévola, si ya el interesado no nos la trae consultada y resuelta. Cuando se disputa de la cosa misma, de límites que no tenemos á la vista, de tablas y prescripciones, aprendemos muchas veces cosas intrincadas y difíciles; ¿y temeremos tropezar en la interpretacion de las leyes y de los pareceres de los jurisconsultos, sólo porque no hemos estudiado desde la adolescencia el derecho civil?

»¿No aprovecha, pues, al orador la ciencia del derecho civil? No he de negar que toda ciencia aprovecha, sobre todo á aquel cuya elocuencia debe estar adornada de variados conocimientos; pero grandes, muchas y difíciles son las condiciones que en el orador se exigen para que pueda distraer su atencion á otros estudios. ¿Quién negará que el orador debe imitar en el ademan y en el gesto la elegancia de Roscio? Y sin embargo, nadie aconsejará á los jóvenes aficionados á la elocuencia que hagan sobre el gesto el mismo estudio que Roscio. ¿Qué cosa hay tan necesaria al orador como la voz? Y sin embargo, por consejo mio, ninguno que se dedique á la oratoria debe educar la voz al modo de los Griegos y de los trágicos, que por muchos años declaman sentados, y todos los dias ántes de recitar van alzando poco á poco la voz, y luégo desde el tono más agudo la hacen bajar al más grave, recogiéndola, digámoslo así. Si nosotros quisiésemos hacer lo mismo, serían condenados los que nos encargan sus causas, ántes que aprendiésemos á recitar un Pean. Y si no debemos esmerarnos nimiamente en el gesto, que tanto ayuda al orador, y en la voz, única que sostiene y da realce á la elocuencia; si sólo podemos ejercitarnos en estas cosas durante el brevísimo tiempo que nos dejan libre los negocios cotidianos, ¿cuánto ménos hemos de descender á la ocupacion de aprender el derecho civil, que, en suma,

puede comprenderse sin anterior doctrina? A lo cual se añade que la voz y el gesto no pueden tomarse de otro ni improvisarse, al paso que en las cuestiones de derecho puede consultarse á los doctos ó á los libros. Por eso los más elocuentes oradores griegos tienen á su servicio jurisperitos muy doctos, á los que suelen llamar pragmáticos, como poco ántes has dicho.

»En esto aciertan más los nuestros, que han querido dar á las leyes y al derecho la autoridad de los hombres más esclarecidos. Pero lo mismo hubieran hecho los Griegos, á habérseles ocurrido que el orador mismo debia conocer el derecho civil y no contentarse con un ayudante práctico.

»Lo que dices de que la ancianidad se consuela de la tristeza y abandono con el estudio del derecho, será sin duda por las grandes riquezas que proporciona. Pero aquí no buscamos lo que puede sernos útil, sino lo que es necesario al orador.

»Suele decir Roscio (ya que tantas veces nos hemos valido de su ejemplo) que cuanto más vaya entrando en años, irá haciendo más tardo el són de su flauta y más remiso su canto. Y si él, sujeto á las trabas del metro y de la cadencia, busca algun descanso para su vejez, ¿cuánto más fácilmente podemos nosotros, no suavizar el tono de la voz, sino mudarle enteramente? Y no se te oculta, Craso, cuán varios son los modos de decir, y quizá has sido tú el primero en demostrarlo, porque ántes solias perorar con mucho más calor y vehemencia que ahora, y no ménos aplaudimos tu presente serenidad que la antigua fuerza y el pasado brio.

»Y hubo muchos oradores como Escipion y Lelio que usaron siempre un tono de voz muy bajo, y no peroraron, como Servio Galba, con toda la fuerza de sus pulmones. Y aunque no puedas ó no quieras hacer esto, ¿temes por ventura que la casa de un tan ilustre varon como tú se vea

abandonada por todos, sólo porque dejen de asediarte los litigantes? Tan léjos estoy de este parecer, que no sólo creo que no es un alivio para la vejez la multitud de los que vienen á consultar, sino que espero como un puerto esa soledad que temes, y pienso que el mejor refugio en la vejez es la quietud.

»En cuanto á los demas estudios, la historia, el derecho público, la antigüedad, la abundancia de ejemplos, podré pedirlos prestados cuando sea menester á mi amigo Longino, varon óptimo y muy sabedor de estas cosas. Y no repugno yo que los jóvenes, siguiendo tu consejo, lo lean todo, lo oigan todo y se ejerciten en los estudios de humanidades, aunque á fe mia que les ha de quedar poco tiempo si se empeñan en cumplir todos los preceptos que les has dado, y que me parecen leyes harto duras para aquella edad, si bien casi necesarias para alcanzar lo que desean. Porque esos ejercicios improvisados á propósito de cualquiera causa, esas reflexiones tan profundas y meditadas, ese estilo tuyo que llamas maestro y perfeccionador del bien decir, es obra de mucho trabajo y sudor; y la comparacion de los discursos propios con los ajenos, y las controversias de repente sobre un libro de otro para alabarle, vituperarle, comprobarle ó refutarle, tienen no poca dificultad, ya para la memoria, ya para la imitacion. Pero lo que es terrible, y creo ¡por Hércules! que ha de tener más fuerza para desalentar que para persuadir, es el haber querido tú que cada uno de nosotros sea en su género otro Roscio, añadiendo que no agradan tanto las cosas buenas como las malas fastidian. Pero yo creo que al orador se le juzga con más benevolencia que á un histrion. Así son oidos con atencion, cuando la causa es interesante, oradores muy roncos, al paso que si Esopo enronqueciera, todos le silbaríamos. En las artes que buscan el deleite del oido, ofende todo lo que disminuye este placer. Pero en la elocuencia hay muchas más cosas que atraigan,

y aunque no todas sean perfectas, basta que muchas lo sean para que la oracion nos parezca admirable.

»Y volviendo á nuestra primera cuestion, sea el orador, tal como lo defendió Craso, el que puede hablar de un modo acomodado á la persuasion. Enciérrese en la práctica vulgar y forense, y dejando los demas estudios, aunque sean nobles y señalados, trabaje en esto sólo dias y noches, imitando á aquel varon á quien todos conceden la palma de la elocuencia, al ateniense Demóstenes, que con tanto estudio y trabajo llegó á vencer los obstáculos de la naturaleza; pues siendo tartamudo, hasta el punto de no poder pronunciar la primera letra del arte que estudiaba, llegó á hablar más claro que nadie; y siendo de respiracion dificultosa, logró (como lo vemos en sus escritos) con sólo retener el aliento, alzar y bajar dos veces la voz en el mismo período. Y áun dicen que se metia piedrecillas en la boca, y que recitaba en alta voz y de un sólo aliento muchos versos, y esto no parándose en un lugar, sino andando y subiendo ágrias cuestas. Con estas exhortaciones, Craso, se debe convidar á los jóvenes al estudio y á la labor. Todas las demas artes y disciplinas, aunque en todas te distingues, las juzgo independientes del oficio y cargo del orador.»

Así que acabó de hablar Antonio, quedaron Sulpicio y Cota en duda sobre cuál de las dos opiniones se acercaba más á la verdad.

Entónces dijo Craso: «Nos has descrito al orador como una especie de operario, aunque no sé si lo juzgas así ó si has querido sólo valerte de tu admirable facilidad de refutacion, en la cual nadie te aventaja: la cual facultad es propia del orador, aunque ya la suelen usar los filósofos, sobre todo los que en cualquier asunto defienden las dos opiniones contrarias. Pero yo no entendia tratar, y más hablando en presencia de éstos, del abogado de ínfima clase que no se levanta sobre el interes de la causa, sino que me

formaba del orador, sobre todo en nuestra república, una idea más alta, cuando dije que no debia carecer de ningun género de cultura. Pero ya que has reducido á tan estrechos límites la profesion oratoria, más fácil te será exponernos lo que piensas sobre los preceptos de este arte. Pero quédese para mañana. Por hoy bastante hemos hablado. Ahora, Escévola, si quieres ir al Tusculano, descansa un poco hasta que pase el calor. Ya es tiempo tambien de que nosotros vayamos á descansar.»

Todos dijeron que sí; y Escévola añadió: «Siento haber dado á Lélio palabra de estar hoy en el Tusculano, porque oiria con mucho gusto á Antonio.»

Despues se levantó y dijo riéndose: «No me ha sido tan molesto el desprecio que haces de nuestro derecho civil, como grato el oirte confesar que le ignoras.»

LIBRO SEGUNDO.

En nuestra infancia, hermano Quinto, recordarás que era opinion muy acreditada la de que Lúcio Craso no tuvo más instruccion que la que suele adquirirse en los primeros años; pero que Marco Antonio carecia absolutamente de ella, y era ignorante. Muchos habia que sin creer esta opinion, tenian placer en divulgarla, para desalentar así más fácilmente á los que veian inflamados en el amor de la elocuencia. Porque si aquellos hombres, no siendo eruditos, habian alcanzado tan increible elocuencia, vano é inútil sería nuestro trabajo, y el afan de nuestro padre, óptimo y prudentísimo varon, en instruirnos. Refutábamos este parecer, como niños que éramos, citando como testigos domésticos á nuestro padre y á nuestro pariente Cayo Aculeo, y á nuestro tio Lucio Ciceron; porque del ingenio y doctrina de Craso nos habian hablado mucho nuestro padre, y Acúleo (casado con nuestra tia materna), á quien Craso tuvo más cariño que á nadie, y nuestro tio, que fué con Antonio á Sicilia. Y habiéndonos educado con nuestros primos los hijos de Aculeo, y aprendido lo que era del

agrado de Craso, y con los maestros que él elegia, vimos muchas veces (porque esto es cosa que hasta los niños pueden ver) que sabía el griego como si nunca hubiese hablado otra lengua, y conocimos por las cuestiones que él proponia á nuestros doctores, y por lo que trataba en conversacion, que nada era nuevo ni inaudito para él.

De Antonio, aunque habia oido contar muchas veces á nuestro buen tio cuánto se habia dedicado en Atenas y Rodas al trato con los hombres más doctos, sin embargo, cuanto lo consentia la timidez propia de un jóven, hice al mismo Antonio muchas preguntas. Y no será nuevo para tí lo que escribo, pues más de una vez te lo he dicho: que en tantas y tan variadas conversaciones como tuve con él, nunca me pareció rudo ni ignorante en cosa alguna que yo pudiera juzgar. Pero hubo en ambos esta particularidad: que Craso queria que se le tuviese por hombre docto, pero que despreciaba la ciencia de los Griegos anteponiéndoles en todo la sabiduría de los nuestros; miéntras que Antonio creia hacer más agradables sus discursos al pueblo fingiendo que lo ignoraba todo. Así, era punto de honra, en el uno, despreciar á los Griegos; en el otro, no conocerlos absolutamente. Por qué hacian esto, no me toca ahora averiguarlo: basta dejar sentado que nadie se aventajó en la elocuencia sin el estudio de los preceptos y sin una grande y variada sabiduría.

Porque las demas artes tienen sus propios límites; pero el bien decir, el hablar con sabiduría, elegancia y ornato, no tiene region bien definida cuyos términos le circunscriban. Todo lo que puede ser materia de controversia entre los hombres, debe decirlo bien el orador, si es que merece este nombre; por lo cual, si en nuestra Roma y en la misma Grecia, que tanto estimó siempre este arte, hubo muchos, que no sabiendo tanto, sobresalieron por su ingenio y facundia, no puedo conceder, sin embargo, que exista tanta elocuencia cuanta hubo en Craso y Antonio, sin el

conocimiento de todas las cosas que pueden ser materia del arte. Por eso he accedido gustoso á escribir el diálogo que ambos tuvieron sobre este asunto; ya para desterrar la opinion de que el uno no fué doctísimo, y el otro fué del todo ignorante; ya para compendiar y conservar por escrito lo que dos tan grandes oradores divinamente hablaron acerca de la elocuencia; ya para salvar del olvido y del silencio, en cuanto yo pueda, su fama, que ya va decayendo y borrándose. Si pudiéramos conocerlos por sus escritos, ménos necesario fuera este trabajo; pero el uno nos dejó muy pocas cosas, y éstas escritas en su juventud, y el otro nada escribió. Justo es, pues, que los que conservamos viva la memoria de tales hombres, procuremos hacerla inmortal en lo posible. Y emprendo este trabajo con tanta mayor esperanza, cuanto que no escribo de la elocuencia de Servio Galba ó de Cayo Carbon, donde podria yo fingir lo que quisiera, sin que la memoria de ninguno pudiera desmentirme, sino que escribo para los que más de una vez oyeron á los oradores de quienes hablo. De esta suerte, la memoria de los que conocieron á aquellos dos oradores vivos y presentes, servirá para trasmitir sus alabanzas á los que no pudieron oir á ninguno de ellos.

Ni me propongo, hermano carísimo y excelente, importunarte con esos libros retóricos que tienes por bárbaros. ¿Pues qué cosa hay más sesuda ni más elegante que tu diccion? Pero ya sea por prudencia, como sueles decir; ya por aquel pudor y timidez ingenua que detenia al mismo Isócrates, padre de la elocuencia; ya porque (como dices con chiste) juzgabas suficiente que hubiese un orador en una familia y áun en toda una ciudad, te has abstenido siempre de hablar en público. Pienso, sin embargo, que no colocarás este libro entre los que, por la aridez de su estilo, merecen ágria censura. En estos coloquios de Craso y Antonio creo que nada falta de lo que puede conocerse

y alcanzarse con sumo ingenio, infatigable estudio, copiosa doctrina y práctica grande: lo cual podrás juzgar muy fácilmente tú, que has querido aprender el arte por tí mismo, dejándome á mí la práctica. Mas para dar cima al empeño, no leve, que sobre mí he tomado, dejemos todo preámbulo, y volvamos al coloquio y disputa de nuestros interlocutores.

Al dia siguiente de la conversacion ya referida, cerca de la hora segunda, estando todavía Craso en la cama, y cerca de él sentado Sulpicio, y Antonio y Cota paseándose por el pórtico, se les presentó de repente Quinto Cátulo el viejo, con su hermano Cayo Julio.

Así que lo supo Craso, se levantó á toda prisa, no alcanzando á comprender la causa de visita tan inesperada; y despues de haberse saludado muy amistosamente como era costumbre entre ellos, les preguntó Craso: «¿Qué novedad os trae tan de mañana?

—Ninguna, dijo Cátulo, pues ya ves que es tiempo de juegos públicos; pero aunque nos tengas por impertinentes y molestos, te diré que, habiendo venido ayer tarde César de su granja Tusculana á la mia, se habia encontrado con Escévola, el cual le habia referido maravillas: que tú, de quien yo nunca habia conseguido con ruegos ni exhortaciones que hablases de estas cosas, habias disputado largamente de la elocuencia con Antonio, al modo de la escuela griega: entónces mi hermano me rogó encarecidamente que te trajera, á lo cual yo asentí por el deseo que tenía de oirte, si bien temia seros molesto. Escévola me habia asegurado que buena parte de la conversacion habia quedado para este dia. Si crees que hemos obrado con ligereza, atribúyeselo á César; si con amistad, á cualquiera de nosotros. Por lo demas, si no os somos molestos, nos alegraremos mucho de haber venido.»

Entónces dijo Craso: «Sea cualquiera la causa que aquí os haya traido, siempre me place ver en mi casa á tan bue-

nos amigos mios; pero quisiera que el motivo hubiera sido otro del que decís. Pues yo (y os lo digo como lo siento) nunca he quedado más descontento de mí mismo que ayer; aunque esto me sucedió más por mi condescendencia que por otra culpa mia, pues queriendo dar gusto á estos jóvenes, me he olvidado de que yo era un viejo, y he hecho lo que nunca hice ni áun de jóven: disputar sobre todo lo que abraza el arte de la palabra. Bien me ha venido que hayais llegado cuando está acabada mi parte y empieza la de Antonio.»

Respondióle César: «En verdad, Craso, tanto gusto tengo de oirte, que si no logro una controversia larga y seguida, á lo ménos he de disfrutar de tu cotidiana conversacion. Así veré si mi amigo Sulpicio ó Cota tienen más valimiento contigo, y te suplicaré que hagas algo en obsequio mio y de Cátulo; pero si no quisieres complacerme, no insistiré más, para que no me tengas por inepto, cosa que aborreces tanto.»

Respondió Craso: «En verdad que de todas las palabras latinas apénas hallo ninguna que tenga tanta fuerza como ésta. Paréceme que el que no tiene aptitud para una cosa, debe ser calificado de inepto, y así lo prueba el uso comun de nuestro lenguaje. El que dice las cosas fuera de tiempo, ó habla mucho, ó es vanaglorioso, ó no atiende á la dignidad y al interes de los que lo oyen, ó es incoherente y descompuesto, debe ser calificado de inepto. De este vicio adolece la eruditísima nacion de los Griegos, y como no les parece vicio, tampoco tienen nombre para él; pues si preguntas qué es lo que entienden los Griegos por inepto, no hallarás esta palabra en su lengua. De todas las inepcias, que son innumerables, no sé si hay otra mayor que la de los que suelen disputar con mucho aparato, en cualquier parte y ante cualquier auditorio, de cosas muy difíciles ó no necesarias. Esto tuve yo que hacer con harta repugnancia mia, movido por los ruegos de estos jóvenes.»

Entónces dijo Cátulo: «Ni los mismos Griegos que en sus ciudades fueron tan ilustres y esclarecidos como tú en la tuya y nosotros todos queremos serlo, fueron parecidos á esos Griegos que tanto molestan nuestros oidos; y, sin embargo, en los ratos de ocio no desdeñaban estas conversaciones y disputas. Y si te parecen ineptos los que no tienen consideracion con el lugar, el tiempo y los hombres, por ventura ¿no te parece acomodado lugar este pórtico donde estamos, esta palestra y estos asientos? ¿no te traen á la memoria los gimnasios y las controversias de los Griegos? ¿Te parece inoportuno éste tiempo de ocio tan deseado y tan rara vez concedido? ¿ó tendrás por hombres ajenos de estos estudios á todos los que aquí estamos, y que sin estos coloquios no podemos pasar la vida?

—Todo esto, dijo Craso, lo interpreto yo de otro modo, pues entiendo, Cátulo, que los mismos Griegos inventaron la palestra, los asientos y el pórtico para ejercicio y deleite, no para disputa; y hubo gimnasios muchos siglos ántes que los filósofos empezasen á graznar en ellos; y hoy mismo, que se han apoderado de todos los gimnasios, prefieren los circunstantes jugar al disco más bien que oir al filósofo, al cual abandonan en la mitad de su discurso por más que trate de materias de importancia, y se van á ungir á la palestra. Así prefieren á la utilidad más grave la diversion más frívola, segun ellos mismos confiesan. Dices que gozamos de descanso: pero el fruto del descanso ha de ser no la fatiga, sino el sosiego del ánimo.

»Muchas veces oí contar á mi suegro que cuando Lelio salia con Escipion al campo, se volvian niños los dos de una manera increible, escapando de la ciudad como quien escapa de una prision. Apénas me atrevo á contarlo de varones tan grandes; pero muchas veces oí referir á Escévola que solian ambos coger conchas en Gaeta y Laurento, y entretenerse en los más pueriles juegos y diversiones. Pues así como los pájaros construyen y edifican sus nidos

por causa de procreacion y utilidad, y luego que han terminado la obra vuelan libres y sin direccion como para recrearse, así nosotros, cansados de los negocios forenses y urbanos, deseamos volar libres de todo cuidado y trabajo. Por eso yo en la causa de Curio dije á Escévola como lo sentía: «Si ningun testamento está bien hecho sino los que tú escribes, iremos todos los ciudadanos á tu casa con las tablillas para que extiendas los testamentos de todos; pero entónces, ¿cómo desempeñarás los negocios públicos, cómo los de tus amigos, cómo los tuyos propios?» Y añadí: «porque para mí no es libre sino el que alguna vez no hace nada.» En esta opinion persisto, Cátulo, y ya que he venido aquí, nada me deleita tanto como no hacer nada y descansar del todo. Y lo que en tercer lugar añadiste, que la vida era para vosotros desagradable sin estos estudios, más bien que convidarme á la disputa, me detiene. Solia decir Cayo Lucilio, hombre docto y muy gracioso, que no queria que leyesen sus escritos ni los muy ignorantes ni los muy doctos, porque los unos no entendian nada, y los otros querian entender más de lo que él habia escrito. «No quiero, decia, que me lea Persio, varon el más docto de todos los nuestros; quiero que me lea Lelio Décimo, hombre de bien y no iliterato, pero en nada comparable con Persio.» De igual suerte yo, si tuviera que hablar de estos estudios nuestros, no quisiera que me oyesen los rústicos, pero mucho ménos los otros; prefiero que no se entienda mi oracion á que se reprenda.»

Entónces dijo César: «En verdad, Cátulo, que no hemos perdido el tiempo en venir aquí, pues esta misma recusacion de la disputa, es ya una disputa para mí muy agradable. Pero ¿por qué detenemos á Antonio, que se ha encargado de discurrir acerca de toda la elocuencia y á quien Cota y Sulpicio esperan ávidos hace mucho tiempo?

—Pero yo, dijo Craso, no permitiré á Antonio decir una

palabra, y me callaré yo mismo, si ántes no logro de vosotros una cosa.

—¿Cuál? dijo Cátulo.

—Que hoy os quedeis aquí.»

Y dudando Cátulo si aceptar (porque habia prometido á su hermano pasar el dia con él), dijo Julio: «Yo respondo por los dos; y aunque me impusieras la condicion de no hablar tú una palabra, me quedaria.»

Entónces se sonrió Cátulo, y dijo: «Ya no queda duda, porque en casa no he mandado que me esperasen, y César, que me tenía convidado, ha prometido quedarse, sin consultarme nada.»

Entónces fijaron todos la vista en Antonio, y éste dijo: «Escuchad, escuchad: oireis á un hombre no salido de la escuela y de los maestros, ni erudito en letras griegas, y hablaré con tanta más confianza, cuanto que nos oye Cátulo, á quien no sólo concedemos nosotros la palma en la pureza y elegancia de la lengua latina, sino tambien los Griegos en la suya. Pero como esto de la oratoria, sea artificio ó estudio, requiere siempre algo de audacia, os enseñaré, oh discípulos, lo que yo no aprendí nunca, lo que pienso sobre los distintos géneros oratorios.» Riéronse todos, y continuó Antonio: «La facultad oratoria me parece gran cosa, pero el arte mediano; porque el arte ha de versar sobre materias que se saben á ciencia cierta, al paso que el orador se ejercita en cosas opinables y que no se pueden reducir á ciencia: pues hablamos delante de los que nada saben, ó decimos los que nosotros mismos ignoramos; y por eso los distintos oradores sentimos y juzgamos muy diferentemente en unas mismas causas, y no sólo hablo yo contra Craso, y Craso contra mí, por donde es forzoso que uno de los dos no tenga razon, sino que muchas veces defiende un mismo orador, en causas semejantes, opiniones contrarias, siendo así que una sola puede ser la verdadera. Os hablaré, pues, si quereis oirme, de una cosa que está fun-

dada en la mentira, que nunca llega á ser ciencia y que se alimenta con las opiniones y errores de los hombres.

—Sí que te oiremos con placer, dijo Cátulo, y tanto más, cuanto que te presentas sin ostentacion alguna, puesto que has principiado no vanagloriosamente, sino atendiendo á la verdad mucho más que á esa supuesta dignidad y alteza de la materia.

—Así como hablando en general, dijo Antonio, afirmé que el arte no era gran cosa, así afirmo ahora que pueden darse algunos preceptos muy útiles para dominar los ánimos de los hombres y regir sus voluntades. Si alguno quiere llamar arte á estos preceptos, por mí no lo repugno, porque si muchos defienden causas en el foro sin sujetarse á ninguna razon ni principio, hay otros que, ya sea por el continuo ejercicio, ya por cierta disposicion natural, lo hacen con más destreza. Observando, pues, en cada género la razon por qué unos hablan mejor que otros, podrá llegar á constituirse una especie de arte, ya que no un arte perfecto; y ojalá que pudiera yo explicárosle tan claramente como le veo en el foro y en las causas. Pero yo veré lo que puedo alcanzar; ahora sólo diré, porque estoy persuadido de ello, que aunque la oratoria no sea un arte, nada hay más excelente que un buen orador. Y dejando aparte el poder que la palabra ejerce en toda ciudad tranquila y libre, tanto deleite causá ella por sí misma, que nada más agradable pueden oir ni entender los hombres. ¿Qué canto más dulce puede hallarse que una oracion armoniosamente pronunciada? ¿Qué versos más rotundos que un período concluido con artificio? ¿Qué actor tan agradable en la ficcion, como el orador en la realidad? ¿Qué hay más ingenioso que las sentencias agudas y frecuentes? ¿Qué más admirable que el esplendor de cosas y palabras? ¿Qué más perfecto que un discurso lleno de riquezas? Pues no hay materia ajena del orador, siempre que éste sepa tratarla con gravedad y ornato. A él pertenece el dar prudente consejo en los ne-

gocios dudosos; á él levantar al pueblo de su apatía ó refrenar sus ímpetus. La elocuencia sirve á la vez para castigar el fraude y para salvar al inocente. ¿Quién puede exhortar con más vehemencia á la virtud; quién apartar con más fuerza de los vicios; quién vituperar á los malvados con más aspereza; quién alabar tan magníficamente á los buenos; quién reprender y acusar los desórdenes; quién consolar mejor las tristezas? La historia misma, testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, ¿con qué voz habla á la inmortalidad sino con la voz del orador? Pues si hay alguna otra arte que enseñe la ciencia de usar y elegir las palabras, ó si de alguno más que del orador se dice que pueda formar el discurso y variarle y adornarle con el esplendor de palabras y sentencias, ó si hay otro arte fuera de este para hallar los argumentos y las ideas ó la descripcion y el órden, tendremos que confesar, ó que la materia que este profesa es ajena de él, ó que le es comun con otras artes. Pero si de ella sola han de tomarse la razon y los preceptos, por más que hablen bien los que profesan otras artes, habremos de confesar que el bien decir es propio de esta; pues así como el orador, segun decia ayer Craso, puede hablar con acierto de todas materias, aunque superficialmente las conozca, así los cultivadores de otras artes pueden hablar con elegancia si han aprendido algo de retórica; pero no porque el labrador use un estilo elegante en las cosas rústicas, ó el médico al tratar de las enfermedades, ó el pintor de pintura, hemos de creer que la elocuencia entra en sus respectivos conocimientos, porque es tal la fuerza del ingenio humano, que muchos, sin especial cultura, consiguen adivinar algo de todas las artes y ciencias. Pero aunque se pueda juzgar del objeto de cada una por lo que enseña, no es ménos cierto que todas las artes pueden sin la elocuencia alcanzar su fin; pero que sin ella no puede conseguirse el nombre de orador. Los

demas, si son disertos, lo deben en parte á este conocimiento; pero el orador, si no está preparado con armas domésticas, no puede tomarlas prestadas de otro arte.»

Entónces dijo Cátulo: «¡Oh Antonio, perdóname si te interrumpo, aunque no debiera cortar el hilo de tu discurso! No puedo ménos de exclamar como aquel personaje del Trinummo: «¡Con cuánto ingenio y elocuencia has expresado el poder de la palabra! Solo al hombre elocuente corresponde hablar de la elocuencia.» Pero sigue: estoy contigo en que solo á vosotros pertenece el arte de bien decir, y que si algun otro lo posee, es como prestado, no como propio.»

Dijo entónces Craso: «La noche, Antonio, te ha hecho más culto y humano; pues en tu discurso de ayer nos habias descrito un remero ú operario, falto de toda instruccion y cultura, y (como dijo Cecilio) hombre de un solo negocio.

—Ayer, contestó Antonio, me habia propuesto refutarte para apartar de tí estos discípulos; pero ahora que me oyen Cátulo y César, paréceme que debo no tanto disputar contigo, como decir lo que realmente pienso. Y ya que el orador ha de presentarse en el foro y á los ojos de los ciudadanos, hemos de ver qué cargo y obligacion le confiamos. Craso, ayer, cuando vosotros no estabais presentes, hizo en breves palabras la misma division del arte que suelen hacer los Griegos, y no dijo lo que él sentia, sino lo que habian enseñado otros. Afirmó que habia dos géneros de cuestiones: unas definidas, y otras indefinidas. Parece que entendia por indefinidas las que proceden en términos generales, vg.: ¿es apetecible la elocuencia? ¿lo son los honores? Y llamaba definida á la que trae designacion de personas y hechos, como son todas las causas que se tratan en el foro y entre ciudadanos. En mi opinion, éstas pueden dividirse en litigios y deliberaciones. En cuanto al tercer género que admitió Craso, y segun tengo entendido admite

el mismo Aristóteles, que tanto ilustró esta materia, aunque es conveniente, me parece ménos necesario.

—¿Cuál? dijo Cátulo. ¿El género demostrativo?

—El mismo, respondió Antonio; y eso que yo, y todos los que estaban presentes, se deleitaron mucho con el panegírico que hiciste de tu madre Opilia, la primera mujer, segun creo, á quien se ha concedido este honor en nuestra ciudad. Pero no creo que todos los discursos puedan reducirse al arte y á los preceptos; porque de las mismas fuentes de donde se toman las reglas generales, pueden tomarse las particulares del género demostrativo. Y aunque nadie las enseñara, ¿quién ignora lo que en un hombre puede alabarse? Tomemos por ejemplo el exordio de Craso en aquella oracion que pronunció contra su colega: «En los bienes que son de naturaleza ó de fortuna, consentiré con ánimo resignado que él me aventaje, pero no en los que el hombre puede adquirir por sí mismo.» Así, el que intente elogiar á alguno, no deberá omitir sus cualidades de fortuna; éstas son, el linaje, la riqueza, los parientes y amigos, el poder, la salud, la hermosura, la fuerza, el ingenio y las demas cualidades, ya de cuerpo, ya extrínsecas. Si tiene estas dotes, ponderará el buen uso que de ellas ha hecho; si no las tiene, la paciencia con que ha sobrellevado su falta; si las ha perdido, la moderacion con que ha sabido carecer de éllas. Despues elogiará los actos de sabiduría, liberalidad, fortaleza, justicia, magnificencia, piedad, gratitud, humanidad; en suma, cualquiera de sus virtudes. En todo esto, claro que ha de fijarse el que quiera alabar á una persona, como en los vicios contrarios el que se proponga vituperarla.

—¿Por qué dudas, dijo Cátulo, en admitir ese tercer género, puesto que está en la naturaleza de las cosas? Y no porque sea el más fácil hemos de excluirle del número de los otros.

—Es, dijo Antonio, porque no quiero tratar de todo

lo que alguna vez cae en la jurisdiccion del orador, aunque sea de poca monta, con tanto esmero como si nada pudiera decirse sin preceptos especiales. Tambien hay que dar muchas veces testimonio, y á veces muy por extenso, como me aconteció en la causa de Sexto Ticio, ciudadano codicioso y turbulento. En aquel testimonio tuve que explicar todos los actos de su consulado, la resistencia que habia hecho á los tribunos de la plebe y sus actos de sedicion contra la república. Mucho me detuve en esto, mucho tuve que oir, mucho que responder. Ahora bien: cuando des preceptos de elocuencia, ¿te parecerá necesario incluir entre ellos el modo de dar testimonios en juicio?

—No por cierto, dijo Cátulo; no me parece necesario.

—¿Y qué? si como suele acontecer á los varones esclarecidos, te mandan con embajadas de un general al Senado, ó del Senado á un general ó á un rey ó á un pueblo, en cuyo caso tendríamos que usar una oratoria más escogida, ¿nos parecerá esto bastante para admitir un nuevo género de causas ó preceptos especiales?

—De ninguna suerte, dijo Cátulo, porque al hombre elocuente no le faltará en estos casos la facilidad de hablar bien, adquirida en el manejo de otras causas y negocios.

—Pues por la misma razon, dijo Antonio; áun los mismos asuntos que requieren siempre cierta elegancia del lenguaje, y que yo mismo, al hacer ántes el elogio de la elocuencia, dije que eran propios del orador, no ocupan lugar alguno en la division de las partes, y se sujetan a preceptos determinados, y sin embargo deben tratarse con no menor ornato que los litigios, reprensiones, exhortaciones y consuelos; todo lo cual exige grande ornato de palabra, pero no reglas artificiales y oficiosas.

—Estoy conforme, dijo Cátulo.

—Ahora bien, dijo Antonio. ¿Crees que se necesita ser un grande orador para escribir historia?

—Para escribirla como los Griegos la escriben, respondió Cátulo, me parece necesario; para escribirla como los nuestros, basta que el historiador no sea mentiroso.

—No te burles de los nuestros, dijo Antonio; tambien los Griegos escribieron al principio como nuestro Caton, como Pictor, como Pison. La historia no era más que la composicion de los anales, en que para perpétua memoria consignaba el Pontífice máximo los acontecimientos de cada año, y los escribia en una tabla blanca, que suspendia á la puerta de su casa para que el pueblo pudiera leerla; costumbre que duró desde el principio de la república romana hasta el pontificado de Publio Mucio. Estos anales se llaman Máximos; siguieron muchos este modo de escribir, consignando sin la menor elegancia los tiempos, los sucesos y los lugares. Lo que entre los Griegos fueron Ferécides, Helánico, Acusilao y otros muchos, fueron entre los nuestros Caton, Pictor y Pison, que ni tienen elegancia en la frase (lo cual nos vino más tarde de Grecia), ni buscan otra alabanza que la de la brevedad, y la de que se entienda bien lo que dicen. Algo más se elevó y dió mayor dignidad á la historia aquel excelente varon Antipatro, amigo de Craso; los demas no fueron exornadores de los hechos, sino solamente narradores.

—Cierto es lo que dices, respondió Cátulo; pero el mismo Antipatro no adornó la historia con variedad de colores, ni atendió á la colocacion de las palabras, ni á la suavidad y elegancia del estilo, sino que trabajó como podia hacerlo un hombre, que no era muy docto ni muy literato: venció sin embargo, como has dicho muy bien, á los anteriores.

—No es de admirar, prosiguió Antonio, que todavía no se hayan escrito grandes historias en nuestra lengua, porque entre los nuestros nadie se dedica á la elocuencia, sino en cuanto ha de brillar en las causas y en el foro, al paso que entre los Griegos, los hombres más elocuentes, como

vivieron apartados de las causas forenses, se dedicaron á otro género, y sobre todo, á la historia: así de Herodoto, el príncipe de ésta, no sabemos que se ejercitase nunca en las causas, y eso que su elocuencia es tan grande, que áun á mí, que entiendo poco el griego, me deleita mucho. Vino en pos de él Tucídides, que, á mi parecer, venció á todos los demas en el artificio oratorio: tan grande es en él la abundancia de ideas, que iguala casi el número de las sentencias con el de las palabras, y es tan enérgico y cerrado en la frase, que apénas se puede determinar si las palabras ilustran en él á las cosas ó las cosas á las palabras. Y aunque anduvo mezclado en los negocios de la república, tampoco sabemos que defendiera ninguna causa, y sus libros los escribió cuando estaba ya apartado de los negocios y desterrado; suerte comun á todos los grandes hombres de Atenas. Siguió á este el siracusano Filisto, que siendo muy amigo de Dionisio el Tirano, gastó sus ocios en escribir historia, y á mi parecer se propuso á Tucídides por modelo. Despues salieron de la famosa escuela del retórico Isócrates dos grandes ingenios, Teopompo y Eforo; pero los dos se consagraron á la historia; ninguno de ellos á las causas forenses.

»De la filosofía salieron tambien, primero Jenofonte, discípulo de Sócrates; despues Calístenes, discípulo de Aristóteles y compañero de Alejandro. Escribia éste en estilo casi retórico; el otro, con más sencillez y sin llegar al ímpetu oratorio; pero si es ménos vehemente, es, á mi parecer, más dulce que el otro. Más reciente que éstos fué Timeo, hombre eruditísimo (en cuanto yo puedo juzgar), muy abundante en ideas y sentencias, y no inculto ni rudo en la composicion de las palabras: tuvo ciertamente grande elocuencia, pero no práctica forense.»

Habiendo acabado de hablar Antonio, dijo César: «¿Qué te parece, Cátulo? ¿Dónde están los que niegan que Antonio sepa griego? Cuantos historiadores nombró, ¡con

cuánta sabiduría y propiedad discurrió sobre todos ellos?

—En verdad, dijo Cátulo, que estoy admirado; pero mucho más me admiraba ántes de que siendo Antonio, como decian, poco instruido, fuera tanta su elocuencia.

—Por cierto, dijo Antonio, que suelo leer estos y algunos otros libros, no tanto por utilidad como por recreo en mis ratos de ocio. ¿He sacado algun fruto de ellos? Quizá alguno, pues así como andando al sol se me enciende la cara, aunque no sea este mi deseo, así cuando leo estos libros en Miseno, porque en Roma apénas tengo tiempo, siento que á su contacto se va encendiendo y coloreando mi discurso. Pero para que no os parezca mi inteligencia de los Griegos mayor de lo que en sí es, os diré que sólo conozco lo que escribieron para el vulgo; y en cuanto á vuestros filósofos, si alguna vez los he abierto, engañado por los títulos de sus libros, que ofrecen generalmente tratar de cosas conocidas y claras, vg., de la virtud, de la justicia, de la honestidad, del deleite, no entendí ni una palabra: tan concisas y enredadas son sus disputas. En cuanto á los poetas, nunca los toco, como si hablaran en otra lengua. Sólo me entretienen los historiadores, los oradores y los que han escrito para el vulgo de las gentes que no son muy eruditas. Pero vuelvo á mi asunto.

»Ya habeis visto cuán propio es del orador el escribir historia, y no sé si es la empresa más alta, atendida su variedad y la riqueza que ha de darse al estilo; y sin embargo, no encuentro sobre ella preceptos especiales en las obras de los retóricos: será porque son claros y evidentes. ¿Pues quién ignora que la primera ley de la historia es que el escritor no diga nada falso, que no oculte nada verdadero, que no haya sospecha de pasion y de aborrecimiento? Estos son los fundamentos conocidos de todos; pero el edificio estriba en las cosas y en las palabras. La narracion pide órden en los tiempos, descripcion de las regiones; y como en los grandes sucesos lo primero que se

ha de considerar es el propósito, lo segundo el hecho, y lo postrero el resultado, necesario es que indique el historiador, no sólo lo que se hizo y dijo, sino el fin y el modo como se hizo, y las causas todas, dando á la fortuna, á la prudencia ó á la temeridad la parte que respectivamente tuvieron; y no ha de limitarse á estas acciones, sino retratar la vida y costumbres de todos los que en fama y buen nombre sobresalieron. El estilo debe ser abundante y sostenido, flúido y apacible, sin la aspereza judicial ni el aguijon de las contiendas forenses. De todas estas cosas tan importantes, ¿hallareis ningun precepto en las artes de los retóricos?

»En el mismo silencio han dejado otros muchos oficios propios del orador: las exhortaciones, las consolaciones, los preceptos y advertencias; todo lo cual ha de tratarse con mucha elegancia, aunque no tiene lugar señalado en las artes que sobre esto se han escrito. Hay, sin embargo, en este género una materia casi infinita, porque la mayor parte de los oradores (como ántes decia Craso) distinguen dos géneros de elocuencia: versa el uno sobre causas fijas y determinadas, como son los litigios y deliberaciones, y áun puede añadirse el género demostrativo; el otro, que casi todos los escritores nombran y ninguno explica, comprende las cuestiones indefinidas sin designacion de persona ni de tiempo. Cuando dicen esto, no expresan, á mi parecer, con bastante claridad lo que pretenden; pues si al orador pertenece hablar de cualquier asunto indefinido, tendrá que decir de la magnitud del sol, y de la forma de la tierra, y de matemáticas, y de música, sin que pueda excusarlo en manera alguna. En una palabra: el orador que crea que entran en su jurisdiccion, no sólo las causas del lugar y tiempo definido, como son todas las forenses, sino las infinitas cuestiones generales, tendrá que confesar que no hay asunto que esté fuera de su dominio.

»Pero si queremos tambien conceder al orador ese gé-

nero de cuestiones vagas, libres y extensas, vg., de lo bueno y de lo malo, de lo apetecible y de lo que debe huirse, de lo honesto y de lo torpe, de lo útil y de lo inútil, de la virtud, de la justicia, de la continencia, de la prudencia, de la magnanimidad, de la liberalidad, de la piedad, de la amistad, de la buena fe, de las obligaciones, de las virtudes y de sus vicios contrarios, y si creemos que el orador ha de hablar asimismo de la república, del imperio, de la milicia, de la disciplina de la ciudad, de las costumbres; concedámoslo tambien, pero dentro de justos límites. En verdad que todo lo que pertenece al trato social, á la vida de los ciudadanos, á sus costumbres, al gobierno de la república, al estado social, al sentido comun, á las inclinaciones naturales, es materia propia del orador, y todo debe conocerlo, si no tanto que pueda contestar separadamente á cada una de estas cosas como hacen los filósofos, tanto á lo ménos como es necesario para intercalar esas materias con discrecion en una causa. Y debe hablar de estas cosas como hablaron los que constituyeron las leyes, el derecho y las ciudades: sencilla y espléndidamente, sin aparato de controversia, ni seca disputa de palabras. Y para que nadie se admire de que no dé yo precepto alguno sobre tantas y tan importantes materias, diré que así en esta como en las demas artes, aprendido lo más difícil, no hay para qué insistir en lo más fácil ó en lo muy semejante. Así, en la pintura, el que sabe hacer la figura de un hombre, puede, sin nuevas reglas, darle la edad ó las facciones que le parezcan mejor, y no hay peligro que sabiendo pintar un leon ó un toro, no pueda hacer lo mismo con cualquier otro cuadrúpedo. Pues no hay arte alguna en que el maestro tenga que enseñar todo lo que dentro del arte puede hacerse, sino que adquiridas las primeras nociones, fácil es deducir lo restante. Lo mismo pienso que sucede en este ejercicio ó facultad oratoria: el que haya adquirido la fuerza que puede mover á su arbitrio los ánimos de los que

oyen y han de decidir de los intereses de la república ó de los suyos propios ó de sus amigos y enemigos; el que tenga esta fuerza, digo, no necesitará especiales preceptos sobre cada género de discursos, á la manera que Policleto cuando labraba la estatua de Hércules, acertaba á esculpir la piel y la hidra, aunque nunca lo habia hecho separadamente.»

Entónces, dijo Cátulo: «Paréceme, Antonio, que nos has expuesto muy bien lo que debe saber el que se dedique á la oratoria, y aunque no lo haya aprendido, de dónde puede con facilidad tomarlo; pero sólo has hablado de dos géneros de causas; las demas, que son innumerables, las dejas á la experiencia y al ejercicio. Pero mira no sea que esos dos géneros sean para tí la hidra y la piel, y que el Hércules y todas las demas obras mayores se queden entre las cosas que omites. No me parece tan fácil hablar de las cuestiones universales como de las particulares, y es mucho más difícil tratar de la naturaleza de los Dioses que de los litigios humanos.

—No es así, replicó Antonio; y lo que voy á decir, Cátulo, no nace de mi ciencia, sino de mi larga experiencia. Créeme, todos los demas géneros de discursos son como juegos para un hombre que no sea rudo é inexperto, ni carezca de las letras y educacion que suelen tenerse, al paso que en las luchas forenses la dificultad es grande, y quizá la mayor que cabe en obra humana, pues muchas veces los ignorantes juzgan del mérito del orador por el éxito y la victoria, y además se presenta un adversario armado, á quien hay que herir y rechazar. Allí, el que ha de decidir la cuestion es muchas veces enemigo tuyo y amigo de tu adversario, ó está enojado contigo ó no te conoce; unas veces tendrás que instruirle, otras que desengañarle, ó reprimirle, ó incitarle ó moderarle con discursos acomodados á cada tiempo y causa, trayéndole muchas veces de la benevolencia al odio, ó del odio á la benevolencia, y ex-

citando los distintos afectos de severidad, indulgencia, tristeza y alegría. A todo esto ha de añadirse la gravedad de las sentencias, el peso de las palabras y la accion variada, vehemente, llena de alma, llena de espíritu, llena de verdad. El que consiga todo esto, y pueda, como Fidias, labrar la estatua de Minerva, no necesitará hacer nuevo estudio para cincelar el escudo de la Diosa.»

Entónces dijo Cátulo: «Cuanto más lo ponderas y encareces, tanto más entro en curiosidad de saber por qué medios y preceptos se adquiere esa fuerza prodigiosa; y no porque me interese mucho el saberlo, pues ya mi edad no es para aprender, y además, porque yo he seguido siempre otro género de oratoria que no arranca por la fuerza las sentencias de manos de los jueces, sino que más bien procura calmar sus ánimos y recibe con agradecimiento cuanto ellos se dignan conceder. Sin embargo, deseo oir esas explicaciones tuyas por satisfacer la curiosidad, más que por sacar provecho de ellas. Ni eres tú un retórico griego que repite los vulgares preceptos sin haber visto nunca el foro ni los juicios, á la manera que el peripatético Formion, cuando Aníbal expulsado de Cartago se refugió en Efeso en casa de Antioco y fué invitado por su huésped á que oyera á aquel filósofo que tenía gran fama entre ellos, dicen que habló con mucha elegancia, por espacio de algunas horas, de los oficios del general y de todo el arte de la guerra. Los oyentes estaban muy satisfechos, y preguntaron á Aníbal qué le parecia de aquel filósofo. Y dicen que el cartaginés respondió, no como elegante Griego, sino con toda libertad y franqueza, que habia visto muchos viejos delirantes, pero á ninguno que delirase tanto como Formion. Y tenía razon á fe mia. ¿Pues qué mayor arrogancia y locuacidad que atreverse un sofista griego que nunca habia visto enemigos ni campamentos, ni habia desempeñado ningun cargo militar, á dar preceptos á Aníbal que por tantos años habia disputado la victoria al

pueblo romano, dominador de todas las naciones? Así me parece que obran todos los que dan preceptos sobre el arte oratoria: quieren enseñar á los demas lo que ellos nunca aprendieron. Pero en esto quizá yerran ménos que Formion, porque no quieren enseñarte á tí (como él queria enseñar á Aníbal), sino á niños y á jovenzuelos.

—Te equivocas, Cátulo, dijo Antonio, pues yo mismo he tropezado ya con muchos Formiones. ¿Quién de esos Griegos deja de pensar que puede enseñárselo todo á cualquiera de nosotros? Y, sin embargo, no me son molestos. Fácilmente los sufro y tolero. A veces lo que dicen no me desagrada, y me libra del sentimiento de no haberlo aprendido. Los despido, pues, no con ofensas, como hizo Aníbal con aquel filósofo, sino más bien burlándome de su ridícula doctrina. Dividen todo el arte en dos géneros, controversia de causa y de cuestion. Llaman causa á toda controversia que se funda en hechos ciertos y determinados; cuestion, á la que es de materia indefinida. Dan preceptos sobre la causa, pero guardan harto silencio respecto de la cuestion. Cinco partes admiten en la elocuencia: invencion, disposicion, exornacion, memoria, y, finalmente, accion y pronunciacion. Esto, á la verdad, no es cosa muy recóndita; ¿pues quién no ve por sí mismo que nadie puede hablar bien si no sabe lo que va á decir, y las palabras y el órden con que ha de decirlas, y si no lo retiene en la memoria? No digo que estas divisiones sean inútiles, pero sí que son evidentes, y que poco importa que sean cuatro, cinco, seis ó siete las partes del discurso, ya que ni áun en esto se hallan de acuerdo los autores. Quieren éstos que en el exordio se haga al auditorio benévolo, dócil y atento: que la narracion sea verosímil, clara y breve: que despues se divida la causa ó se haga la proposicion: que se confirme nuestro parecer con argumentos y razones, y se refute el del contrario. Despues colocan algunos la conclusion ó peroracion, y otros

quieren que preceda al exordio una digresion que sirva á realzar ó amplificar lo que se ha dicho. Tampoco reprendo esta division, porque es ingeniosa, aunque no es práctica, como podia temerse de hombres faltos de experiencia. Los preceptos que ellos dan para los principios y narraciones deben observarse en todo el discurso. Porque más fácil es captarse la benevolencia de los jueces en el curso de la oracion, que cuando todavía no han oido nada; y más fácil es atraerse su docilidad y atencion cuando se muestra y explana el asunto, y cuando de mil maneras se conmueve el ánimo de los jueces, que cuando sencillamente se anuncia lo que se va á demostrar. Tienen razon en advertir que la narracion debe ser verosímil, clara y breve; pero muchos se equivocan en creer que estas cualidades son más propias de la narracion que del resto del discurso, y su error procede de juzgar que este arte no es desemejante de los otros, y que se parece, por ejemplo, al del derecho civil de que Craso nos hablaba el otro dia, en el cual deberian exponerse primero los géneros, siendo vicioso el omitir ninguno; despues las partes de cada género, sin que haya más ni ménos que las necesarias, y finalmente, las definiciones de cada vocablo, en que nada falte ni sobre. Pero si en el derecho civil, si en cosas pequeñas ó medianas pueden alcanzar esto los más doctos, no creo que acontezca lo mismo con el arte oratoria, que es de suyo tan inmensa. Y los que otra cosa piensen, acudan á los preceptistas y lo hallarán todo explicado y desenvuelto, pues son innumerables los libros de este arte, y no están oscuros ni escondidos. Pero vean bien si lo que quieren es salir armados al juego y al simulacro ó á la pelea. Una cosa es la lucha y la batalla, y otra muy distinta el juego y la palestra. Y sin embargo, el arte de la esgrima es útil al gladiador y al soldado; pero lo que hace á los varones invictos es el valor, presencia y serenidad de ánimo, aunque á estas cualidades bueno es que se agregue el arte

»Por lo cual, si yo hubiera de educar á un orador, miraria bien, ante todo, lo que él podia hacer. Quisiera yo que tuviese alguna tintura de letras, que leyera y oyera algo, que aprendiera esos mismos preceptos, y luégo que ejercitara la voz, las fuerzas, la respiracion, la lengua. Si entendia yo que él podia llegar á la perfeccion, y me parecia además hombre de bien, no sólo le exhortaria á trabajar, sino que se lo suplicaria. Tengo para mí que un excelente orador que sea al mismo tiempo hombre de bien, es el mayor ornamento de una ciudad. Pero si veia que á pesar de todos sus esfuerzos no podria pasar de mediano, le dejaria hacer lo que quisiera, sin molestarle en nada. Y si era del todo incapaz, le aconsejaria que lo dejase ó que se dedicase á otro estudio. Porque sóy de opinion, que al que tiene excelentes disposiciones se le debe ayudar siempre con nuestros consejos, y que tampoco debe desanimarse al que puede llegar á ser mediano, pues lo primero me parece propio de la Divinidad, y lo segundo, es decir, el no empeñarse en lo que no se puede hacer perfectamente, ó el continuar haciendo lo que no se hace del todo mal, es propio de la condicion humana; pero el dar voces á tontas y á locas es (como tú, Cátulo, decias de cierto declamador) reunir á voz de pregonero innumerables testigos de la propia necedad. Yo sólo hablaré del que merece ser ayudado con consejos, y le diré lo que la experiencia me ha enseñado, para que él, llevándome por guía, llegue al término adonde he llegado sin tener nadie que me mostrase el camino. Y para empezar por un amigo nuestro, me acuerdo, Cátulo, que cuando oí por primera vez á este nuestro Sulpicio, siendo todavía muy jóven y defendiendo una causa de poca importancia, descubrí en su voz, en su accion, en el movimiento del cuerpo y en todo lo demas, disposicion grande para la elocuencia: su discurso era acelerado y ardiente, condicion propia de su ingenio; sus palabras eran acaloradas y un poco redundantes, lo cual

no me disgustó por ser efecto de la edad. Me agrada que en el jóven se muestre esta fecundidad y exceso de vida; y así como en las vides es fácil cortar las cepas que arrojan demasiado, y no lo es cultivar nuevos sarmientos en tierra estéril, así quiero que haya en los discursos del jóven algo que se pueda cortar, porque no puede durar mucho el jugo en los talentos que llegan demasiado pronto á madurez. Conocí en seguida su índole, y sin perder tiempo le aconsejé que mirara el foro como una especie de palestra, y que eligiera un maestro, advirtiéndole que, á mi parecer, el mejor sería Lucio Craso; él prometió hacerlo, y áun añadió, sin duda en muestra de gratitud, que yo sería otro de sus maestros. No habia pasado un año de esta conversacion, cuando él acusó á Cayo Norbano, defendiéndole yo, y es increible cuánta diferencia me pareció notar entre lo que era entónces y lo que habia sido el año anterior. Ciertamente que su naturaleza le llevaba á aquel estilo magnífico y espléndido de Craso, pero nunca hubiera llegado á él si con todo ahinco y estudio no se hubiera propuesto imitar á Craso, fijando en la mente sus discursos. Mi primera regla será, pues, el modelo que ha de imitarse, y en este modelo las cualidades más dignas de imitacion. Añádase á esto el ejercicio, que sirve para reproducir el modelo que se imita, no como muchos imitadores que yo conozco, que sólo trasladan lo que les parece más fácil, ó lo que es un verdadero defecto. Nada más fácil que imitar el traje, la estatura ó el ademan de alguno. Tampoco es muy difícil remedar sus defectos: así este Julio, que con haber perdido la voz todavía es una calamidad para nuestra república, no alcanza el nervio que tuvo en el decir Cayo Fimbria, pero reproduce su maledicencia y sus defectos de pronunciacion; de suerte que ni supo elegir el mejor modelo, ni imitar en él más que los defectos. El que quiera evitar estos escollos, necesario es que elija un buen modelo, y, despues, que estudie bien

aquello que constituye su principal excelencia. ¿En qué pensais que consiste el que cada época haya tenido un género de elocuencia propio? Y esto no se ve tanto en nuestros oradores, porque dejaron pocos escritos que nos den luz, como en los Griegos, por cuyas obras podemos conocer el gusto é inclinaciones de cada tiempo. Los más antiguos de quienes se conservan oraciones son Pericles, Alcibiades y Tucídides, escritores sutiles, agudos y breves, más abundantes en sentencias que en palabras. Su estilo no hubiera podido ser tan igual si no se hubieran propuesto un mismo ejemplar y dechado. A estos siguieron Critias, Teramenes, Lisias. De Lisias hay muchos escritos; algunos de Critias; de Teramenes nunca ví ninguno. Todos éstos conservaban el nervio de Pericles, pero el hilo de su oracion era más abundante.

»Todos ellos habian tenido por maestro á Isócrates, de cuya escuela, como del caballo de Troya, no salieron más que príncipes. Unos sobresalieron en la pompa; otros en la batalla. Entre los primeros, se cuentan Teopompo, Eforo, Filisto, Pancrates y muchos otros de diverso ingenio, pero semejantes entre sí, y con su maestro, en el gusto. Y los que se dedicaron á las causas forenses como Demóstenes, Pericles, Licurgo, Esquines, Dinarco y otros muchos, aunque no fueron iguales entre sí, se parecieron todos en el arte de imitar la naturaleza; y miéntras esta imitacion duró, se mantuvo la sencillez y el buen gusto; pero despues que ellos murieron y su memoria se fué oscureciendo y apagando, empezó á florecer otro estilo más muelle y remiso.

Entónces florecieron Democares (á quien dicen hijo de una hermana de Demóstenes) y Demetrio Falereo, que á mi parecer fué más culto que todos ellos y tuvo muchos imitadores; y si quisiéramos prolongar esta reseña hasta nuestro tiempo, hallaríamos á Menecles Alabandense y á su hermano Hiérocles, á quien, segun he oido, imita ahora

toda el Asia, por que siempre hay alguno á quien los demas quieren parecerse.

»El que quiera con la imitacion alcanzar tal excelencia, debe ejercitarse contínuamente en hablar y en escribir, y á buen seguro que si nuestro Sulpicio lo hiciera, sería mucho más sobrio su estilo, en el cual (como de las hierbas dicen los rústicos) suele notarse, en medio de una gran riqueza, cierto lujo excesivo que convendria enmendar.»

Entónces dijo Sulpicio: «Razon tienes en advertírmelo, y mucho te lo agradezco, aunque tampoco creo, Antonio, que tú hayas escrito mucho.»

Replicó Antonio: «¡Como si no pudiera yo aconsejar á otros lo que yo mismo no hago! Dicen que escribo tan poco, que dicen que ni áun llevo mis cuentas; pero te probará lo contrario el estado de mi hacienda y el estilo de mis discursos, por poco que valgan. Veo que hay muchos que á nadie imitan, y por su propio ingenio hablan como quieren, sin parecerse á nadie, lo cual puede advertirse en vosotros, César y Cota, de los cuales, el uno tiene una sal y gracia desconocida de nuestros oradores, y el otro un género de decir agudo y sutil. Ni Curio, que es casi de nuestro mismo tiempo, parece que se propuso imitar á nadie (aunque su padre fué, á mi parecer, el más elocuente de su tiempo, si no en lo grave de las palabras, en la elegancia y riqueza) puede decirse que se forjó un estilo y manera propios, lo cual pude juzgar en la causa que defendió contra mí ante los Centunviros en defensa de los hermanos Cosos, en la cual nada se echó de ménos de cuanto puede exigirse á un facundo y sabio orador.

»Pero traigamos ya al hecho de la causa al orador á quien instruimos, y fijémonos sobre todo en los juicios y pleitos que tienen más dificultad. Quizá se burle alguno del precepto que voy á dar, pues no es tan agudo como necesario, y parece más propio de un prudente consejero que de un erudito maestro. Lo primero que le recomiendo

es que estudie bien la causa que va á defender. Estos preceptos no se dan bien en las escuelas, porque las causas que se proponen á los muchachos son fáciles, vg. esta: La ley prohibe al extranjero subir al muro; un extranjero sube, rechaza á los enemigos y es acusado. Poco trabajo cuesta el entender esta causa; por eso los maestros de retórica, no dan ningun precepto sobre este particular, como que en las escuelas la causa es una mera fórmula.

«Pero en el foro hay que conocer los documentos, los testimonios, los pactos, convenios, estipulaciones, parentescos afinidades, decretos, respuestas; finalmente, toda la vida y costumbres de los que litigan, y la ignorancia de estas cosas hace que se pierdan muchas causas, sobre todo de las privadas, que son casi siempre las más oscuras. Algunos hay que por querer dar mucha importancia á su trabajo, y extender su nombre por el foro, y volar, digámoslo así, de causa en causa, se ponen á defender algunas que les son enteramente desconocidas. En lo cual merecen grave censura ó de negligencia ó de perfidia, porque cualquiera tiene que hablar muy mal de lo que no sabe. Y así, queriendo librarse de la tacha de inercia, incurren en otra mucho más grave, y por ellos más temida, que es la de torpeza. Yo suelo hacer que cada uno me informe de su negocio, y esto sin que ninguno esté presente, para que pueda él hablar con más libertad. Defiendo yo la causa del adversario; defiende el cliente la suya, y encuentra ocasion de desarrollar todos sus argumentos. Cuando él se ha retirado, procuro representar yo, sin pasion alguna de ánimo, tres papeles; el mio, el del adversario y el del juez. Elijo para el discurso los argumentos que tienen más ventajas que inconvenientes, y rechazo del todo los que no están en ese caso. Así consigo pensar lo que he de decir, ántes de decirlo, al contrario de lo que hacen muchos fiados en su ingenio. Y ciertamente que algo mejor habla-

rian si se tomasen algun tiempo para meditar las causas ántes de defenderlas.

»Cuando he conocido ya el asunto y la causa, me fijo en el punto de la dificultad. No hay caso de duda, ya se trate de una acusacion criminal, ya de una controversia de herencia, ya de una deliberacion de guerra, ya de la alabanza de una persona, ya de una disputa sobre el método de vida, en que no se pregunte qué es lo que se ha hecho, ó lo que se va á hacer, ó cual es el asunto, ó cómo se ha de calificar.

»En nuestras causas, como son casi siempre criminales, basta generalmente negar. Así sucede en las causas de *peculado*, que son tan frecuentes. En las de concusion no es fácil distinguir siempre la liberalidad y generosidad de la ostentacion y del soborno; pero en las causas de asesinato, de envenenamiento, de *peculado*, es necesario negarlo todo. Este es el primer género de causas, fundado en controversias de hecho. En las deliberaciones no se suele tratar del hecho presente ó pasado, sino del futuro. Muchas veces no se pregunta si la cosa es ó no es, sino cómo es; así, cuando el cónsul Cayo Carbon defendia ante el pueblo la causa de Lucio Opimio, no negaba la muerte de Cayo Graco, sino que sostenia haber sido hecha con justicia y por la salvacion de la patria. A este mismo Carbon, siendo tribuno de la plebe y gobernando con muy distintas ideas la república, le habia contestado Publio Escipion Africano que la muerte de Tiberio Graco habia sido justa y legítima. Todas estas causas se pueden defender con argumentos de conveniencia, ó de necesidad, ó de imprudencia ó de acaso. Se disputa á veces sobre el nombre, como nos sucedió á Sulpicio y á mí en la causa de Norbano: yo concedia casi todo lo que éste me objetaba; pero no que el reo hubiese incurrido en el crímen de lesa majestad, del cual, segun la ley Apuleya, dependia toda aquella causa. En este género de cuestiones previenen algunos que se

definan clara y brevemente las palabras en que la causa consiste; pero esto me parece muy pueril, porque de muy diverso modo se define cuando se disputa entre hombres doctos de las cosas que son materia de ciencia, vg., qué es el arte, qué es la ley, qué es la ciudad. En estos casos mandan de consuno la razon y los preceptos que se exprese de tal manera la naturaleza de la cosa que se define, que ni falte ni sobre nada. Lo cual ni Sulpicio hizo en aquella causa, ni yo procuré hacer. Pero en cuanto pudimos, explicamos con gran copia de palabras lo que era crímen de lesa majestad. Porque una definicion, en cuanto se reprende, añade ó quita una palabra, es un argumento perdido y que se nos arranca de las manos: además, por su forma huele á enseñanza y ejercicio pueril, y no puede penetrar en el ánimo y en la mente del juez, pues pasa y desaparece ántes que él haya podido hacerse cargo de ella.

»Pero cuando se duda sobre la naturaleza del hecho, suele nacer toda controversia de la interpretacion de un escrito en que hay alguna cosa ambigua. Aun cuando el escrito discrepa de la sentencia, hay cierto género de ambigüedad, la cual se disipa supliendo las palabras que faltan, añadidas las cuales, se explica y deja claro el sentido de lo escrito. Cuando hay dos escritos contrarios, no nace un nuevo género de controversia, sino que se duplica la causa del género anterior, porque, ó no se podrá resolver la dificultad, ó se resolverá sólo supliendo algunas palabras en el escrito que defendemos. Así es que todas estas causas pueden reducirse á un sólo género de controversia: ambigüedad en los términos.

»Muchos géneros hay de ambigüedad y los conocen muy bien los dialécticos; pero no los oradores, aunque debian no ménos saberlos, porque es frecuentísima en todo escrito ó discurso la ambigüedad que nace de haberse omitido una ó várias palabras. Y es grave error de los nuestros haber separado este linaje de causas que estri-

bán en la interpretacion de un escrito, de aquellas otras en que se discute la naturaleza de una cosa, pues esto se hace casi siempre por escrito y nada tiene que ver con la controversia de hecho. Tres son, pues, los géneros de causas en que puede haber duda: qué se hace, se ha hecho ó ha de hacerse; cómo se califica y cómo ha de llamarse. Y aunque los Griegos añaden un cuarto género, «si se obró con rectitud,» esto entra en la calificacion misma del hecho.

»Pero vuelvo á mi asunto. Cuando conocido el género de la causa empiezo á tratarla, determino ante todo el fin á donde se ha de encaminar todo el discurso para que sea propio de la cuestion y del juicio: despues me fijo en los medios de hacerme agradable á los oyentes y de conmover sus ánimos para determinarlos á lo que deseo. Todo el arte de la persuasion consiste en probar que es cierto lo que defendemos, en atraernos la benevolencia de los oyentes, y en mover sus afectos del modo más favorable á nuestra causa.

Tiene el orador dos géneros de pruebas: uno que él no inventa, sino que, dadas por el mismo asunto, despues con el raciocinio las desarrolla, vg., escritos, testimonios, pactos, cuestiones, leyes, decretos del Senado, sentencias en juicios, decretos, respuestas de los jurisconsultos, y todo lo demas que la causa y los reos facilitan. El segundo género de pruebas estriba todo en argumentacion y razonamiento. Por eso, en el primer caso importa sólo el modo de tratar los argumentos; en el segundo hay que inventarlos. Los mismos que dividen las causas en muchos géneros, señalan á cada uno de ellos gran copia de argumentos, lo cual, aunque sea útil para educar á los principiantes, porque, una vez presentada la causa, tengan á donde acudir en demanda de argumentos, sin embargo es muestra de ingenio tardo el buscar los arroyos y no ver las fuentes de las cosas, y ya en nuestra edad y en nuestra experiencia

debemos tomarlo todo desde su orígen y fuente. Y en primer lugar, debemos tener bien meditadas, para hacer uso de ellas en toda ocasion oportuna, las pruebas del primer género, vg.: por los escritos y contra los escritos, por los testigos y contra los testigos, por las cuestiones y contra las cuestiones, ya separada y universalmente, ya determinando personas, tiempos y causas. A vosotros, Cota y Sulpicio, os recomiendo mucho estudio y meditacion sobre estos argumentos, para que siempre se os ofrezcan fáciles y explícitos. Largo sería explicar la manera de confirmar ó de refutar los testigos, los documentos, las cuestiones: todo esto exige poco ingenio, pero mucho ejercicio; y sólo es necesario el arte y los preceptos para exornar los argumentos con elegancia de estilo. La invencion de las pruebas del segundo género, obra en todo del orador, no es difícil, pero requiere una explicacion lúcida y ordenada. Por eso, en toda causa debemos atender primero á lo que se va á decir; segundo, al modo de decirlo. Lo primero, aunque requiere arte, no excede los límites de una mediana prudencia; en lo segundo, es decir, en el estilo adornado copioso y vário, es donde más lucen la naturaleza y facultades del orador.

»De la primera parte no rehusaré hablar, ya que teneis tanto empeño; pero no sé con qué acierto lo ejecutaré: vosotros sereis jueces.

»Os diré de qué fuentes puede tomar el orador sus argumentos para conciliar los ánimos, enseñarlos y moverlos. En cuanto al modo de ilustrarlos, presente está quien puede enseñar á todos, quien introdujo primero este arte en nuestras costumbres, quien más le perfeccionó, quien le ha ejercitado casi solo.

»Pues yo, Cátulo (y lo diré sin temor de pasar por lisonjero), pienso que no ha habido en nuestra edad ningun orador algo ilustre, así griego como latino, á quien yo más de una vez, y con diligencia, no haya oido. Y si algun ta-

lento hay en mí (lo cual casi me atrevo á creer, viendo que vosotros, hombres de tanto ingenio, prestais tal atencion á mis palabras), consiste en que nunca oí decir á un orador nada que inmediatamente no se fijase en mi memoria. Pero si algo vale mi juicio, sin vacilar afirmo que de cuantos oradores he oido, ninguno ha aventajado á Craso en ornato y gala de elocucion. Si á vosotros os parece lo mismo, creo que no llevareis á mal esta division del trabajo; es decir, que yo, despues de engendrar, criar y robustecer al orador, se le entregue á Craso para que le vista y adorne.»

Entónces dijo Craso: «Sigue educándole, Antonio, ya que empezaste; pues no es digno de un padre bueno y generoso dejar de vestir y adornar al hijo á quien procreó y educó, especialmente cuando no puedes negar que eres rico. Pues ¿qué ornamento, qué fuerza, vigor ó dignidad pudo faltar al orador que, en la peroracion de una causa, no dudó en hacer levantar de su asiento á un reo consular, y rasgando su túnica, mostrar á los jueces las cicatrices de las heridas que habia recibido aquel anciano general? ¿O cuando defendia á un hombre turbulento y sedicioso acusado por nuestro Sulpicio, y no dió en elogiar la sedicion misma, demostrando con gravísimas palabras que muchos ímpetus del pueblo no son injustos, y que nadie puede atajarlos, y que muchas sediciones han sido útiles á la república, vg., la que expulsó á los reyes ó la que constituyó la potestad tribunicia; y que la sedicion de Norbano, como producida por la indignacion de los ciudadanos y por el odio contra Cepion que habia perdido su ejército, era justa y no habia podido reprimirse? ¿Cómo pudo tratarse un argumento tan difícil, tan inaudito, resbaladizo y nuevo, sino con una increible vehemencia y habilidad en el decir? ¿Y qué diré de la conmiseracion que logró excitar á favor de Cneo Manlio y de Quinto Rex y de otros innumerables, en cuyas causas no sólo brilló la sin-

gular agudeza de ingenio que te conceden todos, sino las mismas cualidades que ahora tan liberalmente me otorgas?»

Entónces dijo Cátulo: «Lo que yo más suelo admirar en vosotros, es que siendo tan desemejantes en el modo de decir las cosas, hablais de tal manera que parece que ni la naturaleza ni el arte os han negado nada. Por lo cual, oh Craso, no nos prives de tu agradable conversacion, y si algo olvida ó deja de decir Antonio, explicanoslo tú, aunque jamás atribuiremos, Antonio, tu silencio á que no hubieras podido decirlo tan bien como Craso, sino á que has querido dejárselo á él.»

Entónces dijo Craso: «¿Por qué, Antonio, no omites eso que ibas á decir y que nadie de los presentes necesita, es decir, las fuentes ó lugares de donde pueden sacarse los argumentos? Pues aunque tú sabrias tratarlo de un modo nuevo y excelente, al cabo es cosa fácil, y son ya muy conocidos esos preceptos. Dínos más bien los recursos oratorios que sueles emplear, y siempre con mucho acierto.

—Sí que lo haré, dijo Antonio, para conseguir de tí más fácilmente lo que deseo, no negándote yo nada. Tres son las razones en que todos mis discursos, y áun la misma facultad de hablar que Craso ensalzaba tanto, se fundan: la primera conciliar los ánimos; la segunda instruirlos, y la tercera moverlos: para lo primero se requiere cierta suavidad de diccion; para lo segundo agudeza, y para lo tercero fuerza. Porque es necesario que el que haya de sentenciar nuestra causa se incline á nosotros, ó por natural propension, ó por los argumentos que presentemos, ó por mocion de afectos. Pero como esta doctrina parece que está contenida casi entera en la parte del discurso que encierra la explicacion y defensa de los hechos, de esta hablaré primero, aunque poco, porque muy pocas son las observaciones que sobre esto tengo hechas y guardo en la memo-

ria. Con gusto seguiré tus sabios consejos, Lucio Craso, dejando aparte las defensas para cada una de las causas, que suelen enseñar los maestros á los niños, y fijándome sólo en los principios, de donde fácilmente desciende el raciocinio á todo linaje de causas y discursos. Pues no siempre que se escribe una palabra se ha de pensar en cada una de las letras de que se compone, ni cuantas veces se defiende una causa, otras tantas se ha de recurrir á los argumentos que le están subordinados, sino tener ciertos lugares comunes que se nos presenten con tanta facilidad como las letras al escribir la palabra. Pero estos lugares sólo pueden ser útiles al orador que esté versado en los negocios, ya por la experiencia y la edad, ya por el estudio y diligencia en oir y aprender, que muchas veces se adelanta á la edad. Aunque me presentes un hombre erudito, severo y agudo en el pensar y expedito en la pronunciacion, si no está versado en las leyes, ejemplos é instituciones de la ciudad, si es peregrino en las costumbres y voluntades de sus conciudadanos, no le servirán mucho los lugares de donde se toman los argumentos. Lo que se necesita es un ingenio cultivado, no como el campo que se ara una sola vez, sino como el que se renueva muchas veces para que dé mejores y más copiosos frutos. El cultivo del ingenio consiste en la práctica del foro, en la lectura, en la instruccion y en el ejercicio de escribir. Lo primero que el orador ha de ver es la naturaleza de la causa, porque siempre se trata, ó del hecho mismo, ó de su calificacion, ó del nombre que le pertenece. Conocido esto, el buen juicio enseña mejor que los rodeos de los retóricos lo que constituye el nudo de la causa, sin lo cual la causa misma no existiria: finalmente, la cuestion que viene á juicio. Los retóricos enseñan á buscar los argumentos de este modo: Mató Opimio á Graco. ¿En qué estriba la causa? En que le mató por el bien de la república y llamando á los ciudadanos á las armas por un *senatus-consultum*. Si esto qui-

tas, no habrá controversia; pero Decio niega que la muerte haya sido legítima. La cuestion que se litíga es, pues, la siguiente ¿Fué lícito el darle muerte por un *senatus-consultum* y para salvar la república? Todo esto es evidente, y el sentido comun lo dicta; pero lo que conviene hallar son los argumentos que han de alegar el acusador y el defensor sobre el asunto en litigio. Y aquí es de notar un grande error de los maestros á quienes enviamos nuestros hijos; no porque esto tenga mucho que ver con la elocuencia, sino para que veais cuán torpes y rudos son esos hombres que se tienen por tan eruditos. Admiten dos géneros de causas: uno de cuestiones universales sin personas ni tiempos; y otro en que se fijan los tiempos y las personas. Y no saben que toda controversia viene á resolverse en principios universales. En la misma causa que propuse ántes, nada importa para los argumentos del orador la persona de Opimio ni la de Decio, porque la cuestion es general; es decir: ¿habrá de ser castigado el que mata á un ciudadano por salvar la patria y en virtud de un *senatus-consultum*, aunque las leyes no lo permitan? No hay causa alguna de cuantas vienen á juicio donde el interes dependa de la persona de los reos, y no de las proposiciones universales. En las mismas cuestiones de hecho, vg., si Publio Decio tomó dinero contra lo prevenido por las leyes, es necesario reducir los argumentos á proposiciones universales. Si el reo fué pródigo, trataremos del lujo; si ávido de lo ajeno, de la avaricia; si sedicioso, de los malos y turbulentos ciudadanos. Si las acusaciones son muchas, de la calidad de los testimonios. Y por el contrario, las pruebas en defensa del reo han de abstraerse de las condiciones de persona y tiempo y resolverse en un principio más general. Quizá á un hombre que no comprenda rápidamente la naturaleza de las cosas, le parezcan muchos y complicados los puntos que se litigan en una cuestion de hecho: pero aunque el número de las acusaciones sea

casi infinito, no lo es tanto el de las defensas y el de las pruebas.

»Cuando no se duda del hecho, búsquese la calificacion que ha de dársele. Si atiendes á los reos, estas calificaciones serán innumerables y oscuras; si te fijas en las cosas mismas, serán muy pocas y muy claras. Porque si reducimos la causa de Mancino á la sola persona de Mancino, siempre que los enemigos no quieran recibir al ciudadano que se les entrega, nacerá una nueva causa. Pero si la controversia es: ¿puede considerarse que tiene el derecho de *Post liminio* el ciudadano que es entregado á los enemigos, pero no recibido por ellos? nada importa aquí para los argumentos de defensa el nombre de Mancino. Y si la dignidad ó indignidad del hombre añade algo á la gravedad del caso, esto queda fuera de la cuestion, y así y todo habrá que referirlo á otro principio más general. Yo no defiendo esto por empeño de censurar á los retóricos, aunque merezcan reprension por haber admitido un género de causas concretado á tiempos y personas. Pues aunque intervengan tiempos y personas, siempre se ha de entender que no de éstas, sino del género de la cuestion, depende la causa. Pero esto nada importa ahora, ni es ocasion de disputar con los retóricos. Basta entender que ni siquiera han conseguido, á pesar de estar apartados de los negocios forenses, discernir los géneros de las causas y explicarlos con alguna claridad. Repito que esto no me atañe. Lo único que me importa, y mucho más á vosotros, Cota y Sulpicio, es que, segun la doctrina de ésos, ha de ser temible y áun infinita la muchedumbre de causas, porque habrá tantas como personas. Pero si se refieren á cuestiones generales, serán tan pocas, que los oradores diligentes, memoriosos y sobrios podrán tenerlas todas en el pensamiento y recordarlas cuando el caso llegue; á no ser que creais que en la causa de Marco Curio, empleó Lucio Craso argumentos personales para probar que Curio,

aunque no era hijo póstumo, debia heredar á Coponio. Para la abundancia de argumentos y la naturaleza de la causa, nada influia el nombre de Coponio ni el de Curio; la cuestion era universal y no dependiente de personas ni de tiempos, porque el testamento decia: «Si me naciere un hijo y *éste* muriere, *aquél* será entónces mi heredero.» La cuestion es ver si, no habiendo nacido el hijo, debe heredar el legatario establecido para el caso en que el hijo muriere. Es un punto de derecho civil universal y perpétuo, que no requiere nombres de personas, sino arte en el decir y buena eleccion de argumentos. En esto, los mismos jurisconsultos nos ponen obstáculos y nos apartan del estudio de su arte. Veo en los libros de Caton y de Bruto las consultas que ellos dieron sobre puntos jurídicos á tal ó cual varon ó mujer, con sus nombres expresos, como si quisieran persuadirnos de que en los hombres y no en las cosas estaban los motivos de la consulta ó la duda, para que desistiésemos de conocer el derecho, perdiendo á la vez la voluntad y la esperanza de aprenderle, por ser las personas tan innumerables.

»Pero esto ya Craso nos lo explicará algun dia, distribuyendo las cuestiones en géneros, porque has de saber, Cátulo, que ayer nos prometió reducirlas á ciertas divisiones y formar un arte del derecho civil, que ahora anda disperso y confuso.

—Y ciertamente, dijo Cátulo, esto no ha de serle difícil á Craso, porque aprendió del derecho civil cuanto se puede saber, y además tiene lo que ha faltado á sus maestros; así es que puede escribir é ilustrar con elegancia todo lo que pertenece al derecho.

—Esto, dijo Antonio, lo aprenderemos todos de Craso, cuando cumpla su propósito de trasladarse del tumulto del foro al tranquilo asiento del jurisconsulto.

—Muchas veces le he oido decir, replicó Cátulo, que tenía pensamiento de alejarse de los negocios y de las cau-

sas; pero yo le respondo que esto no le será lícito, ni podrá consentir que tantos hombres de bien imploren en vano su auxilio, ni lo podrá tolerar la misma Roma, que careciendo de la voz de Lucio Craso quedará privada de uno de sus mejores ornamentos.

—A fe mia, dijo Antonio, que si Cátulo dice verdad en esto, tú, Craso, y yo, tendremos que moler juntos en la misma tahona y dejar el ocio y el descanso para la perezosa y soñolienta sabiduría de los Escévolas y de otros no ménos felices.»

Craso se sonrió entónces blandamente, y dijo á Antonio: «Prosigue lo que has empezado: ojalá me restituya pronto á mi libertad esa soñolienta sabiduría, así que me refugie en ella »

—He acabado ya lo que tenía que decir, dijo Antonio; pues queda probado que no en la infinita variedad de los hombres y de los tiempos, sino en la naturaleza y en los principios generales recae la duda y controversia; y que los géneros, no sólo son en número limitado, sino muy pocos, de suerte que sea cual fuere la materia del discurso, los que sean estudiosos de la oratoria pueden fácilmente construir, disponer y exornar con palabras y sentencias el discurso en todas sus partes. Las palabras se ofrecerán naturalmente, y siempre serán felices, si nacen de las entrañas mismas del asunto. Mas si quereis saber con verdad lo que pienso (pues no me atrevo á afirmar sino mi parecer y opinion), digo que debemos llevar al foro todo este arsenal de principios y argumentos universales, y no escudriñar para cada asunto los lugares comunes y sacar de ellos las pruebas. Esto es fácil á todo el que despues de algun estudio y práctica presta la debida atencion á las cosas; pero siempre se elevará el pensamiento á los principios y lugares capitales de donde nacen las pruebas para todo el discurso. Todo esto es obra del arte, de la observacion y de la costumbre: despues de saber el coto donde

vamos á cazar, nada se nos escapará, y cuanto pertenezca al asunto nos saldrá al encuentro y caerá en nuestro poder, si es que tenemos alguna práctica de negocios.

»Como para la invencion son necesarias tres cosas: primero, agudeza de ingenio; segundo, método, ó si quereis, arte; tercero, diligencia; no puedo ménos de conceder al ingenio la primacía, por más que el mismo ingenio se aguza con la diligente aplicacion, que vale tanto en las causas como en todo lo demas. Esta debemos cultivar y ejercitar principalmente; con esta se consigue todo. Conocida ya en todos sus ápices una causa, es preciso oir atentamente al adversario y fijarnos no sólo en sus pensamientos, sino en todas sus palabras y en su semblante, que muchas veces revela los afectos del alma; pero esto ha de hacerse con disimulacion, para que el adversario no se aproveche de nuestra torpeza. La atencion hace que el orador ordene en su mente los lugares de que ántes hablé, y se vaya insinuando hasta las entrañas de la causa, sirviéndose de la luz de la memoria. El estudio finalmente corrige y perfecciona la voz y el gesto. Entre el ingenio y la aplicacion poco lugar queda para el arte. El arte te dice dónde encontrarás lo que deseas; todo lo demas depende del estudio, de la atencion, de la vigilancia, asiduidad y trabajo; de la diligencia, en una palabra; porque esta virtud comprende todas las restantes. Ya vemos qué abundancia de diccion tienen los filósofos; los cuales (como tú, Cátulo, mejor que yo sabes) no dan precepto alguno de oratoria, y sin embargo hablan copiosa y elegantemente de cualquier asunto que se les proponga.»

Entónces dijo Cátulo: «Dices bien, Antonio, que muchos filósofos no dan precepto alguno de oratoria, sino que tienen preparado siempre algo que decir en cualquier materia. Pero Aristóteles, á quien yo admiro mucho, propuso ciertos lugares comunes de los cuales se pueden sacar argumentos, no sólo para las disputas filosóficas, sino tam-

bien para las forenses. Y por cierto que tus discursos, Antonio, no se alejan mucho de sus preceptos, ó sea que tú, por la semejanza de ingenio, hayas venido á tropezar en las huellas de aquel divino filósofo, ó sea porque le has leido y estudiado, lo cual parece más verosímil, ya que te has dedicado á las letras griegas más de lo que creimos.

—Te diré la verdad, Cátulo: siempre creí que sería más agradable al pueblo el orador que manifestase muy poco artificio y ningun conocimiento de las letras griegas; pero tambien juzgué siempre que era de bestias y no de hombres el no oir á los Griegos cuando prometen enseñar cosas oscurísimas, y dar preceptos de buen vivir y de bien hablar, y no oirlos en público, por el pueril temor de disminuir nuestra autoridad entre los conciudadanos, sin perjuicio de atender con disimulo á lo que dicen. Así lo hice, oh Cátulo, y así adquirí un conocimiento sumario de las causas y de los géneros.

—¡Por vida de Hércules! dijo Cátulo, que te has acercado muy tímidamente, y como si fueras á tropezar en algun escollo de liviandad, á la filosofía, la cual nunca fué despreciada entre nosotros. Porque en otro tiempo estuvo llena de Pitagóricos Italia, cuando una parte de esta region se llamaba Magna Grecia, y áun dicen algunos que nuestro rey Numa Pompilio fué tambien pitagórico, siendo así que vivió muchos años ántes que Pitágoras; por lo cual es digno de mayor admiracion el que conociera el arte de constituir las ciudades, dos siglos ántes que este arte naciera entre los Griegos. Y ciertamente no ha tenido Roma varones más gloriosos ni de más autoridad ni discrecion que Publio Africano, Cayo Lelio y Lucio Furio, los cuales públicamente tuvieron siempre consigo algunos eruditísimos Griegos. Muchas veces les oí decir que los Atenienses habian hecho cosa muy grata á ellos y á muchos personajes principales de la república, enviando de embajadores sobre gravísimos negocios á los tres ilustres filósofos de

aquella edad: Carneades, Critolao y Diógenes. Así es que miéntras estuvieron en Roma, iban los nuestros con mucha frecuencia á oirlos. Y me admiro, Antonio, de que cites esas autoridades, tú que has declarado guerra ó poco ménos á la filosofía, lo mismo que el Zeto de Pacuvio.

—Nada de eso, dijo Antonio, sino que más bien quiero filosofar como el Neoptolemo de Ennio: poco, porque mucho me desagrada. Este es mi parecer, que ya creo haber expuesto: no reprendo esos estudios, con tal que sean moderados; pero tengo por perjudicial al orador en el ánimo de los jueces la menor sospecha de artificio, porque esto disminuye su autoridad y quita crédito á sus discursos.

»Pero, volviendo al punto de donde habíamos partido, ¿no recuerdas que uno de esos tres filósofos que á Roma vinieron fué Diógenes, el cual prometia enseñar el arte de bien decir y de distinguir lo verdadero de lo falso, el cual arte, con una palabra griega, llamamos *dialéctica?* En este arte, si es que existe, no hay precepto alguno para encontrar la verdad, sino sólo para juzgarla. Pues todo lo que hablamos al decir que una cosa es ó no es, se reduce en el sistema de los dialécticos á un juicio sobre la verdad ó falsedad de la proposicion, cuando ésta es sencilla; pero si va unida con otras, hay que ver si la union es recta y legítima, y si el raciocinio que resulta es verdadero. En suma, ellos se hieren con su propio aguijon, y á fuerza de indagar, no sólo tropiezan con dificultades insolubles, sino que destejen la tela que venian tramando. De poco nos sirve, pues, ese tu filósofo estóico, porque no nos enseña el modo de hallar lo que ha de decirse, sino que más bien nos estorba inventando dificultades que él cree sin resolucion, y usando cierto género de estilo no claro, flúido y elegante, sino seco, árido, conciso y menudo, que podrá ser alabado, pero que de ninguna manera es á propósito para la oratoria. Porque nuestro estilo debe acomodarse á los oidos de la multitud para deleitar los ánimos, y nuestras palabras

han de ser pesadas, no en la balanza del joyero, sino en la balanza popular. Dejemos, ese arte tan mudo en la invencion de los argumentos, tan locuaz en el modo de juzgarlos. En cuanto á ese Critolao que dices que vino con Diógenes, algo más útil pudo ser á estos estudios, porque era discípulo de Aristóteles, de cuyos principios no difiero yo mucho, segun tú dices; y entre ese Aristóteles, de quien he leido el libro en que expuso los preceptos de todos los maestros anteriores, y aquellos otros en que él discurrió por su cuenta acerca de este arte; entre éste, digo, y los legítimos maestros del arte, creo que hay esta diferencia: que Aristóteles con aquella fuerza de entendimiento que le hizo penetrar la naturaleza de todas las cosas, dió tambien con la que pertenecia al arte de bien decir, miéntras que los otros, dedicándose sólo al cultivo de este arte, se encerraron en un estrecho círculo, no con la misma sabiduría que él, pero con más práctica y estudio. Mucho debíamos envidiar nosotros la increible fuerza y variedad en el decir que tuvo Carneades, el cual nunca defendió proposicion que no probara, ni combatió ninguna que no destruyera; pero esto es pedir mucho más que lo que pueden darnos los que enseñan estas materias.

»Pero yo, si quisiera hacer orador á uno que fuese del todo ignorante, le entregaria más bien á esos artífices incansables que dia y noche machacan en el yunque, y que por decirlo así, meten en la boca de los discípulos el alimento en parte muy pequeña, y ya mascado, como hacen las nodrizas con sus criaturas. Pero si el que aspira á la oratoria ha sido ya liberalmente educado, y tiene alguna práctica y es de agudo ingenio, le llevaré, no á algun apartado remanso, sino á la fuente del caudaloso rio, y le mostraré el asiento, y, por decirlo así, el domicilio, y se los definiré con claridad y exactitud. ¿Pues cómo ha de dudarse en la eleccion de argumentos, cuando es sabido que todas las prue-

bas y refutaciones se toman ó de la naturaleza del asunto ó de fuera de él? Se toman de la naturaleza del asunto cuando se examina, ya en su totalidad, ya en parte, investigando el nombre ó calificacion que cuadra bien á la cosa. Otras veces se toman de circunstancias excéntricas y que no son inherentes á la cosa misma.

»Si se pregunta por la totalidad, hay que dar una definicion universal, vg.: «si la majestad es la grandeza y dignidad de un pueblo, la disminuye el que entregó el ejército á los enemigos del pueblo romano, no el que entregó al pueblo romano al que habia cometido este crímen.» Si se pregunta por las partes, hay que hacer una division, vg.: «en el peligro de la República era necesario obedecer al Senado, ó buscar otro consejo, ú obrar con autoridad propia: lo primero hubiera sido soberbia; lo segundo arrogancia: hubo, pues, que obedecer al Senado. Si se trata del significado de la palabra, diremos como Carbon: «Si Cónsul es el que mira por el bien de la República, ¿qué otra cosa hizo Opimio?» Si se trata de lo que tiene relacion con el asunto, hay muchos lugares y fuentes de argumentacion, porque pueden tomarse de las palabras conjuntas, de los géneros, de las especies, de la semejanza y desemejanza, de los contrarios, de los consiguientes, de los antecedentes, de los opuestos, de las causas y de los efectos, de lo mayor, de lo igual y de lo menor.

»Argumentos de palabras conjuntas: «Si á la piedad se debe una alabanza, debeis enterneceros al ver á Quinto Metelo llorar tan piadosamente.»

Argumento de género: «Si los magistrados deben estar sometidos á la potestad del pueblo, ¿por qué acusar á Norbano, que en su tribunado no hizo más que cumplir como buen general?»

Argumento de especie: «Si todos los que miran por el bien de la República merecen nuestro cariño, ninguno más que los generales, que con su valor y prudencia, y expo-

niéndose á todo género de peligros, mantienen nuestra seguridad y la dignidad del imperio.»

Argumento de semejanza: «Si las fieras aman á sus cachorros, ¿no hemos de amar nosotros á nuestros hijos?»

Argumento de desemejanza: «Si de los bárbaros es vivir al dia, nuestros designios deben tender á lo inmutable y eterno.» En uno y otro género, en el de semejanza y en el de desemejanza, suelen intercalarse ejemplos de ajenos dichos ó hechos ó de narraciones fingidas.

Argumento de contrariedad: «Si Graco obró mal, muy bien Opimio.»

Argumento de consecuencia: «Si tu amigo murió á hierro, y á tí se te encontró con la espada ensangrentada en el mismo lugar donde se habia consumado el delito, y nadie estaba allí sino tú, y nadie más tenía interes en aquella muerte, ¿cómo hemos de dudar de que tú fuiste el reo?»

Argumento de conformidad, de antecedentes y de repugnancia, como cuando dijo en otro tiempo el jóven Craso: «Oh Carbon, no por haber defendido á Opimio te llamarán buen ciudadano; y es evidente que fingiste y que llevabas segunda intencion, porque muchas veces en tus discursos deploraste la muerte de Tiberio Graco: porque fuiste cómplice en la de Publio Escipion: porque diste aquella ley en tu tribunado, porque disentiste siempre de la opinion de los buenos.»

Argumento de causa: «Si quereis matar la avaricia, matad primero el lujo, que es su causa.»

De efecto, vg.: «Si nos valemos de los tesoros del Erario para ayuda de la guerra y ornamento de la paz, tratemos de aumentar la renta pública.»

Argumento de comparacion: de lo mayor: «Si la buena fama es preferible á la riqueza, y ésta la deseamos tanto, ¿cuánto más debemos apetecer la gloria?»

De lo menor, vg.: «Si habiéndola tratado tan poco siente

tanto su muerte, ¿qué haria si la hubiese amado? ¿qué hará cuando me pierda á mí que soy su padre?»

Argumento de igualdad: «Igual delito es robar las rentas públicas que hacer prodigalidades contra la república.» Hay tambien argumentos extrínsecos que no se fundan en la naturaleza de la cosa, sino en circunstancias exteriores, vg.: «Esto es verdad; lo dijo Quinto Lutacio: esto es falso; lo prueba la cuestion de tormento: esta consecuencia es necesaria; lo probaré con documentos.»

»He dicho estas cosas con la mayor brevedad posible; pues si quisiera indicar á alguno dónde estaba enterrado el oro, me bastaria darle las señas é indicios del terreno para que luego él, cavando, y con poco trabajo, y sin engañarse, encontrase lo que deseaba: de la misma manera me basta saber estas notas de los argumentos para encontrarlos cuando es necesario, lo demas es obra del cuidado y de la atencion.

»En cuanto al género de argumentos que más conviene á las causas, no es de un arte exquisito el prescribirlos, sino de un mediano juicio el estimarlos. Y yo no trato ahora de explicar el arte oratorio, sino de comunicar á hombres muy doctos las observaciones que me dicta la experiencia.

»Impresos en la mente estos lugares comunes, y fijándose en ellos siempre que un nuevo asunto se presenta, nada habrá que pueda ocultarse al orador, así en las disputas forenses como en la teoría. Si consigue además que aparezca lo que él desea demostrar, y mueve y atrae los ánimos de los que le escuchan, nada le faltará de cuanto exige la elocuencia. Ya hemos visto que de ninguna manera basta la invencion si no se sabe tratar bien lo inventado. Y en esto debe haber variedad, para que el oyente no conozca el artificio ó no se fatigue con la repeticion de cosas muy semejantes. A veces conviene proponer en forma, y dar las pruebas de la proposicion, y unas veces sacar de ella las consecuencias, y otras abandonarlas y pasar á otra mate-

ria. En ocasiones, la proposicion va envuelta en las mismas pruebas. En las comparaciones, pruébese primero la semejanza, y aplíquese luego al caso particular. No marques demasiado las divisiones de los argumentos, y aunque estén distinguidos en realidad, parezcan confusos en las palabras.

»He dicho todo esto de prisa, porque hablo entre doctos y yo no lo soy, y porque deseo llegar á mayores cosas. Nada hay, Cátulo, que favorezca tanto al orador como atraerse la voluntad de los que le escuchan, de suerte que se mueva, más por el ímpetu y perturbacion del alma, que por el juicio ó prudencia. Porque los hombres, la mayor parte de las veces juzgan por odio, por amor, por codicia, por ira, por dolor, por alegría, por esperanza, por temor, por error, ó algun otro afecto del alma, más bien que por la verdad ni por la ley ó el derecho, ni por las fórmulas del juicio; por lo cual, si os place, pasaremos á otra materia.

—Paréceme, dijo Cátulo, que aún falta algo de lo que ibas exponiendo, y debes acabarlo ántes de pasar adelante.

—¿Qué me falta? dijo Antonio.

—El órden y disposicion de los argumentos, dijo Cátulo, en el cual sueles parecerme un Dios.

Entónces respondió Antonio: «Ya ves, Cátulo, cuál léjos estoy de ser un Dios; pues, si no me lo adviertes, de seguro que se me hubiera ido de la memoria, y de aquí debes inferir que si alguna vez acierto en mis discursos es por casualidad, ó en fuerza de la costumbre; y esta que yo omitia, como si nunca la hubiera conocido, tiene para vencer más fuerza que ninguna otra cosa.

»Creo, sin embargo, que me has hecho esta pregunta ántes de tiempo. Porque si yo hubiera hecho consistir toda la fuerza de la oratoria en los argumentos y pruebas, ya seria tiempo de tratar del órden y colocacion de los argumentos; pero como he propuesto tres cosas y todavía es-

toy hablando de la primera, ya llegará su turno á la disposicion de todo el discurso.

»Vale, pues, mucho para vencer, el que se forme buena opinion de las costumbres, acciones y vida del orador y del defendido, y, por el contrario, desventajoso concepto de los adversarios, y que se inspire benevolencia á los oyentes. Sirven para conciliar los ánimos la dignidad personal, los grandes hechos, lo irreprensible de la vida; todo lo cual es más fácil de encarecer si es cierto, que de fingirse si es falso. Ayudan al orador la suavidad de la voz, la serenidad apacible del semblante, la modestia y cortesía, de suerte, que, áun en los momentos de mayor acritud, muestre que obra así por necesidad y á disgusto. Muy útil será dar muestras de liberalidad, gratitud, piedad, mansedumbre, y de no ser codicioso, ni avaro, ni acre, ni pertinaz, ni envidioso, ni acerbo; porque todo lo que indica probidad y modestia atrae los ánimos hácia el orador, y, por el contrario, los enajena de aquellos en quien no se hallan estas cualidades. Por eso debe procurarse hacer recaer en los adversarios las cualidades contrarias. Brilla sobre todo este género de oratoria en las causas que no requieren una vehemente y arrebatada mocion de afectos. No siempre se busca un modo de decir vigoroso y enérgico: en ocasiones una defensa tranquila, en lenguaje sumiso y blando, favorece más á los reos. Llamo reos, no sólo á los acusados, sino á todos aquellos de cuyos negocios se trata en juicio, pues esta es la primitiva acepcion de la palabra. Manifestar, pues, sus costumbres, y pintarlos como hombres justos, íntegros, religiosos, tímidos, sufridores de injurias, es de grande efécto, tanto en el exordio como en la narracion y en la peroracion, y si se trata con juicio y discrecion, suele hacer más efecto que la causa misma: tanto es lo que se consigue con esta habilidad oratoria, que quedan, por decirlo así, impresas en el discurso las costumbres del orador.

Con cierto género de palabras y sentencias, unidas á una accion agradable y fácil, se consigue que el orador parezca hombre morigerado, probo y de buenas costumbres. A este modo de decir, únese otro muy diverso que mueve é impele los ánimos de los jueces á odiar, ó á amar, ó á envidiar, ó á desear la salvacion de alguno, ó á temer, ó á esperar, ó á aborrecer, ó á alegrarse, ó á entristecerse, ó á compadecerse, ó á castigar, ó á cualquiera otra pasion de las que son análogas á éstas. Lo que más puede desear el orador es que los jueces traigan ya alguna disposicion de ánimo favorable al interes de su causa; porque es más fácil (como suele decirse) incitar al que corre, què mover al que está sentado. Pero si no existe esta disposicion de ánimo en los jueces, ó no se la conoce bien; así como el médico diligente, ántes de dar una medicina al enfermo se entera no sólo de la enfermedad que quiere curar, sino tambien del régimen y temperamento del paciente; así yo, cuando emprendo una causa dudosa y grave, pongo toda mi atencion y cuidado en descubrir, con cuanta sagacidad puedo, lo que sienten, piensan ó quieren los jueces, para ver á dónde con más facilidad pueden inclinarse sus ánimos. Si espontáneamente se entregan, como ántes dijimos, y propenden y se inclinan á nuestro lado, acepto lo que se me da, y vuelvo las velas hácia la parte de donde sopla el viento. Si el juez es frio y sosegado, el trabajo será mayor, porque hay que excitar los ánimos, sin que ayude la naturaleza. Pero tanta fuerza tiene la elocuencia, que con razon la llama un buen poeta, domeñadora de los ánimos y reina de todas las cosas. De suerte que no sólo impele al que está inclinado, sino que como hábil y esforzado guerrero, puede vencer áun á los adversarios que más de frente le resistan.

»Estos son los recursos que ántes me pedia Craso que os explicara, burlándose, sin duda, al decir que yo solia tratarlos divinamente, y trayendo por ejemplo la causa de

Marco Aquilio, la de Cayo Norbano y algunas otras. Yo sí que suelo admirarme del empleo que haces de estos recursos en las causas que defiendes: tanta es la fuerza de ánimo, el ímpetu, el dolor que manifiestas con los ojos, con el semblante, y hasta con los mismos dedos; tan copioso es el rio de gravísimas y escogidas palabras; tan íntegras, verdaderas y nuevas las sentencias; tan sin pueriles y vanos afeites, de suerte que parece no sólo que abrasas á los jueces, sino que estás ardiendo tú mismo. Ni es posible que el oyente sienta dolor, ni odio, ni envidia, ni temor, ni se mueva á llanto ó á misericordia, si todos estos afectos que el orador quiere excitar en el juez, no están impresos ó grabados en el mismo orador. Porque si quiere fingir el dolor, y en su discurso nada se encuentra que no sea falso y afectado, tendrá que recurrir á un artificio mayor. No sé, Craso, lo que te sucederá á tí y á los demas oradores: de mí puedo decir (y no mentiré en presencia de varones tan prudentes y tan amigos mios) que nunca he intentado excitar en los jueces el dolor, la misericordia, la envidia ó el odio, sin estar yo ántes conmovido de las mismas pasiones que queria excitar. Ni es fácil de conseguir que el juez se enoje, si tú mismo pareces mirar con tranquilidad el crímen, ni que aborrezca á alguno, si ántes no te ve ardiendo en ódio, ni que se mueva á misericordia, si ántes no das muestras de tu dolor en palabras y sentencias, en la voz, en el rostro y en las lágrimas. Pues así como no hay materia tan fácil de encender que, si no le aplicamos fuego, se encienda, así el ánimo de ningun juez no llegará á encenderse, si el orador no le comunica su fuego y le abrasa en su propia llama. Y para que no os parezca cosa extraña y maravillosa que un mismo hombre se enoje tantas veces y tantas veces se duela, y por tantos afectos se conmueva, especialmente en negocios ajenos, advertiré que es tan grande la fuerza de los argumentos y sentencias de que se vale el orador en sus

discursos, que no necesita simulacion ni falacia, porque la misma naturaleza del discurso con que se propone conmover los ánimos, conmueve al orador mucho más que á ninguno de los que le oyen. ¿Y por qué no ha de acontecer esto en las causas, en los juicios, en el peligro de los amigos, en la ciudad, en el foro, cuando se trata, no sólo de la estimacion en que pueda tenerse nuestro ingenio (porque esto sería cosa leve y de poca entidad, aunque tampoco debe despreciarla el que quiera hacer lo que hacen pocos) sino de cosas mucho mayores, la fe, el deber, la reputacion, todo lo cual nos obliga, si queremos pasar por hombres de bien, á no tener por ajenos ni áun los negocios más extraños? ¿Qué cosa puede haber más fingida que los versos, la escena y las fábulas? Y sin embargo, muchas veces he visto centellear al traves de la máscara los ojos del histrion al recitar aquellos versos:

¿Sin él osaste entrar en Salamina?
¿Y á mirar á tu padre te atreviste?

Nunca pronunciaba aquella palabra, «mirar,» sin que me pareciese estar viendo á Telamon, furioso por la muerte de su hijo. Luégo repetia con voz doliente y lastimera: «Has afligido, contristado y desesperado á tu miserable padre en su vejez, y no te ha conmovido la muerte de tu hermano ni de su hijo pequeño, que estaba encomendado á tu custódia.» Parecia que recitaba esto llorando y gimiendo. Y si aquel histrion, á pesar de repetir esto todos los dias, no podia decirlo sin lágrimas, ¿creeis que Pacuvio lo escribió con ánimo tranquilo? De ningun modo. Pues muchas veces he oido decir, y lo sostienen Platon y Demóstenes en sus escritos, que no hay buen poeta sin fuego en el alma y sin cierta manera de furor.

»Por lo cual bien podeis creer que yo, que no tenía que imitar fingidas desgracias de antiguos héroes, y que no representaba el papel de otra persona sino el mio, no

pude sin gran dolor defender la causa de Marco Aquilio, cuando queria yo salvarle del destierro.

»Pues cuando yo recordaba que habia sido cónsul, general victorioso y triunfador en el Capitolio; cuando le veia afligido, debilitado, triste y en nuevo peligro, movíame yo mismo á compasion, ántes de conmover á los otros. Y observé que la conmocion de los jueces llegó á su colmo cuando hice levantar de su asiento á este triste y malaventurado anciano. Y esto lo hice, oh Craso, no por el arte, que apénas conozco, sino por un vehemente impulso y dolor que me hizo romper su túnica y mostrar sus cicatrices. Y cuando Mario, que estaba sentado entre los jueces, acompañó mi peroracion con sus lágrimas, y yo, dirigiéndole de contínuo la palabra, le llamaba colega suyo, y le incitaba á defenderle en aquel comun peligro de todos los generales, entónces sí que, no sin lágrimas, no sin gran dolor, invoqué á todos los Dioses, á los hombres, á los ciudadanos y á los aliados. Pues ciertamente que si yo no hubiera sentido nada de lo que entónces dije, no sólo hubiera sido digno de compasion sino de risa mi discurso. Por lo cual, Sulpicio, el precepto que te doy como bueno y práctico maestro, es que te enojes, te duelas y llores de verdad. Pero ¿qué he de enseñarte á tí que en la acusacion de aquel cuestor amigo mio, produjiste tal incendio, no sólo con la palabra, sino mucho más con la fuerza del dolor y la ira, que yo mismo apénas pude extinguirle? Tenias todas las ventajas; clamabas en juicio contra la violencia, la fuga, el apedreo, la crueldad tribunicia, el miserable caso de Cepion; constaba, además, que Marco Emilio, príncipe del Senado y de la ciudad, habia sido apedreado, y nadie podia negar que habian sido arrojados violentamente del templo Lúcio Cota y Tito Didio, por querer oponerse al decreto.

»Añadíase á esto que parecia bien en tí, que eres jóven, defender la dignidad de la república, al paso que yo,

que habia sido censor, apénas podia decorosamente abogar por un ciudadano sedicioso y que se habia mostrado tan cruel con un varon consular. Eran jueces los mejores ciudadanos; el foro estaba lleno de hombres de bien, y apénas se me podia admitir la excusa que yo daba de que defendia á un hombre que habia sido mi cuestor. ¿Diré que me valí entónces de algun artificio? Os referiré sencillamente lo que hice, y si os agrada, vosotros direis en qué lugar del arte debe colocarse mi defensa.

»Recordé todos los vicios y peligros de las sediciones, trayendo á la memoria toda la variedad de tiempos de nuestra república, y de aquí deduje que aunque las sediciones fueran siempre lamentables, podia haber algunas justas y casi necesarias.

»Luégo defendí (como ántes ha dicho Craso) que ni los reyes hubieran sido expulsados de la ciudad, ni se hubieran establecido los tribunos de la plebe, ni se hubiera podido disminuir con tantos plebiscitos la potestad consular, ni concederse al pueblo romano la apelacion, defensora de los derechos y libertad del ciudadano, sin que á todas estas cosas hubiese precedido una sedicion de los nobles; y si estas sediciones habian sido útiles á la ciudad, claro es que por el mero hecho de haber amotinado al pueblo, no debia acusarse á Cayo Norbano de tan nefando crímen ni condenarle á pena capital. Y si alguna vez se concedió al pueblo romano el derecho de sublevarse, nunca con más razon que entónces.

»Despues encaminé todo mi discurso á reprender la fuga de Cepion, á llorar la pérdida del ejército: así renové el dolor de los que lloraban á los suyos, é infundí en el ánimo de los caballeros romanos, que eran jueces de la causa, grande odio contra Cepion, con quien andaban enojados por la cuestion de los juicios.

»Cuando conocí que llevaba de vencida la causa, y que tenia segura la defensa, porque me habia conciliado la be-

nevolencia del pueblo, cuyos derechos, hasta el de sedicion, habia yo defendido, y por haber predispuesto en favor de mi causa los ánimos de todos los jueces, ya por la calamidad pública, ya por la pérdida de sus amigos y parientes, empecé á mezclar con este género de decir vehemente y terrible, otro más suave y reposado: dije que me exponia á todo por mi amigo, á quien debia querer como á hijo, segun la costumbre de nuestros mayores, y que arriesgaba toda mi reputacion y fortuna, y que nada podia acontecerme tan vergonzoso y acerbo como no poder salvar á mi amigo, yo que tantas veces habia prestado auxilio á gente desconocida, sólo por ser conciudadanos mios. Pedí á los jueces que considerasen mi edad, mis honores y servicios, y viesen si era justo y piadoso mi dolor, mucho más, cuando en otras causas podian haber conocido que nunca por interes propio, sino por el de mis amigos, habia yo suplicado. Así es, que en toda aquella defensa, lo que más breve y ligeramente traté fué la aplicacion de la ley Apuleya de lesa majestad. Insistí principalmente en las dos partes del discurso á que son ménos aplicables los preceptos del arte: en concitar el odio contra Cepion, y en hacerme agradable á los jueces. Así es, que más bien por la mocion de afectos que por la conviccion, gané contra tí aquella causa, oh Sulpicio.»

Entónces dijo Sulpicio: «A fe mia, Antonio, que es verdad lo que dices, pues nunca he visto escapárseme nada de entre las manos como se me escapó aquella causa. Pues habiéndote entregado yo (como ántes decias), no una acusacion, sino un incendio que apagar, ¡qué principio el tuyo, oh dioses inmortales! ¡qué temor, qué duda y vacilacion y perplejidad en tus palabras! Despues que en el exordio desarrollaste la única disculpa que podian concederte, y era que defendias á un grande amigo y antiguo cuestor tuyo, ¡cómo fuiste abriendo camino para que te oyeran con atencion! Y cuando parecia que nada habias lo-

grado sino que te perdonasen el defender á un ciudadano perverso en obsequio á tu amistad con él; empezaste ocultamente y por rodeos, sin que nadie lo sospechara, aunque yo ya me lo temia, á defender, no la sedicion de Norbano, sino el furor y venganza del pueblo, que tú decias haber sido justo y lícito. ¿Qué argumento hubo que no usaras contra Cepion, excitando á la vez los afectos de envidia, odio y misericordia? Y esto, no sólo en la defensa, sino tambien en la refutacion de Scauro y demas testigos, la cual hiciste, no directamente, sino recurriendo al mismo argumento del impulso popular. Cuando yo estaba oyendo lo que acabas de decirnos, no echaba de ménos ningun precepto, porque el simple relato de la defensa encierra en sí doctrina no pequeña.

—Si os place, dijo Antonio, seguiré mostrándoos los medios de que suelo hacer más uso en mis discursos, porque mi ya larga vida y experiencia me ha enseñado á conocer y mover los afectos de los hombres.

»Lo primero que suelo considerar es si la causa exige mocion de afectos; porque ni en los asuntos de poca importancia caben estas centellas oratorias, ni han de usarse tampoco delante de hombres tan apasionados que sea imposible doblegar su voluntad con palabras. En el primer caso, nos haríamos dignos de irrision, como quien convierte en trágico un asunto burlesco. En el segundo, incurriríamos en odio, pretendiendo arrastrar á los que ni áun pueden ser conmovidos.

»Porque los afectos que principalmente deben excitarse en el ánimo de los Jueces ó de los oyentes son: el amor, el odio, la ira, la envidia, la misericordia, la esperanza, la alegría, el temor, la tristeza. Se concilia el amor cuando defendemos una causa útil á los que nos oyen, y cuando trabajamos por hombres buenos y útiles, ó que á ménos lo sean para el auditorio, porque esto nos concilia amor, y más aprovecha la esperanza de la utilidad futura que el

recuerdo del beneficio pasado. Póngase grande ahinco en mostrar que la causa que se defiende es de dignidad ó de utilidad, y que nuestro defendido nada ha hecho por interes propio. Porque todo el mundo envidia al que trabaja por su propio bien, y favorece al que se afana por el bien de los otros. Guardémonos mucho de no ponderar con exceso el mérito y la gloria de aquellos cuyos beneficios encarecemos, porque esto suele producir envidia.

»Parecidos recursos usaremos para hacer recaer el odio en los contrarios, y apartarle de nosotros y de los nuestros y para calmar ó sosegar la ira. Porque se exalta el odio poniendo de manifiesto lo inútil ó pernicioso de algun hecho; el daño que ha recaido en algun hombre de bien, en quien ménos lo merecia ó en la república; y si no siempre se excita un odio tan cruel, puede concitarse cierta animosidad semejante al odio ó á la envidia. El temor puede nacer, ó del peligro propio, ó del peligro comun: el que más nos conmueve es el peligro propio; pero tambien el peligro comun puede ser tratado de manera que nos parezca personal.

»Por iguales medios se infunden la esperanza, la alegría y la tristeza; pero tengo para mí que el más vehemente de todos los afectos es la envidia, y que cuesta no ménos sosegarla que excitarla.

»Envidian los hombres á sus iguales cuando ellos se ven oscurecidos, miéntras que los otros se han elevado; pero todavía envidian más á los superiores, sobre todo cuando éstos muestran arrogancia y quieren sobreponerse á la ley comun, prevalidos de su dignidad y fortuna. Si hubiere que excitar la envidia contra alguno de estos, diremos que no debió tal posesion á su virtud, sino á sus vicios y pecados; ó si sus costumbres hubiesen sido honestas ó irreprensibles, diremos que no son bastantes tales méritos para contrapesar su insolencia

y engreimiento. Para sosegar esta pasion se dirá, por el contrario, que el acusado debe su fortuna á su propio mérito, y se encarecerán los grandes peligros á que se ha expuesto, no por su interes propio, sino por el bien de los demas, y que si alguna gloria ha alcanzado como premio no injusto, sin embargo no se envanece con ella y la renuncia y depone toda. Y como la mayor parte de los hombres son envidiosos, y este es un vicio tan comun y vulgar é inseparable de la próspera fortuna, ha de procurarse por todos medios que esta opinion se disminuya, y que mezclados con la fortuna resalten los trabajos y miserias que son su obligado acompañamiento. Muévese el oyente á compasion cuando ve alguna semejanza entre las calamidades ajenas y las que él ha padecido ó teme, y contemplando á los demas, reflexiona con frecuencia sobre sí mismo. Si cualquiera desgracia nos conmueve cuando se nos refiere en tono lastimoso, ¿cuánto más no ha de conmovernos el espectáculo de la virtud afligida y postrada? Y así como la parte del discurso en que el orador quiere encomendarse á la benevolencia de los oyentes, ha de ser tratada en suave y apacible estilo, así la parte en que se trata de mover los afectos y doblegar los animos ha de ser vehemente y arrebatada.

»Hay cierta semejanza difícil de distinguir entre estos dos géneros, al primero de los cuales llamamos reposado, y al segundo vehemente. Porque conviene pasar de la serenidad y reposo con que procuramos granjearnos la voluntad de los oyentes, á la vehemencia y arrebato con que excitamos sus afectos, y de esta vehemencia ha de comunicarse algo tambien á aquella suavidad y templanza, siendo el mejor discurso aquel en que la aspereza de la contienda está templada por la cortesía del orador, y robustecida por cierto vigor y fortaleza.

»En uno y otro modo de decir, ya en el que exige calor y discusion, ya en el que se limita á describir la vida y

costumbres humanas, los principios deben ser tardos, pero los fines multiplicados y extensos.

»Porque ni se ha de saltar de repente á la mocion de afectos, lo cual sería ajeno de la causa, porque lo primero de que los hombres desean saber es de la cuestion remitida á juicio, ni tampoco debe abandonarse de ligero esta parte del discurso. Y el excitar la misericordia, la ira ó la envidia, no es como presentar un argumento, y luégo otro y otro, los cuales son comprendidos tan pronto como alegados. El argumento tiene su apoyo en la prueba, y ésta hace efecto por sí; pero la mocion de afectos no busca la conviccion en el juez, sino la perturbacion de su ánimo, para conseguir lo cual hay que valerse de muy rico y copioso estilo y vehemente accion. Por eso los que hablan seca y pobremente pueden convencer al juez, pero no persuadirle, y en la persuasion está el secreto.

»Claro es que los mismos lugares comunes pueden proporcionar argumentos para las dos partes contrarias. Y estos argumentos se refutan negando el medio de prueba ó la consecuencia que se quiere sacar de las premisas, y si esto no fuere posible, presentando por la parte contraria otro argumento de tanta fuerza ó de más. Las pasiones que el orador haya excitado, deberán de combatirse con otras pasiones contrarias, vg., el odio con la benevolencia, y la misericordia con la envidia.

»A veces son de buen efecto los gracejos, chistes y sales; pero aunque todo lo demas sea materia de arte, esto es propio de la naturaleza y no puede enseñarse. Tú, César, que á mi parecer aventajas á todos en esto, podrás decirnos si es verdad que hay arte para el chiste, y caso de que le hubiere, tú sólo podrás enseñarlo.

—Yo, contestó César, nada tengo por más insulso que oir disputar de los chistes y del arte de decirlos. Cuando ví algunos libros griegos titulados *Del ridículo*, tuve espe-

ranza de sacar algun provecho de ellos. Hallé, ciertamente, muchas agudezas y sales de los Griegos, porque en este género sobresalen los Sículos, los Rodios, los Bizantinos, y sobre todo los Atenienses; pero los que han querido dar arte y preceptos para el chiste han sido tan insulsos que no han hecho reir más que de su propia simpleza. Yo creo que esto no puede sujetarse á regla.

»Dos géneros hay de facecias; uno que anima todo el discurso; y otro que se reduce á sentencias agudas y breves. Al primero llaman los antiguos ironía; al segundo *dicacidad*. Ligeros parecen estos nombres, pero tambien es cosa leve el hacer reir. A pesar de eso, bien dices, Antonio, que en muchas causas están bien los donaires y agudezas. Pero en cuanto á la gracia esparcida por todo el discurso, no puede enseñarla el arte. La naturaleza es la que crea á los chistosos narradores, en quienes todo ayuda, el semblante, la voz, el modo mismo de hablar. ¿Y qué arte cabe en la dicacidad, siendo así que los dichos agudos pasan, *hieren*, ántes que se pueda pensar en ellos? ¿De qué le pudo servir el arte á mi hermano, cuando preguntando por qué *ladraba*, respondió que porque veia á *un ladron*? ¿Y qué diré de Craso en sus discursos contra Scévola ánte los Centunviros, ó contra el acusador Bruto en defensa de Cneo Planco? Porque el mérito que tú me atribuyes, Antonio, hay que concedérselo á Craso por unánime parecer de todos. Apénas se hallará ningun orador más excelente que él en ambos géneros de chistes, en el que se derrama por todo el discurso, y en el que consiste en prontitudes y agudezas. Toda su defensa de Curio contra Escévola rebosó de hilaridad y gracia, pero no tuvo breves chistes. Respetaba la dignidad de su adversario, conservando así la suya propia; y eso que es muy difícil en hombres decidores y graciosos distinguir de personas y tiempos cuando se les ocurre algun donaire. Por eso algunos decidores interpretan no sin gra-

cia este pasaje de Ennio: «Más fácil le es al sabio apagar una llama dentro de su boca que retener un buen dicho;» entendiendo que los buenos dichos son los más agudos y salados, y hacen así un juego de palabras.

»Pero así como en la causa de Scévola se contuvo Craso y amenizó el discurso sin recurrir al aguijon de la injuria; así en la causa de Bruto, á quien de todas véras odiaba y creia digno de toda afrenta, peleó con todo género de armas.

»¡Cuántas cosas le dijo de los baños que acababa de vender, cuántas de su perdido patrimonio! Y aquella respuesta tan pronta, cuando diciéndole Bruto *que él sudaba sin causa*, le respondió: «nada tiene de maravilloso, porque acabas de salir del baño.» Innumerables gracias dijo por este estilo; pero aún fué más agradable el tono jocoso de todo el discurso. Porque como Bruto hubiese presentado dos lectores, haciendo leer al uno la oracion de Craso sobre la colonia Narbonense, y al otro la que pronunció en defensa de la ley Servilia, para poner de manifiesto las contradicciones políticas que encerraban, ocurriósele en buen hora á nuestro Craso mandar leer los tres libros del padre de Bruto sobre el derecho civil. Y cuando se leyó en el libro primero «*sucedió que estando yo en Privenate*,» dijo Craso: «Bruto, tu padre testifica que te dejó una heredad en Privenate.» Prosiguióse leyendo en el libro segundo: *Estábamos en mi heredad Albana, yo y mi hijo Marco*... «Por cierto, dijo Craso, este hombre, uno de los más sabios de la ciudad, conocia bien á este abismo de disipacion, y temia que, cuando todo lo hubiera gastado, se creyera que su padre no le habia dejado nada.» Continuó leyéndose en el libro tercero, que fué el último de los que escribió, pues he oido decir muchas veces á Scévola que son tres solamente los libros auténticos de Bruto: *Estábamos casualmente en mi heredad Tiburtina yo y mi hijo Marco*... «¿Dónde están, Bruto, prosiguió Craso, los *fundos*

que tu padre te dejó consignados en públicos documentos? Porque si hubieras estado ya en la pubertad, de seguro que hubiera compuesto un libro cuarto, diciendo en él que se habia lavado en baños propios juntamente con su hijo.» ¿Quién habrá que no confiese que estas chanzas y donaires contribuyeron á desacreditar á Bruto, no ménos que las lamentaciones que en la misma causa hizo Craso, describiendo el funeral de la anciana Junia? ¡Oh Dioses inmortales! ¡cuánta vehemencia, cuán inesperada, cuán repentina, cuando fijando los ojos en Bruto y amenazándole con el gesto, decia grave y rápidamente: «¡Oh Bruto! ¿por qué te detienes? ¿qué noticia quieres que lleve esa anciana á tu padre? ¿qué á todos aquellos cuyas imágenes acompañan la pompa fúnebre? ¿qué á tus mayores? ¿Qué á Lúcio Bruto, el que libertó al pueblo de la tiranía de los reyes? ¿Qué dirá de tí? ¿á qué gloria, á qué virtud, á qué estudio te dedicas? ¿Dirá que has acrecentado tu patrimonio? Esto no es nobleza; pero supongamos que lo sea: ya no te queda nada; tus liviandades lo han disipado todo. ¿Dirá que te dedicas al derecho civil? En esto imitarias á tu padre, pero al vender tu casa, ni siquiera te has reservado entre los muebles rotos la silla de jurisconsulto en que él se sentaba. ¿A la milicia? ¡Tú, que nunca viste un campamento! ¿A la elocuencia? Ninguna hay en tí, y lo que tienes de voz y de lengua lo has empleado todo en este torpísimo lucro de la calumnia. ¿Y te atreves á ver la luz? ¿á mirar á estos? ¿á presentarte en el foro, en la ciudad, en presencia de tus conciudadanos? ¿No te horrorizas de ese cadáver y de esas imágenes de tus ascendientes, á quienes no sólo no imitas, sino que ni áun tienes lugar donde colocarlas?»

»Todo esto es trágico y divino; pero vosotros recordareis cuánto abundan los dichos agudos y urbanos en cualquiera de sus arengas. Nunca hubo mayor concurso ni se dijo ante el pueblo más grave oracion, que la de Craso contra

su colega en la censura, y por cierto que estuvo llena de jocosidad y gracias.

»Por lo cual, Antonio, estoy conforme enteramente contigo, así en que las facecias valen mucho en el discurso, como en que no hay arte que pueda enseñarlas. Lo que me admira, es que me hayas elogiado tanto por este concepto, en vez de conceder la palma, así de ésto como de todo lo demas, á Craso.»

Respondió Antonio: «Ciertamente que yo lo hubiera hecho, si no tuviera en esto alguna envidia á Craso, pues aunque el ser donairoso y agudo, no es por sí muy digno de envidia, apénas me parecia tolerable el que éste sólo llegára á reunir lo que jamás alcanzó nadie: ser á la vez el más festivo y el más grave y elocuente de los oradores.»

Habiéndose sonreido Craso, continuó Antonio: «Aunque has negado, César, que los chistes puedan ser materia de arte, tú mismo has indicado una cosa que tiene visos de precepto. Dijiste que debia tenerse cuenta con las personas, el asunto y el tiempo, para que las agudezas no desdijesen de la gravedad general del discurso, en lo cual es maestro Craso. No se empleen inoportunamente las facecias. Lo que ahora tratamos de averiguar es cuándo conviene emplearlas, vg., contra un adversario, sobre todo si se puede poner de manifiesto su necedad, ó contra un testigo rudo, codicioso, liviano, si es que creemos que el auditorio ha de oirnos con agrado. Siempre gusta más lo que se dice en la réplica que lo que se explana en el discurso principal, porque en la réplica luce más la prontitud de ingenio, y además el responder es propio de la condicion humana, y parece que si no hubi éramos sido provocados, hubiéramos permanecido tranquilos. Así, en el mismo discurso á que me refiero, nada que pareciera chistoso dijo el orador sin haber sido provocado ántes. Pues tanta era la gravedad de Domicio, que sus argumentos habian de ser mejor destruidos con chistes que con razones.»

Entónces dijo Sulpicio: «¿Y qué? ¿Consentiremos que César, que tanto ha trabajado en este género de las facecias, por más que conceda la palma á Craso, deje de explicarnos la naturaleza del chiste y su orígen, ya que confiesa lo útiles que son la sal y los donaires?

—¿Y qué, contestó Julio, no acabo de convenir con Antonio en que no hay arte alguno para el chiste?»

Habiéndose callado Sulpicio, dijo entónces Craso: «Tampoco hay arte que enseñe las demas cosas de que Antonio nos ha hablado: sólo hay la observacion de los recursos oratorios; y si ella bastara á hacer hombres elocuentes, ¿quién no lo sería? ¿Quién no podria más ó ménos fácilmente aprender ese arte? Pero yo creo, que el valor y utilidad de los preceptos no consiste en hallar por medio del arte lo que hemos de decir, sino en hacer distincion de bueno ó malo entre lo que por naturaleza, por estudio ó por ejercicio se nos ocurra, segun el fin que en el discurso nos propongamos. Por lo cual, César, te ruego, que consientas en disputar acerca de este género festivo, pues en una reunion como esta, en que se ha hablado de todo, fuera grave pecado omitir esta excepcion del arte.

—Ya que exiges, Craso, respondió César, su escote á cada convidado, no dejaré de satisfacer el mio, siquiera por que no tengas pretexto para negarnos luégo nada. Aunque mucho suelo admirarme de los que representan en la escena delante de Roscio, ¿pues quién podrá moverse sin que él vea todos sus defectos? Así yo, ahora que me oye Craso, hablaré del chiste y seré (como dice el proverbio) *el cerdo que enseña á Minerva*, es decir, á un orador de quien poco há dijo Cátulo al oirle, que todos los demas debian comer heno.

—Sin duda, respondió Craso, que entónces se burlaba Cátulo, porque su propia elocuencia es tal, que merece ser alimentado con ambrosía. Pero oigámosle, César, para que Antonio nos explique lo que le falta decir.

—Muy poco es lo que me falta, dijo Antonio; pero fatigado del largo camino y del trabajo de este razonamiento, descansaré en el de César, como si hubiera yo encontrado oportunamente una posada.

—Y por cierto, continuó Julio, que no ha de ser muy generosa mi hospitalidad, porque apénas hayas descansado un poco, te arrojaré y haré salir de mi casa. Y para no deteneros más, diré en pocas palabras lo que siento. Cinco cosas hay que preguntar acerca de la risa: primera, lo que es; segunda, de dónde procede; tercera, si es propio del orador el hacer reir; cuarta, hasta qué punto; quinta, cuántos son los géneros de ridículo.

»En cuanto á lo primero, es decir, á lo que la risa misma es, y cómo se excita y mueve, y dónde reside y cómo estalla de repente sin que podamos contenerla, y de qué suerte se comunica á los costados, á la boca, á las venas, al rostro y á los ojos, averigüelo Demócrito, pues á mí propósito nada importan esas cosas, y aunque importaran, no tendria yo reparo en confesar mi ignorancia en lo que ignoran los mismos que prometen enseñarlo. El lugar, digámoslo así, y la region de lo cómico (y esta es la segunda cuestion), consiste en cierta torpeza y deformidad; pues casi siempre se reduce el chiste á señalar y censurar no ridículamente alguna ridiculez. Y viniendo al tercer punto, diré: que es muy propio del orador mover la risa, ya porque la misma hilaridad concilia la benevolencia de los que participan de ella; ya porque admiran todos la agudeza, contenida á veces en una sola palabra, especialmente en la réplica, ya que no en la invectiva; ya porque quebranta las fuerzas del adversario y le estorba y le aterra y le confunde; ya porque da á entender que el mismo orador es un hombre culto, erudito y urbano; pero sobre todo, porque mitiga y relaja la severidad y tristeza, y deshace en juego y risa la odiosidad que no es fácil destruir con argumentos. Hasta qué punto puede

emplear el orador lo ridículo, es cuestion que merece atento exámen y que trataremos en cuarto lugar. Porque ni la insigne maldad, ni el crímen abominable, ni ménos la extrema miseria, son dignas de risa: á los facinerosos se los ha de castigar con armas más fuertes que la del ridículo, y de los miserables es cruel burlarse, á ménos que no pequen de jactanciosos. Respétense las aficiones de los hombres, porque es muy fácil ofenderlos en lo que más aman.

»Esta moderacion es la primera que debe observarse en los chistes. Y así las cosas de que es mas fácil burlarse son las que no merecen ni grande odio ni misericordia extrema. Materia abundante de ridículo se encontrará en los defectos ordinarios de la vida humana, sin necesidad de ofender á los hombres estimados, ó á los muy infelices, ó á los que por sus maldades merecen ser llevados al suplicio. Tambien las deformidades y vicios corporales son materia acomodada para el chiste, pero no más que hasta cierto punto, sin tropezar en insulsez ni pasar la raya de la lícita burla, evitando siempre el orador confundirse con el truhan ó el chocarrero. Esto se entenderá mejor despues que hayamos hecho la division de los géneros de chistes. Hay dos principales: uno de cosas, y otro de palabras. De cosas, cuando se refiere alguna fabulilla; vg., cuando tú, Craso, inventaste que Memmio habia mordido el brazo de Largio en la riña que tuvieron en Terracina por celos de una querida. Toda aquella saladísima narracion fué fingida por tí. Y añadiste que en todas las paredes de Terracina aparecieron escritas tres eles y dos emes. Y preguntando tú lo que era, te respondió un viejo ciudadano: «*El mordaz Memmio laceró el lacerto de Largio.*» Ya veis cuán dichoso y elegante, cuán oratorio es este género, ya sea verdadero el hecho que se cuenta, aunque mezclado con algunas mentirillas, ya del todo fingido. El mérito de este género consiste en presentar los hechos de tal manera y

describir con tal viveza las costumbres, el modo de hablar y el semblante de las personas, que los oyentes se imaginen estar presenciando lo mismo que se les refiere. Tambien es chiste de cosa el que se funda en alguna parodia ó maligna imitacion. Cuando Craso decia: «*por tu nobleza, por tu familia...*» ¿qué es lo que hizo reir al concurso sino la imitacion de la voz y del gesto de su adversario? Y nuestra risa subió de punto cuando exclamó: «*por tus estatuas,*» y extendiendo el brazo, imitó tan bien el ademan de Bruto, á quien acusaba. De este mismo género es la imitacion que Roscio hace de un anciano, cuando dice: «*Para tí, Antifon, planto estos árboles.*» Me parece estar oyendo á la misma vejez, cuando esto oigo. Pero todo este género de burlas ha de ser tratado con suma cautela. La excesiva imitacion, lo mismo que la obscenidad, es propia de los mímicos y de los histriones. Conviene que el orador suprima algo de la imitacion para que el oyente supla con el pensamiento mucho más de lo que ve. Debe mostrar además ingenuidad y pureza, evitando toda torpeza de cosas y de palabras.

»Estos son los dos géneros de ridículo que recaen en las cosas. Ambos son propios de esa facecia sostenida que consiste en describir las costumbres de los hombres, y pintarlas de tal manera que baste la narracion para entenderlas, ó una breve imitacion cuando se trate de algun defecto muy propio para la risa. Pero en los chistes de palabra todo el mérito está en la agudeza del vocablo y de la sentencia. Y así como en el género anterior debe evitarse cuidadosamente toda semejanza con los mimos é histriones, así en este debe huirse de toda dicacidad truhanesca. ¿Cómo distinguiremos, pues, á Craso, á Cátulo y tantos otros, de vuestro amigo Granio ó de Várgula que es amigo mio? No me parece facil distinguirlos, pues todos son decidores, y nadie más que Granio. Ante todo ha de tenerse presente que no es necesario empeñarnos en decir chistes

siempre que se nos ocurra. Se presenta un testigo muy bajo de estatura, y dice Filipo: «¿Podré hacerle algunas preguntas?—Sí, con tal que sean breves, responde el cuestor que tenía prisa.—Serán tan breves como el testigo, replica el orador.» El dicho es gracioso. Pero uno de los jueces era Lúcio Aurifex, todavía más pequeño que el testigo. Toda la risa recayó en el juez, y el juicio se convirtió en una bufonada. Así, pues, cuando el chiste, aunque sea feliz, pueda recaer en quien tú ménos quisieras, debes abstenerte de él. No hace esto Apio, que se precia de chistoso y realmente lo es, pero que cae á veces en este vicio de la chocarrería. «*Cenaré contigo, porque veo que hay lugar para uno,* dijo á mi amigo Cayo Sextio, que es tuerto.» Este chiste tiene poca gracia, porque ofendió á Sextio sin motivo, aunque el dicho podia aplicarse á todos los tuertos. La respuesta que de improviso le dió Sextio fué admirable: «*Lávate las manos y cenarás conmigo.*» Estos chistes agradan tanto más, cuanto son ménos preparados. La oportunidad, pues, la moderacion y templanza, y la sobriedad misma en los donaires, distinguirán al orador del bufon, porque nosotros hablamos, no para hacer reir, sino para algun fin de utilidad, al paso que ellos están graceando todo el dia sin causa. ¿Qué es lo que consiguió Várgula cuando, abrazándole el candidato Aulo Sempronio y su hermano Marco, dijo á su criado: *muchacho, espántame estas moscas?* Buscó sólo la risa, que es á mi ver un fruto bien mezquino del ingenio. La prudencia y gravedad nos indicarán el lugar más oportuno para tales gracias. ¡Ojalá hubiera algun arte que las enseñara! pero sólo las dicta la madre naturaleza.

»Expongamos ahora sumariamente las diversas maneras que hay de mover la risa. Sea la primera division la de palabras y cosas. Y aún son mejores las facecias que consisten á la vez en cosas y en palabras; y no olvideis nunca que de las mismas fuentes de donde nace lo ridículo pue-

den nacer tambien sentencias. No hay más diferencia sino que las cosas honestas deben tratarse grave y sériamente, y las vergonzosas y deformes han de tratarse en burla; de suerte que con las mismas palabras podemos alabar á un siervo bueno y vituperar á uno malo. Gracioso es aquel antiguo dicho de Neron, contra un siervo que le robaba mucho: «Es el único para quien en mi casa no hay nada cerrado ni sellado:» lo cual, con las mismas palabras, puede decirse de un siervo fiel. De las mismas fuentes proceden, pues, lo serio y lo burlesco. Así, por ejemplo, cuando Espurio Carbilio cojeaba gravemente á consecuencia de una herida recibida en defensa de la república, y por esta causa no se atrevia á presentarse en público, díjole su madre: «¿Por qué no sales, Espurio mio? Cuantos pasos des, serán otros tantos recuerdos de tu valor.» Esto es noble y grave (1).

»Las palabras ambiguas tienen mucha agudeza, pero no siempre se toman en burla, sino muchas veces en serio. Así Publio Licinio Varo dijo á Escipion el Africano, cuando se le desasia una corona en el convite é intentaba en vano ajustarla á la cabeza: «No es extraño que no te venga bien, porque tienes la cabeza muy grande.» Este rasgo fué noble y digno de alabanza. Del mismo género es este otro: *Es bastante calvo, pero habla poco.*

»En suma, no hay género de chistes que no pueda aplicarse tambien en sentido grave; y ha de advertirse además que no todo lo ridículo es gracioso. ¿Qué cosa hay más ridícula que Annio? Pero es su voz, su semblante, su arte de remedar, su figura, lo que nos hace reir; podre-

(1) Siguen otros ejemplos fundados en juegos de palabras: *claudicat y elodicat, Naevio e ignavius*, y en la significacion ambigua del verbo *circumvenirí*: todo lo cual desaparece en castellano. Suprimiré algunos otros ejemplos no ménos insignificantes. De ellos dice el mismo Ciceron: «*mutatis verbis non possunt retinere eam idem venustatem.*»

mos decir de él que es divertido, no como un orador, sino como un mimo.

»Por lo cual, este primer género, aunque es el que mueve más á risa, no nos pertenece; ni el representar al perezoso, al supersticioso, al vanaglorioso, al necio; todos personajes risibles por sí mismos, y á quienes solemos zaherir, no representar: el otro género, que consiste en la imitacion, es muy gracioso; pero nosotros sólo podemos usarle de cuando en cuando, y como de paso y á hurtadillas, porque de otro modo es poco liberal: el tercer género, es decir, la parodia de los gestos, no es digna de nosotros: el cuarto, es decir, la obscenidad, no sólo es indigna del foro, sino de los convites de personas libres. Quitadas, pues, de la oratoria todas estas especies de chistes, quedan sólo las facecias, de palabra y de cosa, segun la division que ántes hice. Lo que por sí es gracioso, sean cuales fueren las palabras con que se dice, es facecia de cosa; lo que mudando las palabras pierde la sal, tiene toda su gracia en las palabras mismas. Los equívocos son muy agudos, y aunque su gracia consiste en el vocablo y no en la sustancia, suelen hacer reir mucho y son muy alabados cuando se dicen discreta y agradablemente. Así en el caso de aquel Ticio, que era muy aficionado á jugar á la pelota, y además tenía fama de romper de noche las estatuas sagradas, preguntando sus compañeros por qué no venía al campo, le excusó Vespa Terencio, diciendo que tenía un brazo roto. Los llamados decidores sobresalen principalmente en este género, pero aún hay otros chistes que provocan más la risa. El equívoco agrada por ser muestra de ingenio poder tomar la palabra en diverso sentido de aquel en que los demas la toman. Pero esto mueve más á admiracion que á risa, á no ser que se dé la mano con otro género de ridículo.

»Recorreré estos otros géneros. Ya sabeis que uno de

los más frecuentes es el decir una cosa cuando se espera otra, porque entónces nuestro mismo error nos mueve á risa. Y si á esto se añade el equívoco, aún tiene el chiste más gracia.

Tambien es de muy buen efecto en una disputa arrebatar al adversario sus palabras y herirle con sus propias armas, como hizo Cátulo contra Filipo. Pero como son muchos los géneros de ambigüedad, y difícil de compendiar su doctrina, convendrá observar y atender á los vocablos para evitar todo lo que parezca frio y rebuscado, y limitarnos á lo que tenga verdadera agudeza.

»Otras veces está la gracia en una pequeña alteracion, á veces de una sola letra, en la palabra. A esto llaman los Griegos «paranomasia;» así Caton llamaba á *Nobilio, Mobilio.* Tambien la interpretacion del nombre tiene agudeza cuando sirve para el ridículo. Así dije yo, hace poco, que el divisor Nummio habia conquistado renombre en el campo Marcio como Neoptolemo delante de Troya. Muchas veces se cita por donaire algun verso, ya tal como es, ya un poco alterado, ya alguna parte de verso, como hizo Estacio con Escauro en aquella disputa, de la cual dicen que nació la ley de ciudadanía de Craso: «Callad; ¿á qué esos gritos? ¿por qué teneis tanta arrogancia los que no conocisteis padre ni madre? Deponed esa soberbia.» Como estos dichos pierden la gracia en mudándose las palabras, deben considerarse como chistes de vocablo y no de sentencia. Hay otro género, y no insulso, que consiste en tomar las palabras en su valor literal, y no en el que les da el que habla. De este género es lo que tú, Craso, respondiste, no há mucho, á uno que te preguntaba si te seria molesto el que fuera á visitarte ántes del amanecer. «*No me serás molesto,*» le respondiste. «Mandarás que te despierten,» añadió él. Y tú: «Si te he dicho que no me serías molesto...» Tambien tuvo gracia aquel dicho de Lucio Porcio Nasica al censor Caton, cuando le preguntaba éste: «Segun tu vo-

luntad, ¿tienes mujer?—No, segun mi voluntad» contestó. Estos chistes son frios cuando no son inesperados.

Es natural, como ántes dije, que nos haga gracia el error en que caemos, y suele hacernos reir el ver burladas nuestras esperanzas. Son tambien chistes de palabra los que se toman de alguna alusion, traslacion ó inversion de vocablos. De alusion, vg., cuando Marco Servilio quiso oponerse á la ley de Rusca sobre la edad que debia tenerse para las magistraturas: «Díme, Marco Pinario, si afirmo algo contra tí, ¿me contestarás con injurias como á los otros?» «Segun siembres, así cogerás,» le respondió Pinario. Por traslacion, como Escipion el Mayor respondió á los de Corinto que querian levantarle una estatua en el sitio donde estaban las de los otros generales, «que no le agradaban las estatuas en escuadrones.» A veces se invierten las palabras, como hizo Craso defendiendo á Acúleo ante el juez Marco Perpenna. Era defensor de Gratidiano, Lucio Elio Lámia, hombre tan feo como sabeis, y habiendo interrumpido á Craso, dijo éste: «Oigamos á ese hermoso mancebo.» Riéronse todos, y Lámia continuó: «No puedo yo darme hermosura, pero sí ingenio.—Oigamos, pues, á ese hombre tan sabio,» continuó Craso; y todavía fué mayor la risa. Dije ántes que estos recursos valian así en lo grave como en lo serio, pues aunque la materia de lo cómico sea distinta de la de los discursos graves, la forma de unos y otros es la misma. Adornan mucho la oracion las palabras en sentido contrario. Así Servio Galba, acusado por el tribuno de la plebe Lucio Estribonio, escogió por jueces á sus familiares y amigos, y diciéndole Libon: «Oh Galba, ¿cuándo sales de tu triclinio?—Cuando tú salgas de la alcoba ajena,» le respondió.

»De los chistes de palabra creo haber dicho bastante: los de cosas son más y excitan más la risa, sobre todo cuando entra en ellos la narracion (cosa bastante difícil). Porque han de expresarse y ponerse á la vista las cosas

de tal manera, que parezcan verosímiles, lo cual es propio de la narracion, y además es necesario que los hechos que se narran sean materia acomodada á la risa. Pondré un ejemplo brevísimo, el mismo que ántes cité, el de Craso contra Minucio. En este género debe incluirse tambien la narracion de apólogos. Tómase á veces algo de la historia, como cuando Sexto Ticio decia que él era otra Casandra: «Yo, dijo Antonio, puedo nombrar á tus muchos Ayaces ó Oiléos.» Otras veces el chiste es de semejanza, comparacion ó imágen. De comparacion: siendo Galo testigo contra Pison, y censurando al prefecto Magio por haber recibido una gran cantidad de dinero, lo cual Escauro no queria admitir, alegando la pobreza de Magio: «Te equivocas, oh Escauro, le dijo, porque yo no afirmo que Magio conserve ese dinero, sino que le sepultó en su vientre, como hace un hombre desnudo que recoge nueces.» Y Marco Ciceron el viejo, padre de este excelente amigo nuestro, solia decir que nuestros conciudadanos eran parecidos á los esclavos sirios, que en cuanto saben un poco de griego, son peores. Tambien tienen gracia las alusiones á deformidades ó vicios corporales, porque suelen indicar alguna mala cualidad de ánimo. Tal es aquel dicho mio contra Elvio Mancia: «Demostraré quién eres, le dije.—Muéstralo, pues, me replicó.» Y yo señalé con el dedo á un Galo pintado en el escudo címbrico de Mario, bajo las tiendas nuevas, torcido, con la lengua fuera y caidas las mejillas. Riéronse todos, porque la semejanza con Mancia era completa. Otra vez dije á Tito Pinario, que se torcia la barba al hablar: «Di lo que quieras, despues que hayas quebrado esa nuez.» Tambien son chistosas las ponderaciones que se hacen para ensalzar ó deprimir alguna cosa. Así tú, Craso, dijiste ante el pueblo que Minucio se tenia por tan grande, que cuando pasaba por el foro, bajaba la cabeza para no tropezar con el arco de Fabio. Del mismo género es lo que cuentan que dijo Escipion ante Numancia, enojado con Cayo Metelo: «Si

la madre de éste pare por quinta vez, parirá de fijo un asno.» Tambien tiene agudeza el indicar brevemente, y á veces con una sola palabra, una cosa oscura. Habiendo ido Publio Cornelio, que pasaba por hombre avaro y rapaz, pero muy fuerte y buen general, á dar las gracias á Cayo Fabricio, porque siendo enemigo suyo le habia hecho cónsul en tiempo de una grande y peligrosa guerra: «No tienes por qué darme gracias, le contestó Fabricio; quise más ser hurtado que puesto en venta.»

»Tambien es elegante la disimulacion que consiste en decir una cosa distinta de lo que se piensa, aunque no la contraria, como en la respuesta de Craso á Lamia: de esta especie de severa ironía se valió nuestro Escévola contra Septumuleyo de Anagnia, que habia recibido el dinero ofrecido por la cabeza de Cayo, y rogaba á Escévola que le llevase al Asia de prefecto. «¿Qué quieres, insensato? le dijo; tan grande es el número de malos ciudadanos, que, si te quedas en Roma, reunirás en pocos años muchísimo dinero.» Cuenta Fannio en sus anales que á este género de chistes fué muy dado Escipion el Africano, y por eso con palabra griega le llama *el irónico*. Pero segun dicen los que mejor entienden de esto, Sócrates aventajó á todos en la ironía y disimulacion, por su gracia y buen gusto. Este género es muy elegante; tiene gravedad mezclada con la agudeza, y se acomoda, ya á la diccion oratoria, ya á las conversaciones urbanas. Y en verdad, todos los chistes que he enumerado sirven para condimentar no sólo las acciones forenses sino todo género de discursos. Por eso leo en Caton, de cuyos escritos he tomado muchos ejemplos, que Cayo Publicio solia decir: «Publio Mummio es hombre para todo tiempo.» Y tenía razon, porque no hay tiempo de la vida en que no convenga usar de gracia y jovialidad. Pero pasemos á los otros géneros.

»Muy parecida á la disimulacion es la figura que consiste en dar un nombre honesto á una cosa viciosa, como

hizo Escipion el Africano, cuando, siendo censor, arrojó de su tribu á un centurion que no habia asistido á la batalla de Paulo, y dándole el centurion por disculpa que se habia quedado en los reales para custodiarlos, replicó Escipion: «No gusto de soldados tan cuidadosos.» Agudeza hay tambien en tomar las palabras de otro en un sentido diferente de aquel en que él las usa: así, cuando Livio Salinator, despues de haber perdido á Tarento, conservó solamente la fortaleza, y desde ella resistió muy bien á los enemigos, hasta que algunos años despues recobró Máximo la ciudad, diciéndole Salinator que se acordase de sus servicios, pues gracias á él habia recobrado á Tarento: ¿«Cómo no he de acordarme? le dijo; nunca la hubiera recobrado yo, si tú no la hubieses perdido.» Hay otros dichos algo necios, pero que mueven á risa, y que no sólo pueden usarlos los mimos, sino tambien hasta cierto punto los oradores, verbigracia: «¡Qué hombre tan necio! cuando empezaba á ser rico, se murió.—¿Es parienta tuya esta mujer?—Es mi esposa.—Ciertamente que lo parece.—Miéntras estuvo en los baños, no se murió.»

»Este modo de chiste es algo ligero y propio de la comedia, como ántes dije, pero tiene tambien algun lugar entre nosotros, cuando un hombre que no es necio dice con aire de ingenuidad alguna cosa picante, vg., lo que á tí, oh Antonio, te dijo Mancia, habiendo oido que Marco Duronio te acusaba de peculado, en el tiempo que fuiste censor: «*alguna vez te habia de ser lícito tratar de tus negocios.*» Estas ocurrencias hacen reir mucho, como todos los aparentes absurdos que con ironía dicen los hombres de ingenio. Así, fingimos á veces no entender lo que en realidad entendemos, vg.: preguntaron á Pontidio. «¿Qué piensas tú del que es sorprendido en adulterio?—Que es muy torpe en dejarse sorprender.» Así yo, cuando Metelo queria incluirme en el alistamiento sin atender á la excusa que yo daba de ser corto de vista, y me decia: «¿nada ves?

—Lo único que veo, le repliqué, desde la puerta Esquilina, es tu casa de campo.» De Escipion Nasica cuentan que, habiendo ido á visitar al poeta Ennio y preguntando por él, la criada que salió á la puerta le respondió que Ennio no estaba en casa. Nasica conoció que lo habia dicho por órden de su amo, y que realmente estaba en casa el poeta. A los pocos dias fué Ennio á ver á Nasica, y el mismo Nasica le contestó á gritos: «No estoy en casa.—¿Cómo no, si conozco tu voz?» le dijo Ennio. A lo cual respondió Nasica: «Qué atrevido eres: cuando yo te buscaba, creí á tu sierva que me dijo que no estabas en casa, y ahora tú no me quieres creer á mí.» Tambien se puede hacer burla de alguno con las mismas palabras con que él ha querido burlarse. Así, Quinto Opimio, varon consular, que no habia tenido en su juventud buena fama, dijo á Egilio, hombre festivo y que parecia afeminado, aunque no lo era: «¿Qué tal, Egilia mia, cuándo vienes á mi casa con tu rueca y lana? — No me atrevo, contestó Egilio, porque mi madre me ha prohibido acercarme á mujeres de mala fama.»

»Saladas son tambien las expresiones que llevan oculta la sospecha de ridiculez: de este género fué el dicho de aquel siciliano á quien un amigo suyo se quejaba de que su mujer se habia ahorcado de una higuera. «Dáme, le dijo, algun renuevo de ese árbol para plantarlo.» De una manera semejante respondió Cátulo á un mal orador, que le preguntaba si en el epílogo habia conseguido mover á compasion. «Y muy grande, le dijo, porque ninguno hay de tan duras entrañas á quien tu discurso no haya parecido digno de lástima.» A mí me agradan mucho los chistes que se dicen con enfado, cuando es hombre de ingenio el que los dice, porque entónces se aplaude la naturalidad aún más que la gracia. Por eso me hace gracia aquel pasaje de Nevio: «¿Por qué lloras, padre?—¿Y he de cantar cuando estoy condenado?» Casi contrario á este género de ridiculez es el dicho de un hombre paciente é imperturbable, vg.: habiendo tro-

pezado con Caton un hombre que llevaba á cuestas una arca, le dijo: «¡Cuidado, apártate!» y Caton le preguntó: «¿Llevas todavía algo más que el arca?»

»Tambien cabe chiste en las burlas contra la ignoracia. Así hizo aquel siciliano á quien el pretor Escipion habia dado por defensor en una causa á su huésped, hombre noble, pero muy necio. «Te ruego, dijo al pretor, que des ese patron á mi adversario, aunque despues no me des ninguno.»

»¿Y qué diremos de las contradicciones, vg.? «¿Qué le falta á éste sino hacienda y virtud?» Tambien es agradable la reprension amistosa y el consejo y advertencia familiar, vg.: aconsejaba Granio á un mal abogado que se habia puesto ronco en el foro, que bebiese vino frio y mezclado con miel así que volviese á su casa. «Perderé la voz si tal hago.—Más vale que pierdas la voz que no que pierdas á tu cliente.» El chiste más incisivo es el que mejor se acomoda al carácter de las personas. Escauro, que era muy aborrecido porque sin testamento se habia apoderado de los bienes de Pompeyo de Frigia, hombre rico, abogaba en defensa de Bestia, cuando acertó á pasar un entierro. Entónces gritó el acusador Cayo Memmio: «Mira, Escauro, allí llevan un muerto; á ver si puedes heredarle.» Los chistes que más hacen reir son los más inesperados. De éstos hay innumerables ejemplos, vg., el de Apio el Mayor, cuando se trataba en el Senado de los campos públicos y de la ley Thoria, y acusaban á Lucilio de que apacentaba su ganado en los campos públicos. «No es de Lucilio ese ganado, dijo Apio en són de defenderle. Es un ganado libre que pasta donde quiere.» Tambien me agrada un dicho de Escipion Nasica, el que mató á Tiberio Graco: despues de decirle muchas injurias, Marco Flaco le habia propuesto por juez á Publio Mucio. «Le recuso, dijo Escipion, por inicuo.» Levantóse un murmullo y Nasica continuó: «Le recuso por inicuo, no sólo conmigo, sino con todos nosotros.» Pero en este gé-

nero nada más gracioso que un chiste de Craso. El testigo Silo habia ofendido á Pison, refiriendo contra él cosas que decia haber oido. «Puede ser, dijo Craso, que ese á quien tú se las has oido las dijese enojado.» Silo hizo señas de asentimiento con la cabeza. «Puede tambien que tú lo entendieses mal.» Silo dijo que sí con la cabeza. Puede ser tambien, continuó Craso, que lo que dices haber oido no lo oyeras nunca.» Esto fué tan inesperado, que provocó la risa de todos y confundió al testigo. De este género de sales está lleno Névio; vg.: «Aunque seas muy sabio, temblarás si tienes frio;» y á este tenor otros muchos.

»Muchas veces se concede graciosamente al adversario lo mismo que él nos niega: así, diciendo á Cayo Lelio un hombre de mala familia: «Eres indigno de tus mayores,» le respondió Lelio: «Y tú ciertamente que eres muy digno de los tuyos.» A veces hay gracia en manifestar un deseo de cosa imposible: así, Marco Lépido, recostado en la hierba miéntras que los otros se ejercitaban en el campo, decia: «¡Ojalá que esto fuese trabajar!» Tiene tambien chiste el responder fuera de propósito á los importunos preguntadores; vg.: habiendo expulsado el censor Lépido á Marco Antisio Pirgense, del órden de los caballeros, quejábanse sus amigos, y preguntaban qué habia de contestar á su padre cuando quisiera saber por qué habia sido separado del órden ecuestre un colono tan excelente, parco, modesto y frugal. «Diré, respondió Lépido, que yo no creo ninguna de esas cosas.»

»A estas maneras añaden los Griegos algunas otras, como son las execraciones, admiraciones y amenazas. Pero me parece que ya he explicado más de las que debia, pues las que consisten en juegos de palabras son en corto número, y, como ántes dije, más suelen merecer alabanza que risa. Los chistes de cosa son innumerables en sus especies, pero muy pocos en sus géneros. Puede excitarse la risa con esperanzas engañadas, ó describien-

de con gracejo el carácter de otro, ó comparando una cosa con otra más torpe y fea, ó disimulando, ó diciendo cosas muy absurdas y reprendiendo necedades. Así, el que quiere hablar jocosamente ha de tener una disposicion natural para este género, y ademanes y semblante acomodado á este linaje de ridículo. A veces, cuanto más severo y triste es el rostro, como sucede con el tuyo, oh Craso, tanta más gracia tiene lo que se dice.

Pero ya es hora, oh Antonio, de que abandones esta posada de mi discurso, que es lugar tan poco ameno y saludable como si te hubieras hospedado en las lagunas pontinas. Creo que ya has descansado bastante, y puedes continuar tu viaje.

—Por cierto, respondió Antonio, que he sido generosa y alegremente hospedado por tí, y que me has hecho á la vez más docto con los ejemplos de esos Fabricios, Africanos, Máximos, Catones y Lépidos que me has citado.

»Por lo demas, ya sabeis todo lo que queriais oir de mis labios, á lo ménos lo más importante y difícil. Todo lo restante es fácil y se infiere de estos principios.

»Yo cuando me he encargado de una causa y he reflexionado, en cuanto he podido, todo lo que á ella se refiere, y he visto y considerado los argumentos y los recursos para mover el ánimo de los jueces, y para atraerlos, me fijo sobre todo en el lado bueno y en el lado malo de la causa. No hay asunto traido á discusion ó controversia que no presente estos dos aspectos. Lo difícil es averiguar hasta qué grado cada uno de ellos. El método que suelo seguir consiste en amplificar, exornar y ponderar lo bueno de la causa, insistiendo y deteniéndome en esto, á la vez que me aparto del lado malo y desfavorable, no de suerte que parezca que le eludo, sino de manera que quede oscurecido y como abrumado por la parte favorable. Si el interes de la causa está en los argumentos, me detendré en los más firmes, sean muchos ó uno sólo;

pero si lo esencial es atraerse la benevolencia ó excitar la pàsion del auditorio, hago el mayor hincapié en la mocion de afectos. Del mismo modo, si la refutacion de las pruebas del adversario tiene más importancia que la confirmacion de las nuestras, contra él debemos dirigir todas las armas; pero si es más fácil comprobar nuestras razones que redargüir las suyas, apartemos los ánimos de la defensa del contrario y hagámosle fijarse en la nuestra. Como por derecho propio, me valgo de dos recursos que parecen muy fáciles, porque lo difícil excede mis fuerzas: el primero consiste en no responder nada á un argumento molesto ó difícil: quizá alguno se ria de esto, y con razon, porque ¿quién no puede emplear ese medio? Pero yo hablo de mis facultades, no de las de los demas, y confieso que cuando me veo muy apurado suelo retirarme, pero no arrojando ni separando el escudo, sino con una fuga semejante á una batalla, y mostrando más pompa y esplendidez de diccion que nunca; retraido en suma á mis posiciones, de tal suerte que parezca que no por huir del enemigo, sino por mejorar de puesto, me he retirado. Lo segundo, que el orador debe mirar con mucha atencion y diligencia, y lo que más miro yo, no es tanto el ser útil á la causa que se defiende, como el no ser perjudicial, no porque deba desatenderse ninguna de las dos cosas, sino porque es mucho más vergonzoso en un orador el perjudicar á su cliente que el no sacarle victorioso.

»¿Pero qué estais hablando entre vosotros, Cátulo? ¿Acaso despreciais estas cosas, que realmente son despreciables?

—Nada de eso, respondió Cátulo; pero me parece que César quiere decirte algo sobre ese particular.

—Con mucho gusto lo oiré, ya sea para refutarme, ya para preguntarme.—A fe mia, dijo César, que siempre he dicho de tí que ningun orador te vencia en prudencia, y que era muy particular alabanza tuya no haber dicho

nunca nada que pudiera perjudicar á tu cliente. Y recuerdo muy bien que hablando de tí, con este mismo Craso, delante de mucho auditorio, y ponderando Craso tu elocuencia, dije yo que el primero y más grande de tus méritos estaba, no en decir lo necesario, sino en callar todo lo que no hace falta; y acuérdome que él respondió, que todo lo demas era en tí digno de alabanza, pero que sólo un hombre malvado y pérfido podia decir cosas ajenas al asunto y perjudicar al que le habia confiado su defensa; por lo cual no le parecia á Craso grande orador quien esto dejaba de hacer, sino malvado el que no lo hacía. Ahora, Antonio, quisiera que nos dijeses por qué das tanta importancia á esto de no perjudicar al cliente y lo consideras como la primera cualidad del orador.

—Diré lo que entiendo, César, respondió Antonio; pero acuérdate tú y acordaos los demas que no hablo de la divina excelencia de un orador perfecto, sino de mi propia medianía acrecentada con el ejercicio y la costumbre. La respuesta de Craso fué propia de su excelente y singular ingenio: paréciale monstruoso que pudiera hallarse un orador que hiciese daño á la misma causa que defendia. Juzgaba por sí mismo, y como es tal la grandeza de su talento, no podia imaginar que nadie, á no ser adrede, pudiera hablar contra su propia causa. Pero yo no trato de los ingenios raros y excelentes, sino de los vulgares y comunes. Así, entre los Griegos cuéntase como muestra de la increible grandeza de entendimiento y ánimo del ateniense Temístocles, que en cierta ocasion se le acercó un hombre muy erudito, y le prometió enseñarle el arte de la memoria, que empezaba entónces á ser conocido. Preguntóle Temístocles para qué servia aquel arte: respondió el maestro que para acordarse de todo; y Temístocles replicó: «Más te agradeceria que me enseñases el arte de olvidar lo que yo quisiera.» ¿Veis qué fuerza de ingenio, qué entendimiento tan poderoso? Y si respon-

dió así, fué para dar á entender que nada de lo que una vez habia entrado en su ánimo podia borrarse nunca, aunque hubiera deseado más poder olvidar muchas cosas que habia oido ó visto. Pero ni por esta respuesta de Temístocles hemos de abandonar el cultivo de la memoria, ni esta mi cautela y timidez en las causas ha de ser tenida en ménos, puesta en parangon con la suma prudencia de Craso. Porque ninguno de ellos me ha comunicado sus facultades y sólo han hecho gallarda muestra de las suyas. Hay en las causas y en todas las partes del discurso mucho que reparar, mucho en que tropezar. A veces un testigo no nos ofenderia, ó nos ofenderia ménos si no le provocásemos; nos ruega el reo, nos instan los abogados para que acometamos, para que injuriemos; finalmente, para que interroguemos. Si no me muevo, si no obedezco, si no satisfago sus deseos, no alcanzaré ninguna gloria. Los ignorantes pueden reprender mejor lo que se dice neciamente que lo que sábiamente se calla. ¡Cuánto mal puede resultar entónces de ofender á un testigo que esté enojado, y no sea necio ni liviano! Porque entónces la ira le da voluntad de ofender y su vida autoridad; y aunque Craso no lo haga, otros muchos lo hacen. Y nada me parece más torpe que oir decir despues de un discurso: «*Le mató.*—¿A quién, a su adversario?—Nada de eso, se mató á sí mismo y á su defendido.»

»Craso juzga que esto no puede acontecer sino por mala fe, y sin embargo, he visto oradores que personalmente no son malos, hacer mucho mal con sus defensas. Pues qué, lo que ántes dije, de que acostumbro ceder, y digámoslo más claro, huir de todo lo que puede comprometer mi causa, ¿cuando otros no lo hacen, y se aventuran en el campo enemigo, y abandonan sus propios reales, os parece que hacen poco daño á la causa acrecentando las fuerzas de los enemigos y exacerbando las llagas que no pueden sanar? ¿Y qué diré cuando no tienen

cuenta con las personas á quienes defienden, y en vez de mitigar la indignacion que pueda haber contra ellas, la acrecientan con desmedidas alabanzas? ¡Cuánto mal no causan con esto! Y qué, si afrentas é injurias sin provocacion alguna á hombres queridos y estimados de los jueces, ¿no te enajenarás su favor con esto solo? ¿Y es leve pecado reprender en el adversario vicios y defectos de que participan alguno ó muchos de los jueces, de modo que parezca que la reprension va contra estos? Y qué, si en són de defender á otro, defiendes sólo tu propia causa, ó arrebatado por la ira te alejas del asunto, ¿no le harás con esto ningun daño? De aquí que yo, no porque guste de que hablen mal de mí, sino porque no me agrada abandonar la causa, estoy reputado por hombre sufrido y tranquilo; y así te reprendia, Sulpicio, porque acometias no al adversario, sino á su defensor. De esta manera consigo que si alguno habla mal de mí, pase él por petulante ó casi por loco. En los mismos argumentos, si pones algo abiertamente falso ó contrario á lo que has dicho y has de decir ó alejado de la práctica forense, ¿no harás ningun daño con esto? ¿Qué más? Toda mi atencion suelo fijarla siempre en hacer algun bien con mis discursos, y si esto no lo consigo, á lo ménos en no hacer ningun mal.

»Vuelvo ahora, Cátulo, á lo que poco ántes alababas en mí, al órden y colocacion de las pruebas y argumentos. El método es doble; depende el primero de la naturaleza de la causa, el segundo del juicio y prudencia del orador. Porque el decir algo ántes del asunto, el exponer en seguida, el confirmar nuestro parecer y refutar el del contrario, el concluir y hacer una peroracion, todo este órden lo dicta la naturaleza misma. Pero el modo mejor de ordenar las pruebas y los medios de persuasion, esto es propio solamente de la prudencia del orador. Muchos argumentos se ocurren, muchos que parecen aprovechables; pero parte de ellos son tan leves y de poco momento que pue-

den despreciarse; parte, aunque traigan alguna utilidad, no están exentos de vicio, y es más el daño que pueden hacer que el bien que pueden causar. Si los útiles y sólidos son muchos, como sucede con frecuencia, conviene dejar fuera de la oracion los de ménos fuerza ó los que no tienen ninguna. Cuando reuno los argumentos de las causas, no suelo contarlos, sino pesarlos. Y como he dicho ya que de tres maneras podemos inclinar á todos á nuestro parecer, es decir, enseñando, deleitando y persuadiendo, con todo eso una sola de estas cosas ha de predominar sobre las otras, de suerte que parezca que sólo nos proponemos enseñar: en cuanto al deleite y á la persuasion, han de estar esparcidos por todo el discurso lo mismo que la sangre por todo el cuerpo. El exordio y las demas partes de la oracion, de que hablaré luégo, han de tener tal fuerza que arrastren los ánimos del auditorio. Pero en cuanto á las partes del discurso, que sin servir directamente para la argumentacion, aprovechan mucho para persuadir y conmover, aunque su lugar propio es en el exordio y en la peroracion, sin embargo, es útil á veces apartarse del propósito y de la causa para concitar las pasiones. Así, despues de la narracion cabe la mocion de afectos, ó en la confirmacion, ó en la refutacion, ó en una y otra, ó en todas las partes del discurso puede hacerse esto, si la causa tiene bastante dignidad é importancia. Las que más ancho campo ofrecen á la pompa y ornato son las que mejor se prestan á este género de digresiones, y en las cuales puede usarse de esos lugares comunes con que se mueve ó aplaca la pasion de los que oyen. Y en esto reprendo tambien á los que colocan primero las pruebas ménos firmes. Creo que yerran tambien los que teniendo muchos defensores (cosa que nunca me agradó) hacen que hable primero el que tienen por más débil: el asunto mismo pide que se satisfaga desde el principio la expectacion de los que oyen, porque si no, vano será todo

lo que se trabaje en el resto de la causa. Mal parece ésta, si desde que se empieza á defender no presenta ya favorable aspecto. Así, pues, en los oradores búsquese el mejor, y en el discurso póngase primero lo más fuerte, guardando siempre esta medida: que algunos de los más excelentes se reserven para la peroracion. Y en cuanto á los medianos (porque á los viciosos no se les da cabida) basta arrojarlos en medio de la turba y del tropel. Considerando todo esto, lo último en que suelo pensar es lo que he de decir en el exordio, porque siempre que he empezado por pensar en él, no se me ha ocurrido nada que no fuese pobre, débil, vulgar ó comun.

»Los exordios deben ser muy trabajados, agudos, llenos de sentencias y discretas palabras, y propios de la causa. Porque el exordio es como la primera recomendacion del discurso, y debe suavizar y atraer desde luégo al oyente. Y en esto suelo admirarme, no ya de los que nunca ponen cuidado en estas cosas, sino de Filipo, orador tan elocuente y diserto, que suele decir que se levanta á hablar sin saber cuáles son las primeras palabras que tiene que decir, y añade que él sólo pelea despues de haberse calentado el brazo, sin advertir que los mismos de quienes toma este símil, se arrojan tan ligeramente las primeras lanzas, que á la vez que sirven para mostrar la gallardía de sus movimientos, economizan sus fuerzas. Y no es dudoso que el exordio debe ser en ocasiones vehemente y guerrero; pero si en el mismo certámen de los gladiadores, donde decide de la victoria el hierro, se hacen ántes del encuentro final muchas cosas no tanto para herirse cuanto para muestra de valor y destreza, ¿cuánto más no se requiere esto en la oracion, donde no se busca tanto la fuerza como el deleite? Nada hay en la naturaleza que se difunda totalmente y de súbito: áun á las cosas más extraordinarias da la naturaleza pequeños principios. Estos no han de traerse de fuera, sino sacarse de las entrañas

de la causa. Recorrida y examinada ésta, imaginados y dispuestos los argumentos, entónces ha de buscarse el exordio, y entónces se hallará fácilmente, porque se tomará de las fuentes que parezcán más copiosas, ya en los argumentos, ya en las digresiones. Serán de más efecto cuando de tal manera estén tomados de la causa, que parezca no sólo que no son comunes ni pueden trasladarse á otras causas, sino que proceden únicamente de la que entónces va tratándose.

»Todo exordio, ó debe dar una idea del asunto de que se trata, ó servir de introduccion á la causa y á la defensa, ó se usa solamente para ornato y dignidad. Y así como la entrada ó el vestíbulo han de ser proporcionados á la casa ó el templo, así los exordios han de guardar proporcion con la importancia de la causa. En las vulgares y de poca importancia, vale más empezar por la cosa misma. Pero si ha de usarse algun exordio, fúndese en el reo, ó en el adversario, ó en la materia, ó en el auditorio. Del reo (comprendiendo bajo este nombre á todo aquel cuya causa se defiende) dígase todo lo que puede aplicarse á un varon bueno, liberal, desdichado, digno de misericordia, todo lo que tiene fuerza contra una falsa acusacion: contra el adversario se usan los mismos lugares comunes, pero en sentido opuesto. Del hecho se dirá que es cruel, infando, nunca oido, injusto, indigno, nuevo, irremediable, ó que ha sido una muestra de ingratitud. En cuanto á los oyentes, mejor nos captaremos su benevolencia defendiendo bien la causa que implorando ántes su favor. En todo el discurso, y no ménos en la peroracion, se ha de ver este deseo de agradar, pero tambien puede fundarse en él exordios. Los Griegos nos aconsejan que hagamos á los jueces atentos y dóciles, lo cual es útil, pero no más propio del exordio que de las demas partes, y es más fácil de conseguir al principio, porque entónces están todos en expectacion y suelen hallarse mejor dispuestos.

Siempre se fija más en el entendimiento lo que se dice en el exordio que lo que se arguye ó reprende en el cuerpo del discurso. Gran copia de exordios, para atraer ó incitar á los jueces, se toma de los argumentos y recursos que para mover los ánimos presenta la causa misma; pero no conviene explicarlos todos al principio, sino insinuarse primero levemente en el ánimo del juez, para que, ya inclinado á favor nuestro, se convenza con el resto del discurso. El exordio ha de estar tan enlazado con lo demas de la oracion, que no parezca como un proemio que añade el citaredo á la pieza que va á tocar, sino como un miembro inseparable de los demas del cuerpo. Porque muchos oradores, despues de decir el exordio que traen aprendido, pasan á lo restante con tanta ligereza como si no quisieran que se les oyese. Y este preludio debe ser, no como el de los Samnitas que vibran las lanzas ántes de la pelea, y luégo no hacen uso ninguno de ellas, sino que con las mismas sentencias, que juegan en el exordio, ha de combatirse despues.

»Mandan los retóricos que la narracion sea breve; si por brevedad se entiende el que no haya ninguna palabra redundante, breves son los discursos de Lucio Craso. Pero si la brevedad consiste en que haya sólo las palabras necesarias, á veces conviene esto, pero otras muchas daña, principalmente en las narraciones, no sólo porque trae oscuridad, sino porque quita á la narracion su mayor virtud, que es la de ser agradable y acomodada á la persuasion, vg., aquella de Terencio: «*Así que este salió de la juventud.*» ¡Cuán larga es! ¡Cuán varia y agradablemente se describen en ella las costumbres del mismo jóven, las preguntas de los esclavos, la muerte de Crisis, el rostro, la hermosura y los lamentos de su hermana! Pero si el poeta hubiese buscado esta brevedad: «la sacan, llegamos al sepulcro, la ponen en el fuego,» etc., con diez versos habria podido referirlo todo; aunque estas

mismas palabras: «*la sacan, caminamos*» son concisas, de tal suerte que no se ha atendido tanto á la brevedad como á la elegancia; pues con sólo que hubiera dicho: *la pusieron en el fuego,* bastaba para dar á conocer todo el asunto. La narracion tiene mucha más gracia cuando se introducen en ella personas y se refieren sus pláticas, y parece mucho más probable lo que se narra cuando se expone el modo como acaeció, y es mucho más clara de entender si nos detenemos en algunas partes y no la recorremos con nimia brevedad. La narracion ha de ser tan clara como el resto del discurso; y todavía es más reprensible ser oscuro en el relato de los hechos, que en el exordio ó en el argumento ó en la refutacion ó peroracion. Es tanto mayor el peligro de oscuridad en esta parte de la oracion sobre todas las restantes, cuanto que si en otro lugar se dice algo oscuro, nada hay perdido más que aquel pasaje, mientras la narracion oscura ciega todo el discurso, porque lo que se ha dicho oscuramente en otra parte, puede volver á explanarse, pero la narracion tiene un solo lugar en la causa. La narracion será perpiscua, si se hace con palabras fáciles y muy usadas, conservando el órden de los tiempos y sin interrupcion.

»Cuándo se ha de usar ó no de la narracion, esta es la dificultad, porque si la cosa es demasiado conocida ó no hay duda en ella, puede excusarse la narracion, y lo mismo si el adversario la ha hecho ya, á no ser que refutemos la suya. Si la narracion es necesaria, no insistiremos demasiado en las circunstancias que puedan engendrar sospecha y mala voluntad contra nosotros, ántes procuraremos atenuarla para no incurrir en lo que dice Craso, de que peca más de malicia que de ignorancia quien daña á la causa que defiende. Porque á la sustancia misma de la causa interesa mucho el que los hechos hayan sido expuestos con más ó ménos habilidad, y de todo el resto del discurso es fuente la narracion.

»Síguese la exposicion de la causa, es decir, el punto sujeto á controversia, y entónces han de alegarse las pruebas más firmes, ya para confirmar nuestra opinion, ya para debilitar la del contrario. En las causas sólo hay un método para la parte de argumentacion: este requiere á la vez la confirmacion y la refutacion, porque ni se puede reprender lo que el contrario dice sin confirmar lo tuyo, ni defender tu causa sin contestar á sus argumentos: de aquí que por naturaleza, utilidad y método estén unidas estas dos partes. En pos de todo viene la peroracion, ya amplificando las cosas, ya inflamando ó mitigando el ánimo de los jueces.

»En esta parte, todavía más que en las anteriores, debe reunir el orador cuanto pueda mover los ánimos y ser de utilidad para su causa. Y pienso que no hay razon bastante para separar los preceptos que se dan acerca de la suasion, de los relativos al género laudatorio, ántes casi todos son comunes. Sin embargo, el aconsejar ó el disuadir me parece oficio de más grave persona. De sabios es dar un consejo en los negocios más arduos, y de hombre honrado y discreto prever con el entendimiento, probar con la autoridad y persuadir con el discurso. Todo esto ha de hacerse con menor aparato en el Senado, porque es una asamblea sábia, en que se ha de dejar lugar para que todos hablen, y evitarse así toda sospecha de ostentacion de ingenio. Pero en los discursos que se hacen al pueblo, cabe toda la fuerza, gravedad y variedad: por eso en las suasorias nada se ha de encarecer sino lo digno y noble. Los que ponen por fin único la utilidad, atienden sólo á lo que generalmente ven que sucede. Nadie hay, sobre todo en una ciudad tan ilustre, que no crea que la dignidad debe preferirse á todo; pero en muchas ocasiones vence la utilidad, cuando entra el temor de que, abandonada ésta, ni siquiera se pueda retener el honor. La controversia, pues, y discordia de pareceres se reduce,

á esto: cuál de dos cosas es más útil, ó si ha de atenderse más á lo honesto ó á lo útil. Cuando uno y otro estén en pugna, el defensor de lo útil enumerará las ventajas de la paz, las utilidades de la riqueza, del poder, del dinero, de los tributos, de los ejércitos, y de todas las demas cosas cuyo fruto se mide por la utilidad, y pondrá de manifiesto los inconvenientes contrarios. El que está por lo honesto, traerá á la memoria los grandes ejemplos de los antepasados que fueron gloriosos áun en el peligro mismo, apelará á la inmortal memoria de la posteridad, y defenderá que lo útil nace de lo glorioso y está unido siempre con la dignidad. Pero qué es posible ó no, qué es necesario ó no en uno ú otro caso, es lo que hemos de examinar ahora.

»Toda deliberacion queda cortada si se trata de una cosa imposible, ó por el contrario, absolutamente necesaria; y el que esto vea, sin verlo los otros, pasará por varon prudentísimo. Para dar consejos sobre los negocios de la república, lo primero es conocerlos; para hablar con algun fundamento, es preciso saber las costumbres de la ciudad; y como estas varian á cada paso, de aquí que varíe tambien el género de oratoria. Aunque su fuerza sea siempre la misma, la dignidad del pueblo, los gravísimos negocios de la república, los alborotados movimientos de la plebe parece que exigen un género de oratoria más grande y vigoroso, y la mayor parte del discurso ha de emplearse en excitar los ánimos con alguna exhortacion ó recuerdo, á la esperanza, al miedo, á la codicia ó á la gloria, y retraerlos de la temeridad, de la iracundia, de la esperanza, del odio, de la envidia y de la crueldad.

»Y parece que así como la arena del foro es el mejor teatro para el orador, así la naturaleza misma como que le inspira entónces un modo de decir más espléndido. Tiene la muchedumbre tal fuerza, que á la manera que el músico no puede tocar sin instrumento, así el orador sin pueblo que le oiga, no puede ser elocuente. Y como el

pueblo es tan vário é inconstante en sus afectos, han de evitarse con cuidado sus aclamaciones adversas, de las cuales la mayor parte de las veces tiene la culpa el mismo orador, si con aspereza, arrogancia, ó algun otro vicio de ánimo, habla, ó se concita el odio y la animadversion justa ó injusta de los oyentes, ya porque la causa misma desagrade, ya por cualquier otro impulso de codicia ó miedo en la multitud. A estas cuatro causas se ponen otros tantos remedios: la reprension, si hay autoridad para ello; la advertencia, que es una reprension blanda; la promesa de que, si nos oyen, apoyarán lo que vamos á decir, y finalmente, la deprecacion, que es lo último que puede ser útil. En ninguna otra parte aprovechan tanto las facecias y los dichos breves y rápidos que tengan dignidad y no carezcan de gracia. Pasa fácilmente la multitud, del dolor y de la indignacion á la alegría, con alguna expresion aguda y graciosa.

»Acabo de exponeros, conforme he podido, lo que en ambos géneros de causas suelo hacer, evitar y considerar, y de qué manera me gobierno en todas. Ni es difícil el tercer género, es decir, el laudatorio, que yo desde el principio habia separado casi de nuestros preceptos y tenía intencion de omitir, por lo mismo que hay muchos géneros de oraciones más graves y frecuentes, de los cuales nadie habia preceptuado nada. Los mismos Griegos, más por dar materia á lectura deleitosa, ó por honrar la memoria de algun hombre, que por causa de utilidad forense, escribieron muchos libros en alabanza de Temistocles, Aristides, Agesilao, Epaminondas, Filipo, Alejandro y otros; por el contrario, las alabanzas que usamos nosotros en el foro, ó tienen la brevedad desnuda y sencilla de un testimonio, ó se escriben para una memoria fúnebre que no consiente mucha pompa oratoria. Pero como alguna vez se pronuncian y áun se escriben, como cuando Cayo Lelio hizo para Publio Tuberon el elogio de su tio Esci-

pion el Africano, y porque podamos nosotros mismos, imitando á los Griegos y por ejercicio de estilo, hacer la alabanza de quien queramos, paréceme que debemos tratar tambien este lugar oratorio. Claro que en el hombre hay algunas cualidades apetecibles y otras dignas de alabanza. El linaje, la hermosura, la riqueza, las fuerzas, todos los demas bienes que la fortuna da, extrínsecos y corporales, no tienen en sí verdadero motivo de alabanza, la cual sólo se debe á la virtud; pero como la misma virtud resplandece, sobre todo, en el uso moderado de las cosas, de aquí que en estos discursos haya que ponderar los bienes de naturaleza y fortuna, entre los cuales es sumamente glorioso no haber sido arrogante en el poder, ni insolente en la riqueza, ni haber ofendido á otros en la abundancia ó en la fortuna; de suerte, que sus riquezas no le hayan servido para liviandad y soberbia, sino para bondad y moderacion.

La virtud, que es por sí digna de alabanza, y sin la que no puede alabarse nada, tiene, sin embargo, muchas partes, unas más acomodadas que otras para el elogio. Hay virtudes que parecen consistir en cierto agrado y benevolencia natural ó adquirida con el trato de los hombres; otras, que se derivan del vigor y grandeza de alma ó de alguna de las más nobles facultades del espíritu. Por eso la clemencia, la justicia, la benignidad, la fe, la fortaleza en los peligros comunes, son virtudes que con gusto oimos celebrar como útiles, no sólo á los que las poseen, sino á todo el género humano. Por el contrario, la sabiduría y grandeza del alma que estima en poco todas las cosas humanas, y la fuerza inventiva del ingenio, y la misma elocuencia, infunden no menor admiracion, pero sí ménos agrado, porque parece que más bien honramos y queremos captarnos la benevolencia del personaje elogiado que de los que oyen el elogio. Tampoco puede prescindirse de este género de virtudes, ya que los oidos de los hom-

bres toleran que se ensalce en la virtud no sólo lo agradable sino tambien lo maravilloso.

»Y como cada una de las virtudes tiene su objeto particular y á cada una se debe su alabanza propia, habrá que explicar, cuando se pondera, vg., la justicia del héroe, qué es lo que hizo con buena fe y equitativamente en las grandes ocasiones. Y así iremos aplicando sus hechos á la naturaleza, valor y nombre de cada virtud. Gratísima es la alabanza de los hechos que han sido emprendidos por varones fuertes sin esperanza de ventaja ó premio, pero los que han sido llevados á cabo con trabajo y peligro de los autores ofrecen más abundante materia de elogio para el que habla y para el que escucha. Porque parece virtud de varon esclarecido la que es fructuosa para otros y para él mismo laboriosa, peligrosa ó á lo ménos sin recompensa. Tambien suele ser objeto de grande admiracion el hombre que resignadamente tolera la adversidad y no se rinde á la fortuna, y que en los mayores peligros retiene intacta su dignidad. Y no dejan de tener cabida en los elogios, y adornarlos hasta cierto punto, los honores, los premios decretados á la virtud, las hazañas comprobadas por el juicio público, y áun la misma felicidad dada por los dioses inmortales: se han de elegir cosas ó por su grandeza, ó por su novedad, ó por su género mismo singulares, pues las pequeñas, las triviales, las vulgares, no son dignas de admiracion ni de gloria. Es de grande efecto la comparacion con otros varones preclaros.

»Me he extendido algo más de lo que debia sobre este genero, no tanto por la utilidad forense, que es la que voy persiguiendo en todo este tratado, sino para que vierais que si los elogios entran en la jurisdiccion del orador, lo cual nadie niega, es necesario al orador el conocimiento de todas las virtudes, y sin él el elogio sería imposible. En cuanto á los preceptos para vituperar, claro es que han de tomarse de los vicios contrarios, y tambien lo

es que, así como no puede elogiarse con propiedad y abundancia á un hombre de bien sin el conocimiento de las virtudes, tampoco es posible reprender y vituperar con bastante acritud y vehemencia á un malvado sin el conocimiento de los vicios. De estos lugares comunes de alabanza y vituperio se hace bastante uso en todo género de causas. Ya sabeis lo que pienso sobre la invencion y disposicion. Añadiré algo acerca de la memoria, para hacer más leve el trabajo de Craso, y no dejarle nada de que discurrir sino lo perteneciente al estilo y ornato del discurso.

—Sigue, le dijo Craso: ya voy conociendo cuán grande artífice eres; ya te veo al descubierto y sin los velos de tu disimulacion, y me es muy grato el que no me dejes nada ó casi nada que decir.

—Lo que yo te deje, repuso Antonio, dependerá de tu voluntad; tú podrás acortarlo ó estrecharlo. Si quieres tratarlo de véras, te lo dejo todo; si quieres valerte de tu disimulacion, tú verás cómo has de satisfacer á éstos. Pero volviendo al asunto, no soy de tanto ingenio como Temístocles, que preferia el arte de olvidar al de recordar, y doy muchas gracias á Simónides de Cea, á quien llaman primer inventor del arte de la memoria. Cuentan que cenando Simónides en Cranion de Tesalia en casa de Escopas, hombre rico y noble, como hubiese cantado unos versos que en alabanza del mismo Escopas habia compuesto, donde, como suelen los poetas, introducia un largo episodio en loor de Cástor y Pólux, díjole Escopas con sórdida avaricia que le daria la mitad de lo que le habia prometido por aquellos versos, y que lo demas se lo pidiese á los Tindáridas, á quienes tanto habia elogiado. Poco despues vinieron á decir á Simónides que saliera, porque habia á la puerta dos jóvenes que preguntaban por él; se levantó, salió, pero no vió á nadie. Entretanto vino á tierra el aposento donde comia Escopas, y entre las

ruinas perecieron él y los suyos, sin que se pudiesen reconocer ni distinguir los cadáveres para enterrarlos. Y dicen que Simónides, por acordarse del lugar en que cada uno habia comido, fué indicando donde se los habia de sepultar. Este acontecimiento le hizo fijarse en que el órden es quien da mayor luz á la memoria. Por eso los que cultiven esta facultad del ingenio deben elegir ciertos lugares y colocar en ellos las imágenes de las cosas que quieran recordar, de suerte que el órden de los lugares conserve el órden de las cosas, y éstas sean recordadas por sus imágenes, valiéndonos de los lugares como de la cera, y de los simulacros como de las letras.

»De cuánto fruto sea la memoria al orador, de cuánta utilidad y poder, no me corresponde decirlo: gracias á ella, podemos retener lo que hemos pensado, tener fijas en la mente todas las ideas, el órden y aparato de las palabras, y oir de tal suerte á aquél de quien aprendemos ó á quien hemos de responder, que parezca, no que han infundido en nuestros oidos sus discursos, sino que los han grabado en nuestra alma. Así, pues, sólo los que tienen memoria saben lo que han de decir, y cuándo y cómo han de responder y lo que les falta, porque recuerdan mucho de lo que hicieron en otras causas y de lo que oyeron á otros. Confieso que de este bien es madre la Naturaleza, como de las demas facultades de que ántes hablábamos; pero este arte de bien decir, á su imágen y semejanza, tiene la fuerza no sólo de engendrar y procrear en nuestro ingenio algo que absolutamente no habia, sino de educar y robustecer las facultades ya nacidas y criadas en nosotros. Sin embargo, nadie hay de tan firme memoria, que sin disponer y anotar las cosas, pueda abrazar el órden de las palabras y sentencias, ni nadie tan torpe á quien esta costumbre y ejercicio no aproveche. Consideró bien Simónides, ó quien quiera que fuese el inventor de este arte, que se fijaba con más eficacia en

nuestros ánimos lo que era trasmitido é impreso por los sentidos, y principalmente por el de la vista: de aquí dedujo que lo que se oye ó piensa, más fácilmente podria retenerse cuando penetrara con la recomendacion de los ojos; de modo que una cierta imágen, semejanza y figura recordase las cosas ocultas y lejanas del juicio de la vista, de suerte que lo que no pudiésemos abrazar con el pensamiento lo retuviéramos, por decirlo así, con la mirada. Con estas formas y cuerpos, como con todos los demas que están al alcance de la vista, se advierte y excita nuestra memoria; pero es necesario colocar en alguna parte las imágenes, porque el cuerpo sin el lugar no es inteligible. Diré, pues, para no detenerme en cosas sabidas y vulgares, que los lugares han de ser muchos y separados por cortos intervalos, y las imágenes fuertes, brillantes, que hieran el ánimo en cuanto se presenten. Esta facultad la dará el hábito y el ejercicio; de aquí la conversion de palabras semejantes, y la mutacion de casos, ó la traslacion de la especie al género, y el representar con la imágen de una sola palabra toda una idea, á semejanza de un pintor, que con la variedad de formas sabe distinguir los lugares.

»Pero la memoria de palabras es ménos necesaria al orador: se distingue por la mayor variedad de imágenes, pues son muchas las palabras, que como articulaciones, enlazan los miembros del discurso, y que es difícil representar con imágen alguna. La memoria de cosas es propia del orador: por ella, y colocando en su lugar cada una de las ideas, podemos recordar las sentencias por sus imágenes y el órden por sus lugares. Y es verdad lo que dicen los perezosos, que la memoria se oprime con el peso de las imágenes, y que se oscurece áun lo que la naturaleza misma podria recordar. Pero yo he visto á hombres admirables y de memoria casi divina, en Atenas á Carneades, en Asia á Metrodoro Escepsio, que segun creo vive toda-

vía; uno y otro decian que así como se graban las letras en cera, así grababan ellos con imágenes lo que querian recordar. Claro es que con este ejercicio no puede adquirirse la memoria, si no hay disposicion natural; pero ciertamente que si está oculta, puede despertarse.

»Habeis oido un razonamiento bien largo de un hombre que ojalá no haya pecado de imprudente y temerario hablando tanto de la elocuencia en presencia tuya, oh Cátulo, y tambien de Lucio Craso, porque la edad de estos otros no me infundia tanto temor; pero ciertamente que me perdonareis sabiendo la causa que me ha movido á esta insólita locuacidad.

—Nosotros, dijo Cátulo (y en esto respondo por mí y mi hermano), no sólo te perdonamos, sino que te damos muchas gracias; y reconociendo tu cortesía y agrado, admiramos al mismo tiempo tu ciencia y sabiduría. Yo he salido hoy de un grande error y admiracion en que estaba, porque solia asombrarme con muchos otros de la divina perfeccion de tus discursos, y estaba persuadido de que ni siquiera habias saludado los preceptos, y ahora veo que los conoces perfectamente y que los has recogido de todas partes, y que, amaestrado por el uso, has corregido unos y comprobado otros. Y no por eso admiro ménos tu elocuencia, aunque más tu virtud y estudio, y á la vez me huelgo de ver confirmada la opinion que siempre tuve de que nadie puede alcanzar la gloria de sabiduría y elocuencia sin sumo estudio, trabajo y doctrina. ¿Pero qué quisiste dar á entender cuando decias que te perdonaríamos si supiéramos la causa que te habia movido á hablar? ¿Qué otra causa pudo haber sino satisfacer nuestros deseos y los de estos jóvenes que con tanta atencion te oyeron?»

Antonio respondió: «Quise quitar todo escrúpulo á Craso, de quien temia que por modestia ó por repugnancia (pues de hombre tan dulce no quiero decir cosa más grave) no querria tomar parte en esta discusion. Pero ahora ¿qué

podrá decir? ¿qué es hombre consular y censorio? Tambien lo soy yo. ¿Recurrirá á su edad? Yo tengo cuatro años más que él. ¿Alegará ignorancia? Lo que yo tarde, de prisa y en ratos de ocio, como suelen decir, he aprendido, él lo ha profesado desde niño con grande estudio y con los mejores maestros. Nada diré de su ingenio, que no tiene igual. Ciertamente que cualquiera que me haya oido, por muy despreciador que sea de sus cosas, no habrá dejado de esperar que podria él hacerlo mejor ó del mismo modo; pero, cuando habla Craso, nadie hay tan arrogante que espere poder hacerlo nunca tan bien; por lo cual, y para que no haya sido en vano la venida de estos amigos, oigamos alguna vez á Craso.»

Entónces dijo él: «Oh Antonio, aunque te conceda que todo lo que has dicho es así, de lo cual estoy muy léjos, ¿qué me has dejado que explicar hoy, á mí ó á cualquier otro? Diré con verdad, amigos mios, lo que siento: he oido muchas veces á hombres doctos. ¿qué digo muchas veces? de cuando en cuando, porque desde niño me dediqué al foro y sólo estuve ausente cuando fuí cuestor; sin embargo, cuando estaba en Atenas oí á doctísimos varones, y en el Asia á ese mismo Metrodoro Escepsio, que de estas cosas disputaba; pero ninguno me pareció tan sutil en este género de elocuencia como me has parecido tú hoy. Si fuera de otro modo y yo entendiese que Antonio habia omitido algo, no soy tan grosero y poco cortés que no procurara complacerte.»

Y añadió Sulpicio: «¿No recuerdas, Craso, que Antonio convino contigo en que él expondria el mecanismo de la oratoria, y á tí te dejaria la distincion y el ornato?»

Respondió Craso: «En primer lugar, ¿quién permitió á Antonio hacer esas divisiones y quedarse con la parte que quiso? Además, si no le he entendido mal cuando con tanto gusto le he oido, él ha tratado juntamente de una cosa y otra.

—De los adornos del discurso nada ha dicho, interrumpió Cota, ni de la elocucion de donde la elocuencia misma tomó su nombre.

—Por consiguiente, replicó Antonio, me dejó Craso las palabras y se reservó las cosas.»

Y añadió César: «Si lo que te ha dejado es lo más difícil, razon de más para que deseemos oirte; si es lo más fácil, no tienes pretexto para excusarte.

—Y lo que hoy nos prometiste, dijo Cátuio, de que si nos quedábamos en tu casa, harias por complacernos, ¿juzgas que no debe hacerte fuerza ninguna?»

A lo cual, riéndose Cota, replicó: «Pudiéramos, Craso, aceptar tus excusas; pero lo que alega Cátulo es grave y caso de religion. Asunto es que pertenece á los censores; y mira que el faltar á sus promesas está muy mal en un hombre que ha sido censor.

—Sea como querais, replicó él; pero ahora creo que ya es tiempo de levantarnos y descansar; á la tarde, si os parece bien, hablaremos algo, á no ser que querais diferirlo para mañana.»

Todos á una voz contestaron que deseaban oirle cuanto ántes, ó á más tardar despues del mediodía.

LIBRO TERCERO.

Cuando yo me preparaba, oh hermano Quinto, á referir y copiar en este tercer libro el razonamiento que despues de Antonio hizo Craso, un acerbo recuerdo vino á renovar en mi ánimo los antiguos cuidados y molestias. Aquel ingenio digno de la inmortalidad, aquella cortesía y virtud de Lucio Craso fué extinguida de súbito por la muerte, apénas habian pasado diez dias despues de la conversacion que en este libro y en el anterior se refiere. Pues habiendo vuelto á Roma en el último dia de los juegos escénicos, muy indignado con el discurso que habia hecho ante el pueblo el cónsul Filipo, de quien constaba haber dicho que con aquel Senado era imposible gobernar la república: por la mañana, el dia de los *idus* de Setiembre, vino á la curia, donde Druso habia convocado el Senado. Y habiéndose quejado del discurso de Filipo, refirió al Senado la grave ofensa que contra aquel órden se habia hecho ante el pueblo.

Siempre oí decir á los hombres más sabios que, cuando Craso hablaba con algun cuidado, parecia imposible hacerlo mejor, y superaba á todos; pero aquel dia, por unánime confesion de los oyentes, se excedió á sí mismo. Deploró

la desdicha y orfandad del Senado, de cuyo órden debia ser el Cónsul como un buen padre ó un tutor fiel, y no un nefando ladron que disipase el patrimonio de su dignidad, y añadió que no era de admirar que quien con sus consejos habia trastornado la república, quisiera rechazar el buen consejo del Senado. Como Filipo era hombre vehemente, de fácil palabra y muy fuerte para la resistencia, no toleró aquellas encendidas teas; enojóse mucho y quiso refrenar á Craso con la amenaza de confiscarle los bienes. Cuentan que Craso dijo entónces cosas divinas, declarando que él no estimaba como Cónsul, á quien no le consideraba á él mismo como Senador. «¿Acaso tú, que miras como usurpada la autoridad de todo el órden senatorial y pretendes desacreditarle ante el pueblo romano, piensas aterrarme con esa amenaza de la confiscacion? Si quieres contener á Craso, no le has de quitar los bienes sino la lengua, y áun arrancada ésta, respirará en su aliento la libertad y el odio á tu tiranía.»

Consta que habló largo tiempo con extraordinaria vehemencia de ingenio y de fuerzas, y que redactó en graves y magníficas palabras el parecer que siguió todo el Senado: «Que estuviese satisfecho el pueblo de que nunca habian faltado á la república el consejo y fidelidad del Senado.» Él mismo escribió estas palabras, segun consta en los registros. Fué aquella oracion como la voz del cisne de aquel hombre divino, y nosotros, cual si esperáramos todavía oirle, íbamos despues de su muerte á la curia para contemplar el sitio en que habia pronunciado aquellas últimas palabras. Cuando aún estaba hablando, le acaeció un dolor de costado seguido de copiosísimo sudor; volvió con fiebre á su casa, y á los siete dias murió. ¡Oh falaz esperanza de los hombres! ¡Oh fragil fortuna y vanas ambiciones nuestras que tantas veces se quebrantan y hunden en mitad de la carrera ó ántes de ver el puerto! Miéntras la vida de Craso estuvo ocupada por los cuidados

de la ambicion, brilló más por sus beneficios privados y la fama de su ingenio, que por los altos honores y dignidades que tuviera en la república. Y cuando pasado un año despues de su censura, el consentimiento de todos le abria el camino á los más altos honores, vino á destruir todas sus esperanzas y proyectos la muerte. Lamentable fué esto para los suyos, acerbo para la patria, doloroso para todos los buenos; pero tales calamidades vinieron luégo sobre la república, que bien puede decirse que los Dioses inmortales no quitaron á Lucio Craso la vida, sino que le dieron la muerte. No vió ardiendo en guerra la Italia, en envidia el Senado, y á los principales de la ciudad reos de nefandos crímenes, ni el llanto de su hija, ni el destierro de su yerno, ni la triste fuga de Cayo Mario, ni la cruelísima matanza que siguió á su muerte, ni, finalmente, el completo desórden de aquella ciudad, ántes tan floreciente y teatro de su gloria.

Pero ya que he venido á tratar del poder é inconstancia de la fortuna, no necesito ir á buscar ejemplos muy lejanos; basta ver á los mismos varones que en este diálogo hablan. ¿Quién no llamará con razon dichosa la muerte de Lucio Craso que fué llorado por muchos, cuando traiga á la memoria el fin que tuvieron todos los que por última vez hablaron entónces con él? Todos recordamos que Quinto Cátulo, varon en todo excelente, cuando pedia, no ya la salvacion, sino el destierro y la fuga, se vió obligado á privarse él mismo de la vida. La cabeza de Marco Antonio, que habia salvado las de tantos ciudadanos, fué clavada en aquellos mismos *rostros* donde él habia defendido con tanta constancia la república, y que, siendo censor, habia adornado con los despojos imperatorios. No léjos de él fué puesta la cabeza de Cayo Julio, entregado por traicion de su huésped Arusco, y con ella la de su hermano Lucio Julio.

De quien tales cosas no llegó á ver, bien puede decirse

que vivió con la república y murió juntamente con ella. No vio á su pariente Publio Craso, varon de tan esforzado ánimo, muerto por su propia mano, ni vió el simulacro de Vesta teñido con la sangre de su colega el Pontífice máximo. ¡Con cuánta tristeza (siendo tan grande como era su amor á la patria) hubiera visto aquel dia la horrenda muerte de Cayo Carbon, con ser éste tan enemigo suyo! No vió la miserable suerte de aquellos dos jóvenes que entónces acompañaban á Craso. Cayo Cota, á quien él habia dejado en tanta prosperidad, fué desposeido del tribunado por envidia, no muchos dias despues de la muerte de Craso, y á los pocos meses fué arrojado de la ciudad. Sulpicio, víctima del mismo odio, hizo, siendo tribuno, despojar de toda dignidad á los mismos que en otro tiempo habian sido sus amigos, y cuando empezaba á florecer para gloria de la elocuencia, el hierro le quitó la vida en pena de su temeridad, aunque no sin grave daño de la república. Por eso yo, cuando veo á Craso tan ilustre en vida y muerto tan á tiempo, no puedo ménos de atribuir á divina y especial providencia su nacimiento y su fin, porque segun era el valor y constancia de su ánimo, ó hubiera sido víctima de la crueldad de las guerras civiles, ó si la fortuna le hubiera librado de muerte tan atroz, hubiera tenido que ser espectador de la ruina de su patria, y no sólo la admiracion de los malos, sino la misma victoria de los buenos le hubiera causado tristeza grande, por venir manchada con la sangre de tantos ciudadanos. Considerando yo, hermano Quinto, estas calamidades y las que yo mismo, por mi amor increible y singular á la república, he sufrido, ha llegado á parecerme verdadero y sabio tu consejo, cuando citándome tantas y tan arrebatadas caidas de ilustres y excelentes varones, procurabas apartarme de toda contienda y disputa. Pero como ya no es hora de desandar lo andado, y la gloria viene á compensar mis mayores trabajos, prosigamos en estos solaces, que no sólo pueden ser agradables, sino

provechosos en las molestias que de contínuo nos abruman, y recordemos el razonamiento de Lucio Craso, casi el único que pronunció en su vida, y démosle la debida alabanza, si no igual á su ingenio, á lo ménos proporcionada á nuestra aficion.

Ninguno de nosotros cuando lee los admirables libros de Platon, en todos los cúales se dibuja la figura de Sócrates, deja de formarse una idea aún más alta del personaje, con estar divinamente escritos aquellos diálogos. Yo tambien pido, no á tí que me lo concedes todo, sino á los demas que tomen en manos este libro, que sospechen del mérito de Craso algo más de lo que yo acierte á expresar. Porque como yo no estuve presente á la conversacion, y Cota me refirió sólo los principales puntos y argumentos, he procurado hacer hablar á cada uno en su estilo propio, tal como le conocí por sus discursos; y si hay alguno que, llevado de la opinion vulgar, piense que Antonio fué más seco, ó Craso más abundante que como yo los he descrito, será sin duda quien nunca los oyó ó quien no puede juzgar. Porque, como ántes dije, uno y otro, así en estudio como en ingenio y doctrina, se aventajaron á todos, y en su línea fueron perfectos, de suerte que ni faltaba ornato en los discursos de Antonio ni redundaba en los de Craso.

Así que se separaron ántes del mediodía y descansaron un poco, narraba Cota que habia llamado mucho la atencion el ver que Craso habia estado en atenta y fija meditacion, y que él, como conocia muy bien, por haberlo visto en muchas ocasiones, el semblante y la mirada que Craso solia tener cuando meditaba ó se disponia á hablar, vino entónces, miéntras los otros descansaban, á aquel aposento donde Craso se habia acostado en su lecho, y viéndole absorto en la meditacion, se retiró en seguida, pasándose en este silencio no ménos de dos horas. Y cuando ya el dia se inclinaba hácia el ocaso, vinieron todos á ver á Craso, y

dijo Julio: «¿Qué es eso, no nos sentamos? Venimos, no pedirte, sino á recordarte tu palabra.» A lo cual respondió Craso: «¿Me juzgais tan imprudente que pueda dilatar por más tiempo el cumpliros lo que os prometí?—¿Y qué lugar te parece bien en medio de la selva? Este es el más opaco y frio.—Sea, dijo Craso: nada más á propósito que ese lugar para nuestra conversacion.» Y habiéndoles parecido bien á todos, fuéronse al bosque, y allí se sentaron con gran deseo de oir.

Craso comenzó á hablar así: «Ya que por una parte vuestra amistad y por otra la facilidad de Antonio me ha quitado en tan excelente causa como es la mia toda libertad de negar, procuraré complaceros, por más que al partir la materia de que tratamos tomara Antonio para sí el hablar de las cosas que debe decir el orador, dejándome á mí el explicar cómo han de adornarse, con lo cual vino á dividir lo que nunca puede estar separado. Constando todo discurso de cosas y palabras, ni las palabras pueden tener valor si se quita el asunto, ni las cosas luz si se quitan las palabras. Paréceme que los antiguos alcanzaron y vieron mucho más que cuanto pueden ver y alcanzar nuestros ingenios, porque los antiguos filósofos decian que todo, así lo superior como lo inferior, es uno, y que una fuerza y una ley rige á toda la naturaleza. Ni hay cosa alguna que separada de las otras tenga existencia por sí misma, ni tampoco las demas, si ella les falta, pueden conservar su fuerza y eterna duracion.

»Pero si esta razon parece superior al entendimiento y sentido humanos, no acontece así ciertamente con aquellas tan verdaderas y para tí, oh Cátulo, no desconocidas palabras de Platon, cuando sostiene que todas las artes humanas y liberales tienen entre sí cierto vínculo y alianza; y considerando bien las causas y fines de las cosas, se halla un admirable concierto y armonía entre todas las doctrinas. Y si odavía parece esta consideracion dema-

siado alta para que nosotros tan apegados á la tierra la podamos contemplar, á lo ménos debemos comprender y recordar el arte que hemos abrazado, el que profesamos y al que nos dedicamos. Una sola es la elocuencia de que yo hablaba ayer, y la que Antonio nos explicaba hace algunas horas en la conversacion de esta mañana, sea cualquiera el terreno en que la discusion se coloque. Porque ya trate de la naturaleza del cielo, ya de la tierra, ya de las cosas divinas, ya de las humanas, ya de lo inferior, ya de lo igual, ya de lo superior; ya determine á los hombres á la accion, ya los instruya, ya los disuada, ya los arrebate, ya reflexione, ya encienda, ya calme las pasiones; ora se dirija á pocos oyentes, ora á muchos, á los extraños ó á los propios, ó aunque sea, finalmente, un monólogo, siempre brota la elocuencia de las mismas fuentes, por más que luégo se divida en arroyos; y á donde quiera que llega va adornada y ataviada con las mismas galas. Pero como estamos dominados por las falsas opiniones, no sólo del vulgo, sino de los hombres de liviana erudicion que, no pudiendo comprenderlo todo, gustan de aprender las cosas separadas y sueltas, y que apartan las palabras de la sentencia como quien separa el alma del cuerpo, cual si el uno pudiera existir sin la otra, no abrazaré en mi discurso mas que lo que se me encarga: sólo indicaré brevemente que ni puede encontrarse el ornato de la palabra sin pensamientos claros y bien divididos, ni hay sentencia alguna que brille sin la luz de la palabra. Por eso ántes de llegar á estos matices y lumbres de la oracion, diré en pocas palabras lo que pienso de la elocuencia en general.

»Nada hay, á mi ver, en la naturaleza, que no abrace en su género muchas cosas desemejantes entre sí, aunque todas ellas dignas de alabanza. Porque nuestros oidos perciben muchas voces tan variadas que siempre la última nos parece la más agradable, y son casi innumerables las formas que se ofrecen á nuestros ojos y de diverso modo

nos deleitan, sin que sea fácil decidir cuál es la más agradable. Lo mismo acontece en los demas sentidos; y lo que se dice de la naturaleza puede aplicarse á las artes. Hay un solo arte de escultura, en el cual sobresalieron Miron, Policleto, Lisipo, todos diversos entre sí, pero de tal suerte, que no quisiéramos que ninguno de ellos fuese diferente de sí mismo. Uno es tambien el arte de la pintura, y muy diferentes son entre sí Zeuxis, Aglaofon, Apeles, y no hay uno entre ellos á quien haya faltado ninguno de os primores de su arte. Y si esto es admirable, aunque sea verdad, en artes casi mudas, ¿cuánto más admirable no será en el discurso y en el lenguaje, que áun manejando las mismas sentencias y palabras, presenta grandes diferencias, pero no de suerte que merezcan vituperio los que no se amoldan á un deter minado estilo, sino ántes bien alabanza en géneros diversos? Y esto es de ver sobre todo en los poetas, que tienen tan próximo parentesco con los oradores. Ved cuán diferentes son entre sí Ennio, Pacuvio, Accio; cuánto lo son entre los griegos Esquilo, Sófocles y Eurípides, por más que á todos se otorgue casi igual alabanza en géneros diversos. Contemplad ahora á los oradores de quien tratamos, y ved qué diferencias hay entre ellos. Isócrates tuvo suavidad, Lisias sutileza, Hipérides agudeza, Esquines armonía, Demóstenes fuerza. ¿Quién de ellos no fué excelente, y sin embargo, á quién se pareció cualquiera de ellos sino á sí mismo? Escipion el Africano fué grave en su oratoria, Lelio suave, Galba áspero, Carbon rotundo y abundante. ¿Quién de ellos no fué el primero en su tiempo y modelo en un género distinto?

»¿Pero para qué busco ejemplos antiguos, cuando puedo valerme de otros presentes y vivos? ¿Qué cosa tan agradable ha sonado nunca en nuestros oidos como la diccion de Cátulo, la cual es tan pura que parece que él sólo sabe hablar el latin, y en la cual dichosamente se unen con singular majestad las gracias y los donaires? ¿Y qué mucho?

Cuando le oigo, juzgo siempre que no se puede añadir, quitar ó alterar algo de sus discursos sin echarlos á perder. ¿Y qué diré de nuestro César, que ha introducido un nuevo género de oratoria y un estilo casi singular? ¿Quién sino él trató nunca las cosas trágicas cómicamente, las tristes y severas con hilaridad y alegría, las forenses con todo el arte de la escena, y de tal modo que ni la gravedad de los asuntos excluyese los chistes, ni éstos aminorasen lo grave y serio de la cuestion? Presentes están Cota y Sulpicio, los dos casi de la misma edad: ¡quó cosa ménos parecida entre sí, y sin embargo, cada cual en su género es eximio! El uno, limado y sutil, explicando las cosas con palabras propias y exactas, está siempre atento á la causa, y cuando su agudo ingenio le inspira el argumento de más fuerza para convencer á los jueces, omite todas las demas pruebas y en ella concentra todo su vigor y atencion. Sulpicio, vehemente y arrebatado, junta á una voz llena y sonora y á un noble ademan y gracia en los movimientos, una gravedad y abundancia de palabras, que le hacen parecer privilegiado por la naturaleza en disposiciones oratorias.

»Vengo ahora á nosotros mismos, ya que siempre nos han comparado, como en un juicio de competencia. ¿Qué cosa hay ménos parecida que Antonio y yo en el decir? Él es tan grande orador, que no se puede hallar otro más excelente, y yo me avergüenzo de verme comparado con él. Veis qué género es el de Antonio: fuerte, vehemente, animado en la accion, apercibido y resguardado por todas partes, agudo, claro; se detiene en cada cosa, cede cuando honradamente puede cederse, y persigue y rinde al adversario, amenazando unas veces, suplicando otras, con una infinita variedad que jamás cansa nuestros oidos. Pero yo, ya que quereis contarme en el número de los oradores, sea cualquiera mi valor absoluto, ciertamente disto mucho de ese género. No me atrevo á decir cuál es mi

estilo, porque nadie se conoce á sí propio, y es muy difícil juzgarse; pero se ve una diferencia en lo calmoso y reposado de mi accion, y en que suelo caminar siempre sobre las huellas que estampé al principio, y por lo mismo que pongo más cuidado que él en elegir las sentencias y las palabras, ando siempre temeroso de que parezca mi discurso afectado é indigno de la expectacion del auditorio y del silencio con que me escuchan.

»Pues si sólo entre los que estamos aquí hay tanta diferencia de estilos y cada uno tiene el suyo, distinguiéndose más por sus facultades que por el género de elocuencia en que se ejercita, y siendo digno de alabanza todo lo que en su género es perfecto, ¿qué sucederia si nos fijáramos en todos los oradores que han existido ó existen? ¿No encontraríamos tantos estilos como hombres?

»Todo este razonamiento se encamina á probar que siendo casi innumerables las formas y modos de decir, diversos en especie, aunque todos ellos laudables, no se pueden reducir á los mismos preceptos y á un mismo arte cosas que tanto discrepan entre sí.

»Por eso los que educan é instruyen á otros deben tener muy en cuenta el género á que más inclina á cada cual la naturaleza. Vemos que de una misma escuela de excelentes artífices y maestros han salido discípulos nada semejantes entre sí, pero todos ilustres, porque el maestro supo acomodar su enseñanza al genio de cada uno. De esto es grande ejemplo (omitiendo otras artes) lo que decia Isócrates, singular maestro: «que usaba de espuelas con Eforo, y de freno con Teopompo», porque en el uno reprimia el excesivo lujo y audacia de diccion, miéntras que tenía que alentar la timidez y modestia del otro. Y no los hizo semejantes, pero tanto añadió al uno y limó al otro, que los conformó en cuanto la índole peculiar de cada uno consentia.

»He anticipado todas estas ideas para que entendais que

si no todo lo que voy á proponeros se acomoda á la índole y gusto particular de cada uno de vosotros en la oratoria, es porque sólo me he propuesto explicar el método y estilo que yo tengo por mejor.

»El orador ha de hacer todo lo que explicó Antonio y ha de decir las cosas de cierto modo. ¿Y qué modo mejor de decir (porque de la accion hablaré luégo) que expresarse con pureza latina, con claridad y ornato y en los términos más acomodados al fin que nos proponemos? No creo que me pregunteis la razon que tengo para exigir pureza y claridad en el lenguaje, porque ni tratamos de enseñar á quien no sabe su lengua, ni es de esperar que quien no sepa latin pueda hablar nunca con elegancia, ni es posible admirar á quien habla de modo que no se le entiende. Dejemos, pues, esto, que es de conocimiento fácil y uso necesario, ya que la pureza de lengua se aprende en la niñez y en los primeros estudios, y la claridad es lo ménos que se le puede exigir á un orador.

»Pero toda elegancia de estilo, aunque se perfecciona con la ciencia de las letras, todavía se acrecienta más con la lectura de los oradores y poetas, y aquellos antiguos escritores nuestros que áun no sabian adornar su estilo, casi todos hablaron con mucha pureza de lengua, y tan acostumbrados estaban á ello, que ni áun poniéndose de intento hubieran conseguido hablar malamente. Ni por eso se ha de abusar de las palabras que el uso tiene ya desterradas, á no ser por causa de ornato y con moderacion; aunque el escoger, entre las palabras que están en uso, las más selectas, requiere largo y diligente estudio de los antiguos escritores.

»Para hablar bien el latin, no basta emplear palabras que nadie pueda reprender con razon, y usarlas en sus casos, tiempos, género y número, evitando toda perturbacion, discrepancia y trastorno, sino que debe educarse la lengua, el aliento y hasta el mismo sonido de la

voz; las letras no se han de pronunciar oscura y confusamente, ni las palabras han de salir flojas y desmayadas, ni por el contrario, hinchadas y como nacidas de fatigosa respiracion. Y no hablo aquí todavía de la voz, como parte de la accion, sino en cuanto tiene enlace con el discurso. Hay ciertos vicios que todo el mundo quiere evitar: una voz afeminada y mujeril, ó por el contrario, desentonada y absurda. Hay otro defecto que algunos buscan de propósito. Agrádales una voz rústica y agreste, y creen que esto da á sus discursos cierto color de antigüedad: así lo hace, oh Cátulo, tu amigo Lúcio Cota, que á mi entender confunde lo rústico con lo anticuado. Por el contrario, á mí me deleita la suavidad de tu voz; prescindo ahora de la suavidad de las palabras, aunque es la más esencial y sólo se adquiere con el estudio y con el ejercicio de leer y de hablar. Sólo trato de la perfecta pronunciacion, que así como entre los Griegos es propia de los áticos, así entre los latinos es gala de nuestra ciudad. Mucho tiempo hace que en Aténas se extinguió la sabiduría de los mismos Atenienses; sólo queda en aquella ciudad la morada de los estudios, en que ya no se ejercitan los ciudadanos, sino los extranjeros atraidos por el nombre y autoridad de aquel pueblo. Y, sin embargo, á los hombres más doctos de Asia los vence cualquier Ateniense indocto, no en las palabras, sino en el acento, y no tanto por hablar bien, cuanto por hablar con dulzura. Los nuestros se dedican á las letras ménos que los latinos, y no obstante, ninguno de los de la ciudad, por pocas letras que tenga, dejará de vencer en condiciones de voz y acento á Quinto Valerio Sorano, el más sabio de todos los Itálicos.

»Teniendo, pues, los Romanos de la ciudad una pronunciacion suya, en la cual nada que ofenda, nada que desagrade, nada que suene ó huela á peregrino y anticuado puede admitirse, imitémosla, y no sólo huyamos la rústica aspereza, sino tambien las innovaciones extranjeras.

Cuando oigo á mi suegra Lelia (porque es sabido que las mujeres conservan mejor la tradicion antigua, y como oyen hablar á poca gente, retienen siempre lo primero que oyeron) me parece oir á Plauto ó á Nevio; su pronunciacion es recta y sencilla, sin rastro de ostentacion ó imitacion: así habló su padre, así sus mayores; no con aspereza, como el orador que ántes cité; no con grosería y rusticidad, sino con precision, llaneza y agrado. Por eso nuestro Cota, á quien tú, Sulpicio, sueles imitar cuando suprimes la *jota* y pronuncias muy llena la *é*, no me parece que imita á los oradores antiguos, sino á los segadores.»

Habiéndose reido Sulpicio, añadió Craso: «Ya que me habeis obligado á hablar, me he de vengar mostrándoos algunos de vuestros defectos.

—Ojalá lo hagas, replicó él; todos lo deseamos, y creo que si lo haces, dejaremos hoy muchos de nuestros defectos.

—Pero á tí, Sulpicio, dijo Craso, no te puedo reprender sin peligro propio, porque dijo Antonio que te pareces mucho á mí.

—Tambien nos aconseja, replicó Sulpicio, que imitemos lo mejor de cada uno, y mucho me temo no haber imitado de tí más que los golpes que das con el pié en el suelo, y unas cuantas palabras, y quizá algun movimiento.

—De lo que tengas parecido á mí, respondió Craso, no te reprenderé, por no reprenderme á mí mismo: son mis defectos muchos más y mayores que los que tú imaginas: en cuanto á los que son tuyos enteramente ó imitados de algun otro, de éstos ya te advertiré cuando la ocasion se presente.

»Pasemos en silencio los preceptos relativos á la lengua latina, que se aprenden en la enseñanza de la niñez, se desarrollan con el más sutil y razonado conocimiento de las letras ó con el hábito diario y familiar de la conversacion, y se acrecen con la lectura de los antiguos historiadores y

poetas. Ni nos paremos tampoco á disputar cómo podremos hacer inteligibles las cosas qué decimos.

»Hablando en buen latin, con palabras usadas y que indiquen propiamente lo que queremos significar y declarar, sin vocablos ni frases ambiguas, sin períodos demasiado largos, sin dilatar excesivamente los símiles, sin sentencia desligada, sin confusion de tiempos, de personas ó de órden. ¿Qué más? Tan fácil es todo esto, que muchas veces me admiro de que sea más difícil entender lo que el patrono nos quiere decir, que lo que diria el mismo cliente si hablase en causa propia.

»Los que vienen á encargarnos causas, suelen explicarse de tal modo que no puede apetecerse más claridad. Pero cuando tratan el mismo asunto Furio ó vuestro amigo Coponio, no puedo entender lo que dicen, si no presto mucha atencion: tan confuso, tan enredado es su discurso; allí no se distingue lo primero de lo segundo, y es tal el tropel y lo desusado de las palabras, que léjos de dar luz á las ideas, traen oscuridad y tinieblas, viniendo á reducirse la oracion á un vano ruido. Pero si esto no os agrada, principalmente á los que sois de mayor edad, y os parece molesto y pesado, hablemos de otras cosas todavía ménos agradables.

—Ya ves, dijo Antonio, con qué disgusto te oimos; yo de mí sé decir que lo abandonaria todo por oirte: tienes el arte de dar claridad á lo más escabroso, plenitud á lo más seco, novedad á lo más vulgar.

—Fáciles eran, continuó Craso, las dos partes que hasta ahora he recorrido, ó que más bien he pasado en silencio: el hablar con pureza latina, y la claridad de expresion. Las demas cualidades son muchas, difíciles, variadas, graves, y en ellas se funda todo el triunfo del ingenio y toda la gloria de la elocuencia. Nadie hay que se admire de un orador porque hable bien el latin. Si le habla mal, se rien de él lo mismo que de cualquiera otro, aunque no sea

orador. Nadie ensalza la claridad del que se deja entender de sus oyentes, pero todos desprecian al que no puede hacerlo. ¿De qué se admiran, pues, los hombres? ¿Qué es lo que les deja estupefactos y arranca sus exclamaciones? ¿A quién tienen, digámoslo así, por Dios entre los hombres? Al que habla con distincion, riqueza, abundancia y lucidez en cosas y palabras, y pone en la oracion un ritmo y número poético. Esto es lo que llamo ornato: los que modelan su estilo segun el asunto y las personas lo exigen, merecen ser alabados, pues hablan con oportunidad y afluencia. Dice Antonio que nunca ha visto oradores de este género, y que á ellos sólos debe concederse el lauro de la elocuencia. Burlaos de todos aquellos que con haber aprendido los preceptos de los retóricos, creen haber alcanzado toda la facultad oratoria, sin saber siquiera qué papel representan ó qué se proponen. Ya que la vida humana es materia propia del orador, debe investigar, oir, leer, disputar, tratar y experimentar todo lo que ella abraza. La elocuencia es una de las principales virtudes; y no porque las virtudes dejen de ser todas iguales entre sí, sino porque hay algunas más hermosas y esclarecidas que otras, como es ésta que, abrazando la ciencia de las cosas, de tal manera explica con palabras los designios y afectos del ánimo, que fácilmente puede llevar adonde quiera el ánimo de los que oyen. Cuanto mayor es su fuerza, más conviene que vaya unida con una probidad y exquisita prudencia: si al que carece de estas virtudes le damos la facilidad y abundancia en el decir, no haremos de él un orador, sino que pondremos un arma en manos de un loco furioso.

»A este arte de pensar y bien decir le llamaban los antiguos Griegos sabiduría. Ella educó á los Licurgos, Pitacos, Solones, y muy semejantes á ellos nuestros Coruncanios, Fabricios, Catones, Escipiones, quizá no tan doctos, pero con igual vehemencia de ánimo é incorrupta

voluntad. Otros por el mismo entendimiento, pero con diversas ambiciones, prefirieron la quietud y el sosiego: así Pitágoras, Demócrito, Anaxágoras, que, abandonando el gobierno de la ciudad, se dedicaron del todo á la investigacion de las causas: la cual vida, por su tranquilidad y por la dulzura de la misma ciencia, que es lo más agradable que hay entre los hombres, deleitó á muchos más de los que convenia á la utilidad pública. Así que se dedicaron á este estudio hombres de excelente ingenio, libres de toda otra ocupacion y cuidado, siguiéronles en las mismas investigaciones y estudios otros muchos, quizá en mayor número que el que hubiera convenido. Porque la antigua sabiduría era á la vez maestra del bien decir y del bien obrar, y eran unos mismos los preceptos de la vida y de la elocuencia: así en Homero aquel Fénix, á quien Peleo habia elegido por compañero de su hijo en la guerra, le enseñaba á ser orador elocuente y ejecutor de grandes hazañas. Pero así como los hombres habituados á un trabajo diario y asiduo, cuando por el mal tiempo tienen que suspenderlo, se refugian en el juego de pelota, ó de los dados, ó de las *tesseras*, ó inventan en la ociosidad alguna nueva recreacion; así ellos, excluidos de los negocios públicos por la mala condicion de los tiempos ó por su propia voluntad, se dedicaron unos á la poesía, otros á la geometría, otros á la música, otros, como los dialécticos, inventaron nueva ocupacion y nuevo juego, y consumieron su tiempo y su vida en aquellas artes inventadas para educar y formar el ánimo de los jóvenes.

»Y como habia muchos que florecian en la república por esa doble sabiduría de bien obrar y de bien decir, que no puede separarse, y que brilló en Temístocles, en Pericles y Teramenes, y como habia otros que, sin ejercitarse en el gobierno de la república, eran preceptores de esa misma sabiduría, como Gorgias, Trasímaco, Isócrates, encontráronse tambien algunos varones en ingenio y doctrina

excelentes, pero que calculadamente se apartaban de los negocios civiles, y reprendian y tenian en poco este ejercicio oratorio. El principal de ellos fué Sócrates, á quien por universal testimonio de los doctos y juicio de toda la Grecia nadie venció en prudencia, agudeza, ingenio y gracia, ni tampoco en variedad y copia de decir, fuese cual fuese el asunto en que se ejercitara. Cuando los maestros de quienes hemos hablado, trataban, enseñaban y disputaban estas materias retóricas, cuando todos los conocimientos, y entre ellos el de la oratoria, se llamaban *filosofía*, Sócrates les arrebató este nombre comun, y separó dos ciencias ántes tan unidas, el discurrir bien, y el hablar con ornato. Esto hizo en aquellos coloquios y disputas suyas, que Platon inmortaliza en sus obras, porque Sócrates no dejó escrita ni una letra. De aquí esa discordia entre el pensamiento y la lengua, absurdo ciertamente, inútil y digno de reprension, como si á unos estuviera concedido el recto juicio y á otros el bien decir. Habiendo sido tantos los discípulos de Sócrates, y conservando todos alguna parte de su enseñanza esparcida en tantas y tan variadas discusiones, nacieron de aquí muchas sectas entre sí discordes, aunque todos sus adeptos se llamasen socráticos y se tuviesen por fieles discípulos de Sócrates. Y primero fueron discípulos de Platon Aristóteles y Xenócrates, padre el uno de la escuela peripatética, y el otro de la Academia; fueron despues discípulos de Antístenes (que habia tomado de los discursos de Sócrates la paciencia y la severidad), primero los cínicos y luégo los estoicos. De Aristipo, á quien agradaban más las disputas sobre el placer, nació la filosofía cirenáica que él y sus sucesores defendieron de buena fe, miéntras hoy los que lo miden todo por el deleite, áun cuando con más delicadeza lo hagan, ni satisfacen á la dignidad humana, que no desprecian sin embargo, ni saben defender esa misma causa del deleite que quieren que abracemos. Hubo otras sectas

filosóficas, que casi todas se llamaban socráticas: los Eretrios, Herilios, Megareos y Pirrónicos, pero ya todas estas escuelas están quebrantadas y deshechas. Entre las que quedan, la que ha tomado á su cargo la defensa del placer, aunque á algunos les parezca verdadera, dista mucho, no obstante, de convenir al orador que estamos formando y que queremos sea autor del consejo público, caudillo en el gobierno de la ciudad, y el primero por su elocuencia y sabiduría en el Senado, en el pueblo y en las causas públicas. Y no por eso hacemos injuria alguna á esta filosofía. Cumpla en buen hora lo que desea, pero descanse en sus huertos, donde recostada muelle y delicadamente, nos aparta de los *rostros*, del tribunal y de la curia. Quizá obra sábiamente, sobre todo en el presente estado de la república. Pero yo no trato ahora de averiguar cuál es la filosofía más verdadera, sino cuál es la que conviene más al orador. Por lo cual dejémoslos sin agraviarlos en nada: despues de todo son hombres de bien y se creen felices: sólo les aconsejaremos que, aunque sea verdad, tengan oculta como un misterio esa sentencia de que el sabio no ha de tomar parte en el gobierno de la república, porque si llegan á persuadirnos de eso á los que somos buenos ciudadanos, no podrán ellos mismos gozar por mucho tiempo de ese ocio que tanto desean.

»A los estoicos no los reprendo en nada, porque no quiero que se enojen, aunque no saben ni enojarse. Hasta les agradezco el haber sido los únicos que han dicho que la elocuencia es virtud y sabiduría. Pero hay en ellos dos cosas que no convienen al orador: la primera el decir, como dicen, que todo el que no es sabio, es siervo, ladron, enemigo, insano, y afirmar por otra parte que no hay ningun hombre verdaderamente sabio. Es muy absurdo que hable en el foro, en el Senado ó en cualquiera otra reunion de hombres, uno á quien le parezca que ninguno de los presentes está sano ni es buen ciudadano ni hombre libre.

Añádase á esto que tienen un estilo quizá sutil y ciertamente agudo, pero que para un orador es seco, desusado, ingrato á los oidos del vulgo, oscuro, árido; tal, en suma, que de ninguna manera puede usarse ante el pueblo. Los estoicos discurren acerca del bien y el mal de un modo muy distinto que los demás ciudadanos, ó por mejor decir, estiman de otra manera que los demas el honor, la ignominia, el premio y el suplicio. Si en esto aciertan ó yerran no es ahora ocasion de discutirlo, pero siguiendo su doctrina, nunca haremos nada en el campo de la oratoria.

»Restan sólo los peripatéticos y los académicos: éstos forman dos escuelas con un mismo nombre, porque Espeusipo, hijo de una hermana de Platon; Xenócrates, discípulo del mismo Platon, y Polemon y Crántor, que lo fueron de Xenócrates, se diferencian poco de Aristóteles, que fué, juntamente con ellos, discípulo de Platon; sólo difieren mucho en la abundancia y variedad del estilo. Arcesilao, discípulo de Polemon, fué el primero que de varios diálogos platónicos y razonamientos de Sócrates dedujo la consecuencia de que no hay certidumbre alguna en el conocimiento adquirido por los sentidos ó por el entendimiento, y cuentan que con suma gracia en el decir despreció todo criterio, lo mismo el de la razon que el de los sentidos, y fué el primero en renovar el método ya usado por Sócrates: no demostrar lo que él mismo pensaba, sino disputar contra la opinion de cualquier otro. De aquí nació la nueva Academia, en la cual se distinguió por su divina prontitud de ingenio y abundancia de decir, Carneades. Y aunque yo conocí muchos discípulos suyos en Aténas, sin embargo, los testigos más fidedignos que puedo citar son mi suegro Scévola, que le oyó en Roma siendo jóven, y mi amigo Quinto Metelo, hijo de Lúcio, varon muy ilustre, que le alcanzó en Aténas, aunque muy viejo, y le oyó por muchos dias.

»Así como los rios se dividen al caer de la cumbre del Apenino, así huyendo de esta comun altura de la sabidu-

ría, se dividieron los estudios, cayendo los filósofos en el mar superior de Jonia, mar griego y abundante en puertos, al paso que los oradores cayeron en este mar inferior Tirreno y bárbaro, lleno de escollos y de peligros, en el cual el mismo Ulises hubiera andado errante. Por lo cual, si nos contentamos con un orador que sepa negar lo que se le arguye ó defender á lo ménos la conducta del acusado sosteniendo que ha obrado bien, ó por culpa de otro, ó segun la ley, ó no contra la ley, ó con imprudencia, ó por necesidad, ó que no se ha de dar á su accion el nombre que se le da, ó que la acusacion no es en debida forma; y si creeis que basta aprender lo que los preceptistas de este arte enseñan, y que con mucho más ornato y abundancia que ellos acaba de exponer Antonio; si os contentais, digo, con estas cosas y con lo que quereis que yo añada, venís á reducir al orador á un círculo exiguo, quitándole el vasto é inmenso campo en que se espaciaba. Pero si quereis imitar al antiguo Perícles ó á Demóstenes, que nos es más familiar por la multitud de sus escritos, y si amais aquella hermosa y soberana idea del orador perfecto, teneis que seguir el método de Carneades ó el de Aristóteles. Porque, como ya he dicho, los antiguos que precedieron á Sócrates juntaban con el arte de bien decir la ciencia de las costumbres, de la vida, de la virtud y de la república, hasta que separados despues por Sócrates y sus discípulos los disertos de los doctos, despreciaron los filósofos la elocuencia y los oradores la sabiduría, y sólo de vez en cuando tomaban algo prestado los unos de los otros, siendo así que ántes hubieran podido usar alternativamente de la misma riqueza, á haber permanecido en su primitiva alianza. Y así, como los antiguos Pontífices, aunque Numa les habia encargado de los convites sagrados, quisieron que hubiese tres Epulones por ser tantos los sacrificios, así los socráticos apartaron de su gremio y del nombre comun de filósofos á los defensores de causas,

cuando por el contrario habian querido los antiguos que hubiese una admirable union entre el arte de bien decir y la sabiduría.

»Siendo esto así, he de pediros sinceramente que en lo que voy á decir, no creais que hablo de mí mismo, sino del orador. Porque yo, habiendo sido educado por mi padre con grande estudio en la niñez, y habiendo traido al foro el ingenio que en mí conozco y no el que vosotros imaginais, nunca he aprendido, sin embargo, las materias de que voy á hablar, con el esmero que os recomiendo á vosotros; empecé á defender ántes que nadie causas públicas, y cuando tenía veintiun años, llamé á juicio á un hombre muy ilustre y elocuentísimo: mi disciplina fué el foro, mi maestro el uso, y las leyes é instituciones del pueblo romano, y las costumbres de los mayores. Sedianto luégo de adquirir esos conocimientos de que hablo, sólo llegué á buscarlos cuando estuve de cuestor en Asia, donde fué mi maestro el académico Metrodoro, de cuya memoria ha hablado Antonio; de allí me fuí á Aténas, donde hubiera permanecido más tiempo á no haberme enojado con los Atenienses, porque no querian repetir los misterios que habian celebrado dos dias ántes de mi llegada. Así es que, cuando extiendo el término de la elocuencia á tanta variedad de conocimientos y doctrina, no sólo no hablo de mí, sino contra mí, ni disputo de mis facultades, sino de las del orador, y tengo por muy ridículos á todos los que escriben arte retórica y disputan del género judicial, de los principios y de las narraciones. Pero el poder de la elocuencia es tal, que explica el orígen, la naturaleza y las alteraciones de todas las cosas, las virtudes, los deberes; describe las costumbres y las leyes, dirige la república, y da palabras copiosas y elegantes en cualquier asunto. En este género nos hemos ejercitado, á decir verdad, cuanto podemos, con mediano ingenio, y, sin embargo, no concedemos mucha ventaja en la disputa á los

que han hecho de la filosofía el tabernáculo de su vida

»¿Qué puede decir mi amigo Cayo Veleyo para probar que el deleite es el sumo bien, lo cual yo no pueda, si quiero, defender más copiosamente, valiéndome de los argumentos que expuso Antonio, con este arte de decir, en que Veleyo es rudo, y en que cada uno de nosotros está versado? ¿Qué pueden decir Sexto Pompeyo, ó los dos Balbos, ó mi amigo Marco Vigelio, el que vivió con Panecio, de la virtud al modo de los estoicos, hasta el punto de obligarme á mí ó á cualquiera de vosotros á ceder en la disputa? Porque la filosofía no se asemeja á las demas artes. ¿Qué hará en geometría el que no la ha aprendido? ¿Qué en música? Tendrá que callar ó pensaremos que no está en su juicio. Pero en filosofía sólo un ingenio acre y agudo descubrirá lo más verosímil y lo expondrá con elegancia. Un orador vulgar y poco docto, pero que esté ejercitado en el decir, sólo con esto tiene bastante para triunfar de los maestros y para no dejarse despreciar ni tener en ménos por ellos.

»Pero si ha existido alguno que al modo de Aristóteles pueda sostener acerca de todas las cosas dos pareceres contrarios, y lo mismo en toda causa, sólo con conocer los preceptos de aquel filósofo, y que sepa refutar al modo de Arcesilao y Carneades toda proposicion, y que á este método una el arte oratorio y el hábito y ejercicio de decir, éste será el verdadero, perfecto y solo orador. Sin el nervio forense no puede ser el orador bastante enérgico y grave, ni sin la variedad de la doctrina bastante culto y sabio. Dejemos, pues, á ese vuestro Córax empollar en el nido sus hijuelos hasta que tomen el vuelo, convertidos en declamadores odiosos y molestos: dejemos á ese Pánfilo, que no sé quién es, pintar en vendas ó fajas una cosa tan importante, tratándola como si fuera algun juego de niños: y nosotros, en esta breve discusion de ayer y hoy, expliquemos todo el oficio del orador, mostrando que nada

de lo contenido en los libros de los filósofos está fuera de los límites de la oratoria.»

Entónces dijo Cátulo: «En verdad, Craso, que no es admirable que haya en tí tanta fuerza, suavidad y abundancia de decir; yo creí ántes que estas cualidades eran naturales y que no sólo eras un grande orador, sino tambien un hombre sapientísimo; pero ahora entiendo que has estimado siempre más lo que se dirige á la sabiduría, y que de ahí nace esa tu abundancia oratoria. Pero cuando recuerdo los sucesos de tu vida y considero tus estudios, ni puedo comprender cuándo has aprendido ni cómo has tenido tiempo para oir á los filósofos y estudiar sus libros. Ni sé qué es lo que me causa más admiracion, si el que hayas aprendido en medio de tantas ocupaciones todas esas cosas, cuya utilidad quieres persuadirnos, ó el que no habiéndolas aprendido, puedas hablar del modo que lo haces.»

Respondió Craso: «Lo primero que quiero persuadirte, Cátulo, es que hablo del orador casi como podria hablar de un histrion. Yo negaria que éste pudiera sobresalir en el gesto si no habia aprendido la palestra y la danza. Para decir esto, no era necesario que yo fuera histrion, sino que me bastaba con ser no mal apreciador del artificio ajeno. De un modo semejante, estoy ahora, á ruego vuestro, hablando del orador, es decir, del orador perfecto, y siempre que se pregunta por algun arte ó facultad, se habla de ella como absoluta y perfecta. Si quereis tenerme por orador mediano ó bueno, no lo repugnaré, ni soy tan necio que ignore que esa es la fama que tengo. Como quiera que sea, no soy perfecto. Ni hay entre los hombres cosa más difícil, ni mayor, ni que exija más aparato de doctrina. Pero claro es que si disputamos del orador, nos hemos de referir al orador perfecto. Porque si no se tiene á la vista la idea perfecta de la cosa, nunca se entenderá bien cuán grande es su excelencia. Confieso, Cátulo, que hoy no vivo con los filósofos ni con sus libros,

y como has advertido muy bien, nunca he tenido tiempo para aprender, ni he dedicado al estudio más que seis años infantiles y mis vacaciones forenses.

»Pero si me preguntas, oh Cátulo, lo que pienso de esta enseñanza, te diré que un hombre ingenioso ocupado en el foro, en la curia, en las causas y en la república, no necesita tanto tiempo como el que se toman los que en aprender gastan la vida. Todas las artes son tratadas de diverso modo por los que las aplican á la práctica y por los que, absortos en el arte mismo, no hacen otra cosa en la vida. El maestro de los gladiadores Samnitas es muy anciano, y sin embargo todos los dias hace ejercicios y no se cuida de más. Pero Quinto Velocio aprendió la esgrima cuando muchacho, y como era apto para ella y la sabía muy bien, fué, como dice Lucilio, «buen Samnita en la lid y hábil en el florete,» aunque dedicaba mucho más tiempo al foro, á los amigos y á la hacienda. Valerio cantaba todos los dias, porque era cómico. ¿Qué otra cosa podia hacer? Pero Numerio Furio, nuestro amigo, canta cuando le viene bien: porque es padre de familia, es caballero romano, y aprendió de niño lo que tenía que enseñar. Lo mismo sucede con otros estudios mayores.

»Dia y noche veíamos á Quinto Tuberon, hombre de suma virtud y prudencia, dedicarse á la filosofía. Pero de su tio el Africano pocos sabian que se dedicase al mismo estudio, y sin embargo lo hacía. Todo esto se aprende fácilmente tomando sólo lo necesario en cada ocasion, y teniendo alguno que pueda enseñarnos bien, y sabiendo nosotros aprender. Pero si en toda la vida no hacemos otra cosa, la misma ciencia y ejercicio producirá cada dia nuevas cuestiones, en cuya indagacion te empeñarás afanoso. Así resulta que el conocimiento es movible é infinito. El uso fácilmente confirmará la doctrina, con tal que se emplee un mediano trabajo, y no se abandone la memoria y el estudio. Yo gustaria de aprender á jugar bien á los dados ó

á la pelota, aunque quizá no pudiera conseguirlo; pero otros, por lo mismo que lo hacen bien, se deleitan en ello más de lo justo, como Ticio con la pelota y Brula con los dados.

»Nadie tema, pues, la dificultad de las artes, sólo porque vea á los viejos aprenderlas. Esto consiste, ó en que se dedicaron al estudio siendo ya muy ancianos, ó en que prolongaron su estudio hasta en la vejez, ó en que son muy tardos. Yo opino que el que no pueda aprender pronto, nunca aprenderá bien.

—Ya entiendo, Craso, lo que dices, replicó Cátulo, y mi opinion es la misma. Comprendo que con tu facilidad de aprender te haya sobrado tiempo para adquirir esos conocimientos que muestras.

—¿Persistes, dijo Craso, en creer que hablo de mí, y no del arte? Volvamos, si te place, á la materia comenzada.

—Sí que me place, dijo Cátulo.»

Y prosiguió Craso: «¿A qué viene, ese discurso tan largo y traido de tan léjos? Las dos partes que me restan, y que sirven para ilustrar el discurso y coronar el edificio de la elocuencia, dándole esplendor y ornato, tienen la cualidad de ser las más agradables, las que influyen más en el ánimo de los oyentes, y las más adornadas con todo género de riquezas. El estilo forense es litigioso, acre, vulgar, pobre y miserable, en una palabra; y el estilo que enseñan esos que se dicen maestros de retórica, es mucho mejor que el vulgar y el forense. Requiere éste grande aparato de cosas exquisitas traidas y recogidas de todas partes, como tendrás que hacerlo tú, César, dentro de un año, porque calculo que con cosas diarias y vulgares no podrás satisfacer á este pueblo. El método de elegir y colocar las palabras y de cerrar los períodos es fácil, y áun sin método basta el mismo ejercicio. De conocimientos hay una gran selva que los últimos Griegos no han tenido, y por eso nuestra juventud salia de las escuelas ignorando más que sabiendo.

Tambien entre los latinos hubo durante estos dos años últimos maestros de retórica, que yo siendo censor prohibí por un edicto, no porque yo no quisiera (como sé que decian algunos) que se aguzasen los ingenios de los jóvenes, sino ántes al contrario, porque no quise que se embotasen sus entendimientos y que creciese su petulancia. A lo ménos entre los Griegos veia (fuera de este ejercicio de lengua) alguna doctrina de humanidades digna del nombre de ciencia; pero estos nuevos maestros nada podian enseñar, sino la audacia, que áun unida á un verdadero mérito, es intolerable, y mucho más cuando nada la disculpa. Como sólo esto enseñaban, y su escuela lo era de impudencia, juzgué obligacion del censor atajar el daño. Mas no por eso desespero de que alguna vez se traten en lengua latina digna y decorosamente las materias de que ahora disputamos; porque así nuestra lengua como la naturaleza de las cosas, toleran que aquella antigua y excelente sabiduría de los Griegos se aplique y traslade á nuestros usos y costumbres; mas para esto se requieren hombres eruditos que todavía en este género no han florecido, y si alguna vez aparecieren, quizá merezcan ser antepuestos á los mismos Griegos.

»Ornase, pues, el discurso conforme á su naturaleza y con un color y jugo propio, y para que sea grave, elegante, erudito, liberal, admirable, culto, para que tenga afectos y grandes ideas, no se requiere el ornato en cada una de las articulaciones, sino que debe verse en todo el cuerpo.

»Las flores de palabras y sentencias no han de estar derramadas igualmente por toda la oracion, sino distribuidas con oportunidad y gusto, como matices y lumbres del estilo.

»Ha de elegirse un modo de decir que entretenga mucho á los que oyen y que no sólo deleite, sino que deleite sin saciedad; no creo necesario advertiros que vuestro discur-

so no ha de ser pobre, ni vulgar ni anticuado: algo más importante exigen vuestro ingenio y vuestra edad.

»Es difícil explicar la razon de que las cosas que más deleitan nuestros sentidos, y que más nos conmueven á primera vista, son las que más pronto nos producen saciedad y fastidio. ¡Cuánto más brillantes suelen ser en colorido, las pinturas nuevas que las antiguas! Y, sin embargo, las nuevas, aunque á primera vista nos deslumbren, no nos deleitan largo tiempo, y por el contrario en las antiguas su misma severidad nos encanta y detiene. ¡Cuánto más blandas y delicadas son en el canto las flexiones y las voces falsas que las ciertas y severas! Y, sin embargo, no sólo la gente austera, sino la misma multitud prefiere las segundas. Lo mismo puede verse en los demas sentidos: nos agradan ménos los ungüentos de fuerte y penetrante aroma, que los suaves y delicados: más alabado suele ser el olor de la cera que el del azafran; y al mismo tacto no convienen superficies demasiado tersas y bruñidas. El gusto mismo, que es de todos los sentidos el más voluptuoso y el que más siente la dulzura, llega á hastiarse y á repugnar pronto lo que es demasiado dulce, así en alimentos como en bebidas, siendo así que en uno y otro género lo que ligeramente agrada á los sentidos es lo que ménos cansa. Así en todas las cosas, sobre todo en los mayores placeres, está muy cerca el fastidio. No es de admirar que lo mismo acontezca en los poetas que en los oradores, y que un discurso claro, distinto, adornado, festivo, sin intermision, sin desaliños, sin variedad, aunque esté adornado de bellísimos colores poéticos, no puede causar un largo deleite.

»Y todavía desagradan más en el orador ó en el poeta los afeites y relumbrones, porque en los deleites de los sentidos proviene la saciedad de la naturaleza y no del entendimiento, miéntras que en los escritos y en los discursos juzga los defectos no sólo el oido sino el entendimiento. Gusto

de oir: «Bien, admirablemente,» aunque me lo digan muchas veces; pero no me agrada oir á cada paso: «Hermosamente, con gracia,» si bien no me pesaria que fuese más frecuente aquella exclamacion: «¡No se puede hacer mejor!». Pero esta misma admiracion y suma alabanza ha de tener cierta sombra y claro-oscuro que hagan brillar y sobresalir la parte iluminada.

»Nunca dice Roscio con toda la fuerza que puede, este verso:

Premio y honor, y no riquezas, busca
con la virtud el sábio,

Y cuando añade:

¿Mas qué miro?
de hierro armado invade nuestros templos,

lo dice con aire de admiracion, estupor y aturdimiento. Y cuando exclama:

¿Mas qué defensa buscaré?

¡con qué abandono, con qué dulzura pronuncia estas palabras! Y luégo exclama con más entonacion:

¡Oh patria, oh casa de Príamo!

»No sería tanta su conmocion en este último verso si hubiera consumido y agotado sus fuerzas en el primero; y esto ántes que los actores lo conocieron los poetas, que establecieron esa variedad de tonos empezando por los más humildes, y ora aumentando, ora disminuyendo, ora elevando, introdujeron variedad y distincion. El ornato y dulzura del orador tiene que ser austero y sólido, no liviano y empalagoso. Los preceptos que se dan para el ornato, son tales, que el más vicioso orador puede explicarlos. Por eso, como ántes dije, lo primero que ha de adquirirse, es una selva de palabras y sentencias, como án-

tes dijo Antonio: con estas ha de irse tejiendo é h. ando el discurso, iluminado con palabras y variado en sentencias.

»El mayor mérito de la elocuencia es la amplificacion, que consiste no sólo en encarecer y ponderar las cosas, sino en despreciarlas y abatirlas. Es necesaria en todos los argumentos que Antonio señaló para dar autoridad al discurso, vg., cuando explanamos algo ó cuando queremos conciliarnos los ánimos ó mover los afectos. En esto último puede mucho la amplificacion, y en ella debe extenderse el orador. Aún es mayor el uso de la amplificacion en la alabanza y en el vituperio, que es lo último que explicó Antonio. Porque nada hay tan á propósito para exagerar y amplificar, como poder hacerlo con abundancia y ornato. Vienen despues aquellos lugares que, aunque deben ser propios de la causa y salir de sus mismas entrañas, como quiera que suelen aplicarse á asuntos generales, recibieron entre los preceptistas antiguos el nombre de lugares comunes. Algunos de ellos encierran una censura amplificada de los vicios y pecados, ó una invectiva á la cual nada suele ni puede responderse, vg., contra un concusionario, un traidor, ó un parricida: estos argumentos sólo pueden usarse cuando los crímenes están bien comprobados: de otro modo, serán una declamacion vana é inútil. Otros tienen por objeto mover á compasion, á misericordia, y otros se aplican á cuestiones dudosas, en que puede discutirse largamente por ambas partes. Este último ejercicio es propio ahora de las dos filosofías de que hablé ántes. Entre los antiguos pertenecia tambien á los que se dedicaban á la enseñanza forense. Sobre la virtud, el deber, lo justo y bueno, la dignidad, utilidad, honor, ignominia, premio, pena, y otras cosas semejantes, debemos estar prontos á disputar con habilidad y fuerza por entrambas partes. Pero ya que arrojados de nuestras posesiones, se nos ha encerrado en este pequeño predio, y áun éste anda en litigio, y siendo nosotros patrones y defensores de otros no hemos

podido conservar lo que era nuestro, tomemos prestado lo que necesitamos, de los que indignamente usurparan nuestro patrimonio.

»Dicen, los que de una parte y lugar pequeño de la ciudad de Aténas se llaman filósofos peripatéticos ó académicos, y á quienes por su exquisito conocimiento de las cosas más importantes y áun de los negocios públicos, llamaron antiguamente los Griegos filósofos políticos; dicen, repito, que todo discurso civil entra en uno de estos dos géneros: ó es una controversia definida, en que se señalan personas y tiempos, vg.: «¿Convendrá rescatar de los Cartagineses nuestros cautivos, entregándoles los suyos?» ó es una cuestion indefinida y universal, vg.: «¿Qué hemos de pensar y decidir respecto de los cautivos?» Al primer género le llaman causa ó controversia, y le dividen en tres especies: litigio, deliberacion y alabanza. A las cuestiones indefinidas las llaman consultas. La misma division usan para enseñar; pero no por derecho propio, ni por sentencia, ni por recuperar una posicion perdida, sino por una usurpacion que han cometido, segun el derecho civil, rompiendo una rama en señal de dominio. Tambien poseen el segundo género de cuestiones, en que se señalan tiempos, lugares y personas; pero tampoco esta posesion es muy segura. Hoy se celebra mucho en Filon, el más ilustre de los académicos, este conocimiento y ejercicio de las causas. Las cuestiones indefinidas tan sólo las nombran al principio del arte, y dicen que son propias del orador; pero ni penetran su naturaleza, ni las dividen en partes ó géneros; así es que más les valiera pasarlas del todo en silencio, que abandonar la materia despues de haberla empezado á tratar, pues ahora parece que callan por ignorancia, y entónces podia creerse que lo hacian por buen juicio.

»Toda cuestion está sujeta á dudas, ya verse sobre materias indefinidas, ya sobre las causas que se discuten en

la ciudad y en el foro, y no hay ninguna que no se refiera ó al conocimiento ó á la accion. Porque, ó se busca el conocimiento y ciencia de la cosa misma, vg.: «¿Ha de apetecerse la virtud por su dignidad ó por sus propios frutos?» ó se trata de tomar consejo para determinarse á la accion, vg.: «¿Debe el sabio gobernar la república?» Los modos de conocimientos son tres: conjetura, definicion y consecuencia. Conjetura, vg.: «¿Existe en el género humano la sabiduría?» La definicion explica la naturaleza de la cosa, vg.: «¿Qué es la sabiduría?» Consecuencia, vg.: «¿Puede mentir alguna vez el hombre de bien?» La conjetura pueden dividirla en cuatro géneros; porque, ó se pregunta lo que es, vg.: «¿El derecho entre los hombres procede de la naturaleza ó de la opinion?» ó se investiga el orígen de alguna cosa, vg.: «¿Cuál es el orígen de las leyes y del gobierno?» ó se pregunta la causa y razon, vg.: «¿Por qué los hombres más doctos disienten en asuntos de grande importancia?» ó se disputa acerca de las alteraciones y mudanzas, vg.: «¿Puede morir la virtud en el hombre ó convertirse en vicio?» Son casos de definicion cuando se habla de principios universales y grabados en la mente de todos, vg.: «Lo justo es lo que conviene á la mayor parte de los ciudadanos,» ó cuando se investigan las propiedades de una cosa, vg.: «¿El hablar con ornato es propio del orador, ó puede hacerlo algun otro?» ó cuando la cosa se divide en partes, vg.: «¿Cuántos géneros hay de bienes apetecibles? ¿Son por ventura tres, bienes de alma, de cuerpo ó exteriores?» ó cuando se describe la forma y carácter de alguna persona, vg., el avaro, el sedicioso y el vanaglorioso.

»La consecuencia abraza dos géneros de cuestiones, porque, ó es sencilla, vg.: «¿Ha de apetecerse la gloria?» ó procede por comparacion, vg.: «¿Es más apetecible la gloria que la riqueza?» La discusion sencilla tiene tres modos, segun se trate de lo que se ha de apetecer ó huir, vg.:

«¿Podemos desear los honores? ¿Debemos huir de la pobreza?» O se disputa de lo justo y de lo injusto, vg.: «¿Es justo vengar las injurias de nuestros parientes?» O de lo honesto y de lo torpe, vg.: «¿Es honesto morir por alcanzar gloria?» Los modos de la comparacion son dos: en el uno se busca la semejanza ó diferencia entre dos cosas, vg., entre temer y respetar, entre el rey y el tirano, entre el adulador y el amigo; ó se pregunta cuál de dos cosas ha de ser preferida, vg.: «¿El sabio ha de guiarse por la alabanza de los mejores ó por el aplauso popular?» Estas son las divisiones que los retóricos más doctos hacen de las cuestiones relativas al conocimiento.

»Las que se refieren á la accion, ó versan sobre el deber, y se pregunta qué es lo recto y lo que debe hacerse (y aquí entra todo el tratado de las virtudes y los vicios), ó tienen por objeto excitar ó calmar los afectos. A este género pertenecen las exhortaciones, reprensiones, consuelos, quejas y todo impulso propio para mover los ánimos ó para mitigarlos.

»Explicados estos géneros y modos de controversia, poco importa que nuestra division difiera algo de la de Antonio, porque iguales son los miembros de una y otra, aunque yo los distribuyo de un modo algo diferente que él. Paso adelante, y vuelvo á mi asunto y propósito.

»De los lugares que expuso Antonio, pueden tomarse argumentos para todo género de cuestiones; pero los hay más acomodados á unas cuestiones que á otras. En esto no insistiré, por ser cosa tan evidente.

»Son más elegantes las oraciones que ofrecen más campo donde explayarse y que de una controversia singular y privada se elevan á los principios generales, de suerte que los oyentes, conocida la naturaleza, género y universalidad del asunto, puedan juzgar del caso particular, del reo, del crímen ó del litigio. A este género de ejercicio ha convidado á estos jóvenes Antonio, y ha juzgado que de las más

estrechas y agudas cuestiones debiais elevaros en vuestros discursos á lo más universal y variado. Este no es asunto de pocos libros, como se persuaden los que escribieron del arte de bien decir, ni se aprende con un paseo por el Tusculano ántes de comer, ni con una sesion como la de esta tarde. No basta aguzar y tener expedita la lengua, sino henchir y llenar el pecho de cosas admirables y excelentes por su dulzura, elegancia y variedad. Si somos oradores, si figuramos como los primeros en las contiendas de los ciudadanos, en los peligros y en las deliberaciones públicas, nuestra es, repito, la posesion de toda esa sabiduría y doctrina, de la cual otros hombres que tenian ocio miéntras nosotros estábamos ocupados, se apoderaron como si se tratara de cosa abandonada y baldía. Y despues de esto, ó se burlan del orador con cavilaciones, como hace Sócrates en el *Gorgias*, ó escriben sobre el arte oratoria algunos librillos que llaman retóricos, cual si no fuera propio de los oradores lo que los mismos filósofos discuten acerca de la justicia, el deber, el régimen y gobierno de las ciudades, el método de vida y hasta la naturaleza de las cosas. Todo lo cual, ya que no podemos tomarlo de otra parte, quitémoslo á los mismos que nos lo han robado; con tal que lo apliquemos á la ciencia política á que se refiere, y, como ántes dije, no gastemos toda la vida en aprender estas cosas, sino que, en habiendo conocido las fuentes, que nunca sabremos bien si no las sabemos pronto, vengamos á beber en ellas siempre que la ocasion lo exija. Ni es tan agudo el ingenio del hombre, que pueda ver tantas cosas si no se le muestran, ni es tanta la oscuridad de las cosas que un hombre de agudo ingenio no alcance á distinguirlas si con atencion las mira. En este tan inmenso campo donde es lícito al orador vagar libremente por dominios suyos, fácilmente hallará aparato y adorno para sus discursos. La abundancia de ideas engendra la abundancia de palabras. Y si hay nobleza

en las cosas mismas de que se habla, en el esplendor de la materia se reflejan las palabras. Si el que habla ó escribe ha recibido una educacion liberal y esmerada, y arde en amor al estudio, y la naturaleza le ayuda, y se ha ejercitado en todo linaje de disputas, y conoce é imita á los más elegantes oradores y escritores, ni siquiera tendrá que preguntar á sus maestros cómo ha de dar ornato y esplendor á su palabra, porque en tanta abundancia de ideas y conocimientos la naturaleza misma con poco ejercicio encuentra todos los adornos del discurso.»

Entónces dijo Cátulo: «¡Oh dioses inmortales, qué variedad de cosas, qué fuerza, abundancia y grandeza has abrazado en tu discurso, Craso, y cómo de un círculo estrecho has sacado al orador para colocarle en el reino de sus mayores! Bien sabemos que los antiguos maestros en el arte de hablar, ningun género de disputa tuvieron por ajeno de su arte, y se ejercitaron en todo linaje de oratoria. Por lo cual Hipias Eleo, habiendo venido á Olimpia en aquella gran festividad de los juegos, se glorió, delante de casi toda la Grecia, de no haber arte alguno que ignorase, y no sólo las artes liberales é ingenuas, la geometría, la música, el conocimiento de las letras y de los poetas, y las ciencias que tratan de la naturaleza de las cosas, de las costumbres y de los negocios públicos, sino que dijo que él, por su propia mano, habia hecho el anillo que llevaba, el manto con que iba vestido, y los zuecos con que estaba calzado. Sin duda que éste fué demasiado adelante; pero de aquí es fácil conjeturar qué amor tuvieron aquellos oradores á las artes liberales, cuando ni siquiera despreciaron las más humildes.

»¿Qué diré de Pródico Ceo, qué de Trasímaco Calcedonio ó de Protágoras Abderita? Cada uno de estos disertó y escribió mucho en sus tiempos, áun sobre ciencias naturales. Y el mismo Górgias Leontino, á quien quiso describirnos Platon como á un orador vencido por un filósofo, ó no fué

vencido nunca por Sócrates, ni es verdadero aquel diálogo de Platon; ó aunque fuese vencido, no ha de negarse que Sócrates era más elocuente y diserto, ó, como tú dices, más copioso y mejor orador. Y con todo, en ese mismo libro de Platon ofrece Gorgias hablar copiosamente de todo asunto que se presente á discusion, y fué el primero en proponer ante un concurso numeroso que él hablaria de lo que cada uno quisiera. Por eso se le tributó tanto honor en Grecia, y á él sólo se erigió en Délfos una estatua, no dorada, sino de oro. Estos que nombro, y otros muchos excelentes maestros de elocuencia, florecieron casi al mismo tiempo, de donde puede inferirse que las cosas pasaron como tú, Craso, las has expuesto, y que el nombre de orador tuvo entre los antiguos Griegos más estimacion, y exigia más ciencia. Pero dudo si se debe á tí más alabanza que vituperio á los Griegos, porque tú, nacido en otra lengua y costumbres, en una ciudad ocupadísima, distraido en los negocios de casi todos los particulares y en el gobierno de una ciudad que rige todo el orbe, has llegado á abarcar tanta suma de conocimientos y á unirlos con la ciencia y ejercicio del que por tus consejos y palabra tiene más autoridad en la república, miéntras que ellos, nacidos en las letras y entregados con ardor á los estudios en medio del ocio más completo, no sólo no acrecentaron nada, sino que ni áun supieron conservar ni trasmitir lo que sus mayores les habian dejado.»

Prosiguió Craso: «No sólo en esto, sino en otras muchas cosas, se ha menoscabado la grandeza de los conocimientos con la distribucion y separacion de partes. ¿Crees que en tiempo de Hipócrates el de Cos hubo médicos que curaban, unos las enfermedades, otros las heridas, otros los ojos? Cuando Euclides ó Arquímedes enseñaban la geometría, cuando Damon ó Aristójeno profesaban la música, ó Aristófanes y Calímaco las letras, ¿crees que estuvieron tan separadas que nadie abrazó la totalidad,

sino que cada uno eligió una parte para trabajar en ella? Yo mismo oí á mi padre y á mi suegro que nuestros mayores, cuando querian alcanzar la gloria de la sabiduría, abrazaban todas las ciencias conocidas entónces en nuestra ciudad. Ellos se acordaban de Sexto Elio. Nosotros hemos visto á Marco Manilio pasearse por el foro, como ofreciendo á todos los ciudadanos el auxilio de su consejo. Y ora estuviese en el foro, ora en su casa sentado en la silla de jurisconsulto, no sólo iban á consultarle sobre el derecho civil, sino sobre el matrimonio de una hija, sobre la compra de un fundo, sobre el cultivo de un campo, sobre todo negocio ú obligacion. Esta fué la sabiduría del antiguo Publio Craso; esta la de Tiberio Coruncanio; esta la del prudentísimo Escipion, bisabuelo de mi yerno, todos los cuales fueron Pontífices máximos, y se les consultaba sobre todas las cosas divinas y humanas, y ellos daban su parecer y consejo en el Senado y ante el pueblo, y en las causas de los amigos, en la paz y en la guerra. ¿Qué le faltó á Marco Caton sino esta culta doctrina, venida del otro lado del mar? ¿Acaso porque sabía el derecho civil no era elocuente, ó porque lo era, ignoraba el derecho civil? En uno y otro género sobresalió igualmente. ¿Acaso por servir á los particulares dejó de atender á los negocios públicos? No hubo en el pueblo mejor senador ni más excelente general. En suma, nada se supo ó hizo én aquellos tiempos en la ciudad sin que él lo investigara y supiera, y áun escribiese sobre ello. Ahora, por el contrario, vienen muchos á pretender los honores y á gobernar la república desprevenidos é inermes, sin ningun conocimiento de las cosas ni ciencia alguna. Y si se aventaja alguno entre muchos, bástale para envanecerse el sobresalir en un solo cencepto, vg., en el valor guerrero ó en el manejo de las armas, cosas ahora algo anticuadas, ó en la ciencia del derecho, y no todo, por que nadie estudia el derecho pontificio, ó en la elocuencia, que ellos hacen

consistir en el ruido y torrente de las palabras, pero ignorando el parentesco y alianza de todas las buenas artes y de las virtudes entre sí.

»Volviendo ahora á los Griegos (ya que no se puede prescindir de ellos en esta discusion, porque así como tomamos de los nuestros ejemplos de valor, hemos de tomar de los Helenos ejemplos de doctrina), dícese que hubo al mismo tiempo siete llamados sabios y tenidos por tales. Todos éstos, fuera de Thales de Mileto, tuvieron el poder supremo en sus ciudades respectivas. ¿Quién fué más docto en aquellos tiempos, ó quién supo unir la elocuencia y las bellas letras tan bien como Pisistrato, de quien se dice que fué el primero en corregir los libros de Homero, confusos ántes, y en disponerlos por el órden en que ahora los tenemos?

»No fué, ciertamente, hombre útil á sus conciudadanos; pero en elocuencia, como en letras y doctrina, aventajó á todos. ¿Y qué diremos de Perícles? cuya abundancia en el decir fué tal, que hasta cuando se oponia á la voluntad de los Atenienses, y por el interes de la patria hablaba con alguna dureza contra el pueblo, era á pesar de todo popular y aplaudido, y de él dijeron los antiguos cómicos (aunque alguna vez le satirizaron segun la costumbre de Aténas) que la gracia habitaba en sus labios, y que era tanta la fuerza de su palabra que dejaba siempre una especie de aguijon en el ánimo de los que le oian. Pero no le habia enseñado ningun hablador á dar gritos, midiendo el tiempo por la Clepsidra, sino que su maestro fué Anaxágoras de Clazomene, varon consumado en muchas ciencias. Éste con su doctrina, consejo y elocuencia, gobernó cuarenta años á Aténas, así en la paz como en la guerra. Y Crícias y Alcibiades, malos ciudadanos uno y otro, pero en verdad doctos y elocuentes, ¿no habian recibido las enseñanzas de Sócrates? ¿Y quién hizo consumado en todas las ciencias á Dion Siracusano? ¿No fué Platon, el cual, maestro no sólo

de lengua, sino de ánimo y virtud, le impulsó y armó para que libertase su patria? ¿Fué distinta la enseñanza que dió Platon á este su discípulo, de la que dió Isócrates al hijo del ilustre caudillo Conon, á Timoteo, gran general al mismo tiempo que hombre doctísimo, ó el pitagórico Lisis al tebano Epaminondas, quizá el hombre más esclarecido de toda la Grecia, ó Jenofonte á Agesilao, ó Arquitas Tarentino á Filolao, ó el mismo Pitágoras á toda aquella Italia griega que se llamó Magna Grecia? Yo pienso que no. De aquí infiero que en otro tiempo fué una misma la enseñanza propia del hombre erudito y del que habia de gobernar la república, y que los que recibian esta enseñanza, si tenian ingenio para la oratoria y se dedicaban á ella, eran los que más se aventajaban en la elocuencia. Así, el mismo Aristóteles, viendo tan floreciente y llena de discípulos la escuela de Isócrates, porque habia convertido éste en vana elegancia la oratoria del foro y de la plaza pública, mudó de repente todo su método de enseñanza, y aplicóse con poca alteracion un verso del Filoctetes. Habia dicho éste: «Vergonzoso es callar cuando hablan los bárbaros.» Y dijo Aristóteles: «Vergüenza es permitir que hable Isócrates. «Y por eso adornó é ilustró toda esta doctrina, y procuró juntar el conocimiento de las cosas con el ejercicio de la palabra. Ni se ocultó esto al sapientísimo rey Filipo, que le puso por maestro de su hijo Alejandro, para que aprendiera de él al mismo tiempo los preceptos de bien decir y de bien obrar.

»Y si alguno quiere llamar orador al filósofo que posee abundancia de ideas y riqueza de diccion, yo no me opondré, ni tampoco á que se llame filósofo al orador que une la sabiduría con la elocuencia; siempre que convengamos en que no es digna de alabanza ni la torpeza del que tiene ideas, pero que no sabe expresarlas, ni la vana locuacidad del que habla sin tener nada que decir. Y si hubiera de elegir entre una de las dos cosas, mejor escogeria la

sabiduría inelegante que la locuaz ignorancia. Pero si buscamos lo mejor de todo, deberemos otorgar la palma al orador sabio. Consintamos en que le llamen filósofo, y cese toda controversia. Si se quiere establecer division entre oradores y filósofos, siempre resultarán estos últimos inferiores, porque el orador perfecto posee la ciencia del filósofo, al paso que en el filósofo no es de rigor la elocuencia. Quizá ellos la desprecien, pero siempre tendrán que convenir en que es algo que se añade á su arte.»

Habiendo dicho esto Craso, guardó silencio por algunos instantes y callaron tambien los demas, hasta que dijo Cota: «No puedo quejarme, Craso, de que hayas hablado de otra cosa distinta de la que te habíamos pedido, porque nos has dado mucho más que lo que acertábamos á desear; pero ciertamente, lo que habias tomado á tu cargo era explicarnos el ornato del discurso, y ya habias entrado en materia, dividiéndola en cuatro partes, y nos habias dicho bastante de las dos primeras, aunque á tu parecer breve y ligeramente, pero todavía te faltaba explicar las otras dos: primera, cómo se ha de hablar con ornato; segunda, con oportunidad. Apénas habias comenzado á tratar este punto, el ardor de tu ingenio te levantó á tal distancia de la tierra, que casi te perdimos de vista. Abrazaste todo linaje de ciencias, y aunque en tan breve tiempo no pudiste agotar todo el caudal de tu saber, ni sé el efecto que en los demas harias, de mí puedo decirte, que me moviste á entrar en la Academia. Mas no por eso juzgo necesario consumir toda la vida en esos estudios, sino poder (como tú mismo has dicho) abarcarlos de una mirada. Pero aunque fuera su estudio más difícil ó yo más tardo y rudo que lo que soy, no descansaré hasta haber aprendido el doble método que tienen los académicos para defender el pro y el contra en todo género de cuestiones.»

Entónces dijo César: «Una cosa hay en tu discurso, Craso, que me ha llamado mucho la atencion, y es el negar

tú que pueda aprender nunca el que no aprende pronto. La prueba no es difícil: ó yo adquiriré pronto esa ciencia que tanto condenas, ó si no lo consigo no me empeñaré en perder el tiempo, y me contentaré con la escasa doctrina que ahora poseo.»

A esto añadió Sulpicio: «Yo, Craso, no quiero competir ni con Aristóteles, ni con Carneades, ni con ninguno de los filósofos. Tú dirás si es porque desespero de poder aprender sus filosofías, ó porque hago de ellas muy poca estimacion. Para la elocuencia que yo busco, bástame un vulgar conocimiento de las cosas forenses y comunes, y áun de éstas ignoro muchas, que sólo aprendo cuando la causa que he de defender lo exige. Por lo cual, si no estás ya cansado y no te parece molesto, vuelve á tratar de lo que se refiere al esplendor y ornato del discurso; lo cual he querido oir de tí, no para perder yo toda esperanza de conseguir alguna vez la elocuencia, sino para aprender algo y ponerme en camino.

—Vulgares cosas me preguntas, respondió Craso, y de tí, oh Sulpicio, no desconocidas. Porque, ¿quién no ha enseñado ó ha dejado escrito algo sobre esta materia? Pero te daré gusto y te expondré brevemente lo que yo alcanzo, remitiéndote en lo demas á los autores é inventores de estas menudas reglas.

»Toda oracion se compone de palabras, y éstas pueden considerarse ya separadas, ya unidas. Hay un género de ornato propio de cada una de las palabras, y otro que resulta de su construccion y enlace. Usemos, pues, ó de palabras propias, que son el nombre verdadero de las cosas, y nacieron, digámoslo así, con las cosas mismas, ó de palabras trasladadas de su significado primitivo, ó de palabras nuevas é inventadas por nosotros mismos. Cuando se usa de palabras propias, el mérito del orador está en huir de las abatidas y desusadas, y valerse de las más selectas y elegantes, de las más llenas y armoniosas; el oido será el

juez en la eleccion de estas palabras, para lo cual influye mucho la costumbre de hablar correctamente. Por eso, lo que dice de los oradores el vulgo: «éste usa de palabras elegantes, ó usa de palabras no elegantes,» no es efecto del arte, sino de un cierto sentido natural, porque no es grande alabanza huir de los defectos (aunque esto importe mucho). El fundamento casi único del edificio es la eleccion y uso de las palabras. Qué especie de edificio es el que el orador levanta y cómo ha de adornarle, es lo que vamos á indagar y á explicar ahora. Tres son, pues, los géneros de palabras de que el orador se sirve para ilustrar y adornar el discurso: inusitadas, nuevas ó trasladadas. Inusitadas son las arcaicas y vetustas, desterradas ya del lenguaje comun, y de las cuales pueden hacer más uso los poetas que nosotros. No obstante, hace buen efecto en el discurso alguna frase poética, y yo no dejaria de decir como Celio: «cuando el Cartagines vino á Italia,» y usaria otros muchos giros que, colocados oportunamente, dan á la oracion un aspecto de antigüedad. Se usan tambien palabras nuevas, formadas ya por composicion, ya sin composicion.

»De la tercera clase son las palabras trasladadas, nacidas, ya de la necesidad y de la pobreza de lenguaje, ya del deleite y elegancia. Porque así como los vestidos se inventaron primero para defenderse del frio, y luégo se usaron para adorno y gala del cuerpo, así las traslaciones reconocieron por primera causa la necesidad, por segunda el placer. Que *las vides producen yemas*, que *las hierbas están lujosas y los sembrados alegres*, hasta los rústicos lo dicen. Las palabras trasladadas explican lo que con palabras propias apénas puede declararse, y la semejanza en que la traslacion se funda aclara más nuestro pensamiento. Estas traslaciones son una especie de préstamo en que tomamos de otra parte lo que no tenemos. Hay otras más audaces, que no indican pobreza, sino que añaden algun

esplendor al discurso. ¿Pero para qué he de explicar sus géneros y el modo de hallarlos?

»En la metáfora la comparacion está reducida á una sola palabra, puesta en lugar ajeno como si fuera propio: si se comprende, agrada; si la semejanza no existe, la metáfora queda sin efecto alguno. Solo conviene usar de metáforas para hacer más clara una cosa, vg.: «el mar se alborota; las tinieblas se duplican; la negra noche lo oscurece todo; la llama brilla entre las nubes; el cielo se estremece con los truenos; el granizo mezclado con larga lluvia cae precipitado de las nubes; por todas partes se agitan los furiosos vientos y se levantan recios torbellinos; el piélago hierve.» Aquí casi todas las expresiones son figuradas, y ellas hacen más clara la descripcion de las cosas materiales. Lo mismo sucede con un hecho humano, ó un propósito ó intencion, como aquel que aludiendo á uno que hablaba oscuramente para que nadie penetrara su intencion, lo da á entender con dos palabras trasladadas: «Este disfraza y rodea sus discursos.» A veces por medio de la transicion se consigue la brevedad, vg.: «Si el arma se escapó de sus manos.» Muchas palabras propias no darian á entender tan bien como una sola trasladada, la imprudencia de haber dejado escapar el arma.

»Y me parece digno de notarse por qué agradan más á todos las palabras trasladadas y ajenas que las propias y naturales. Si la cosa no tiene nombre propio, como *el pié en la nave*, como *el nexo* en *el matrimonio*, como *en la mujer el divorcio*, la necesidad obliga á tomar de otra parte lo que no se tiene; pero por grande que sea la abundancia de palabras propias, siempre agradan más las ajenas, si la traslacion está hecha con arte. Creo que esto sucede ó porque es una prueba de ingenio el saltar por encima de los obstáculos y traer cosas de léjos, ó porque el oyente muda de puntos de vista, sin apartarse, no obstante, del principal asunto, ó porque vemos al mismo

tiempo el asunto y lo que á él se parece, ó porque toda traslacion que está racionalmente hecha se dirige á los sentidos, y especialmente al de la vista, que es el más agudo de todos. *El perfume de la urbanidad, la delicada cortesía, el murmullo del mar, la dulzura del discurso*, son comparaciones tomadas de los demas sentidos; pero las de los ojos son mucho más vivas, y ponen casi en presencia del ánimo lo que no podemos ver con los ojos. No hay en la naturaleza cosa alguna de cuyo nombre no podamos servirnos para expresar cosas diferentes. De donde quiera que se tomen similitudes (y se pueden hallar casi en todo), puede sacarse tambien la metáfora, que por el símil que contiene, da luz y esplendor á todo el discurso.

»Lo primero que debe evitarse en este género es la falta de exactitud en la comparacion, vg.: «grandes arcos del cielo;» y por más que Ennio, segun cuentan, llevara una esfera á la escena, nunca podria encontrarse semejanza entre una esfera y un arco. « *Vive miéntras puedes, oh Ulises: arrebata con los ojos este último rayo de luz.* » No dijo *toma* ni *recibe*, porque eso indicaria más esperanzas de vivir largo tiempo que las que podia tener Ulises, sino que dijo: *arrebata*, lo cual conviene mejor con lo que ántes habia dicho: *miéntras puedes*.

»El símil tampoco ha de estar traido de léjos. Yo diria mejor el *escollo*, que no la *sirte* del patrimonio; mejor *el abismo* que *la Caribdis* de los bienes, porque más fácilmente se inclinan los ojos del entendimiento á lo que se ha visto que á lo que se ha oido.

»Y aunque es gran mérito de la traslacion el que hiera los sentidos, ha de evitarse, sin embargo, toda torpeza en las ideas. No quiero que se diga que con la muerte de Escipion el Africano quedó *castrada* la república; no quiero que se llame á Glaucias *el estiércol de la curia*, porque aunque la comparacion no sea inexacta, la idea que sugiere nada tiene de limpia. No quiero tampoco que la comparacion sea

mayor que lo que pide el asunto, vg.: «la tempestad de la *revuelta*,» ni tampoco menor, vg.; «la revuelta de la tempestad.» No quiero que la palabra trasladada exprese ménos que lo que expresaria la propia, vg. «¿Por qué me haces señas para que no vaya á tu casa?» Mejor estaria: *me lo vedas, me lo prohibes, me lo impides*, porque él habia dicho: «Pronto, ahí mismo, para que mi contagio ni mi sombra no dañe á los buenos.»

»Y si temes que la traslacion parezca un poco dura, puedes suavizarla anteponiendo alguna palabra, vg.: decir que, muerto Marco Caton, quedó como huérfano el Senado, es un poco duro; pero diciendo *quedó como huérfano, digámoslo así*, resulta ya algo más suave. Porque ha de haber cierto pudor en la metáfora, de suerte que parezca que ha entrado en lugar ajeno, no por fuerza sino rogada.

»Entre las figuras que consisten en una sola palabra, no hay ninguna más galana que esta, ni que comunique más esplendor al discurso. La alegoría que de aquí nace, no consiste en una sola palabra trasladada, sino en muchas continuadas, de suerte que se diga una cosa y se entienda otra, vg.: «ni he de consentir otra vez que la armada de los Aquivos, tropiece en el mismo escollo y en las mismas armas.» Y aquel otro ejemplo: «Yerras: tu insolente y temeraria confianza será contenida por las fuertes riendas de la ley y del imperio.»

»Esta figura es grande ornato del discurso, pero ha de huirse de la oscuridad, porque de aquí resulta lo que llaman enigmas. Este modo de la metáfora no consiste en una sola palabra, sino en el hilo y continuacion de todas. Ni el artificio de aquella traslacion y cambio consiste en las palabras del discurso, vg.: «El Africa se estremece y tiembla al horrible tumulto.» Aquí el Africa está tomada por los Africanos. Ni es una palabra inventada, como: «las olas quebrantan las peñas;» ni trasladada, como: «la mar se calma;» sino que es una palabra propia puesta en lugar

de otra, vg.: «Roma, deja á tus enemigos,» ó en este otro ejemplo: «Testigos son estos dilatados campos.»

»Al mismo género pertenecen *Marte*, por la *guerra; Céres*, por los *frutos; Baco*, por el *vino; Neptuno*, por el *mar;* la *Curia*, por el *Senado;* el campo *Marcio*, por los *Comicios;* la *Toga*, por la *Paz;* las *Armas*, por la *guerra*. De la misma manera se sustituyen los nombres de las virtudes y de los vicios á los de las personas que los tienen: así se dice que la lujuria ó la avaricia penetraron en una casa, ó que la fe y la justicia prevalecieron. Ya veis cómo todo este género de figuras, por medio de inflexiones y cambios de palabras, expresan las cosas con más elegancia. Enlázanse con esta figura otras ménos notables, pero que tampoco deben pasarse en silencio: así, se toma la parte por el todo, vg., las paredes ó los techos por todo el edificio; ó bien el todo por la parte, como cuando decimos de un sólo escuadron: la *Caballería romana*; ó se usa el singular por el plural, vg.: «El soldado romano, aunque salga vencedor, tiembla en su corazon;» ó el plural por el singular, vg.: «*Somos Romanos los que ántes éramos Rudinos.*» Ó de cualquier modo que sea se da á entender en este género una cosa distinta de lo que se dice.

»El abusar del sentido de las palabras no es tan elegante como la metáfora, pero aunque es muy atrevido, puede usarse con cierta parsimonia, vg., *un gran discurso*, en vez *de un discurso largo.*

»Ya habeis visto que estas figuras no resultan de una sola palabra trasladada, sino de la conexion y encadenamiento de muchas. Las que nacen del cambio de una sola palabra ó de que esta se entienda de diverso modo que como suena, pueden considerarse tambien como metáforas. De aquí resulta, que todo el mérito y fuerza de las palabras depende de tres cosas: ó de que la palabra sea anticuada (aunque no la haya desterrado del todo la costumbre); ó nueva y formando composicion, en lo cual se ha de

atender mucho al uso y al juicio del oido; ó trasladada. Las palabras de esta última clase son como estrellas que iluminan todo el discurso.

»Síguese la continuacion y enlace de las palabras, que requiere sobre todo dos cosas: primero, la colocacion; segundo, cierto modo y forma. A la colocacion pertenece el componer y colocar las palabras de suerte que en su concurso no haya aspereza ni hiato, sino que todo sea terso y fácil. De este esmero se burló en la persona de mi suegro Scévola el elegantísimo poeta Lucilio cuando dijo: *«¡Qué palabras tan bien colocadas! Parecen piedrecillas, emblemas y labores que adornan con arte el pavimento.»* Y despues de haberse burlado de Albucio, ni siquiera me perdonó á mí: «Tengo por yerno á Craso, que es más retórico que tú.» Ahora bien: ¿qué te hizo ese Craso, de cuyo nombre abusas? Yo intenté lo mismo que tú, hacer lo que hizo mi suegro, y hacerlo algo mejor que Albucio; pero él quiso burlarse de mí, como acostumbra.

»Ha de atenderse mucho, repito, á la colocacion de las palabras, porque ellas hacen el discurso enlazado, coherente, suave y armonioso. Conseguireis esto si se enlazan las palabras antecedentes con las consiguientes, de modo que el concurso no resulte áspero, ni la pronunciacion dificultosa.

»A esta diligencia síguese el modo de dar armonía á la expresion, lo cual temo que á Cátulo le parezca pueril. Los antiguos, sin embargo, creyeron que cabia en la prosa número y hasta versos. Querian que las cláusulas estuviesen separadas, no por los intervalos de nuestra respiracion, ni por las notas del manuscrito, sino por la armonía de las palabras y sentencias, lo cual dicen que inventó Isócrates para sujetar á números la ruda manera de decir de los antiguos y deleitar así los oidos, segun escribe su discípulo Naucrates. Los músicos, que en otro tiempo eran tambien poetas, inventaron el verso y el canto, para que

con el número de las palabras y la modulacion de las voces no llegara á hastiarse el oido, de un solo deleite. Creyeron, pues, que todo esto podia aplicarse á la oratoria, en cuanto la severidad de ésta lo consiente. Y aquí es de notar que cuando resulta algun verso en la prosa, es un defecto, y sin embargo, queremos que la prosa, al modo del verso, tenga cierto número y cadencia, y apénas hay cosa que distinga tanto al orador del que ignora el arte de bien decir, como que el uno dice sin arte cuanto se le ocurre, no haciendo más pausas que las del aliento, miéntras que el orador de tal manera liga la sentencia con las palabras, que da á la frase un número más ó ménos libre y suelto. Y cuando ya ha encadenado las palabras con cierta medida y ritmo, vuelve á dejarlas libres con sólo alterar el órden, de suerte que las palabras ni están sujetas á ninguna ley tan rigurosa como la del metro, ni están tampoco desordenadas y sueltas.

»¿Cómo nos abriremos camino para conseguir esta armonía de diccion? No es cosa tan difícil como necesaria. Nada hay tan blando ni tan flexible, nada que tan fácilmente vaya por donde quiera que le lleves, como el discurso. De aquí resultan los versos, de aquí los números desiguales, de aquí la prosa en sus varios géneros. No son unas las palabras de la conversacion y otras las de la disputa, ni unas las del uso diario y otras las de la escena y pompa, sino que nosotros tomándolas, por decirlo así, de un fondo comun, las trabajamos á nuestro arbitrio como blandísima cera, y unas veces usamos el estilo grave, otras un medio entre los dos, acomodándose el estilo al pensamiento, de modo que deleite los oidos y conmueva los afectos. Sábiamente dispuso la naturaleza que las cosas que tienen en sí mayor utilidad, tengan tambien más gracia y hermosura. Contemplemos la armonía del mundo y de la naturaleza. El cielo redondo; la tierra en medio, sostenida por su propio peso; el sol, que ora se acerca al solsticio

de invierno, y luégo insensiblemente asciende al otro hemisferio; la luna que en su creciente y menguante recibe luz del sol, y las cinco estrellas, que con diverso movimiento y curso recorren el mismo espacio. Tan admirable es este órden, que cualquiera pequeña alteracion le destruiria, y tanta hermosura tiene, que nada puede imaginarse más perfecto. Volved ahora la atencion á la forma y figura del hombre ó de los demas animales, y no hallareis ninguna parte del cuerpo que no sea necesaria, y ninguna forma que no sea perfecta; y esto no por casualidad, sino por arte.

»¿Y qué diré de los árboles, en los cuales ni el tronco, ni las ramas, ni las hojas, sirven para otra cosa que para retener y conservar su naturaleza, y sin embargo, no hay ninguna de esas partes que no sea hermosa? ¿Qué cosa hay tan necesaria en una nave como la quilla, los costados, la proa, la popa, las antenas, las velas, los mástiles, todo lo cual tiene tal hermosura que no parece inventado sólo para la utilidad, sino para el deleite? Las columnas sostienen los pórticos y los templos, mas no por eso dejan de ser tan hermosas como útiles. La cima del Capitolio, como la de cualquier otro edificio, no la fabricó en primer lugar el arte, sino la necesidad, pues no habiendo medio de que el agua cayera por los dos lados del techo, vino á inventarse aquel remate tan útil como grandioso; de tal suerte que si el Capitolio estuviera en el cielo, donde no hay lluvia, pareceria que sin aquella cúpula le faltaba gran parte de su majestad.

»Lo mismo acontece en todas las partes del discurso, donde á lo útil y necesario se junta casi siempre la gracia y la hermosura. Porque las cláusulas y la distincion de los períodos nacieron de la necesidad de respirar y tomar aliento; y, sin embargo, la invencion de estas pausas es tan agradable, que si hubiera algun orador que tuviese un aliento incansable, no por eso desearíamos que eternizase sus períodos.

»El período más largo es el que puede decirse de un sólo aliento. Puede ser natural ó artificioso. Y siendo muchos los piés métricos, oh Cátulo, vuestro preceptor Aristóteles suele excluir de la oratoria el yambo y el troqueo, los cuales, sin embargo, ocurren naturalmente muchas veces en la conversacion y en el razonamiento, pero son piés ligeros y de poco grave sonido. Mucho más nos convidan los piés heroicos, el dáctilo, el anapesto, el espondeo, en el cual impunemente podemos alargarnos hasta dos piés ó más, con tal que no hagamos versos ó algo que á versos se parezca. Estos tres piés heroicos suelen caer bien al principio de la cláusula. Aristóteles gusta mucho del peon, el cual es doble. Porque consta, ó de una larga seguida de tres breves, vg., *desinite, incipite, comprimite,* ó de tres breves y una larga, vg., *domueran, sonípedes.* Quiere el filósofo que se empiece por el primero de estos peones y se acabe por el segundo, el cual se parece no por el número de sílabas, sino por la impresion que hace en el oido (lo cual es el juicio más infalible), al pié crético, que consta de larga, breve y larga, vg., *¿Quid petam præsidii, aut exequar? quodve nunc?* Con este número empezó el discurso de Fannio.

»Aristóteles quiere que las cláusulas se acaben, siempre que sea posible, con una sílaba larga.

»Todo esto no exige tanto cuidado y esmero como el que han de usar los poetas, á quienes obliga la necesidad y el mismo número y ritmo á incluir de tal manera las palabras en el verso, que nada haya más breve ni más largo que lo necesario, sin que se les permita añadir ni quitar una sola sílaba. La prosa es más libre y suelta, pero no tanto que ande errante y vagabunda, sino que ella misma se modere y corrija. Yo pienso, como Teofrasto, que la prosa por culta y esmerada que sea, no ha de estar sujeta á un número riguroso: por eso él sospecha que entre todos los piés métricos floreció primero el anapesto, y que de é

nació el libre y audaz ditirambo, cuyos miembros y piés, como el mismo dice, están derramados en todo elegante discurso.

»Y si lo más armonioso en todo género de sonidos y de voces es lo que causa ciertas impresiones y lo que podemos medir por intervalos iguales, con razon se cuenta este género de armonía, siempre que no sea contínua, entre los méritos del orador. Si tenemos por ruda é inculta la locuacidad perenne, copiosa y sin intervalos, ¿cuál es la causa de que la rechacemos, sino el que nuestro oido tiene instinto natural de las modulaciones? lo cual no podria suceder si en la voz no hubiese número. En la continuidad no cabe el número, porque éste resulta de la distincion y percusion de intervalos iguales, y muchas veces variados, los cuales podemos distinguir en el caer de las gotas, pero no en el rio desbordado. Y si este género de períodos, libremente dividido en artículos y miembros, es mucho más agradable que los períodos continuados y sin fin, necesario será que estos miembros tengan cierta medida, porque si son demasiado breves, se pierde el ámbito de las palabras, que así llaman los Griegos á las cláusulas de la oracion. Los miembros posteriores deben ser iguales á los anteriores, y áun es preferible y agrada más que sean más largos.

»Esta es la doctrina de esos filósofos griegos que tanto admiras, oh Cátulo, y bueno es que me escude con su autoridad para que no digais que me he entretenido en simplezas.

—¿Cómo así? dijo Cátulo. ¿Qué cosa puede haber más elegante ni más sutil que ese razonamiento tuyo?

—Pero temo, dijo Craso, que todo esto les parezca á esos jóvenes muy difícil, ó que, por el contrario, viendo que no se enseña por los preceptores vulgares, vengan á creer que hemos querido dar á tales cosas mayor importancia que la que realmente tienen.

—Mucho te equivocas, Craso, si piensas que yo ó alguno de éstos esperábamos de tí esos preceptos triviales y vulgares. Lo que dices es lo que deseamos oir, y sobre todo, dicho de esa manera; te lo aseguro con toda sinceridad, en nombre propio y en el de todos éstos.

—Yo, dijo Antonio, he encontrado por fin el orador perfecto que habia buscado en vano, segun dije en aquel librillo que escribí; pero no he querido interrumpirte ni áun con alabanzas, para no perder ni una palabra sola de tu breve discurso.

—Conforme á esta ley, prosiguió Craso, formaremos el estilo, mediante el ejercicio de hablar y escribir, que es de tanta importancia en la oratoria, sobre todo para el ornato y rima. Ni es esto de tanto trabajo como parece, ni hemos de sujetarnos á las duras leyes de los poetas y los músicos; sólo hemos de procurar que la oracion no corra demasiado, ni se aparte del camino, ni se detenga, ni se extravíe; que estén bien distinguidos los miembros y redondeadas las cláusulas. Ni el estilo ha de ser siempre periódico: conviene muchas veces usar miembros más cortos, pero sujetos tambien á cierto número. Ni os asusten el pié ni el metro heroico; ellos se os ocurrirán y responderán sin que los llameis, con tal que hayais adquirido costumbre de escribir y de hablar, de redondear las sentencias y de juntar los números majestuosos con los libres, especialmente el pié heroico con el peon primero ó el crético, todo con la posible variedad y distincion. Nótese tambien la semejanza en las pausas, y siempre que estén colocados así los primeros y los últimos piés, pueden quedar ocultos los del medio, con tal que no sea la cláusula más breve que lo que esperan los oidos ni más larga que lo que las fuerzas y el aliento consienten.

»En el modo de cerrar los periodos está la mayor perfeccion y dificultad. En el verso llama la atencion, así la primera como la media y última parte, y el efecto se pier-

de ó debilita en habiendo cualquier tropiezo; pero en la prosa pocos ven los primeros miembros, y casi todos se fijan en los últimos. Por esto conviene variar las terminaciones para que no causen hastío en el ánimo ni en los oidos de los jueces. Si los primeros miembros no son muy breves y concisos, bastará acentuar los dos ó tres piés últimos, que conviene que sean coréos, heroicos ó alternados; ó el peon posterior, que Aristóteles recomienda; ó el crético, que es casi igual. Esta variedad hará que ni los oyentes sientan el fastidio de la monotonía, ni parezca que obramos de caso pensado. Y si aquel Antipatro Sidonio, de quien tú, Cátulo, te acordarás muy bien, solia improvisar versos exámetros y otros de várias medidas y números, y habia conseguido tanto con su ejercicio, ingenio y memoria, que en aplicando la atencion á componer un verso, se le ocurrian en seguida las palabras, ¿cuánto más fácilmente podrá conseguirse esto en la oratoria, contando siempre con el hábito y estudio?

»Y nadie se admire de que el vulgo indocto note y censure los defectos del orador, porque en esto y en otras muchas cosas es grande é increible la espontaneidad de la Naturaleza. Todos, por un secreto instinto, sin ningun arte ni razon, distinguen lo que es bueno y lo que es malo en las artes. Y si esto hacen con las estatuas y los cuadros y otras obras de arte, para cuya inteligencia les dió la Naturaleza ménos auxilios, mucho más lo muestran en el juicio de las palabras, números y voces, porque este juicio es de sentido comun y la Naturaleza no ha querido privar de él á nadie; así es que todos se conmueven, no sólo por las palabras colocadas segun arte, sino con los números y la armonía. ¡Cuán pocos hay que sepan este arte! Y sin embargo, apénas se comete el más leve tropiezo y se alarga una breve, ó se abrevia una larga, todo el teatro estalla en clamores. La multitud y el pueblo silba lo mismo á los coros que á cada uno de los cantores, apénas desafinan.

»Admirable es que haya tanta diferencia entre el hombre docto y el rudo en cuanto á la ejecucion, habiendo tan poca en cuanto al juicio. Porque el arte, como nacido de la Naturaleza, si no mueve y deleita á la Naturaleza misma, puede decirse que nada ha conseguido. Nada es tan conforme con la índole de nuestros ánimos como los números y la armonía: ellos nos excitan, nos inflaman, nos sosiegan y nos hacen sentir alegría ó tristeza; de aquí el sumo poder de los versos y del canto, no olvidado por Numa, rey doctísimo, y por nuestros mayores, como lo indican las flautas y cantos de los convites, y los versos de los sacerdotes Sálios, pero todavía más celebrada por la antigua Grecia. ¡Ojalá que hubierais querido disputar de estas y semejantes cosas, más bien que de pueriles traslaciones de palabras!

»Así como el vulgo ve cualquier defecto que haya en los versos, así nota la falta de armonía en el discurso; pero al poeta no le perdona, miéntras que con nosotros tiene alguna indulgencia, por más que tácitamente reconozcamos todos que lo que dijimos no es oportuno ni perfecto.

»Por eso los antiguos, como todavía lo hacen algunos, no pudiendo hacer períodos redondos, porque ésta es invencion que de poco acá hemos empezado á ejercitar, ponian las palabras de tres en tres, de dos en dos, y áun de una en una; y áun en aquella infancia del arte, no ignoraban lo que podia halagar los oidos, y procuraban que las frases se correspondiesen y estuvieran separadas por pausas iguales.

»Ya expuse como he podido lo que principalmente toca al ornato del discurso. Hablé de cada una de las palabras, de su union, de su número y forma. Si quereis saber cómo ha de ser el colorido general del discurso, os diré que puede ser rico, pero al mismo tiempo firme y entero: ó sencillo, pero no sin nervio y fuerzas: ó templado y que participe de los dos en cierta medianía.

»En estas tres figuras hay cierto color de belleza, no postizo, sino difundido en la sangre. El orador ha de perfeccionarse en palabras y sentencias. A la manera que los gladiadores ó los que combaten en la palestra, que no sólo hacen estudio de evitar los golpes y de herir, sino tambien de moverse con elegancia, así el orador usará de las palabras para la mejor composicion y decoro del discurso, y de las sentencias para la brevedad de él.

»Hay innumerables formas de palabras y de sentencias. De seguro que no las ignorais. Hay entre ellas esta diferencia: que la figura de palabras desaparece cuando las palabras se mudan, y la de sentencia permanece, sean cualesquiera las voces de que se use. Y aunque vosotros ya lo ejecutais, sin embargo, quiero advertiros que el orador no tiene que hacer otras maravillas sino cumplir en cada una de las palabras estas tres condiciones: usar con frecuencia de vocablos trasladados, á veces de los nuevos, rarísima vez de los antiguos. En lo que hace al conjunto de la oracion, despues que hayamos cumplido todas las condiciones de suavidad y armonía, adornaremos el discurso con todo el esplendor de palabras y sentencias.

»Porque la *commoracion,* deteniéndose mucho en un asunto, mueve en gran manera los afectos, y la *explanacion* pone, digámoslo así, á la vista las cosas que van sucediendo, lo cual vale mucho, ya para ilustrar lo que se expone, ya para amplificar. A esta figura es contraria la *precision,* y la *significacion* que da á entender más que lo que se dice, y la *brevedad* distinta y concisa, y la *atenuacion* y la *ironía* que pertenece á la materia tratada por César, y la *digresion* que debe volver con gracia el asunto, despues de algun agradable incidente, y la *proposicion* en que se anuncia lo que se va á decir, y la *separacion* de lo que se ha dicho, y la *vuelta al propósito,* y la *repeticion,* y la *conclusion,* y la *exageracion ó hipérbole,* ya para engrandecer, ya para disminuir un objeto, y la *interrogacion* y la *expo-*

sicion de su parecer, y la ***disimulacion*** que se va insinuando en los ánimos, diciendo una cosa y significando otra, lo cual es muy agradable, no en la disputa, sino en la conversacion, y la ***duda***, y la ***distribucion***, y la ***correccion***, ó ántes de decir una cosa, ó despues de haberla dicho, ó cuando rechazamos alguna objecion que pueda hacérsenos, y la ***prevencion***, y la ***reyeccion*** de la culpa á otro, y la ***comunicacion***, que es una especie de deliberacion con los mismos oyentes; la ***imitacion*** de las costumbres y de la vida, ya introduciendo á las personas, ya sin ellas, grande ornamento del discurso y muy á propósito para conciliar los ánimos ó conmoverlos: la introduccion de personas fingidas que da tanta luz á la amplificacion, la ***descripcion***, la ***induccion á error***, el impulso á la alegría, la ***anteocupacion***, ***la semejanza y el ejemplo***, la ***distribucion***, la ***interpelacion***, la ***contraposicion***, la ***reticencia***, la ***recomendacion***, el uso de alguna palabra libre ó atrevida para encarecer más un objeto, la ***ira***, la ***reprension***, la *promesa*, el ***ruego***, la ***obsecracion***, un breve apartarse del asunto, la ***justificacion***, la ***conciliacion***, la ***ofensa***, la ***optacion*** y la ***execracion***. Todas estas son las figuras de sentencia que ilustran el discurso. En cuanto á las figuras de palabras, el discurso es como el arte de las armas, que no sólo sirve para el acometimiento y la pelea, sino tambien para la gallardía y destreza. Por que la duplicacion de las palabras unas veces da fuerza, y otras gracia al discurso, y lo mismo las pequeñas alteraciones y mudanzas de palabras, y la repeticion de una palabra al principio, y su conversion al fin, y el ímpetu y concurso de los vocablos, y la *adyeccion*, y la *progresion* y la ***distincion*** de una misma palabra frecuentemente repetida, y la ***revocacion*** y ***similicadencia*** ó *similidisidencia*, y la igualdad ó semejanza de los miembros que entre sí se corresponden. Hay tambien la *gradacion* y la *conversion*, y la elegante ***trasposicion*** de las palabras, la *contrariedad*, la ***disolucion***, la ***declinacion***, la *reprension*, la *exclamacion*, la

disminucion, y la prueba añadida á cada una de las *proposiciones*, y la *concesion* y otro género de *duda*, y las palabras imprevistas, y la *enumeracion* y otro linaje de *correccion*, y la *separacion*, y lo *continuado* ó *interrumpido*, y la *imágen* y *la respuesta á sí mismo*, la *metonimia*, la *disyuncion*, el *órden*, la *relacion*, la *digresion* y *circunscripcion*. Estas y otras semejantes á estas (porque puede haber muchas más) son las figuras de palabras y sentencias que ilustran y embellecen el discurso.

—Veo, Craso, dijo Cota, que nos has dicho esas figuras sin definiciones y sin ejemplos, como si nos fueran ya conocidas.

—Yo, respondió Craso, nunca pensé que fueran nuevas para vosotros las mismas cosas que ántes os dije; pero quise obedecer á la voluntad de todos. Cuando empezaba á hablar, el sol me advirtió que fuera yo breve: ahora que va declinando, me obliga á acabar cuanto ántes este razonamiento. Afortunadamente, la explicacion de estas figuras y su doctrina misma es bastante vulgar; en cambio su aplicacion es lo más difícil de este arte. Ya, pues, que hemos mostrado todos los elementos del ornato del discurso, veamos qué es lo más oportuno y lo que más conviene en la oracion. Porque es claro que no á toda causa, auditorio, persona ó tiempo conviene un mismo género de discursos. De distinta manera ha de hablarse en las causas capitales que en las privadas y pequeñas: diverso estilo ha de usarse en las deliberaciones, en las alabanzas, en los juicios, en los sermones, en la consolacion, en la reprension, en la disputa, en la historia. Repárese tambien si quien oye es el Senado, el pueblo ó los jueces; si son muchos, pocos ó uno solo, y quién es el orador mismo, qué edad, honores y autoridad tiene; y si el tiempo es de paz ó de guerra, de apresuramiento ó de reposo. En esta parte no puede darse más precepto, sino que elijamos un estilo, más ó ménos grave, sencillo ó templado, que se acomode al asunto

de que tratamos. Los adornos serán casi siempre los mismos; pero unas veces con más parsimonia, otras con más abundancia. En todas las cosas, al arte y á la naturaleza corresponde el poder hacer lo que conviene; á la prudencia el saber cuándo y en qué manera conviene.

»Pero á todo esto ha de añadirse la accion, verdadera reina del discurso: sin ésta no puede haber orador perfecto, y con ella un orador mediano vencerá á los más insignes. A ésta dicen que dió la primacía Demóstenes, cuando le preguntaban cuál era la primera dote del orador: á ésta dió el segundo lugar y tambien el tercero. Esto me recuerda aquel dicho de Esquines, que habiendo salido de Atenas, condenado en un juicio, y trasladádose á Rodas, leyó á instancia de los Rodios aquel admirable discurso que habia pronunciado contra Ctesifon y Demóstenes: rogáronle al dia siguiente que leyese el de Demóstenes en defensa de Ctesifon: hízolo él con voz suavísima y entonada: admiráronse todos, y él dijo: «¡Cuánto más os admiraríais si le hubierais oido á él!» Con lo cual, bien claramente dió á entender el poder de la accion, como que le parecia que el discurso era otro en cuanto se mudaba el actor. Y tú te acordarás muy bien, oh Cátulo, de aquel rasgo de un discurso de Graco tan ponderado cuando yo era niño: «¿A dónde iré, infeliz? ¿á dónde me encaminaré? ¿al Capitolio? ¡Si está teñido con la sangre de mi hermano! ¿A mi casa, para ver á mi madre mísera, llorosa y abatida?» Y cuentan que esto lo dijo con tal voz, gesto y mirada, que ni siquiera pudo contener las lágrimas. Y hablo mucho de esto, porque los oradores, que son representantes de la verdad misma, tienen muy abandonada la accion, de la cual se han apoderado los histriones, meros imitadores de la verdad. Sin duda en todas las cosas vence á la imitacion la verdad; pero si ésta bastara por sí á la accion, no necesitaríamos ciertamente del arte. Por que los afectos del ánimo, que han de ser declarados ó imitados con la accion, suelen estar tan perturbados, os-

curecidos y casi borrados, que hay que apartar las nieblas que los oscurecen, y escoger la expresion más fácil y propia.

»Toda pasion del alma ha recibido de la naturaleza, digámoslo así, su semblante, gesto y sonido, y todo el cuerpo humano, y su semblante y su voz resuenan como las cuerdas de la lira, así que la pasion las pulsa.

»Las voces, como las cuerdas, están tirantes y responden á cualquier tacto: una es aguda, otra grave, una pronta, otra tarda; una grande, otra pequeña; entre todas las cuales, sin embargo, y en todas ellas caben variedades intermedias.

»De aquí nacen muchos tonos: suave, áspero, rápido, difuso, contínuo, interrumpido, quebrado, roto, hinchado, atenuado, etc.: no hay ninguno de ellos que no pueda tratarse con arte y moderacion; son como los colores que tiene á su disposicion el pintor.

»Otro tono debe usarse para la ira: agudo, y arrebatado, vg.: «¡Mi hermano impío me exhorta á devorar infeliz á mis propios hijos!» y aquello que decias ántes, ¡oh Antonio! «¿Te atreviste á separarle de tí?», y aquel otro pasaje: «¿Quién le oye? atadle.» Y casi todo el *Atreo*.

»Otro tono exige la compasion y el llanto: flexible, lleno, interrumpido y lloroso, vg.: «A dónde iré? ¿qué camino seguiré? ¿me dirigiré á la casa paterna ó á la del hijo de Pelias?» Y aquellos otros versos: «¡Oh padre, oh patria, oh casa de Príamo,» y los que siguen: «Vimos ardiendo todo, y arrancada la vida á Príamo.»

»El tono del miedo será sumiso, vacilante y abatido, vg.: «¡Muchos males me cercan; la enfermedad, el destierro, la pobreza; el temor me quita toda prudencia: me amenazan con tormentos y muerte: nadie hay de tan firme condicion y de tanta audacia á quien la sangre no se le hiele y retire con el miedo!»

»El tono de la violencia será apresurado, impetuoso,

amenazador, vg.: «Otra vez quiere Tiestes ablandar á Atreo; otra vez me insta y despierta mi enojo. Yo le oprimiré con mayores males, hasta que reprima y abata su corazon cruel.» Requiere el placer un acento suave, tierno, alegre y sumiso: «Cuando me ofreció la corona nupcial, á tí te la daba fingiendo dársela á otra; fué ardid ingenioso y delicado para engañarte.» El tono del pesar ha de ser grave sin mover á conmiseracion, triste y monótono, vg.: «Cuando Páris se juntó á Elena en ilícita union, yo estaba ya á punto de cumplir los meses del embarazo. Por el mismo tiempo tuvo Hécuba á Polidoro, en su último parto.»

»A todos estos movimientos debe acompañar el gesto; no el gesto escénico que expresa cada palabra, sino el que declara, no por demostracion, sino por significacion, la totalidad de la idea. La inflexion del cuerpo ha de ser fuerte y varonil, no como la de los histriones en la escena, sino como la del que se prepara á las armas ó á la palestra. Las manos deben seguir con los dedos los movimientos de las palabras, pero no expresarlas; el brazo ha de estar levantado como para lanzar el rayo de la elocuencia; se han de dar golpes con el pié en la tierra, al comienzo ó al fin de la disputa. Pero en el rostro consiste todo, y en él, lo principal son los ojos; y esto lo entendian bien nuestros mayores, que no aplaudian mucho á ningun actor con máscara, aunque fuese el mismo Roscio. El alma es la que inspira la accion; el rostro es el espejo del alma; sus intérpretes son los ojos; sólo ellos pueden hacer tantos movimientos y cambios cuantas son las pasiones del alma, y no hay nadie que lo consiga mirando siempre á un mismo objeto.

»Contaba Teofrasto que un tal Taurisco solia decir que el actor hablaba vuelto de espaldas al público, siempre que al representar tenía los ojos fijos en un solo punto. Gran moderacion se ha de tener con los ojos. Ni ha de alterarse mucho la expresion del semblante, para no caer en

alguna vaguedad ó extravagancia. Con los ojos ya atentos, ya sumisos, ya alegres, significamos los movimientos del alma, más conformes con la naturaleza del discurso. Es la accion como la lengua del cuerpo, y por eso ha de seguir siempre al pensamiento. Para declarar los afectos del alma, nos dió la naturaleza los ojos, como dió al caballo y al leon la melena, la cola y los oidos.

»Despues de la voz, lo más poderoso es el semblante, y en éste los ojos. En todo lo que depende de la accion hay una fuerza natural que mueve hasta á los ignorantes, al vulgo y á los bárbaros.

»Las palabras no conmueven á nadie sino al que entiende la lengua, y las sentencias, por demasiado agudas, á veces se dejan entender sólo de ingenios delicados; pero la accion, que expresa por sí los afectos del alma, conmueve á todos y escita las pasiones que cada cual siente en sí mismo y conoce en los demas.

»Grande importancia tiene sin duda en la accion la voz. Hemos de desearla buena, pero sea cual fuere, conviene educarla. El cómo, no es materia propia de este lugar: sólo diré que conviene educarla con mucho esmero, y repetiré lo que ántes dije, que en muchas cosas lo más provechoso es tambien lo más agradable. Para conservar la voz nada más útil que una frecuente variedad de tonos; nada más pernicioso que una entonacion monótona é inflexible. ¿Qué cosa hay más acomodada á nuestros oidos que la alternativa y variada sucesion de tonos? Por eso el mismo Graco (segun puedes oirlo, oh Cátulo, de tu cliente Licinio, hombre literato que le sirvió de esclavo y amanuense) solia tener detras de sí, cuando hablaba, un músico diestro que con una flauta de marfil le daba rápidamente el tono, haciéndole pasar de lo más sumiso á lo más remontado, ó al contrario.

—Sí que lo he oido contar, dijo Cátulo, y he admirado muchas veces asi el estudio de este hombre como su doctrina y ciencia.

—Mucho me duelo, continuó Craso, de que tan esclarecidos varones cayesen en aquella traicion contra la república, aunque tal tela se va tejiendo, y tal modo de vivir se va entrando en nuestra ciudad, que ya quisiéramos tener ciudadanos semejantes á los que no pudieron sufrir nuestros padres.

—Ruégote, Craso, replicó Julio, que dejes esa conversacion, y vuelvas á la flauta de Graco, cuyo uso todavía no comprendo bien.

—En toda voz, dijo Craso, hay un medio propio de ella: el ir desde él subiendo la voz gradualmente, es útil y agradable. Gritar desde el principio tiene algo de rústico: levantar la voz poco á poco, es muy conveniente. Hay tambien un extremo cercano á los clamores agudos, al cual la flauta no te dejará llegar, ántes te apartará de él, si á él te acercas. Hay, por el contrario, sonidos muy bajos, á los cuales tampoco ha de descenderse sino gradualmente. Esta variedad y este tránsito de un sonido á otro hará mucha gracia á la accion. Pero al flautista podeis dejarle en casa, y llevar con vosotros y al foro tan sólo la razon de esta costumbre. He dicho lo que he podido, no como he querido, sino como la estrechez del tiempo me lo permitia. Ya sabeis que es costumbre echar la culpa al tiempo, cuando no se puede decir más aunque se quiera.

—Mas yo creo, dijo Cátulo (en cuanto puedo juzgar), que has recogido todos los preceptos tan admirablemente, que no parece que los has aprendido de los Griegos, sino que se los puedes enseñar. Mucho me huelgo de haber participado de esta conversacion, y siento que no haya estado presente mi yerno y amigo tuyo Hortensio, de quien espero que llegará á reunir todos los méritos que en tu discurso has enumerado.

—¿Dices que llegará á ser un gran orador? replicó Craso. Yo creo que ya lo es, y lo mismo juzgué cuando en el Senado defendió la causa del Africa, y todavía más ahora

poco, cuando habló en defensa del rey de Bitinia. Pienso que á este jóven no le falta ninguna de las dotes de la naturaleza ni del arte. Por tanto, Cota y Sulpicio, debeis trabajar con mucho esfuerzo, porque no es un orador mediano el que se levanta á vuestro lado, sino de agudo ingenio, de ardiente estudio, rico en sabiduría y de memoria singular. Yo, aunque le admiro mucho, quiero sólo que florezca entre los de su edad: á vosotros, que sois mucho menores, fuera casi vergonzoso dejaros vencer por él.

»Levantémonos, continuó: hora es ya de que descansen nuestros ánimos de esta prolija disputa.»

BRUTO,

Ó DE LOS ILUSTRES ORADORES.

DIALOGO.

DE LOS ILUSTRES ORADORES.

Cuando volví de Cilicia á Rodas, y supe la muerte de Quinto Hortensio, sentí más grave dolor que lo que nadie puede imaginarse. Porque con la pérdida de tal amigo, no sólo me veia privado de su dulcísima comunicacion y trato, sino que me parecia menoscabada la dignidad de nuestro colegio de los augures. Recordaba yo que él me habia recibido en aquel colegio y hecho la ceremonia de la inauguracion, y prestado juramento en favor mio, por todo lo cual, segun la costumbre de los augures, debia yo considerarle como padre. Aumentaba mi afliccion el observar que en tanta penuria de sabios y buenos ciudadanos, en tiempo tan calamitoso para la república, hubiera venido á morir aquel varon egregio, partícipe de todos mis propósitos y deliberaciones, haciéndonos sentir tanto la falta de su autoridad y prudencia. Y dolíame por haber perdido en él no á un adversario (como muchos creian), ni á un émulo de mi fama, sino á un compañero y hermano en el trabajo y en la gloria. Si de otros artífices en materia más leve, de los poetas, vg., se cuenta que lloraron la muerte de sus iguales, ¿cuánto no debí sentir yo la de aquel con quien era más glorioso pelear que dejar de tenerle por contrario?

Cuanto más que nunca puso él estorbos en mi carrera, ni yo en la suya, sino que mutuamente nos ayudamos, comunicándonos y favoreciéndonos. Pero ya que vivió en perpétua felicidad, y pasó de esta vida, oportunamente para él ya que no para los ciudadanos, en tiempo en que más bien hubiera debido llorar la suerte de la república que aliviarla; y puesto que vivió tan largo tiempo cuanto se pudo vivir quieta y pacíficamente en nuestra ciudad, lloremos, si es necesario, nuestra propia pérdida y detrimento, y recordemos con benevolencia ántes que con misericordia lo oportuno de su muerte, como si le amáramos á él más que á nosotros mismos. Porque si nos dolemos de no poder disfrutar ya de su palabra, desgracia nuestra es que debemos tolerar con resignacion, para que no parezca que vence en nosotros á la amistad el interes privado. Y léjos de compadecernos de Hortensio, envidiemos su extraordinaria felicidad.

Ciertamente que de haber vivido más tiempo, pocas cosas le hubieran afligido tanto (de igual modo que á todos los buenos y rectos ciudadanos) como ver el foro romano (que habia sido teatro de su ingenio) huérfano y despojado. Angustia mi alma el ver que la república ya no echa de ménos las armas del consejo, del ingenio y de la autoridad, en que yo tanto me habia ejercitado, y que tan dignas eran de un varon de levantados pensamientos y de una ciudad bien constituida. Y si hubo algun tiempo en que la autoridad y la palabra de un buen ciudadano pudiera arrancar las armas de manos de las irritadas muchedumbres, fué precisamente cuando el error ó el miedo hicieron imposible la paz. Yo mismo tuve que arrojarme al campo, cuando ya mi edad, cansada de luchas y de honores, hubiera debido refugiarse en el puerto, no de la inercia ni de la desidia, sino del ocio moderado y honesto, y cuando ya mi estilo iba encaneciendo, y acercándose no á la madurez sino á la senectud. Entónces tuve que tomar

las armas, cuando los mismos que gloriosamente las habian usado no sabian cómo emplearlas con provecho. Por eso me parecen felices y bien afortunados los que en cualquiera ciudad, pero sobre todo en la nuestra, pudieron disfrutar, á la vez que de la autoridad y de la gloria adquirida con ínclitos hechos, del lauro y prez de la sabiduría. El recuerdo de tales hombres me sirve de gran consuelo en mis mayores tribulaciones, y ahora ha venido á refrescarle una conversacion reciente.

Estando ocioso en mi casa, paseándome por el pórtico, vinieron á mí, segun su costumbre, Marco Bruto y Tito Pomponio, grandes amigos entre sí, y que tanto lo son mios, que bastó su vista para hacerme olvidar los tristes pensamientos que me sugería el estado de la república. Despues de saludarnos, les pregunté: «Qué novedad os trae por aquí?

—Nada de particular traemos que decirte, respondió Bruto.»

Y Atico añadió: «Hemos venido con intencion de guardar silencio sobre las cosas de la república, y oir algo de tu boca, más bien que molestarte con nuestros discursos.

—Léjos de eso, Ático, le respondí: vuestra presencia viene á quitarme un grave pesar, y hasta en ausencia me fueron vuestras cartas de gran consuelo, y por ellas volví á mis primeros estudios.

—Leí, contestó Ático, la carta que desde el Asia te escribió Bruto, y parecióme que te aconsejaba con prudencia, y te consolaba amistosamente.

—Bien dices, le respondí, porque despues de leida aquella carta, torné, digámoslo así, á nueva vida. Y así como despues del estrago de Cannas empezó á levantar cabeza el pueblo romano con la victoria de Marcelo en Nola, y siguiéronse despues muchos sucesos prósperos: así despues de tantas calamidades públicas y privadas,

nada, sino la epístola de Bruto, vino á aliviar, siquiera en parte, mis angustias y cuidados.

—En verdad que eso pretendí con mi carta, replicó Bruto, y grande es el fruto que logro en haber conseguido lo que deseaba. Pero quisiera saber qué cartas de Atico fueron esas que tanto te deleitaron.

—Y no sólo me deleitaron, sino que en cierto modo me volvieron la vida, repliqué.

—¿La vida? preguntó él. ¿Qué género de cartas es ese tan excelente?

—¿Pudo, dije yo, serme tan agradable en estos tiempos ninguna dedicatoria como la del libro con que Ático vino á despertarme?

—¿Hablas del libro en que rápidamente, y á mi modo de ver, con mucha exactitud y diligencia, recopiló los hechos pasados?

—Ese mismo libro, ¡oh Bruto! es el que digo que me restituyó á la vida.

—Muy grato es lo que me dices, interrumpió Ático; pero, ¿qué pudiste hallar en ese libro de nuevo ó de útil?

—Nuevas encontré muchas cosas, y saqué de todo la utilidad que buscaba, viendo, gracias al órden cronológico, de una sola ojeada todos los acontecimientos. Y la lectura de tu libro me sugirió la idea de remunerarte con un don, si no igual, á lo ménos agradable: por más que sea tan celebrado entre los doctos el dicho de Hesiodo, que «conviene pagar los beneficios en la misma moneda, ó en mejor, si se puede.» Yo te pagaré con buena voluntad; pero no con un don equivalente, y ruégote que me lo perdones. No puedo ofrecerte frutos nuevos, porque toda la pompa y verdor de mi antigua riqueza se ha agostado y perdido; ni puedo darte tampoco los frutos escondidos y cosechados hace largo tiempo, porque tengo cerrado todo camino para hallarlos, yo que era antes casi el único en poseerlos. Sembremos, no obstante, algo, aunque sea en inculto y desde-

fiado suelo, y cultivémoslo con tal amor y diligencia, que con los frutos podamos corresponder á la riqueza de tus dones. Quizá suceda á nuestro ingenio lo que al campo, «que suele producir mejores frutos despues de haber descansado muchos años.»

A esto replicó Atico: «Esperaré que cumplas tu promesa, y muy grato me será verla cumplida, no tanto por mi bien, como por el tuyo.

—Yo tambien, continuó Bruto, me holgaré de que cumplas lo que á Ático tienes prometido, y quizá me convierta voluntariamente en procurador suyo, aunque él no quiera exigirte el forzoso cumplimiento.

—No pagaré tal deuda, Bruto, repliqué, si ántes no me prometes no empeñarte en peticiones ajenas.

—A fe que ni áun eso me atrevo á prometerte, contestó, porque conozco que este mismo, que no quiere pasar por importuno solicitador, ha de ser, sin embargo, asiduo y molesto hasta que alcance de tí lo que desea.

—Verdad dice Bruto, añadió Pomponio, y ya que te encuentro más alegre que de ordinario, y Bruto se ha encargado de reclamar en mi nombre lo que me debes, vuelvo á unir mis ruegos á los suyos.

—¿Qué quereis, pues?

—Que escribas algo, ya que hace tanto tiempo callas. Nada tuyo hemos recibido despues de aquellos libros *De la República,* que despertaron en nosotros el deseo de compendiar los antiguos anales. Ahora, si tienes espacio y el ánimo tranquilo, responde á lo que te preguntaremos.

—¿Y qué es ello? dije.

—Lo que en el Tusculano comenzaste acerca de la historia de los oradores; cuándo comenzaron á florecer, y cuál es el mérito de cada uno. Me acuerdo que referí á Bruto esta conversacion tuya, ó, por mejor decir, nuestra, y manifestó grandes deseos de volver á oirla. Para eso elegimos este dia, que sabiamos que tenias desocupado. Repítenos,

pues, á Bruto y á mí, si no te es molesto, lo que entónces comenzaste á tratar.

—Procuraré satisfaceros, si puedo.

—Podrás ciertamente, si por un breve rato sosiegas tu ánimo.

—Acuérdome, Pomponio, que aquella conversacion nació de haber dicho yo que Bruto habia defendido elocuentísimamente la causa del fidelísimo y óptimo rey Deyotaro.

—Por ahí comenzaste, dijo Atico, lamentándote de la suerte de Bruto, y de la soledad y abandono de la tribuna y del foro.

—Sí que lo hice, y con frecuencia torno á considerar, oh Bruto, qué suerte estará deparada á tu admirable genio, exquisita doctrina y aplicacion singular. Cuando estabas versado en los más altos negocios, y nuestra edad se inclinaba, digámoslo así, en tu presencia, y abatía las fasces ante tí, comenzó á decaer todo en nuestra ciudad y á enmudecer la elocuencia.

—Siento, respondió Bruto, las demas calamidades, y mucho debemos dolernos de ellas; pero en cuanto á la elocuencia, no me deleita tanto el fruto y la gloria como el estudio mismo y el ejercicio, y esto nadie me lo podrá arrebatar, sobre todo abundando tú en las mismas aficiones. Nadie puede hablar bien, sino el que juzga rectamente. Por eso el que ama y procura la verdadera elocuencia, anhela tambien la sabiduría, de la cual nadie puede prescindir impunemente, áun en medio de las luchas más encarnizadas.

—Bien dices, Bruto, interrumpí yo, y tanto más me agrada ese elogio de la oratoria, cuanto que nadie hay tan humilde que no espere alcanzar ó no juzgue haber alcanzado las demas cosas que se tienen por de grande honra en la república; pero á nadie le ha hecho elocuente la victoria. Mas si os place que nuestra conversacion sea detenida y sosegada, sentémonos ante todo.»

Parecióles bien lo que yo decia, y tomamos asiento en el prado junto á la estatua de Platon.

Entónces comencé á decir: «No es propio de este lugar ni necesario hacer el elogio de la oratoria, ni ponderar su fuerza y la gloria y dignidad que procura á los que en ella se aventajan. Solo diré, sin ninguna duda, que adquiérase por el arte, por el ejercicio ó por la naturaleza, es la cosa más difícil de todas. Cada una de las cinco partes en que suelen dividirla, es por sí un arte muy dificultoso. Juzgad cuánto lo será el llegar á reunir las cinco.

»Testigo sea la Grecia. Con haber sido tan amante de la elocuencia y haberse aventajado en ella á los demas pueblos, vió florecer y fructificar todas las artes ántes que la copia y gala del bien decir. Cuando en ella pienso, amigo Ático, vuela mi mente á tu querida Aténas, donde por primera vez brillaron oradores y empezó á conservarse por escrito su poderosa palabra. Y con todo, ántes de Pericles, de quien quedan algunos discursos, y de Tucídides (los cuales, uno y otro, florecieron no en los orígenes sino en el apogeo de Aténas), no hay escrito alguno en prosa que tenga ornato de diccion y merezca el nombre de oratorio. Es comun opinion, sin embargo, que Pisistrato, anterior á éstos en muchos años, y Solon, que todavía lo fué más, y despues Clístenes hablaron tan bien cuanto lo permitia su época. Algunos años despues, segun puede conjeturarse por los monumentos áticos, floreció Temístocles, tan insigne por la fuerza de la palabra como por la prudencia. Á éste sucedió Pericles, por tantas razones celebrado, y más que por ninguna, por ésta. El mismo tiempo alcanzó Cleon, ciudadano turbulento, pero elocuente. A su lado brillaron Alcibiades, Critias, Terámenes. Del gusto que en esta edad reinaba, puede juzgarse por los escritos de Tucídides, que tambien escribió entónces. Solemnes en las palabras, abundantes en las sentencias, breves y concisos, y, por lo mismo, oscuros á veces.

»Entónces tambien, observando el valor que tenía todo bien elaborado discurso, surgieron los primeros maestros de retórica: Gorgias Leontino, Trasímaco de Calcedonia, Protágoras de Abdera, Pródico de Ceo, Hipias de Elea, y otros muchos que prometian con arrogancia enseñar el arte de *hacer superior, por el modo de defenderla, la causa inferior.*

»Á ello se opuso Sócrates, que refutaba las pretensiones de éstos con cierta agudeza de diccion. De su enseñanza salieron doctísimos varones, y entónces, segun dicen, nació la verdadera filosofía, no la que trata de las cosas naturales (que esta era más antigua), sino la que discurre acerca de los vicios y virtudes, y vida y costumbres de los hombres. Pero como este género difiere tanto del que ahora estudiamos, guardemos á los filósofos para mejor ocasion, y volvamos á los oradores.

»Con la vejez de los ya citados coincidió la aparicion de Isócrates, cuya escuela fué como el taller y oficina para toda la Grecia. Grande orador, gran maestro, aunque nunca se encendió con el sol del foro, y vivió encerrado entre paredes. Así y todo, consiguió tal gloria, que nadie le ha igualado despues. Escribió mucho y muy bien; adoctrinó á muchos, y entre las cosas que supo primero que nadie, debe contarse el arte de dar número y armonía á la prosa, sin tropezar en el metro. Antes de él, nadie habia hecho estudio de la estructura de las palabras, y de la construccion de los períodos, y si alguna vez acertaban, parecia acierto casual, y por esto mismo más laudable que si se fundase en razon y observaciones. La naturaleza misma cierra y redondea los períodos, y hace que las cadencias sean armoniosas. El oido distingue y se complace en lo que es lleno y numeroso, y el aliento mismo señala necesariamente ciertas pausas, que no se pueden infringir sin grave y reprensible defecto.

»Entónces floreció tambien Lisias, no versado tampoco

en las causas forenses, pero agudo y elegante escritor, á quien casi puede llamarse orador perfecto, sólo inferior á Demóstenes, porque á éste falta muy poco para la soberana perfeccion. En las causas que dejó escritas, no se echa de ménos ningun género de agudeza, de habilidad ó ingenio: nadie ha hablado con más lucidez, sobriedad, correccion y agrado: nadie tampoco ha sido más grandioso, más vehemente y arrebatado, ni más pródigo en riquezas y esplendores de diccion.

»No léjos de él descuellan Hipérides, Esquines, Licurgo, Dinarco, Démades (de quien no queda ningun escrito), y otros muchos. Esta edad fué la más rica de todas, y hasta ella se mantuvo incorrupto el vigor y la sangre del estilo, la natural y no postiza elegancia.

»A estos ancianos sucedió el jóven Demetrio Falereo, más erudito en verdad que todos, pero hábil para la palestra y no para las armas. Por eso deleitaba á los Atenienses y no los inflamaba. Habia salido al sol y al polvo, no desde una tienda militar, sino de la sombría escuela del doctísimo Teofrasto. Él fué el primero en hacer muelle y femenina la oracion: quiso ser elegante más que elocuente, y su elegancia fué de la que adormece los ánimos, no de la que los conmueve y deja clavado el aguijon en la memoria de los oyentes, como de Perícles escribió Eúpolis.

»¿Veis cuánto tardó en desarrollarse la elocuencia en la misma ciudad donde fué nacida y educada? ¿Veis que hasta el tiempo de Solon y de Pisistrato, nadie logró fama de elocuente? Y éstos, aunque antiguos, comparados con la edad del pueblo romano, son modernos respecto de la antigüedad de Aténas, y aunque vivieron en tiempo de Servio Tulio, ya llevaba Aténas muchos más siglos de existencia que los que tiene Roma al presente. Creo, sin embargo, que fué grande en todos tiempos el poder de la palabra. De otra suerte, ¿cómo hubiera encarecido tanto Homero la elocuencia de Ulises y de Néstor, atribuyendo al uno energía,

y al otro suavidad, si entónces no hubieran estado en grande aprecio las facultades oratorias? El mismo Homero hubiera sido un grande orador. Y aunque la época en que floreció es incierta, consta siempre que fué muchos años ántes que Rómulo, y ántes que el primer Licurgo, legislador de Lacedemonia.

»Aún se vislumbra que debió de ser mayor el estudio y el arte en Pisistrato. Un siglo más adelante florece Temístocles, muy antiguo para nosotros, moderno para los Atenienses. Alcanzó los mejores tiempos de Grecia, miéntras que nosotros apénas acabábamos de libertarnos de la tiranía de los reyes. La guerra de los Volscos, en que intervino el desterrado Coriolano, es casi contemporánea de la guerra de los Persas, y los varones que en una y otra intervinieron parécense en la mala fortuna, porque entrambos, con ser ilustres ciudadanos, se pasaron al enemigo movidos por la injusticia de su pueblo, y sólo dieron reposo á sus iras con voluntaria muerte. Pues aunque tú, Ático, refieras de otra manera la muerte de Coriolano, me has de permitir que siga la comun opinion.»

Entónces me interrumpió riéndose: «Por mí puedes hacerlo, si gustas, ya que siempre fué lícito á los retóricos mentir algo en cosas de historia, para hacer más amenos sus discursos. Lo que dices de Coriolano, lo fingieron tambien de Temístocles Clitarco y Stratocles. Y por más que Tucídides, que era Ateniense y de noble familia, y muy bien informado y no muy posterior, dice tan sólo que Temístocles murió y fué enterrado secretamente en el Atica, y que corrieron sospechas de que se habia suicidado con veneno, añaden éstos que inmoló un toro, y recogió la sangre en una copa, y habiéndola bebido murió. Sin duda les pareció esta muerte retórica y trágica, al paso que la otra muerte vulgar no ofrecia materia alguna de exornacion. Pero si te cuadra sostener que todo fué igual en Temístocles y en Coriolano, por mi parte te cedo todo, incluso la copa y la vic-

tima, para que en todo sea Coriolano otro Temístocles.

—Sea como gustares, contesté, y de aquí en adelante estudiaré con más cautela la historia romana, siguiéndote á tí, á quien puedo llamar el más concienzudo de los analistas. Volviendo á mi asunto, diré que Pericles, hijo de Xantipo, fué el primero en aplicar los conocimientos filosóficos á la elocuencia, y educado por el físico Anaxágoras, descendió de las materias más recónditas y abstrusas al foro y á las causas populares. Su elegancia encantó á los Atenienses, y admiraron la riqueza y copia de su estilo, su fuerza en el decir y el terror que infundia.

»Esta primera edad de la elocuencia produjo, pues, en Aténas un orador casi perfecto. Porque no en los que constituyen y organizan la república, ni en los que hacen la guerra, ni en los que viven sometidos á la dominacion de los reyes suele nacer jamás el anhelo de la elocuencia. Esta es compañera de la paz y de la libertad; es como alumna de las ciudades bien constituidas. Por eso dice Aristóteles, que cuando fueron desterrados de Sicilia los tiranos, y tornó, tras largo intervalo, la libertad de los juicios; el natural y despierto ingenio de los Sicilianos, dados á toda controversia y disputa, hizo nacer el arte y los preceptos, que escribieron Córax y Tisias. Porque ántes nadie hablaba con arte y esmero, aunque muchos escribieron admirablemente. Protágoras dejó una coleccion de *disputaciones* ó *lugares comunes*, que decimos ahora. Gorgias compuso elogios y vituperios de muchas cosas, porque creia que el principal oficio del orador es encarecer el valor de una cosa con alabanzas ó rebajarla con vituperios. Cosas por el estilo escribió Antifon Ramnusio, de quien dejó consignado su discípulo Tucídides que nadie se defendió mejor que él de una acusacion capital en causa propia. Lisias fué el primero en sostener que habia un arte oratorio; despues prescindió del arte y se dió á escribir oraciones para otros, viendo que Teodoro era docto en el arte, pero pobrísimo

en los discursos. Por el contrario, Isócrates sostuvo al principio que semejante arte no existia, y se ejercitó en componer discursos para quien se los encargaba; pero habiendo sido llamado á juicio como contraventor de la ley, que mandaba que cada uno defendiese su causa, dejó de hacer oraciones, y se dedicó enteramente al arte.

»Ya ves los orígenes de la elocuencia entre los Griegos, antiguos si se comparan con nuestros anales, modernos con relacion á los suyos. Antes que Aténas cobrara amor á la elocuencia, habia llevado á cabo muchas y memorables acciones en paz y en guerra. Y áun ese estudio no era comun en Grecia, sino propio y exclusivo de los Atenienses. ¿Quién tiene noticia de ningun orador argivo, corintio ó tebano, á no ser que contemos en ese número al docto Epáminondas? De Lacedemonia no sé que saliera ninguno hasta nuestros tiempos. A Menelao le elogia Homero, como á hombre de pocas aunque dulces palabras. Y aunque la brevedad merezca alabanza en algunas partes del discurso, no así en su totalidad.

»Fuera de Grecia, no dejó de haber grandes estudios de Retórica, y alcanzó el nombre de orador gloria no pequeña. Mas así que la elocuencia salió del Pireo, peregrinó todas las islas y llegó hasta el Asia, se fué contagiando con las costumbres extranjeras, y perdiendo aquella sanidad y pureza de la diccion ática. Y no por eso son despreciables los oradores asiáticos: tienen rapidez y elegancia, pero son redundantes y nada sobrios. Los Rodios son de mejor gusto y se parecen más á los Áticos. Pero baste ya de los Griegos, aunque esto mismo no era necesario para nuestro propósito.

—No sé si era necesario, respondió Bruto; pero ciertamente ha sido agradable, y se nos ha hecho muy corta la digresion.

—Sea en hora buena, dije yo; pero vengamos á los nuestros, de quienes es difícil conjeturar más de lo poco que resulta de los monumentos.

»¿Quién creerá que faltó prontitud é ingenio á Lucio Bruto, cabeza de vuestra familia, el que tan aguda y atinadamente interpretó el oráculo de Apolo, cuando le mandaba besar á su madre, y ocultó con apariencias de locura su prudencia suma; y expulsó á un rey poderosísimo, hijo de otro rey todavía más ilustre, y librando la ciudad de una dominacion perpétua, la sujetó á magistrados anuales, á leyes y fórmulas de juicios; y destituyó del poder á su colega para borrar de la ciudad hasta la memoria del nombre real; todo lo cual no hubiera podido conseguir ciertamente sin el poder de la palabra?

»Vemos tambien que pocos años despues de la expulsion de los reyes, cuando la plebe se retiró á la orilla del Anio, junto al tercer miliario, y ocupó el monte que llaman Sacro, el dictador Marco Valerio calmó con su palabra la discordia, y por esto se le tributaron grandísimos honores y fué el primero que recibió el nombre de Máximo. Ni creo que faltó elocuencia á Lucio Valerio Potito, que con leyes y oraciones mitigó la indignacion del pueblo contra los senadores, despues de la tiranía de los decenviros.

»Podemos sospechar tambien que era elocuente Apio Claudio, puesto que hizo mudar de parecer al Senado, que se inclinaba ya á la paz con Pirro. Y debió de serlo tambien Cayo Fabricio, que fué de embajador á Pirro para tratar del canje de los prisioneros; y Tito Coruncanio, de quien consta por los anales de los Pontífices que fué de grande ingenio; y Marco Curio, que siendo tribuno de la plebe, y celebrando el interrey Apio el Ciego comicios contra ley, cuando no habia cónsules plebeyos, obligó á los senadores á anular aquel acto, lo cual fué grande atrevimiento, porque aún no se habia promulgado la ley Menia.

»Tambien puede conjeturarse algo del ingenio de Marco Popilio, que siendo cónsul, y haciendo un sacrificio público, como *Flamen Carmental* que era, recibió noticia de que la plebe estaba amotinada contra los patricios, y en

seguida, vestido aún con el traje sacerdotal, se presentó en el foro y calmó la sedicion con su autoridad y con su palabra. Pero no me acuerdo de haber leido que á ninguno de éstos se los llamara entónces oradores, ni que hubiera premio alguno para la elocuencia; sólo por conjeturas me inclino á sospecharlo.

»Dícese tambien que Cayo Flaminio, el que, siendo tribuno de la plebe, dió una ley sobre la particion del campo Gálico y Piceno, y siendo cónsul murió en la batalla del lago Trasimeno, dominaba al pueblo con su palabra. En aquel tiempo pasaban tambien por oradores Quinto Máximo Verrucoso, y Quinto Metelo, que en la segunda guerra púnica fué cónsul con Lucio Veturio Filon.

»Pero el primero de quien claramente conste que fué elocuente, y que se le tuvo por tal, es Marco Cornelio Cetego, de cuya elocuencia testifica un tan excelente juez como Quinto Ennio, que le habia oido y que le elogió cuando ya Cetego habia muerto: lo cual aleja toda sospecha de que la amistad le cegara. Dice así, si mal no recuerdo, en el libro nono de sus Anales: «El orador de »suave palabra, Marco Cornelio Cetego, colega de Tuditano, hijo de Marco.» Le llama orador, le atribuye suavidad de palabra, cualidad que ahora mismo es muy rara, porque los oradores ladran más bien que hablan. En verdad que no es éste el menor elogio que de un orador puede hacerse. Y prosigue Ennio: «A éste llamaron los hombres de aquella »edad la flor y la nata del pueblo.» Y con razon en verdad. Pues así como la gloria de un hombre es el ingenio, así la luz del ingenio es la elocuencia, y al varon que en ella sobresalia, acertaron los antiguos en llamarle flor del pueblo. Y añade Ennio que tambien le llamaban *Médula de la persuasion*, á la manera que Eúpolis dejó escrito que la diosa de la persuasion moraba en los labios de Pericles. Este Cetego fué cónsul con Publio Tuditano en la segunda guerra púnica, siendo cuestor Marco Caton, es decir, ciento cua-

renta años ántes de mi consulado, y á no ser por el testimonio de Ennio, hubiera sepultado el olvido su memoria como la de tantos otros. Cuál era el estilo de aquella edad, puede juzgarse por los escritos de Nevio, que murió en ese consulado, segun resulta de los antiguos anales, por más que nuestro Varron, diligentísimo investigador de la antigüedad, piense que en esto hay error, y alargue más la vida de Nevio. Porque Plauto murió siendo censor Caton, en el consulado de Publio Claudio y Lucio Porcio, veinte años despues que los cónsules que ántes dije. A este Cetego sigue en antigüedad Caton, que fué cónsul nueve años despues de él, y murió en el consulado de Lucio Marcio y Marco Manilio, ochenta y tres años ántes de ser yo cónsul.

»No puedo presentar escritos de ningun orador antiguo, como no sea la oracion de Apio el Ciego sobre Pirro, y algunos elogios fúnebres; y á fe mia que de éstos quedan muchos, porque las mismas familias los guardaban como recuerdos y monumentos, ya para hacer uso de ellos cuando alguno del mismo linaje moria, ya para memoria de sus hazañas domésticas, ya para testimonio de su nobleza. Estos elogios sólo han servido para llenar de mentiras nuestra historia. En ellos están escritas mil cosas que nunca fueron: falsos triunfos, muchos consulados y genealogías falsas; como que no pocos hombres de la ínfima plebe se atribuian el nombre y la gloria de ilustres familias, como si yo dijera que descendia del patricio Marco Tulio, que fué cónsul con Servio Sulpicio diez años despues de la expulsion de los reyes.

»Las oraciones de Caton no son ménos que las del ático Lisias. Y le llamo Ático, porque ciertamente nació y vivió y murió en Aténas; aunque Timeo, como si se fundase en la ley Licinia ó Mucia, quiere hacerle Siracusano: y hasta en esto hay alguna semejanza entre Caton y Lisias. Los dos son agudos, elegantes, ingeniosos y concisos; pero el Griego es mas afortunado en todo. Tiene ciertos

admiradores que no se fijan tanto en el gallardo arreo de sus discursos como en la elegancia, y se contentan con aquel estilo tenue y sutil, por más que Lisias tenga á veces tanto nervio como cualquier otro orador.

»Pero á Caton, ¿quién de nuestros oradores actuales le lee, ni le conoce siquiera? Y sin embargo, ¡qué hombre tan grande, oh Dioses! No le considero ahora como ciudadano, como senador ó como general. Hablo sólo del orador. ¿Quién más grave que él en los elogios? ¿Quién más acre en los vituperios, más agudo en las sentencias, más sutil en el razonamiento? Conozco de él más de ciento cincuenta oraciones llenas de palabras y sentencias notables. Eligiéndolas con buen gusto, se hallarán en él todas las cualidades oratorias. ¿Y sus *Orígenes* carecen por ventura de alguna flor ó lumbre de elocuencia? Ya sé que le faltan aficionados, como faltan hace mucho siglos á Philisto Siracusano, y al mismo Tucídides. Porque la concision, á veces oscura, de éstos, y su brevedad y excesiva agudeza las oscureció Teopompo con la alteza y esplendidez de sus discursos, y lo mismo ha sucedido á Caton con los que despues en estilo más elevado y pomposo han escrito. Y aquí es de notar, que ponderando tanto la agudeza de los Áticos en Hipérides y en Lisias, no la quieren reconocer en Caton. Dicen que se deleitan con el estilo ático. Hacen bien; pero ojalá que imitasen no sólo los huesos sino tambien la sangre. Agrádame, sin embargo, lo que pretenden. Pero ¿por qué admiran tanto á Hipérides y á Lisias y no se acuerdan de Caton? Se dirá que su lenguaje es anticuado, y rudas sus palabras. Así se hablaba entónces. Corrige tú lo que él no pudo corregir, añade la armonía y la composicion de las palabras, de que los mismos Griegos antiguos no se cuidaban, y no encontrarás ninguno superior á Caton. Es admirable el acierto y la frecuencia con que emplea las traslaciones que los Griegos llaman tropos, y las figuras de diccion y de sentencia que apellidan schemas.

»No ignoro que todavía no es un orador culto, y que se concibe mayor perfeccion, como que es tan antiguo comparado con nosotros, que ántes de él no hay escrito alguno digno de leerse. En todas las artes se estima mucho á los que dieron los primeros pasos. ¿Quién no conoce que las estatuas de Canaco son demasiado rígidas, y no imitan con verdad? Las de Calamis son todavía duras, pero ménos que las de Canaco: las de Miron se acercan más á la verdad, y casi pueden llamarse bellas: las de Policleto son todavía más hermosas y casi pueden decirse perfectas. Lo mismo sucede en la pintura, donde aplaudimos las formas y las líneas de Ceusis, de Polígnoto, de Timantes y de todos los demas que sólo usaron cuatro colores. Pero en Aecio, Nicomaco, Protógenes y Apeles, es ya todo perfecto. Pienso que en todas las demas artes sucede lo mismo, porque nada ha sido inventado y perfeccionado en un dia.

»No ha de dudarse que ántes de Homero hubo poetas, segun puede colegirse por los versos que supone que se cantaban en la mesa del rey de los Feacios, y en la de los pretendientes de Penélope. ¿Y dónde están nuestros antiguos versos «los que en otro tiempo cantaban los Faunos y los sacerdotes, cuando nadie habia superado los escollos de las musas, ni era estudioso del ritmo?» Así dice Ennio, y se gloría no sin razon, porque las cosas pasaron como él las cuenta. La *Odisea* latina es como el laberinto de Dédalo, y las fábulas de Livio Andrónico no valen la pena de leerse dos veces. Este Livio fué el primero que escribió una comedia, un año ántes que naciera Ennio, en el consulado de Cayo Clodio (hijo del Ciego), y de Marco Tuditano, el año 514 de la fundacion de Roma, segun dice Ático, á quien yo sigo, ya que hay controversia entre los escritores sobre la cuenta de los años. Accio escribe que Livio fué hecho prisionero por Quinto Máximo en la toma de Tarento, treinta años despues de la fecha en que ponen la representacion de aquella comedia Ático y los anales antiguos, y sostiene

que fué representada once años despues, en el consulado de Cayo Cornelio y Quinto Minucio, en los juegos que Livio Salinator habia prometido con ocasion de la batalla de Sena. En esto Accio cometió un grave yerro, porque en tiempo de esos cónsules tenía once años Ennio, y en ese caso hubiera sido Livio posterior á Plauto y á Nevio, que habian escrito muchas comedias ántes de ese consulado.

»Y si esto no te parece pertinente al asunto, oh Bruto, echa la culpa á Ático, que excitó en mí el deseo de estudiar la cronología de las vidas de los grandes hombres.

—A mí, dijo Bruto, me deleita mucho esa cronología, y creo que para la claridad es muy conveniente dividir en épocas á los oradores.

—Bien dices, contesté, Bruto, y ojalá existiesen aquellos versos que, segun nos dejó escrito Caton en sus *Orígenes*, se cantaban muchos siglos ántes de él en los convites. Y la misma guerra púnica de Nevio, á quien cuenta Ennio entre los faunos y profetas, nos deleita como si fuese una obra de Miron. Sea en buen hora Ennio más perfecto, pero de seguro que si hubiera despreciado absolutamente á su predecesor, no hubiera omitido la primera guerra púnica entre tantas como describió. Él alega por razon que ya otros la habian escrito en verso. Ciertamente que sí, y en buenos versos, aunque ménos cultos que los suyos, que tomó muchas cosas de Nevio, confesándolo, ó las robó sin confesarlo.

»En tiempo de Caton florecieron, aunque eran de más edad que él, Cayo Flaminio, Cayo Varron, Quinto Máximo, Quinto Metelo, Publio Léntulo, Publio Craso, que fué cónsul con Escipion el primer Africano. Sabemos que el mismo Escipion no era torpe ni inculto para hablar. Su hijo, el que adoptó al otro Escipion hijo de Paulo Emilio, hubiera pasado por muy elocuente si las dotes del cuerpo le hubiesen acompañado. Así lo indican sus breves oraciones, y la historia que escribió en griego, en estilo muy dulce.

»Tampoco debe omitirse á Sexto Elio, sapientísimo en el derecho civil, pero al mismo tiempo hábil en la oratoria. Entre los de menor edad ha de contarse á Cayo Sulpicio Galo, que se dedicó más que ningun otro patricio á las letras griegas, y pasó por buen orador y por hombre culto y elegante en todo. Su estilo era ya más fogoso y espléndido. Siendo él pretor, y celebrando los juegos de Apolo, en el consulado de Quinto Marcio y Cneo Servilio, murió Ennio poco tiempo despues de haber hecho representar su tragedia de *Tiestes*.

»El mismo tiempo alcanzó Tiberio Graco, hijo de Publio, que fué dos veces cónsul y censor, y del cual se conserva una oracion griega pronunciada ante los Rodios. Consta que fué grande y elocuente ciudadano. Tuvieron tambien fama de elocuentes Publio Escipion Nasica, por sobrenombre Córculo, el cual fué dos veces cónsul y censor; Lucio Léntulo, que fué cónsul juntamente con Cayo Fígulo, Quinto Nobilior, hijo de Marco, dedicado como su padre al estudio de las letras, el cual, siendo triunviro para establecer una colonia, otorgó el derecho de ciudadanía á Quinto Ennio, que habia militado con su padre en Etolia; y Tito Annio Lusco, colega de Quinto Fulvio.

»Tambien Lucio Paulo, padre del Africano, hablaba como conviene á un varon principal. Alcanzó la era de Caton, que murió á los sesenta y cinco años, habiendo pronunciado ante el pueblo el mismo año de su muerte una tremenda inventiva contra Servio Galba, la cual conservamos hoy escrita.

»En vida de Caton florecieron á un tiempo muchos oradores más jóvenes que él. Aulo Albino, el que escribió en griego una historia, y fué cónsul con Lucio Lúculo, tuvo reputacion de hombre literato y docto, y tambien Servio Fulvio, y Servio Fabio Pictor, muy versado en el derecho y en las letras, y en la antigüedad; Quinto Fabio Labeon obtuvo casi las mismas alabanzas. Y fué tenido por exco-

lente orador Quinto Metelo (cuyos cuatro hijos fueron cónsules), que defendió á Lucio Cota de las acusaciones de Escipion el Africano. Quedan otras oraciones suyas, entre ellas una contra Tiberio Graco, copiada en los anales de Cayo Fannio.

»No alcanzaron ménos fama de elocuentes el mismo Lucio Cota, y Cayo Lelio, y Publio Escipion el Africano, de quienes quedan algunos discursos, bastantes para juzgar de su ingenio. Pero á todos los de su tiempo se aventajó sin controversia Servio Galba, que fué el primero de los latinos en lograr todos los efectos oratorios, el primero en atender al ornato del discurso, en deleitar los ánimos, en conmover, en amplificar, en excitar las pasiones y en usar de los lugares comunes. Pero no sé por qué fatalidad los discursos suyos que hoy tenemos son más áridos y tienen más aire de antigüedad que los de Lelio, los de Escipion ó los del mismo Catón: por eso están casi olvidados.

»Aunque lo mismo á Lelio que á Escipion se les concede por todos el lauro del ingenio, no ha de negarse que Lelio lo merece más. Y, sin embargo, la oracion de Lelio sobre los colegios sacerdotales no es mejor que cualquiera de las de Escipion, y no porque deje de tener austeridad religiosa, sino porque el estilo es mucho más hórrido y vetusto que el de Escipion. Depende esto, á mi ver, de que Lelio se inclinaba más á la imitacion de los antiguos y le agradaba usar de palabras arcaicas.

»Pero suelen resistirse los hombres á reconocer en una sola persona actitudes diversas. Y así como todos confiesan la superioridad militar de Escipion el Africano, por más que sepamos que Lelio demostró gran valor y pericia en la guerra de Viriato, así los antiguos atribuyen á Lelio la superioridad en ingenio, letras, elocuencia y sabiduría; y pienso que no sólo por el juicio ajeno sino por el de ellos mismos, vino á hacerse esta especie de distribucion. Porque como era entónces la gente más modesta

y candorosa, fácilmente otorgaba á cada uno lo suyo.

»Recuerdo haber oido contar en Esmirna á Publio Rutilio Rufo, que siendo él muy jóven, se mandó por *senatus-consulto* que los cónsules Publio Scipion y Décimo Bruto hiciesen informacion sobre un crímen grave y atroz. Era el caso que en la selva Stancia se habia dado muerte á ciertos hombres muy conocidos, y se sospechaba de los siervos, y áun de algunos hombres libres que tenian la contrata de la pez, otorgada por los censores Publio Cornelio y Lucio Mummio. Defendió Lelio la causa de los arrendadores con tanto esmero y elegancia como solia. Habiendo prolongado los cónsules la decision de la causa, volvió á los pocos dias Lelio á hablar todavía mejor y con más arte, y tornaron los cónsules á dilatar el negocio. Al volver á su casa Lelio, acompañado de sus amigos que le daban las gracias y le rogaban que no se fatigase, díjoles que habia puesto todo esmero en la defensa por tratarse del honor de ellos, pero que creia que aquella causa debia defenderla Servio Galba, porque tenía más fuerza y vehemencia en el decir. Y así, movidos por la autoridad de Cayo Lelio, los publicanos llevaron la causa á Galba. Él dudó en aceptarla, por tener que hablar despues de tan gran varon como Lelio. Pasó medio dia en considerar y meditar la causa, y en la mañana del dia señalado para la vista, el mismo Rutilio vino á casa de Galba á ruego de sus compañeros para recordarle que se pasaba el tiempo, y le encontró con algunos siervos ocupados en escribir lo que él les dictaba, pues podia dictar á varios á un tiempo. Cuando llegó la hora, salió de su casa con tal calor y tales ojos, que parecia que habia defendido ya la causa. Con él salieron sus escribientes fatigados de tanto trabajo. ¿Y qué más? Con grande expectacion de todos, en presencia de muchos y entre ellos el mismo Lelio, defendió su causa Galba con tanta fuerza y gravedad, que casi ninguna parte de su discurso fué oida en silencio, y de tal manera logró

mover la compasion, que aquel dia salvó de toda pena á sus defendidos.

»De esta narracion de Rutilio puede inferirse que siendo dos las principales cualidades del orador, la una disputar sutilmente, y la otra conmover los ánimos de los oyentes, lo cual es de efecto mucho más seguro, tuvo Lelio elegancia, Galba fuerza; lo cual se conoció principalmente cuando habiendo dado muerte á muchos Lusitanos contra la fe de los tratados, siendo pretor, le acusó ante el pueblo el tribuno Lucio Libon, y Marco Caton, ya en su extrema vejez, pronunció contra él un largo discurso, que reprodujo en sus *Orígenes* pocos dias ó meses ántes de morir. Entónces Galba, renunciando al derecho de propia defensa é implorando la fe del pueblo romano, le presentó llorando á sus hijos y al de Cayo Galo, cuyas lágrimas movieron á compasion al pueblo, por la reciente memoria de su ilustre padre. Sólo así pudo escapar Galba del suplicio, como dejó escrito Caton en sus *Orígenes*. Del mismo Libon consta que no carecia de facultades oratorias, segun podemos juzgar por sus discursos.

»Habiendo hecho yo una pausa despues de decir esto, preguntó Bruto:

—¿Cuál es la causa de que habiendo tenido Galba tales condiciones de orador, no resplandecen éstas en los discursos suyos que hoy tenemos, ya que nada podemos juzgar de los que nada absolutamente dejaron escrito?

—No es la misma, respondí yo, la causa de no escribir y la de no escribir tan bien como se habla. Vemos que algunos oradores no escriben nada por desidia, para que el trabajo doméstico no se agregue al forense, y la mayor parte de las oraciones se escriben despues de pronunciadas, no para pronunciarse. Otros no trabajan por mejorar su estilo, aunque nada hay que le perfeccione tanto como el escribir, ni se empeñan en dejar á los venideros memoria de su ingenio, ántes creen haber conseguido ya bastante

gloria ó temen que ésta venga á ménos si se divulgan y juzgan sus escritos. Otros piensan que escribiendo no harán nunca el mismo efecto que hablando, y esto les sucede á hombres ingeniosos pero indoctos, como el mismo Galba, á quien por ventura, no sólo el poder de su ingenio, sino cierto calor natural de alma le inflamaba y hacía que su estilo fuese grave, arrebatado y vehemente, pero cuando tomaba la pluma, todo aquel fuego se extinguia, y su discurso resultaba lánguido. Esto no suele acontecer á los que ponen esmero en la forma, y ni hablando ni escribiendo dejan de guiarse por la sana razon. Porque el ardor del alma no puede ser perpétuo, y cuando se apaga en oradores como Galba, toda su fuerza y brillantez desaparece. Por eso el alma de Lelio vive en sus escritos, pero los de Galba son obra muerta.

»Entre los oradores medianos florecieron los dos hermanos Lucio y Espurio Mummio: de uno y otro quedan oraciones. El estilo de Lucio es más sencillo y anticuado: el de Espurio, sin ser mucho más elegante, es más conciso, porque habia sido discípulo de los estoicos. Hay tambien muchos discursos de Espurio Albino y de Lucio y Cayo Aurelio Oresta, que tuvieron alguna fama de oradores.

»Tambien Poblio Pupilio fué buen ciudadano y hablaba no sin elegancia. Su hijo Cayo fué verdaderamente diserto. Y Cayo Tuditano, elegante y culto en toda su vida y costumbres, lo fué tambien en el estilo de sus discursos. Lo mismo digo de Marco Octavio, ciudadano muy constante en los mayores peligros, el cual con su paciencia quebrantó las iras de Tiberio Graco. Marco Emilio Porcina floreció casi en los mismos tiempos que Galba, aunque era algo más jóven: tuvo fama de gran orador, y fué sin duda buen escritor, segun se ve por sus discursos. Es el primero entre los Latinos que quiso imitar la suave armonía de los Griegos, y que limó algo el estilo. Solian oirle con

grande atencion dos jóvenes de mucho ingenio, y casi de la misma edad, Cayo Carbon y Tiberio Graco, de quienes diré algo despues que trate de los más antiguos. Quinto Pompeyo fué por entónces orador no despreciable, y por su propio mérito, no por la nobleza de sus mayores, llegó á las más altas dignidades.

»No por la elocuencia sino por otras cualidades de palabra influyó mucho Lucio Casio, hombre popular por la misma tristeza y severidad de su carácter. Cuando propuso la ley *Tabelaria* le hizo mucha oposicion Marco Antio Briso, tribuno de la plebe, ayudándole el cónsul Marco Lépido. Y entónces se vituperaba mucho á Escipion el Africano por juzgarse que su autoridad habia llevado á Briso á semejante parecer. Lo cierto es que los dos Scipiones dominaban mucho á sus clientes, tanto por el entendimiento y la palabra, como por la autoridad. Los escritos de Pompeyo no son de estilo muy seco, aunque se propuso imitar á los antiguos, y están llenos de prudencia.

»Por el mismo tiempo fué orador muy celebrado Publio Craso, que brilló tanto por el ingenio como por el estudio, y tuvo además maestros dentro de su propia casa, pues estaba enlazado por afinidad con el grande orador Servio Galba, con cuyo hijo Cayo habia casado á su hija, y siendo hijo de Publio Mucio y hermano de Publio Scévola, habia aprendido de ellos el derecho civil. Consta que tuvo mucho arte y mucha gracia para aconsejar y persuadir. Casi de su misma edad eran los dos Cayos Fannios, hijos de Cayo y de Marco. El hijo de Cayo, que fué cónsul con Domicio, dejó un discurso bueno y elegante contra Graco sobre los aliados y el nombre latino. Interrumpióme Atico:

—Pero qué, ¿es de Fannio ese discurso? Porque siendo yo niño, habia sobre esto opiniones muy diversas. Unos decian que habia sido escrito por Cayo Persio, hombre literato y muy docto, si hemos de atenernos al testimonio de Lucilio: otros creian que muchos buenos oradores ha-

bian contribuido, cada cual por su parte, á este discurso.

—Yo tambien lo he oido decir á muchos ancianos, le respondí, pero nunca he llegado á creerlo, y pienso que la causa de esta sospecha fué que Fannio pasaba por mediano orador, y aquel discurso era el mejor de cuantos entónces se pronunciaron ó escribieron. Pero no puede ser obra de muchos, porque el estilo es todo de una misma mano. Y caso de ser Persio el autor, no lo hubiera callado Graco, cuando Fannio le echó en cara lo de Menelao Marateno. Y además Fannio nunca pasó por hombre indocto. Habia defendido muchas causas, y su tribunado no careció de gloria, aunque seguia en todo la voluntad de Publio Escipion el Africano.

»El otro Cayo Fannio, hijo de Marco y yerno de Cayo Lelio, fué, así en su carácter como en su estilo, mucho más duro. Queria poco á su suegro, porque no le habia recibido en el colegio de los Augures, y además porque Lelio habia preferido para marido de su hija mayor á Quinto Scévola, que era de menor edad que él. Sin embargo, por consejo de su suegro oyó las lecciones de Panecio. Las condiciones de estilo que tuvo pueden juzgarse por su historia, escrita no sin elegancia, aunque tampoco del todo bien.

»El augur Mucio decia, y no mal, lo que pensaba, verbigracia, en la causa de peculado contra Tito Albucio. No se le cuenta en el número de los oradores; pero fué aventajado en el conocimiento del derecho civil y en todo género de prudencia. Lucio Celio Antipatro fué para aquellos tiempos escritor bastante copioso, y docto en el derecho civil, y maestro de muchos, entre ellos de Lucio Craso.

»Ojalá que Tiberio Graco y Cayo Carbon hubieran tenido tanto entendimiento para gobernar la república como ingenio para bien decir. Nadie les hubiera aventajado en gloria. Pero el uno, por su sedicioso tribunado, al cual le habia llevado su indignacion con todos los buenos á consecuencia del tratado de Numancia, fué sentenciado á

muerte por la misma república: y el otro, por su perpétua ligereza en la administracion de los negocios populares, escapó con muerte voluntaria de la severidad de sus jueces; pero uno y otro fueron grandes oradores. Así consta por unánime testimonio de nuestros padres. Tenemos oraciones de Carbon y de Graco, todavía no bastante espléndidas en las palabras, pero agudas y muy llenas de prudencia. Graco, por diligencia de su madre Cornelia, fué educado desde niño en las letras griegas, y tuvo siempre excelentes maestros, entre ellos á Diófanes de Mitilene, que era entónces el más diserto de Grecia. Pero logró poco tiempo para desarrollar y dar muestras de su ingenio. Carbon se dió á conocer durante toda su vida en muchos juicios y causas. Los hombres de buen gusto que le oyeron, y entre ellos nuestro familiar Lucio Gelio, que decia haber sido camarada suyo en tiempo de su consulado, le tenian por orador de voz sonora y flexible, bastante agudo y vehemente y á la par dulce y gracioso. A esto se agregaba el cuidadoso esmero que ponia en los ejercicios y en la preparacion. Tuvo en su tiempo reputacion de excelente abogado, y en su juventud se establecieron las cuestiones perpétuas (porque Lucio Pison, tribuno de la plebe, dió la primera ley sobre la concusion en el consulado de Censorino y Manilio, y este mismo Pison defendió causas, y fué autor ó contradictor de muchas leyes, y dejó oraciones que ya se han perdido, y anales bastante pobremente escritos), y se hicieron tambien reformas en los juicios populares en que tanto solia intervenir Carbon, mediante una ley dada por Lucio Casio en el consulado de Lépido y Mancino.

»Tambien Decimo Bruto, de vuestra familia, hijo de Marco, solia hablar no de un modo inculto, y era bastante docto en letras griegas y latinas para lo que aquellos tiempos consentian: así se lo oí contar muchas veces á mi familiar el poeta Lucio Accio, que extendia este mismo elogio á Quinto Máximo, sobrino de Lucio Paulo. Y áun dicen

que aquel Máximo Escipion, autor de la muerte de Tiberio Graco, así como fué vehemente en todo, lo era tambien en sus discursos.

»Tambien de P. Léntulo, príncipe del Senado, que floreció por entónces, cuentan que tuvo la facilidad de decir necesaria para el gobierno de la república. Lucio Furio Filon hablaba muy bien el latin, y con más literatura que los demas. Publio Escévola con mucha prudencia, cuidado y áun abundancia, y no ménos Marco Manilio. El estilo de Apio Claudio era flexible, y á veces encendido y arrebatado. No pasaron de medianos Marco Fulvio Flaco, y Cayo Caton, hijo de una hermana de Escipion el Africano. Los escritos de Flaco son como de un aficionado á las letras. Émulo de Flaco fué Publio Decio, tan turbulento en sus discursos como en su vida.

»Marco Druso, hijo de Cayo, que en su tribunado venció á Cayo Graco, tribuno entónces por segunda vez, fué varon grave en letras y autoridad, y lo mismo Cayo Druso, su hermano. Poca más edad tenía Marco Penno (de tu familia, Bruto), que tambien en su tribunado hizo la oposicion á Graco. Fué tribuno en el consulado de Marco Lépido y Lucio Orestes, siendo cuestor Graco. Era hijo Penno de aquel Marco que fué cónsul con Quinto Elio. Esperaba los más altos honores; pero murió siendo edil.

»A estos nombres deben añadirse los de Cayo Curion, Marco Scauro, Publio Rutilio y Cayo Graco. De Scauro y Rutilio hay que decir algo, aunque sea brevemente, porque ni uno ni otro tuvieron fama de grandes oradores, aunque los dos defendieron muchas causas. No les faltó ingenio; pero sí ingenio oratorio. No basta saber lo que se va á decir, sino cómo se puede decir con elegancia y soltura. Y áun no basta esto, sino que es necesario que vaya compuesto y aderezado con la voz, el ademan y el gesto. ¿Y qué diré de la doctrina y del arte? Sin él, aunque la na-

turaleza inspire rasgos felices, será por casualidad, y muy de tarde en tarde.

»En los discursos de Scauro, hombre de sabiduría y rectitud, advertíase mucha y natural gravedad, de tal suerte que no parecia que defendia á un reo, sino que daba testimonio en juicio. Este modo de decir no es muy propio de las causas forenses; pero lo es mucho del Senado, del cual fué príncipe. Mostraba no sólo su prudencia, sino la buena fe, que daba prestigio á sus palabras. Habia recibido de la naturaleza lo que el arte no puede dar, aunque sobre esto mismo se hayan querido formular preceptos. Quedan de él oraciones, y tres libros á Lucio Fufidio acerca de su vida, muy útiles aunque nadie los lee. Leen en cambio la vida y educacion de Ciro, obra, á la verdad, excelente; pero no tan acomodada á nuestras costumbres, ni tan digna de alabanza como la de Scauro. El mismo Fufidio tuvo alguna reputacion de abogado.

»Rutilio se ejercitó en un género de elocuencia, triste y severo, aunque era por naturaleza vehemente y acre, lo mismo que Scauro. Y por eso cuando pretendieron juntos el consulado, no sólo acusó el vencido á su competidor de soborno, sino que, absuelto Scauro, llamó á juicio á Rutilio. Grande fué la actividad y laboriosidad de éste, y tanto más de aplaudir, cuanto que vivia ocupado en la tarea de responder á las consultas. Hay de él oraciones en estilo muy árido, y buenos escritos de Derecho. Fué varon docto y sabedor de las letras griegas, discípulo de Panecio, casi perfecto en la disciplina estoica, cuyo estilo es muy agudo y lleno de arte, pero seco y no acomodado á los oidos del pueblo. Además, el concepto que estos filósofos tienen de sí mismos estaba tan arraigado en este hombre, que habiendo sido capitalmente acusado con ser hombre inocentísimo, no quiso tomar por defensores á Lucio Craso ni á Marco Antonio, elocuentísimos varones de aquella edad. Habló él por sí, y algo dijo tambien en

defensa suya Cayo Cota, hijo de su hermana, y á lo ménos éste habló como orador, aunque era todavía muy jóven. Quinto Mucio estuvo elegante y culto como solia; pero no tuvo aquella fuerza y abundancia que pedia la naturaleza y el peligro de la causa. Rutilio fué, pues, un orador estoico; Scauro un orador á la antigua. Alabemos á entrambos, que gracias á ellos, ni siquiera de esos dos géneros careció nuestra ciudad. Yo gusto de que en el foro como en la escena aparezcan, no sólo veloces corredores y ágiles atletas, sino los que llaman *starios* (reposados), que muestren la verdad sencilla y desnuda.

»Y ya que hemos hecho mencion de los Estoicos, no omitiré á Quinto Elio Tuberon, hijo de Paulo, que tuvo poco de orador, pero que en lo austero de su vida se ajustó bien con la doctrina que profesaba. Siendo triunviro sentenció, contra el parecer de su tio Escipion el Africano, que los augures no debian tener vacaciones miéntras hubiere juicios. Fué, así en la vida como en los discursos, duro, hórrido, inculto, y por esto no alcanzó los honores de sus antepasados. Por lo demas, bueno y constante ciudadano, grande adversario de Cayo Graco, como lo da á entender una oracion del mismo Graco contra él. Tambien las hay de Tuberon contra Graco. Fué mediano en el decir, habilísimo en la disputa.»

Entónces dijo Bruto: «¿Cuál será la razon de que lo mismo entre los nuestros que entre los Griegos, casi todos los Estoicos son prudentísimos en sus razonamientos y los hacen con arte, y son casi artífices de palabras, y en llegando á la disputa, resultan pobres é insípidos? Exceptúo solamente á Caton, que es, á la vez, perfectísimo estoico y orador eminente; pero ni en Fannio ni en Rutilio hallo grande elocuencia, y en Tuberon casi ninguna.

—Y no sin causa, Bruto, le respondí, porque consumen todo su estudio en la Dialéctica y no se dedican á este otro modo de decir vago, copioso y múltiple. Tu abuelo tiene,

como sabes, todo lo que de los estoicos puede tomarse; pero aprendió á hablar bien con los maestros de retórica, y siguió sus enseñanzas. Y si hubiéramos de atenernos á los preceptos de los filósofos, mejor haríamos en seguir á los Peripatéticos. Y por eso aplaudo tu buen juicio en haber seguido la secta de los filósofos de la Academia antigua, que supieron unir la doctrina y los preceptos con la elegancia y copia del lenguaje. Aunque ni el mérito de los Peripatéticos ni el de los Académicos basta por sí para hacer un orador perfecto; ni tampoco lo será ninguno si permanece extraño á esos estudios. Por lo demas, así como el modo de decir de los estoicos es demasiado severo y ceñido para lo que consienten los oidos del pueblo; así el de los otros filósofos es más libre y extenso que lo que permite la costumbre en los juicios y el foro.

»¿Quién más rico de estilo que Platon? Dicen los filósofos que si Júpiter hablara en griego, hablaria como él. ¿Quién tiene más nervio que Aristóteles, quién más dulzura que Teofrasto? Dicen que Demóstenes oyó muy atentamente las lecciones de Platon, y que leia sin cesar sus libros, y bien se conoce en la alteza de sus ideas y palabras. Él mismo lo confiesa en una epístola. Pero el estilo de Demóstenes, aplicado á la filosofía, parecia demasiado contencioso y batallador, y el de ellos, aplicado á las causas judiciales, demasiado tranquilo y calmoso.

»Ahora hemos de recorrer, si os place, el catálogo de los demas oradores segun su edad respectiva.

—Mucho que nos agrada; respondió Ático, y lo digo en mi nombre y en el de Bruto.

—Por el mismo tiempo floreció Curion, orador bastante ilustre, segun podemos conjeturar por los discursos que de él nos restan. El más notable es la defensa de Servio Fulvio en una causa de incesto. En nuestra niñez pasaba esta oracion por admirable: hoy está casi olvidada en medio de tantos volúmenes nuevos.

—Bien sé, dijo Bruto, á quién aludes en eso de los volúmenes.

—Y yo tambien te entiendo, Bruto. Yo sé que he traido algun bien á la juventud introduciendo una manera de hablar más rica y elegante que la que en otros tiempos hubo, pero quizá le he hecho tambien un daño, porque despues de mis discursos han dejado de leer los de los antiguos oradores, con ser superiores á los mios.

—Cuéntame á mí, dijo Bruto, entre los que no los leen. Aunque la conversacion de hoy ha de ser parte á que yo me dedique á la lectura de muchas cosas que ántes despreciaba.

—Esa oracion *del incesto*, continué, tan alabada tiene muchas cosas pueriles: lugares comunes muy mal traidos, del amor, del tormento, de la fama; pero como todavía no estaban educados los oidos de nuestros ciudadanos, podian ser entónces tolerables. Escribió algunas otras cosas, y pronunció muchas con grande aplauso, y tuvo fama de abogado: tanto, que me admiro que habiendo sido hombre de tan larga vida y buena reputacion y familia, nunca llegase al consulado.

»Pero ahora se nos presenta un varon de peregrino ingenio, de ardiente é infatigable estudio desde su niñez: Cayo Graco. Créeme, Bruto: nunca hubo nadie que tuviera más riqueza y plenitud en el decir.

—Así lo creo, respondió Bruto, y es de los antiguos casi el único que leo.

—Bien haces en leerle. Pérdida grande fué su temprana muerte para la república romana y para las letras latinas. ¡Ojalá que hubiera antepuesto el amor de la patria al de su hermano! ¡Cuán fácilmente hubiera alcanzado con el ingenio que tenía, la gloria de su padre ó la de su abuelo, si él hubiera vivido más tiempo! No sé si ha tenido igual en la elocuencia. Es grande en las palabras, sabio en las sentencias, noble y majestuoso en todo el discurso. No dió la

última mano á sus obras: dejó muchas cosas bien empezadas; pocas acabadas. Así y todo, es, oh Bruto, el orador que más debe leer la juventud. Puede no sólo aguzar sino alimentar el ingenio.

«A este sucedió Cayo Galba, hijo del elocuentísimo Servio, y yerno del elocuente y jurisperito Publio Craso. Le alababan mucho nuestros mayores; le favorecian por la memoria de su padre; pero cayó rendido ántes del fin de la carrera, cuando, á consecuencia de la rogacion Mamilia, tuvo que defenderse en causa propia acusado de la conjuracion Jugurtina, y fué vencido en el debate. Queda una peroracion ó epílogo suyo tan famoso que, cuando niños, lo aprendíamos todos de memoria. Fué el primero desde la fundacion de Roma que, perteneciendo al colegio sacerdotal, fuese condenado en juicio público.

»Publio Escipion, que murió siendo cónsul, hablaba pocas veces y con brevedad; pero en pureza de lengua latina era igual á los mejores, y vencia á todos en sales y facecias. Su colega Lucio Bestia, varon agudo y no indocto, que entró con buenos auspicios en el tribunado, restituyendo por una ley su dignidad á Publio Popilio, violentamente expulsado por Graco, terminó tristemente su consulado. Porque apoyados en la odiosa ley Mamilia, los jueces adictos á Graco condenaron á los cuatro consulares Lucio Bestia, Cayo Caton, Spurio Albino y al sacerdote Cayo Galba, y al ilustre Lucio Opimio (matador de Graco), que habia sido absuelto por el pueblo, á pesar de haber obrado contra sus intereses.

»No careció de alguna elocuencia Cayo Licinio Nerva, perverso ciudadano, tan desemejante del anterior en su tribunado y en todo el resto de su vida. Cayo Fimbria alcanzó los mismos tiempos, aunque era un poco más anciano que éstos. Fué buen abogado, áspero, maldiciente, férvido y arrebatado en su decir; pero notable por la integridad de su vida y por el acierto de sus pareceres en el

Senado. No ignoraba el derecho civil. Su estilo era fácil, y algo desaliñado como su modo de ser. Cuando niños leíamos mucho sus oraciones, que ahora se han hecho raras, y apénas se encuentran.

»Ingenio y habla elegante tuvo Cayo Sextio Calvino, aunque por la molesta enfermedad de sus piés, casi nunca podia asistir á los juicios. De su consejo se valian los ciudadanos cuando querian; de su patrocinio, cuando podian.

»Del mismo tiempo fué Marco Bruto, deshonra grande de vuestro linaje: el cual, con ser de tan alta estirpe y haber tenido un tan excelente padre y tan sabio en el derecho, tomó el oficio de acusador público, como en Aténas Licurgo. Nunca pretendió magistraturas; pero fué acusador vehemente y molesto. Notábase en él un buen ingenio natural, echado á perder por su voluntad depravada.

»Por el mismo tiempo fué acusador el plebeyo Lucio Cesuleno, á quien oí, siendo él muy anciano, cuando pedia contra Lucio Sabelio una multa, fundado en la ley Aquilia, *de injuria*. No hubiera hecho mencion de tan ínfimo personaje, si no fuera por la circunstancia de no haber oido nunca á hombre más odioso ni de más perversa intencion.

»Docto fué en las letras griegas Tito Albucio, ó, por mejor decir, casi griego. Podeis juzgarlo por sus discursos. En su adolescencia vivió en Aténas, y salió perfecto Epicúreo: mala escuela para un orador.

»Ya Quinto Catulo fué erudito, no al modo de los antiguos, sino al nuestro, y quizá de un modo más perfecto. Tuvo muchas letras: exquisita cortesía y elegancia, así en su vida como en sus discursos: incorrupta pureza de latinidad, como puede juzgarse, no sólo por sus oraciones, sino mejor todavía, por la historia que compuso de los hechos de su consulado, en el blando estilo de Xenofonte, y que dedicó al poeta Aulo Furio, familiar suyo: el cual li-

bro, sin embargo, está tan olvidado como los tres de Escauro, que ántes he citado.

—Yo, dijo Bruto, ni áun de nombre los conocia; pero no es mia la culpa, porque nunca cayeron en mis manos. Ahora me haces entrar en curiosidad de buscarlos y conocerlos.

—Tuvo, pues, Catulo pureza latina, que no es el menor elogio en un orador, y que casi todos desdeñan. En cuanto á la suavidad con que pronunciaba las letras, nada tengo que decirte, porque conoces á su hijo, á quien no se cuenta en el número de los oradores, por más que no le falten ni prudencia en sus dictámenes, ni elegancia y cultura en el decir. Ni tampoco su padre Catulo pasaba por el mejor abogado de su tiempo; pero era tal, que, si habiendo oido á los mejores de entónces, parecia inferior, oyéndole á él sólo, no solamente quedabas contento, sino que no echabas de ménos cualidad alguna.

»Quinto Metelo Numidico, y su colega Marco Silano, hablaban de los negocios de la república de un modo no indigno de tales hombres y de la dignidad consular.

»Marco Aurelio Escauro hablaba pocas veces, pero con mucha elegancia de lengua. El mismo elogio merecen el *flámen* Aulo Albino, y Quinto Cepion, hombre atrevido y fuerte, para quien la fortuna de la guerra trocóse en crímen, y el odio del pueblo en calamidad propia.

»Cayo y Lucio Memmio fueron medianos oradores; pero acusadores vehementes y acerbos. Llamaron á juicio capital á muchos, pero defendieron á muy pocos. En el género popular se distinguió bastante Spurio Thorio, que abolió una ley inútil y viciosa sobre los tributos del *ager publicus*. Marco Marcelo, padre de Esernino, no figuró entre los abogados, pero sí entre los fáciles improvisadores, lo mismo que su hijo Publio Léntulo.

»Lucio Cota, que habia sido pretor, no tuvo mucho crédito oratorio; pero de industria, así en las palabras como

en la pronunciacion casi rústica, queria imitar á los antiguos. Y aquí debo decir por qué incluyo á este Cota y á otros tales en el número de los hombres diertos. Mi propósito es hacer memoria de todos los que en nuestra edad han hecho profesion de oradores; pero por la manera como de ellos hablo, puede juzgarse del mérito de cada uno y cuán lejanos anduvieron de la perfeccion, tan difícil en todas las cosas. ¡Cuántos oradores hemos nombrado ya, y cuánto nos hemos detenido en su enumeracion, ántes de encontrarnos con Antonio y Craso, que son entre los nuestros como Demóstenes é Hipérides entre los Griegos. Pienso que estos dos fueron nuestros más insignes oradores, y que en ellos se igualó por vez primera el arte de los Griegos con la facilidad de los Latinos.

»Todo lo tenía presente Antonio: todo se le ocurria á su tiempo, cuando podia valer y aprovechar más. Así como el general distribuye los jinetes, los infantes y los de leve armadura, así él distribuia los argumentos en las diversas partes de la oracion. Tenía gran memoria, y no se le conocia el trabajo de la meditacion. Parecia siempre desprevenido, pero estaba tan preparado que los jueces eran los que se encontraban desarmados ante las asechanzas de su palabra. No era muy esmerado en la eleccion de las palabras: faltóle este mérito, aunque tampoco hablaba con mucha incorreccion. Y su abandono no procedia de voluntad propia, sino del general descuido con que se mira la pureza de lengua, con ser una de las primeras condiciones del orador. No es tan honroso el hablar bien el latin, como torpe el no saber hablarle. Deber es éste, no ya del buen orador, sino del ciudadano romano. Antonio, sin embargo, guiábase por cierto modo de prudencia y arte áun en la misma eleccion de las palabras (en que no atendia tanto á la gracia como á la fuerza), en su colocacion, en la formacion de las cláusulas, pero sobre todo en las figuras de sentencia. Porque en ellas se aventajó á todos Demóstenes,

le conceden muchos el principado de la elocuencia. Los *schemas*, como dicen los Griegos, son grande aliño oratorio, no tanto para adornar las palabras, como para iluminar las sentencias.

»Si grandes eran todas estas cualidades en Antonio, aún era más singular la accion, que podemos considerar dividida en gesto y voz. El gesto no sólo acompañaba las palabras, sino que convenia con las palabras mismas, y era un nuevo lenguaje. Las manos, los hombros, los costados, el pié, el andar, el sentarse y todos sus movimientos se ajustaban, como por encanto, á sus ideas y palabras: la voz era resistente, aunque áspera por naturaleza; pero él habia convertido en ventaja este defecto. Tomaba un acento flébil en las quejas y conmiseraciones, y no sólo convencia sino que excitaba la misericordia. En él se cumplia lo que cuentan que dijo Demóstenes; preguntándole cuál era la primera cualidad en un orador respondió, por tres veces que la *accion*. Nada penetra más los ánimos; los mueve, agita y modifica á su albedrío. Sin ella jamás conseguirá el orador el efecto que desea.

»Algunos le igualaban, otros le anteponian á Lucio Craso. Todos convenian en que teniendo por abogado á cualquiera de los dos, no podia echarse de ménos el ingenio de ningun otro. Y aunque yo admiro á Antonio tanto como ántes dí á entender, tambien afirmo que no puede concebirse nada más perfecto que Craso. Habia en él suma gravedad, y junto con ella un donaire urbano y oratorio, no truhanesco y chocarrero; una cuidadosa y no afectada elegancia de lengua latina: mucha claridad en la disputa, y copia grande de símiles y argumentos.

»Y así como Antonio tenía increible poder para calmar ó excitar las sospechas, así en la interpretacion, en la definicion y en la explicacion de las leyes, nadie habia superior á Craso. Y esto pudo juzgarse sobre todo en la causa de Marco Curio ante los centunviros. Tantas razones se le

ocurrieron en defensa de la equidad y de la justicia contra la ley escrita, que al mismo Quinto Scévola, hombre agudísimo y muy docto en el derecho, sobre el cual versaba aquella causa, logró confundirle á fuerza de argumentos y de ejemplos, y de tal manera fué defendida aquella causa por estos dos tan grandes abogados (y los dos varones consulares), que todo el mundo tuvo á Craso por el más jurisconsulto de los oradores, y á Scévola por el más elocuente de los jurisconsultos. Era Scévola muy agudo para discernir lo verdadero de lo falso en la ley ó en la equidad, y encerraba con claridad muchas ideas en pocas palabras. Tengámosle, pues, por admirable orador en este género de interpretar, explanar y discutir; pero en la amplificacion, en el ornato y en la refutacion, era un juez temible más bien que un admirable orador. Pero volvamos á Craso.»

Entónces dijo Bruto: «Aunque yo creia saber algo de Scévola por lo que habia oido de él á Cayo Rutilio, no tenía noticia de sus facultades oratorias. Mucho me alegro de que tan ilustre varon y tan excelente ingenio haya florecido en nuestra república.

—Ten entendido, Bruto, le contesté, que nunca ha habido en nuestra ciudad nada más excelente que estos dos hombres. Ya he dicho que el uno era el más elocuente de los jurisconsultos, y el otro el más jurisconsulto de los oradores. En todo lo demas eran tan diversos, que apénas podrias determinar á cuál de los dos quisieras más parecerte. Craso era el más sobrio entre los oradores elegantes; Scévola el más elegante entre los oradores sencillos. Craso juntaba á su extremada cortesía no poca severidad, á Scévola no le faltaba urbanidad y gracia en medio de lo severo de su oratoria. Si toda virtud consiste, como dijeron los filósofos de vuestra academia, Bruto, en un término medio, cada uno de éstos le buscaba; pero de tal suerte, que el uno alcanzaba una parte de la gloria del otro, y total é íntegra la suya.»

Interrumpióme Bruto: «De tus palabras, que me han dado á conocer perfectamente á Craso y á Scévola, infiero que tú y Servio Sulpicio, teneis alguna semejanza con ellos.

—¿Por qué? dije yo.

—Por que tú has aprendido del derecho civil todo lo que necesita un orador, y Servio ha tomado de la elocuencia todo lo que puede ilustrar el derecho civil, y vuestras edades lo mismo que las de ellos difieren poco ó nada.

—De mí, contesté, no debo decir nada: de Servio, dices bien, y te diré lo que siento. No es fácil aplicar más estudio que el que ha puesto él en el arte de bien decir, y en toda enseñanza útil. Fuimos condiscípulos cuando niños, y luégo él tambien fué á Rodas para hacerse mejor y más docto; cuando volvió de allí, quiso más ser el segundo en un arte secundaria, que el primero en la principal. Y pienso que hubiera podido igualar á los primeros; pero quizá prefirió, y tengo para mí que con fortuna, ser el primero entre todos los jurisconsultos, no sólo de su tiempo, sino de los anteriores.

—¿Qué dices? replicó Bruto. ¿Antepones nuestro Servio al mismo Quinto Scévola?

—Sí, contesté, porque Scévola y otros muchos tuvieron la práctica del derecho civil; pero sólo Servio ha tenido la ciencia, á la cual nunca hubiera llegado, sin aprender ántes el arte de dividir un asunto, explicar y definir, explanar ó interpretar las cosas oscuras, distinguir las ambiguas, y, finalmente, tener una regla para separar lo verdadero de lo falso, y las consecuencias reales de las ilegítimas. Él trajo la luz de este arte, el primero y más excelente de todos, á las confusas respuestas y consultas de los jurisconsultos anteriores.

—¿Hablas de la dialéctica? dijo Bruto.

—De esa hablo, respondí yo. Pero á ella agregó la ciencia de las letras y cierta elegancia de hablar, la cual en

sus escritos, que no tienen igual, puede verse. Y habiendo aprendido con dos preceptores muy doctos, Lucio Lucilio Balbo y Cayo Aquilio Galo, venció en rapidez, prontitud y sutileza de ingenio á Galo, hombre muy agudo en las respuestas, y venció asimismo á Balbo, hombre docto y erudito, en reposo y prudencia; de suerte que tiene las cualidades que cada uno de ellos tuvo, y además las que á uno y otro faltaron. Y así como Craso obró con más prudencia que Scévola, porque éste se encargaba de las causas, en lo cual Craso le superaba, y Craso no queria encargarse de las consultas para no ser en nada inferior á Scévola; así obró Servio sapientísimamente. Pues teniendo las dos artes civiles y forenses tanto mérito y gloria, prefirió aventajarse en la una, tomando sólo de la otra lo necesario para exornar el derecho civil y para obtener la dignidad consular.

—Esa misma opinion es la misma que yo tenía, dijo Bruto. Hace poco oí sus lecciones en Sámos, porque queria yo aprender de él la parte de derecho civil que se relaciona con nuestro derecho pontificio. Ahora confirmo mucho más mi juicio con el testimouio y juicio tuyo, y al mismo tiempo me alegro de que el ser vosotros de una misma edad y el haber llegado á los mismos honores, y la semejanza de artes y estudios, léjos de producir entre vosotros esa emulacion y envidia que suele devorar á muchos, haya contribuido á estrechar los vínculos de vuestra amistad. La misma buena voluntad que le tienes y el juicio que de él formas, tiene él de tí, segun yo puedo entender. Duélome por eso de que tanto tiempo carezca el pueblo romano de tu consejo y de tu palabra; y duélome tanto más, considerando á qué manos ha venido á parar el poder, no á qué manos ha sido trasladado.

—Ya dije desde el principio, interrumpió Ático, que habíamos de guardar profundo silencio sobre las cosas de la república. Cumplámoslo, pues, porque si empezamos á la-

mentarnos y á echar de ménos muchas cosas, nunca tendrán fin nuestras quejas.

—Continuemos, dije entónces yo, y sigamos el órden ya anunciado. Venía preparado Craso, se le esperaba, se le oia, y desde el exordio (que él cuidaba siempre mucho), parecia digno de aquella expectacion. Nada de movimientos bruscos del cuerpo, ni de extraordinarias inflexiones de voz, ni de andar de una parte á otra, ni de dar golpes con el pié: sus discursos eran vehementes, y á veces llenos de ira y justo dolor: sus chistes eran muchos, aunque sin menoscabo de la gravedad, y lograba una cosa muy difícil: ser á la vez elegante y breve. En la discusion no tuvo igual: estaba versado en todo género de causas: llegó muy pronto á ocupar el primer puesto entre los oradores. Siendo todavía muy jóven, acusó á Cayo Carbon, hombre elocuentísimo, y obtuvo no sólo aplauso, sino grande admiracion. Defendió despues, cuando tenia veintisiete años, á la doncella Licinia, y tambien entónces estuvo muy elocuente. Dejó escritas algunas partes de este discurso. Todavía en su juventud quiso en el negocio de la colonia Narbonense ensayar algo que se pareciera á oratoria popular. Y pronunció contra aquella ley un discurso demasiado grave para ser un mozo de tan poca edad. Muchas causas defendió luégo; pero su tribunado fué tan poco ruidoso, que si durante él no hubiera comido una vez en casa del pregonero Granio, y no nos lo hubiese contado Lucilio, ni siquiera sabríamos que habia sido tribuno de la plebe.

—Así es, dijo Bruto; pero tampoco he oido hablar nunca del tribunado de Scévola, y eso que creo que fué colega de Craso.

—Lo fué en todas las demas magistraturas, contesté yo, pero tribuno no fué hasta el año siguiente, en que Craso defendió la ley Servilia. Tambien fué censor sin que lo fuera Scévola, porque nunca pretendió Scévola esa magistratura. Pero cuando hizo Craso esa oracion, que yo sé

de cierto que tú has leido muchas veces, tenía treinta y cuatro años, y me llevaba á mí otros tantos. Defendió esa ley en el consulado en que yo nací, y él habia nacido siendo cónsules Quinto Cepion y Cayo Lelio. Tenía, por consiguiente, tres años ménos que Antonio. Y advierto esto, para que se note bien la época en que llegó la elocuencia latina á tal madurez y perfeccion, que apénas podia añadirle nada sino quien estuviese muy instruido en la filosofía, en el derecho civil y en la historia.

—¿Será por ventura Craso, dijo Marco Bruto, el orador perfecto que buscabas?

—No lo sé, dije. Pero hay de Lucio Craso una defensa que hizo de Quinto Cepion en su consulado. No es breve como elogio, pero sí como discurso. Es el último que pronunció siendo censor. En todas sus oraciones resplandece la verdad sin afectacion alguna; las cláusulas y los períodos eran en él concisos y breves, divididos en esas partes pequeñas que llaman los Griegos Κῶλα.

—Al oirte elogiar tanto á esos oradores, dijo Bruto, me lamento mucho más de que Antonio nada dejara escrito, fuera de aquel libro tan breve de retórica, y de que Craso escribiera tan poco.

—Sólo así, hubieran dejado perpétua memoria de su elocuencia y del arte que en sus discursos les guiaba. La elegancia de Scévola la conocemos bien por las oraciones que dejó, y yo casi desde mi niñez tuve por obra maestra aquel discurso contra la ley de Cepion, en que tanto se defiende la autoridad del Senado, y de tal manera se concita la indignacion del pueblo contra la faccion de los acusadores y jefes. Hay en aquel discurso muchos rasgos de estilo grave, muchos de elegancia, muchos de dureza, nó pocos chistes. Debió ser mucho más larga que como hoy la tenemos escrita, segun puede inferirse de algunos puntos que están indicados y no explicados. La misma acusacion censoria contra su colega Cneo

Domicio, no es oracion, sino resúmen y argumento un poco extenso. Nunca hubo más ruidoso altercado. Y realmente sobresalió este orador en el género popular. El estilo de Antonio es mucho más acomodado á las defensas judiciales que á las deliberaciones. No omitiré en este lugar á Domicio, pues aunque no fué orador, tuvo bastante ingenio y facilidad de palabra para sostener sin desdoro la dignidad consular. Lo mismo digo de Cayo Celio, que tuvo mucha ciencia y grandes virtudes: de elocuencia sólo aquello que necesitaba para defender á sus amigos en los negocios privados y para la dignidad que tenía en la república.

»Por el mismo tiempo mereció ser contado entre los oradores medianos, pero que hablaban bien el latin, Marco Herennio, que, sin embargo, venció en la pretension del consulado á Lucio Filipo, hombre de mucha nobleza, muy bien emparentado, de mucha clientela y grande elocuencia. Tampoco pasaba de la medianía Cayo Clodio, distinguido por su nobleza y singular poder. Casi al mismo tiempo floreció el caballero romano Cayo Ticio, que á mi parecer llegó á donde puede llegar un orador latino sin letras griegas y sin mucha práctica. Sus oraciones tienen tanta agudeza y urbanidad, que parecen escritas en estilo ático. Usó esas mismas agudezas en sus tragedias, aunque en modo poco trágico. A éste queria imitar el poeta Lucio Afranio, hombre agudísimo, en sus comedias. Fué tambien acusador acre y vehemente Quinto Rubrio Varron, que fué proscrito por el Senado juntamente con Cayo Mario.

»En el mismo género se distinguió bastante nuestro pariente Marco Gratidio, docto en letras griegas y de buenas disposiciones naturales, muy amigo de Marco Antonio, de quien era prefecto en Silicia cuando fué muerto. Él acusó á Cayo Fimbria. Era padre de Marco Mario Gratidiano.

»Tambien entre los aliados y entre los Latinos pasaron

por oradores Quinto Vectio Vectiano, de la tierra de los Marsos, hombre prudente y breve en el decir (le recuerdo bien); Quinto y Décimo Valerio Sorano, vecinos y familiares mios, no tan admirables en el decir, como doctos en letras griegas y latinas; Cayo Rusticello, de Bolonia, hombre de flexible y ejercitada naturaleza. Pero el más elocuente de todos, fuera de la ciudad, fué Tito Betucio Barro Asculano, de quien quedan algunas oraciones pronunciadas en Ascoli, y una bastante buena que dijo en Roma contra Cepion, á la cual respondió, en nombre de Cepion, Elio, que tambien escribió muchas oraciones, pero nunca fué orador. Entre nuestros mayores, pasaba por muy facundo Lucio Papirio Fregelano, del Lacio, contemporáneo de Tiberio Graco, hijo de Publio. Queda de él una oracion pronunciada en el Senado en defensa de los Fregelanos y de las colonias latinas.»

Entónces dijo Bruto: «¿Qué cualidades concedes á estos oradores extraños?

—Las mismas que á los nuestros, respondí, fuera de una sola, y es cierta urbanidad que falta en los que no han nacido en Roma.

—¿Y qué especie de urbanidad es esa? dijo Bruto.

—No lo sé, respondí. Sólo sé que existe, y ya lo entenderás cuando vayas á las Galias. Allí has de oir palabras que no se usan en Roma; pero estas pueden mudarse y olvidarse. Lo que importa más, es que en la pronunciacion de nuestros oradores, hay cierta suavidad y sonido urbano. Y no sólo en los oradores sino en todos los demas. Yo recuerdo que Marco Tinca Placentino, hombre muy gracioso, solia competir en materia de chistes con nuestro familiar Quinto Granio.

—¿Aquel de quien tanto escribió Lucilio? dijo Bruto.

—El mismo, respondí. Y aunque Tinca decia gracias no menores que las de Granio, éste le vencia en cierto sabor urbano; y por eso no me admiro de lo que cuentan

que le sucedió á Teofrasto, cuando regateaba con una vieja sobre el precio de una cosa, y ella le respondió: «No puede ser ménos, forastero.» Él llevó muy á mal que le tuvieran por forastero, cuando habia vivido tanto tiempo en Aténas y escribia tan bien Creo, pues, que hay en los nuestros, lo mismo que en los Áticos, cierto modo de decir propio de la ciudad. Pero volvamos á los nuestros.

»A los dos más excelentes, es decir, á Craso y Antonio, seguia, aunque á larga distancia, Lucio Filipo. Y aunque nadie habia que se le antepusiera, no me atrevo á llamarle el segundo ni áun el tercero. Porque tampoco debe llamarse el segundo en la cuadriga, al que apénas acaba de salir cuando ya el primero ha obtenido la palma; ni entre los oradores, al que dista tanto del primero, que apénas parece estar en la misma carrera. Habia, sin embargo, en Filipo cualidades que podian llamarse grandes, si no se le comparaba con otros oradores: mucha libertad en el decir, no pocos chistes, prontitud en las respuestas, soltura en la explicacion de las sentencias. Era además tan docto en letras griegas como aquellos tiempos lo consentian: en la discusion era maldiciente y punzante. Casi la misma edad que él tenía Lucio Gelio, orador no tan notable que no se le conociera lo que le faltaba. Y eso que no era indocto, ni tardo en la invencion, ni ignorante de las cosas romanas, y tenía bastante facilidad; pero no brilló mucho por haber nacido en tiempo de tan grandes oradores. Prestó, no obstante, muchos y muy buenos servicios á sus amigos, y como vivió tan largo tiempo, tuvo muchas causas en que ejercitarse.

»Alcanzó el mismo tiempo Décimo Bruto, que fué cónsul con Mamerco, hombre docto en letras griegas y latinas. Tampoco hablaba mal Lucio Escipion, y tenía algun nombre Cneo Pompeyo, hijo de Sexto. Su hermano Sexto habia dedicado su excelente ingenio al derecho civil, y á la perfecta geometría y á la doctrina de los estoicos. En el

derecho se distinguió, ántes que éstos, Marco Bruto, y poco despues Cayo Bilieno, hombre grande por sus propios méritos, que le habrian llevado al consulado, á no ser por los tumultos y sediciones del tiempo de Mario. La elocuencia de Cneo Octavio, que era ignorada ántes de su consulado, se probó despues en muchas ocasiones. Pero volvamos á los verdaderos oradores.

—Bien dices, interrumpió Atico, porque buscamos hombres elocuentes, no hombres que supiesen hablar..

—En el gracejo y en los chistes, Cayo Julio, hijo de Lucio, se aventajó á todos los anteriores y á los de su tiempo, y fué orador nada vehemente, pero á quien nadie excedió en urbanidad, saber y elegancia. Hay de él algunas oraciones en las cuales, lo mismo que en sus tragedias, reina una suavidad falta de nervio.

»Contemporáneo suyo fué Publio Cetego, que siempre tenía algo oportuno que decir de los negocios de la república, porque los conocia muy á fondo.

»En las causas privadas, Quinto Lucrecio Vespilio era agudo y buen jurisconsulto. Por el contrario, Aphilia sobresalia más en las deliberaciones del Senado que en los juicios. Tambien Tito Annio Velina era prudente, y en las causas de ese género orador muy tolerable.

»Asimismo se aventajaba en ellas Tito Juvencio, hombre muy lento en el decir y algo frio, pero ingenioso y astuto para sorprender al adversario, y fuera de esto, muy inteligente en el derecho civil.

»Su discípulo Publio Orbio, que era casi de mi edad, fué poco feliz en la oratoria, pero no inferior á su maestro en el derecho civil. Tito Aufidio, que llegó á la extrema vejez, queria imitar á éstos, y era buen varon é inocente, pero hablaba poco; y no mucho más su hermano Marco Virgilio, que siendo tribuno de la plebe, citó á juicio al victorioso Lucio Sila. Su colega Publio Magio era algo más copioso en el decir.

»Pero de todos los oradores ó Rábulas que fueron enteramente indoctos, y urbanos y rústicos, el más suelto en la palabra y el más agudo que yo recuerdo, fué de nuestro órden Quinto Sertorio, y del órden ecuestre Cayo Gorgonio. Fué tambien fácil en el decir, y tuvo una vida muy brillante é ingenio digno de alabanza, Tito Junio, hijo de Lucio, varon tribunicio que acusó de cohecho á Publio Sextio, pretor electo, y logró hacerle condenar: hubiera llegado muy adelante en los honores á no ser por la falta de salud que le aquejó siempre. Yo bien sé que estoy recordando muchos que ni pasaron por oradores, ni lo fueron realmente, y que quizá omito algunos de los antiguos, dignos de conmemoracion y loor; pero esto es por ignorancia. ¿Qué se puede escribir de hombres de quienes ningun monumento propio ni ajeno habla? De los que yo he visto y oido hablar alguna vez, creo que á ninguno omito. Quiero que se sepa que en una república tan antigua, y donde tan grandes premios se han ofrecido á la elocuencia, todos han deseado ser oradores, muchos lo han intentado, pocos lo han conseguido. Por la manera como yo hablo de ellos, puede entenderse á quién tengo por declamador, á quién por orador.

»Casi al mismo tiempo florecieron, y eran en edad poco menores que Julio, Cayo Cota, Publio Sulpicio, Quinto Vario, Cneo Pomponio, Cayo Curion, Lucio Fusio, Marco Druso, Publio Antistio. En ninguna edad hubo tan rica cosecha de oradores. Entre estos Cota y Sulpicio, á mi juicio y al de todos, obtienen fácilmente la primacía.

—¿Por qué dices, replicó Atico, á mi juicio y al de todos? ¿Por ventura, al apreciar el mérito ó el demérito de un orador, conviene siempre el juicio del vulgo con el de los inteligentes? ¿O son unos los oradores que aprueba la multitud y otros los que aplauden los doctos?

—Discreta es la pregunta, Atico; pero quizás oirás de mi juicios que no apruebes.

—¿Y á tí qué te importa, dijo Atico, con tal qué los apruebe Bruto?

—Ciertamente que me agradaria, Atico, que mi opinion sobre el mérito ó demérito de un orador os agradase á tí y á Bruto, pero quiero que mi elocuencia agrade al pueblo. Necesario es obtener al mismo tiempo el aplauso de la muchedumbre y el de los doctos. Lo que es bueno ó malo en un discurso, yo lo juzgaré, si es que puedo y sé juzgarlo; pero cuál sea el mérito del orador, sólo por el efecto de sus discursos puede conjeturarse. Tres son los fines que puede proponerse: convencer al auditorio, deleitarle ó excitar sus afectos. Qué cualidades ha de tener el orador para lograr esto, ó qué vicios le impedirán conseguirlo, cualquier conocedor del arte puede juzgarlo. Pero entender si el orador ha alcanzado ó nó lo que se proponia, sólo el parecer del vulgo y la aprobacion popular puede decirlo. Por eso nunca hubo division de pareceres entre los doctos y el pueblo sobre juzgar quién es bueno ó mal orador.

»¿Crees que miéntras florecieron los oradores que ántes dije, no tuvieron la misma estimacion en el juicio del vulgo que en el de los doctos? Si hubieran preguntado á uno del pueblo: «¿cuál es el más elocuente de esta ciudad?» ó hubiera dudado entre Antonio y Craso, ó se hubiera decidido por el uno ó por el otro. Y nadie les hubiera antepuesto á Filipo, con ser orador tan elegante, tan grave, tan chistoso, á quien nosotros mismos, que procedemos con el rigor del arte, damos un lugar muy inmediato al de ellos. Porque es condicion de grande orador el parecérselo al pueblo. Y así como el flautista Antigénidas dijo á un discípulo, á quien el pueblo oia con desden: «canta para mí y para las Musas,» así yo diré á Bruto cuando hable, como suele, ante la multitud: «canta para mí y para el pueblo, oh Bruto,» para que los oyentes juzguen del efecto, y yo de los recursos con que se ha producido. Cuando el auditorio se

convence de la verdad que el orador sustenta, ¿qué más puede pedir el arte? Cuando la muchedumbre se deleita y conmueve con un discurso, ¿qué más se puede apetecer? Si goza y se duele, y rie y llora, y ama y odia, y desprecia y envidia, y se mueve á compasion, á vergüenza, á arrepentimiento, á admiracion, á temor ó á esperanza, ¿qué falta hace la aprobacion de los sabios? Lo que aprueba la multitud, han de aprobarlo necesariamente los doctos. Y es una prueba de lo recto del juicio popular el que nunca ha estado en oposicion con el de los sabios. Floreciendo tantos oradores en géneros tan distintos, ¿cuándo ha habido alguno que no sobresaliera á la vez en el concepto público y en el de los inteligentes? ¿Quién de nuestros mayores habria dudado en elegir por patrono á Craso ó á Antonio? ¿Quién, en nuestra adolescencia, cuando brillaban Cota y Hortensio, se atrevia á anteponerles ningun otro, con tal que tuviese libertad de elegir?

—¿Por qué hablas de otros, me interrumpió Bruto, y nó de tí mismo? ¿No veíamos todos el juicio que de tí hacía Hortensio, el cual siempre que defendia contigo alguna causa, te dejaba la parte de la peroracion, donde se concentra la mayor fuerza del discurso?

—Sí que lo hacía, llevado de su benevolencia. Pero yo ignoro cuál sea la opinion del pueblo acerca de mí: de los demas, afirmo que siempre el juicio de los que más saben ha tenido por oradores elocuentísimos á los que el vulgo juzgaba tales. Y nunca hubiera podido decir Demóstenes lo que cuentan que dijo el poeta Antímaco de Claros, cuando habiendo leido delante de un numeroso auditorio aquel gran volúmen suyo que conoceis, le dejaron solo todos á mitad de la lectura, menos Platon. «Seguiré leyendo, dijo, porque Platon vale para mí más que todos los restantes juntos.» Y tenía razon. Las bellezas de un poema son cosa recóndita, y que juzgan pocos; pero la oratoria debe acomodarse al sentir del vulgo. Tanto, que si Demós-

tenes se hubiera visto abandonado por el pueblo sin tener más oyente que Platon, no hubiera acertado á decir una sola palabra. ¿Y qué harias tú, Bruto, si la multitud te dejara como dejó una vez á Curion?

—Yo, dijo él, para confesártelo todo, te diré que hasta en aquellas causas en que me dirijo á los jueces y no al pueblo, nada acierto á decir si no me veo rodeado de un numeroso concurso.

—Así es, respondí. A la manera que el flautista debe arrojar el instrumento si no suena, así debe el orador guiarse por los oidos del pueblo, y si el caballo no quiere moverse, no se empeñe el jinete en llevarle adelante.

»Pero á veces el vulgo aplaude sin comparacion, y se deleita con oradores medianos y hasta malos: no ve nada mejor, y lo aprueba todo. Tambien entretiene un orador mediano, con tal que tenga ciertas cualidades, y nada influye tanto en el ánimo de los hombres como el órden y elegancia del discurso. Por ejemplo, ¿quién de los que oyeron á Quinto Scévola en la defensa de Marco Coponio, que ántes cité, pudo imaginar nada más culto, más elegante ni mejor: cuando quiso probar que Marco Curio, que habia sido instituido heredero, en el caso de que el pupilo no hubiera salido de la tutela, no podia heredar por no haber nacido el pupilo? ¡Qué cosas dijo del derecho de testamentos y de las antiguas fórmulas! ¡Cómo demostró lo capcioso que era para el pueblo el no atenerse á lo escrito y guiarse por opiniones de jurisconsultos que pervertian y alteraban la letra de las disposiciones más sencillas! ¡Cómo invocó la autoridad de su padre, que siempre habia defendido el derecho civil, y cómo encareció la necesidad de conservarlo! Todo esto dicho culta y sábiamente, con brevedad y precision, con bastante elegancia de estilo. ¿Quién de los oyentes, repito, pudo imaginar nada mejor?

»Pero cuando Craso empezó con el ejemplo del jóven delicado, que por haber visto una barca en la ribera, se

propuso fabricar una nave, y dijo que de la misma manera Scévola habia querido convertir la barquilla de la *Caption* en un juicio *centumviral* de herencia; y despues de este exordio, amenizó su discurso con muchas sentencias del mismo género; y convirtió de la severidad á la alegría los ánimos de los oyentes; y luégo comenzó á probar que la intencion del testador habia sido que Curio heredase, en el caso de no haber hijo, ora por no haber nacido, ora por no haber salido de tutela, y que este género de disposiciones testamentarias eran muy frecuentes, y siempre se habian respetado; y siguió defendiendo por razones de *aequo et bono* la voluntad del testador, y combatiendo la esclavitud de la letra, hasta decir que nadie osaria hacer testamentos si el parecer de Scévola y la autoridad que se habia arrogado prevaleciesen; y todo esto lo ilustró con gravedad y copia de ejemplos, con lluvia de chistes y sales: produjo tal admiracion y entusiasmo que pareció que nadie habia hablado en contra. De esta suerte cumplió los tres oficios del orador: deleitar, convencer y persuadir. Y los mismos del pueblo que ántes habian aplaudido á Scévola, reconocieron la superioridad de su adversario y el error en que habian estado. Un hombre inteligente hubiera conocido, al oir á Scévola, que aún podia darse otro género de oratoria más rico y persuasivo. Pero si despues de la peroracion se hubiese preguntado á todos cuál de los dos oradores era superior, no hubiera discrepado por cierto el juicio del vulgo del de los doctos.

»¿En qué se distingue, pues, el inteligente del indocto? En una cosa grande y difícil: en saber cómo se alcanzan ó se pierden los triunfos oratorios; en darse cuenta de lo que aplaude. Se aventaja además el sabio al ignorante, en que sabe discernir cuál es el mejor estilo, cuando hay dos ó más oradores que agradan al pueblo. Ya he dicho que lo que el pueblo no aplaude, tampoco parecerá nunca bien á los doctos. Y así como por el són de las cuerdas en

el instrumento, suele entenderse la destreza con que están tañidas, así por los movimientos del ánimo se calcula el arte del orador en moverlos. Por eso el crítico inteligente no necesita sentarse ni oir atentamente, sino que de una mirada sola, y como de paso, juzga muchas veces del orador. Vé bostezando al juez, hablando al oido con otro, ó dando vueltas ó suspendiendo la sesion, y conoce en seguida que el orador en aquella causa no ha sabido tocar las fibras del alma del juez. Ve, por el contrario, al pasar, á los jueces levantados y oyendo con atencion y muestras de aprobar lo que se dice, suspensos, ó lo que es mejor aún, movidos á compasion, odio, amor ó cualquiera otra pasion, y con sólo ver esto, aunque nada oiga, comprende que el orador ha triunfado, y que su obra va á cumplirse ó está ya cumplida.»

Asintieron mis dos amigos á mis palabras, y yo prosiguiendo mi razonamiento, dije: «Ya que de Cota y Sulpicio ha procedido esta digresion, puesto que ellos fueron los más celebrados oradores de su tiempo, vuelvo á tratar de ellos, y luégo hablaré por su órden de todos los demas. Dos estilos oratorios hay dignos de aplauso: uno rápido y conciso, otro ámplio y espléndido; y aunque éste parezca superior, todo lo que es excelente en cualquier género merece aplauso. El orador conciso debe huir de la sequedad y la pobreza: el copioso y magnífico, de la hinchazon y redundancia. Cota era agudo en la invencion, hablaba con pureza y soltura, y como por sus condiciones físicas no podia levantar mucho la voz, acomodaba á la debilidad de sus fuerzas el tono de su oratoria. Nada habia en sus arengas que no fuese castizo, sano y puro, y aunque no podia dominar con la vehemencia el ánimo de los jueces, lograba por modo suave tan gran efecto como Sulpicio. Fué Sulpicio el orador más trágico (digámoslo así) que yo he oido. Su voz era agradable, sonora y espléndida: el gesto y movimiento del cuerpo elegante, pero nacido no

para la escena, sino para el foro; la palabra arrebatada, flexible, y sin embargo no redundante ni difusa. Queria imitar á Craso, miéntras que Cota se inclinaba á la imitacion de Antonio; pero al uno le faltaba la fuerza de Antonio, al otro la gracia de Craso.

—¡Oh arte admirable, dijo Bruto, pues á éstos, con ser grandes oradores, les faltó á cada uno una de las cualidades principales.

—Y en estos oradores es de advertir que pueden ser excelentes los que entre sí son desemejantes. Porque nada hubo tan distinto como Sulpicio de Cota, y uno y otro se aventajaron mucho á todos los de su edad. Por eso debe el maestro inteligente estudiar la índole de cada uno de sus discípulos, y encaminarla bien, á la manera que Isócrates, viendo el agudo y prestísimo ingenio de Teopompo y el sosegado de Ephoro, aplicaba al uno el freno y al otro la espuela.

»Las oraciones que corren á nombre de Sulpicio dicen que las escribió despues de su muerte Publio Canutio, hombre de mi edad, y á mi juicio, el más diserto de cuantos han florecido fuera de nuestro órden. No queda ningun discurso de Sulpicio, y muchas veces le oí decir que ni tenía costumbre de escribir ni podia. La defensa de la ley Varia, que anda á nombre de Cota, la escribió, á ruegos suyos, Lucio Élio, varon ilustre y caballero romano muy honrado, eruditísimo en letras griegas y latinas, gran conocedor de la antigüedad y de los escritos de nuestros mayores. Nuestro Varron, hombre de admirable ingenio y universal doctrina, adquirió de él los rudimentos de su ciencia, que luégo acrecentó por sí. Élio quiso ser estoico, pero nunca fué ni pensó ser orador. Escribia, sin embargo, oraciones para que otros las pronunciasen, vg., para Quinto Metelo, hijo, para Quinto Cepion, para Quinto Pompeyo Rufo, y aunque éste escribió algunas por sí, nunca sin ayuda de Élio. De esto soy testigo, porque en mi adoles-

cencia iba mucho á casa de Élio, y le oia con mucho gusto y atencion. Pero nunca acabo de admirarme que un tan grande orador consintiera en que pasasen por suyas las pobres oraciones de Élio.

»No era fácil decidir quién era el tercero despues de estos oradores; pero á mí me agradaba Pomponio, ó por mejor decir, no me desagradaba. En las causas de importancia no quedaba lugar más que para los ya referidos, porque Antonio era fácil en aceptar negocios, y Craso, aunque lo repugnaba más, al fin los admitia. El que no contaba con ninguno de estos acudia á Filipo ó á César, á Cota ó á Sulpicio. Estos seis abogados defendian las causas más ruidosas, y no habia tantos juicios como ahora, ni se encargaban muchos de una misma causa, como en el dia sucede, y es intolerable vicio. Respondemos á los que no hemos oido: muchas veces se refiere el hecho de distinta manera á cada abogado, é importa mucho ver lo que el adversario afirma sobre cada punto. Pero nada hay más vicioso que debiendo ser uno sólo el cuerpo de la defensa, vuelva á tomarse el hilo de la causa, cuando ya está defendida por otro. Todas las causas tienen un exordio y una peroracion natural: las demas partes ó miembros, cada uno en su lugar, tienen su valor é importancia. Y si es difícil en un largo discurso conservar la unidad, ¿cuánto no lo será evitar la incongruencia con los discursos de otro que haya hablado ántes? Pero como es un trabajo mucho mayor encargase de toda la defensa que de una parte, y como es mayor la ganancia si se defiende á un tiempo á muchos clientes, por eso ha cundido tanto esa costumbre.

»A algunos les parecia el tercer orador de aquella época Curion, quizá porque usaba de palabras más espléndidas, y porque no hablaba mal el latin, sin duda por el uso doméstico, pues ignoraba del todo las letras humanas. Mucho influye lo que cada dia oye en su casa el niño á sus padres ó pedagogos. Leed las cartas de Cornelia, madre

de los Gracos: parece que éstos fueron educados en su lengua, como en su seno. Muchas veces hemos oido á Lelia, la hija de Cayo, que tenia toda la elegancia de su padre, y á las dos hijas de Mucio, y á las dos nietas de Licinio, á una de las cuales pienso que tú mismo, Bruto, alcanzaste.

—Sí que la oí muchas veces, dijo Bruto, y con tanto más gusto, cuanto que era hija de Lucio Craso.

—¿Y qué piensas de Craso, el hijo de esta Licinia, que fué adoptado en el testamento de Craso?

—Tambien de éste se dice que fué de grande ingenio. Y este mismo Scipion colega mio habla bien, á mi juicio.

—Razon tienes, Bruto. Y parece que esta familia tiene vinculado el don de la sabiduría. Ya hemos hablado de los dos abuelos, Scipion y Craso, y de los tres bisabuelos, Q. Metelo, P. Scipion, que siendo hombre particular libertó la República de la dominacion de Tiberio Graco, y Q. Scévola, augur, tan perito en el derecho y hombre de tanta cortesanía. ¡Y cuán ilustre es el nombre de sus terceros abuelos, Publio Scipion, que fué dos veces cónsul (llamado por sobrenombre *Corculo*), y Cayo Lelio, el más sabio de todos! ¡Oh generosa estirpe, donde ha germinado y florecido todo linaje de glorias!

»Y comparando ahora lo pequeño con lo grande, algo por el estilo debió acontecerle á Curion, en cuanto á avezarse desde niño á hablar con pureza: lo cual es tanto más de admirar, cuanto que nunca conocí á nadie tan indocto y rudo como él, en las artes liberales, entre cuantos tuvieron algun nombre y fama. No conocia ningun poeta; no habia leido á ningun orador; no conservaba memoria alguna de la antigüedad; no sabía el derecho público ni el privado ó civil: aunque esta falta la tuvieron tambien otros oradores señalados, como Sulpicio y Antonio. Pero éstos al ménos poseian el arte de bien decir, y como éste consta de cinco partes conocidísimas, ninguno dejaba de aventajarse en cualquiera de ellas. Y no por claudicar en alguna

de las otras, dejaba de ser orador. Antonio sobresalia en la invencion, en la disposicion, en la memoria y en la accion. En alguna de estas cosas igualaba á Craso; en otras era superior. Craso sobresalia más por la brillantez de su elocuencia. Ni podemos decir que á Sulpicio, ni á Cota, ni á ningun otro orador le faltase del todo alguna de estas cinco partes. Pero de Curion podemos decir con verdad que en ninguna cosa se distinguió más que en el esplendor y copia de las palabras. Era tardo en el pensamiento é inhábil en la construccion del discurso. Y su carencia absoluta de accion y de memoria era tal, que movia á risa á los espectadores. Los movimientos consistian en balancear el cuerpo de una parte á otra; de lo cual tanto se burlaron Cayo Julio (diciéndole que *parecia que hablaba desde un barco);* y Cneo Sicinio, hombre impuro, pero mûy chistoso. Éste, siendo tribuno de la plebe, presentó al pueblo á los dos cónsules Curion y Octavio. Curion habló largamente, miéntras que su colega Cn. Octavio permanecia sentado y lleno de vendajes por el agudo dolor que sentia en las articulaciones. «Nunca, le dijo Sicinio, darás bastantes gracias á tu colega: á no haber sido por sus contínuos movimientos, te hubieran comido hoy las moscas.»

»Su memoria era tan nula, que con frecuencia despues de haber dividido la proposicion en tres partes, añadia una cuarta ó buscaba la tercera. En un juicio privado, pero de grande importancia, en que yo defendia á Titinia y él á Sexto Nevio contra mí, se olvidó súbitamente de la causa, y atribuia este olvido á los hechizos y encantos de Titinia. Grandes pruebas son estas de desmemoriado, pero nada más torpe que olvidarse en sus escritos de lo que poco ántes habia dicho. Así sucede en aquel libro en donde supone una conversacion, que tuvo al salir del Senado con nuestro Pansa y con Curion hijo, siendo el cónsul César quien habia convocado el Senado. Nace todo aquel diálogo de preguntarle su hijo qué habia pasado en la sesion.

Y despues de desatarse Curion en muchas invectivas contra César, se pone á reprender como en profecía las cosas que el mismo César hizo el año siguiente en las Galias.

—¿Tan grande fué su falta de memoria, dijo admirado Bruto, que ni áun releyendo su libro, conoció el desatino enorme que habia cometido?

—¿Y qué cosa más necia, Bruto, que dar al diálogo una fecha muy anterior á las cosas que en él queria censurar? Y hasta tal punto yerra, que se atreve á afirmar que él nunca iba al Senado siendo cónsul César, y esto, poco despues de haber dicho que salió con él del Senado. Quien en esta facultad del alma, que es custodia de todas las restantes, era tan débil, que en un escrito se le iba de la memoria lo que acababa de decir, mucho más habia de tropezar cuando hablaba de repente. Y así, aunque no le faltaban cargos públicos ni deseos de hablar, muy pocas causas venian á él. En su tiempo se le tenía, á pesar de todo, por orador próximo á los buenos, sólo por la pureza de las palabras y por su expedita y fácil locuacidad. Creo que sus oraciones valen la pena de leerse. Son algo lánguidas, pero pueden educar y desarrollar la única facultad que medianamente poseia, la cual tiene tanto precio que por sí sola dió á Curion apariencias de orador. Volvamos al asunto.

»Cayo Carbon, hijo de aquel elocuentísimo varon de que ántes hicimos mérito, no era orador muy agudo, pero tampoco merece ser olvidado. Habia en sus palabras gravedad, era fácil y tenía cierta autoridad natural. Q. Vario era más agudo en la invencion y no ménos expedito en la palabra: vehemente en la accion y no pobre ni abyecto en el estilo. Podemos, sin reparo, llamarle orador. Cn. Pomponio, á fuerza de pulmones, hacia algun efecto. Era acre y odioso.

»Mucho se diferenciaba de estos L. Fusio, que logró el fruto de su diligencia en la acusacion de Marco Aquilio.

En cuanto á tu tio Marco Druso, orador grave siempre que trataba de los negocios de la república; Lucio Lúculo, que hablaba con agudeza; tu padre, tan docto en el derecho público y privado; M. Lúculo; M. Octavio, hijo de Cneo, que tuvo tanta autoridad y crédito que logró abolir por sufragios del pueblo la ley *frumentaria* de Sempronio; Cn. Octavio, hijo de Marco; M. Caton, padre, y el hijo de Quinto Cátulo, yo los separo de la haz de los declamadores judiciales, y los pongo entre los más ilustres defensores de la república.

»En el mismo número colocaria á Q. Cepion si, por demasiado adicto al órden ecuestre, no se hubiese apartado del Senado; á Cn. Carbon, á M. Mario y á muchos más, no tan hábiles para lisonjear los oidos de un auditorio elegante, como para una asamblea tumultuosa. Así era (aunque alteremos un poco el órden) en tiempos más cercanos L. Quincio, y Palicano todavía más acepto á los oidos del vulgo. Y ya que hacemos mencion de hombres sediciosos, el más elocuente despues de los Gracos fué L. Apuleyo Saturnino, que, sin embargo, arrebataba más por el ademan y el movimiento y hasta por el traje, que por la abundancia de su palabra ni por su escasa prudencia. Hombre de los más perversos que han existido fué Cayo Servilio Glaucia, pero astuto é ingenioso y de no poco chiste. Se fué levantando desde la mayor ignominia y bajeza hasta la pretura, y hubiera sido cónsul, si se le hubiese admitido á la eleccion, porque tenía á la plebe por suya, y se habia hecho favorable al órden ecuestre con sus leyes. Fué muerto siendo pretor, el mismo dia que murió tambien el tribuno Saturnino, en el consulado de Mario y Flaco. Era Glaucia parecido al ateniense Hipérbolo, cuya maldad notaron y reprendieron tanto los cómicos áticos.

»A estos siguió Sexto Ticio, hombre locuaz y bastante agudo; pero tan afeminado en el gesto, que para remedarle se inventó una danza llamada Ticia. Ha de evitarse mucho

en la accion todo lo que pueda dar lugar á imitaciones reprensibles.

»Volvamos á la época de que habíamos empezado á hablar. Contemporáneo de Sulpicio fué P. Antistio, rábula bastante tolerable, que despues de haber estado en silencio por muchos años, y de haber sido objeto de desprecio y áun de risa, tuvo ocasion en su tribunado de atacar con brillantez la injusta y extraordinaria pretension del tribunado, de C. Julio. Y lució tanto más, cuanto que habiendo defendido la misma causa su colega Sulpicio, no dijo cosas tan agudas como él. Y si ántes de su tribunado tenía muchas causas, luégo acudieron á él casi todos los litigantes. Veia bien los asuntos, componia con agudeza, tenía buena memoria: sus palabras no eran elegantes, pero tampoco rastreras. Sus discursos, fáciles y flúidos. Su ademan no era inurbano. La accion flaqueaba algo, por falta de voz y de gesto. Floreció en el tiempo trascurrido desde la renuncia y la vuelta de Sila, en que faltó de la república toda dignidad y justicia. Agradaba Antistio tanto más, cuanto que estaba desierto de oradores el foro. Sulpicio habia muerto: se hallaban ausentes Cota y Curion: de los demas abogados de este tiempo vivian sólo Carbon y Pomponio: á cualquiera de los dos fácilmente superaba.

»Seguíale en edad L. Sisena, varon docto y de buenos estudios, que hablaba bien el latin, conocia los negocios de la república y no estaba falto de cierto chiste; pero trabajaba poco y carecia de práctica forense. Colocado entre dos edades, la de Sulpicio y la de Hortensio, no podia competir con el primero, y habia de ceder forzosamente el puesto al segundo. Sus facultades pueden conocerse por su historia, que con exceder bastante á los anteriores, está aún muy léjos de la perfeccion, y prueba que este género ha sido todavía poco cultivado en las letras latinas.

»En cuanto al ingenio de Q. Hortensio, áun en su juventud, era como una estatua de Fidias, que apénas se la ve, es

admirada. Se presentó por primera vez en el foro siendo cónsules L. Craso y Q. Scévola, y por juicio de todos, incluso de los mismos cónsules que tanto excedian á los demas en inteligencia, se consideró su discurso como de primer órden. Tenía entónces veintiun años. Murió en el consulado de L. Paulo y Q. Marcelo, por donde vemos que ejerció la abogacía cuarenta y cuatro años De sus méritos oratorios hablaré despues. Ahora sólo he querido fijar su edad, porque, como fué larga, descolló al lado de oradores mucho mayores que él y de otros algo más jóvenes. Así como Accio dió al teatro una comedia el mismo año que Pacuvio, teniendo el uno ochenta años y el otro treinta, así Hortensio no sólo pertenece á *su época*, sino tambien á la mia y á la tuya, Bruto, del mismo modo que á otra muy anterior. Ya solía hablar en tiempo de Craso y de Antonio, y del anciano Filipo, y viviendo todos ellos defendió la causa de los bienes de Cneo Pompeyo, aventajándose, con ser muy jóven, á los contemporáneos de Sulpicio, y á sus iguales M. Pison, M. Craso, Cn. Léntulo y P. Sura: y por muchos años se ejercitó en el foro conmigo, que tenía ocho ménos que él, y defendió contra tí la causa de Apio Claudio, poco ántes de su muerte.

»¿Ves cómo ya hemos llegado á tí, Bruto, considerado como orador, á pesar de haber florecido tantos entre el comienzo de mi carrera y el de la tuya? Hablaré sólo de los muertos.

—No hay razon, replicó Bruto, para omitir á los vivos. Lo harás porque temes que nosotros divulguemos esta conversacion y se enojen contigo algunos.

—¿Y qué, no podeis callar?

—Fácilmente callaremos; pero sin duda prefieres callar tú mismo, y no poner á prueba nuestra discrecion.

—Te diré la verdad, Bruto: nunca creí llegar en esta enumeracion hasta nuestros tiempos; pero de tal manera

se ha ido tejiendo el hilo cronológico, que he venido á parar en los más modernos.

—Habla, pues, de los intermedios: luégo vendremos á tí y á Hortensio.

—A Hortensio sólo: de mí dirán otros lo que quieran.

—Nada de eso. Aunque tanto me interesa todo lo que vas diciendo, nada espero con tanta curiosidad como lo referente á tí; no acerca de tus cualidades oratorias, que bien conocidas son de todos, y más de mí, sino por saber los pasos, digámoslo así, y el método que seguiste en el cultivo de tu arte.

—Te complaceré, pues lo que deseas no es que hable de mi ingenio, sino de mis trabajos. Pero ántes mencionaré á otros, empezando por Marco Craso.

»Éste tenía pocas cualidades naturales, y no muchas de las que da el estudio. Gracias á su laboriosidad, diligencia y afable condicion, fué por algunos años uno de los principales abogados. Su frase era correcta y latina; las palabras no triviales ni humildes; la composicion discreta; pero no habia en sus discursos una flor ni un rayo de luz. Tenía ardor en el alma, pero la voz apagada, á tal punto, que decia todas las cosas de la misma manera: aunque su enemigo Cayo Fimbria no podia jactarse mucho de aventajarle, porque lo decia todo á gritos y con rapidez grandísima, de tal suerte, que, dejando fríos á los oyentes, parecia un loco entre cuerdos.

»Cn. Léntulo logró por la accion más fama de orador que la que merecia, porque ni era agudo, aunque su rostro indicaba talento, ni abundante en las palabras, aunque tambien en esto engañaba, y con pausas y exclamaciones y con una voz suave y canora inflamaba de tal modo al auditorio, que no echaba de ver las cualidades de que carecia. Y así como Curion, por la copia de palabras, sin otra alguna cualidad, tuvo nombre de orador, así Cn. Léntulo disimuló con la accion, en que fué excelente, la me-

dianía de sus otras cualidades. Y lo mismo hizo P. Léntulo, cuya torpeza en inventar y pobreza de elocucion estaba suplida por la dignidad de su aspecto, por el ademan lleno de arte y gracia, y por la suavidad y cuerpo de la voz. No tuvo más cualidad que la accion: en todo lo demas era inferior al otro.

»M. Pison debió todas sus ventajas al estudio, y era más docto en letras griegas que cuantos le precedieron. Tuvo naturalmente cierto género de agudeza, limada por el arte. Era en la eleccion de las palabras discreto y cuidadoso; pero á veces tanto aliño resultaba indigesto ó frio. En ocasiones tenía chiste. No resistió mucho tiempo el trabajo forense, porque era de cuerpo débil, y además no podia sufrir las inepcias y majaderías de los hombres que tiene que tolerar el abogado, y los despedia con ingenuo y libre fastidio ó con expresiones iracundas. Brilló de jóven, pero se oscureció luégo. Obtuvo más adelante no poca fama con el juicio de las Vestales, y volviendo desde entónces á su crédito, le conservó tanto tiempo cuanto pudo resistir el trabajo. Despues perdió de gloria cuanto ganó de descanso.

»P. Murena era de mediano ingenio, pero de grande estudio de las cosas antiguas, estudioso y no indocto en las amenas letras; hombre de mucha industria y diligencia. Cayo Censorino supo muy bien las letras griegas: explicaba con claridad lo que queria, no le faltaba gracia en la accion; pero era muy perezoso y enemigo del foro. L. Furio, con poco ingenio pero con mucho trabajo, hablaba con frecuencia, y decia lo que podia. Le faltaron pocas centurias en una eleccion para el consulado.

»Cayo Macro nunca tuvo autoridad, pero fué abogado muy inteligente: si su vida y costumbres, y hasta su semblante, no hubiesen echado á perder el mérito de su ingenio, hubiera logrado más fama entre los abogados. No era abundante, ni tampoco seco y pobre: no muy brillante,

pero tampoco desaliñado: la voz, el gesto y toda la accion, en suma, no carecian de gracia: en la invencion y composicion de las palabras era muy cuidadoso. Aunque se le oia con gusto en las causas públicas, era más celebrado en las privadas.

»C. Pison era orador copioso en palabras, y no tardo en la invencion; pero su rostro daba á entender más agudeza y malicia que la que realmente tenía. A Marco Glabrion, aunque bien educado por su abuelo Scévola, le echó á perder lo indolente de su naturaleza. Tambien L. Torcuato era elegante en el decir, en el juzgar muy prudente, en todo muy urbano.

»Q. Pompeyo, que era casi de mi edad, varon nacido para toda grandeza, hubiera tenido fama oratoria si el deseo de una gloria mayor no le hubiese llevado á las empresas bélicas. Era en sus discursos bastante espléndido: veia con prudencia los negocios. En la accion era muy aventajado: tenía suma dignidad en la voz y en los movimientos.

»D. Silano no tuvo mucho estudio, pero sí bastante agudeza y facilidad. Q. Pompeyo, hijo de Aulo, llamado el Bitínico, que venía á tener dos años ménos que yo, era hombre de infatigable estudio, lo cual puedo saber porque tuvo conmigo y con M. Pison grande amistad y estudios comunes. Su accion no realzaba mucho su oratoria: ésta tenía bastante abundancia: á la otra le faltaba gracia.

»P. Antronio no tenía de recomendable más que una voz vibrante y aguda. Lo mismo L. Octavio Reatino, que murió jóven, cuando ya habia defendido muchas causas. Hablaba con más audacia que preparacion. Cayo Staleno, que se habia adoptado á sí mismo, y de Staleno se habia hecho Élio, tenía un estilo férvido, petulante y furioso, aunque grato á muchos. Hubiera alcanzado los primeros honores, á no haber sido sorprendido en un crimen que hizo caer sobre él el rigor de las leyes.

»El mismo tiempo alcanzaron los hermanos Cepasios, Cayo y Lucio, hombres oscuros y desconocidos, que de repente llegaron á la cuestura, sólo por su modo de decir desusado y campesino. Añadiré, para no omitir á nadie de los que entónces hablaban, á Cayo Cosconio Calidiano, que sin cualidades de ningun género, pero con grandes gritos y extraño gesto, decia al pueblo lo que buenamente se le ocurria. Lo mismo hacía Q. Arrio, que fué como el segundo de Marco Craso. Él es un ejemplo de cuánto vale en esta ciudad acomodarse al tiempo y servir á muchos en los honores ó en el peligro. Nacido de ínfima clase, no sólo alcanzó dignidades, riqueza y favor, sino que llegó á tener cierta reputacion de abogado, aunque carecia totalmente de doctrina é ingenio. Y así como los púgiles mal ejercitados, que ansían la palma de Olimpia, pueden sufrir los golpes y las puñadas, pero no resisten el sol; así éste, despues de haberle salido bien todas las cosas, no pudo resistir la inclemencia del año judicial.

—Mucho tiempo hace, me interrumpió Atico, que estás revolviendo heces, y me callaba, pero nunca creí que descenderias hasta los Stalenos y los Antronios.

—No pensarás que lo hago por ambicion é interes propio, ya que se trata de muertos, pero como sigo el órden cronológico, tengo que encontrarme con todos, y además quiero que se vea cuán pocos son, entre los que se han arrojado á hablar en público, los dignos de memoria. Vuelvo á mi propósito.

»T. Torcuato, hijo de Tito y discípulo de Molon, el cual hubiera sido cónsul á no ser por su repentina muerte, tenía disposiciones y facultades naturales más bien que inclinacion á la oratoria. No habló más que en el Senado ó en negocios de sus amigos.

»Tambien Marco Pontidio, natural del mismo municipio que yo, defendió muchas causas privadas, y no era torpe en ellas, pero hablaba siempre con excesivo arrebato, in-

dignacion y vehemencia, de modo que parecia que no sólo disputaba con el adversario, sino tambien con el juez, á quien siempre ha de procurar tener propicio el orador. M. Mesala, menor que nosotros, no era pobre en el lenguaje, aunque tampoco muy adornado; prudente, agudo, nada incauto, abogado diligente para enterarse de los negocios, hombre de mucho trabajo y que defendió muchas causas.

»Los dos Metelos, Celer y Nepos, nada versados en las causas, ni faltos de ingenio ni indoctos, habian seguido el género y estilo popular. Tambien Cn. Léntulo Marcelino pareció muy elocuente en su consulado, rico en palabras y en chistes, y sonoro en la voz. Cayo Memmio, hijo de Lucio, consumado en las letras griegas, pero despreciador de las latinas, orador agudo y suave, pero que tema el trabajo de hablar y áun el de pensar.

—¡Cuánto desearia, me interrumpió Bruto, que nos hablaras de los oradores que áun viven, y ya que no de los otros, á lo ménos de César y Marcelo!

—¿Y por qué? le respondí. ¿A qué he de formar yo juicio de oradores que conoces tan bien como yo?

—Mucho conozco á Marcelo, pero á César poco. Al primero le oí muchas veces; el segundo, cuando yo podia formar algun juicio, estaba ya ausente de Roma.

—¿Qué juzgas, pues, de Marcelo á quien tantas veces has oido?

—¿Qué he de juzgar sino que se parece mucho á tí? Agrádame y no sin causa. Ha hecho buenos estudios, y prescindiendo de los demas, á éste se ha dedicado con especial ahinco y diarios ejercicios. Usa de palabras escogidas y brillantes, y su voz y la dignidad de sus movimientos realza todo lo que dice. Diríase que no le falta ninguna de las cualidades propias de un orador. Y es tanto más digno de alabanza, cuanto que en este tiempo, en esta comun y fatal desgracia nuestra, puede consolarse con el

testimonio de su buena conciencia y con nuevos estudios. Le oí en Mitilene hace poco, y ví en él á un hombre de véras. Y así como ántes me parecia semejante á tí en el decir, ahora me parece émulo del doctísimo Cratipo, muy amigo tuyo, segun entiendo.

—Aunque mucho me deleitan esas alabanzas de tan gran varon y amigo mio, hácenme traer á la memoria nuestras presentes miserias; para olvidarme de las cuales, he ido prolongando esta conversacion. Pero quiero saber ántes el juicio de Atico sobre César.

—Bien haces, interrumpió Bruto, en no querer hablar tú mismo de los que ahora viven, y á fe mia que si procedieras con ellos como con los muertos, no omitiendo á nadie, habias de tropezar con muchos Antronios y Stalenos. Sin duda has querido evitar este peligro, ó temes que alguno se queje de verse omitido ó no bastante alabado. Pero de César puedes hablar con libertad, por ser conocidísimo el juicio que formas de su ingenio, y él del tuyo.

—Mi juicio acerca de César, dijo Atico, conviene con el de este severísimo juez de tales cosas, y es que casi ningun orador ha hablado con más elegancia el latin. Y esto no sólo por la costumbre doméstica, como se dice de las familias de los Léntulos y Mucios, sino por haber perfeccionado esta primera enseñanza con muchas letras recónditas y exquisitas, y con grande estudio y diligencia. Como que en medio de sus mayores ocupaciones, ha escrito, dedicado á tí (esto lo dijo Atico mirándome) su excelente libro *De la propiedad de la lengua latina*, y al principio dice que la buena eleccion de palabras es el fundamento de la elocuencia, y allí, Bruto mio, tributa á nuestro Ciceron este singular elogio: «A tí, príncipe é inventor de la abundancia del lenguaje, debemos juzgarte por benemérito de la dignidad del pueblo romano.»

—Magnífico elogio es ese, dijo Bruto, pues no sólo te llama *inventor y príncipe de la riqueza de elocucion*, sino

benemérito del pueblo romano. Por tí, esto solo en que nos vencian los vencidos Griegos, les ha sido arrebatado, ó á lo ménos compartido con nosotros. Esta alabanza y testimonio de César debes anteponerla á todos los triunfos.

—Y con razon, Bruto, si es que ha de tomarse por juicio de César, y no por testimonio de su benevolencia. Por que más acrecentó la gloria del pueblo el primero, quienquiera que fuere, si es que hubo alguno, que introdujo en nuestra ciudad esta abundancia de lenguaje, que los que expugnaron los castillos de Liguria, y lograron por ende tantos triunfos.

»Y en verdad, que si dejamos aparte las heroicas resoluciones con que alguna vez han salvado grandes generales á su pueblo en la paz ó en la guerra, mucho excede un buen orador á los generales medianos. Direis que es más útil un general. Cierto, y sin embargo (y me habeis de permitir que hable con libertad), preferiria yo ser autor de la oracion de Lucio Craso en defensa de Marco Curion, á haber logrado dos triunfos por la conquista de otros tantos castillos. Direis que más ventajas reportó á la república la toma de los castillos de Liguria que la defensa de M. Curion. Verdad es. Pero tambien les importaba más á los Atenienses tener domicilios seguros, que no una estatua de Minerva, labrada de marfil por mano de Fidias, y no obstante, yo más quisiera ser Fidias que el mejor maestro de obras. No se ha de estimar la utilidad de las cosas, sino su valor absoluto. Pocos son los buenos pintores ó escultores; pero nunca faltarán buenos artífices y operarios. Continúa, amigo Pomponio, diciéndonos lo que juzgas de César.

—El fundamento de su oratoria es una elocucion pura y latina. Los pocos que ántes la habian logrado, no era por razon ó ciencia, sino por buena costumbre. Omito á Cayo Lelio y á Publio Escipion: el hablar bien el latin era mérito propio de su tiempo, como la inocencia, y áun así

no en todos. Porque sus contemporáneos Cecilio y Pacuvio bien mal hablaban. Pero lo general era hablar bien, entre todos los que no habian vivido fuera de la ciudad, ni habian tenido en casa ninguna sombra de barbarie, ya que lo mismo en Roma que en Aténas vinieron muchos de fuera hablando mal, y corrompieron la lengua. Así se requiere gran correccion y una regla inmutable, que no sea la de la costumbre.

»Todos conocimos, cuando niños, á Tito Flaminio, que fué cónsul con Q. Metelo. Pasaba por buen hablista, pero ignoraba las letras. Catulo no era enteramente indocto, como tú mismo has dicho hace poco; pero la suavidad de su voz y la fácil pronunciacion de las letras habian bastado á darle nombre de orador. Cota, que prolongaba mucho las letras por separarse de la costumbre griega, produciendo un són agreste y desapacible, habia llegado por este inculto y silvestre camino á la misma fama. Sisena se habia propuesto ser corrector de los vicios de lenguaje, y ni siquiera el acusador C. Rusio pudo apartarle de la manía de usar voces anticuadas.

—¿Qué quiere decir eso, interrumpió Bruto, ó quién era ese C. Rusio?

—Un antiguo acusador, que atacaba á Chritilio, á quien defendia Sisena. Éste dijo que sus crímenes eran *sputatilica*. Á lo cual respondió C. Rusio: «Oh jueces, temo alguna asechanza, si no me socorreis. Sisena debe de tenderme algun lazo, porque no entiendo lo que dice. ¿Qué quiere decir *sputatilica*. Entiendo el *sputa*, pero el *tilica*, no.» Hubo grandes risas; pero aquel amigo mio siguió creyendo que el hablar bien era lo mismo que el hablar de un modo inusitado.

»César ha tenido el buen gusto de corregir la mala y viciosa costumbre con una incorrupta y pura locucion. Por eso cuando añade á esta elegancia de lengua latina (necesaria no sólo en un orador, sino en todo bien nacido

ciudadano romano) los demas ornatos de la elocuencia, parece que coloca á buena luz cuadros bien pintados. Su modo de decir es espléndido y nada vulgar: la voz, el movimiento, el ademan, todo tiene algo de magnífico y generoso.

—Mucho me agradan sus oraciones, dijo Bruto: he leido muchas. Tambien ha escrito unos comentarios de su vida, muy dignos de aplauso. Son de una belleza sencilla y desnuda, sin aparato alguno oratorio, como despojada de toda vestidura y cendal. Quiso dar materiales para que otros escribieran, y acaso hizo un favor á los ignorantes que quieran ejercitar su pluma en tal empresa; pero de fijo quitó las ganas á los varones prudentes. Porque nada hay más agradable en la historia que la pura y clara brevedad. Volvamos, si os place, á los que ya murieron.

—C. Sicinio, proseguí, nieto de Q. Pompeyo, el que fué censor, llegó á la cuestura, y fué orador estimable, versado en el arte de Hermágoras, que es de poca utilidad para el ornato, mas no para la invencion; da preceptos y reglas infalibles, aunque pobres, sobre el método, y á lo ménos no consiente andar vagando el ánimo del orador. Observándolos él y viniendo preparado á las causas, nunca se encontraba ayuno de palabra, y gracias á esta saludable enseñanza y disciplina, tuvo crédito entre los abogados.

»Tambien era muy docto mi primo C. Visellio Varron, casi de la misma edad que Sicinio. Murió despues de haber sido edil curul, y confieso que en cuanto á él difirió siempre mi juicio del que formaba el pueblo. Este le aplaudia poco, porque sus oraciones eran arrebatadas y oscuras por la copia de agudezas y por lo rápido de la pronunciacion; pero nunca ví otro más feliz en las palabras ni más fecundo en las sentencias. Además habia aprendido perfectamente de su padre Acúleo el derecho civil.

»Quedan todavía, entre los muertos, L. Torcuato, á quien

más bien que orador (y eso que no le faltaban condiciones) podíamos llamar, con un vocablo griego, *político*. Era hombre de muchas letras y no vulgares, sino extrañas y recónditas, de divina memoria, de mucha elegancia y cortesía, á todo lo cual se agregaba lo íntegro y puro de su vida.

»Tambien me agradaba mucho el estilo de Triario, tan sesudo en medio de su juventud. ¡Cuánta severidad en su rostro! ¡qué peso en sus palabras! ¡cuánto meditaba todo lo que salia de sus labios!»

Entónces Bruto, conmovido por la mencion que yo habia hecho de Torcuato y Triario, á quienes él tanto habia amado, añadió: «Entre otras innumerables razones que tengo para dolerme de que no durase eternamente tu sistema de paz, es que no hubiera perdido la república á estos dos y á otros excelentes ciudadanos.

—Silencio, Bruto: no acrecentemos con esas consideraciones nuestro dolor. Acerbo es el recuerdo de los males pasados, y aún más el de los futuros. Dejemos de lamentarnos, y fijémonos sólo en las cualidades oratorias que tuvo cada cual.

»Entre los que murieron en la misma guerra podemos citar á M. Bibulo, que escribia con cuidado aunque no era orador, y procedió siempre como varon constante; á tu suegro Apio Claudio, colega y familiar mio, hombre bastante estudioso, orador ejercitado, y muy docto en la ciencia augural, en el derecho público y en las antigüedades; á Lucio Domicio, que hablaba sin arte alguna, pero en buen latin y con libertad; á los dos Léntulos, consulares, de los cuales Publio, mi salvador y vengador de mis injurias, debió al arte todas sus cualidades. No las tenía naturales, pero era tal la grandeza de su ánimo que logró asimilarse las dotes más singulares de los esclarecidos oradores. L. Léntulo tenía fuerza oratoria, pero no queria tomarse el trabajo de pensar. Su voz era sonora, sus palabras no des-

agradables. Infundia á las veces confianza ó terror. En las causas judiciales podia desearse cosa mejor: no en las deliberaciones públicas. Tampoco era orador político despreciable T. Postumio, tan batallador en sus discursos como en sus actos, desenfrenado y acre, pero muy conocedor del derecho público y de las costumbres antiguas.

—Si vivieran todos esos, dijo Ático, juraria que tus observaciones procedian de mala intencion. Nombras á todos los que alguna vez se han atrevido á hablar, tanto, que me admiro que hayas omitido á M. Servilio.

—No ignoro, Pomponio, que ha habido muchos que nunca han hablado en público, con poder hacerlo harto mejor que éstos que llevo enumerados, pero con recordarlos logro que conozcais cuán pocos se han atrevido á hablar en público, y áun entre éstos cuán pocos hay dignos de alabanza. Por eso ni siquiera he hecho mencion de esos caballeros romanos, amigos nuestros, que han muerto hace poco: P. Cominio Spoletino, que acusó á Cayo Cornelio, á quien yo defendia, y tuvo un género de oratoria aliñado, vehemente y fácil; T. Accio de Pésaro, á cuya acusacion contra Cluencio respondí yo. Era orador bastante copioso y docto en los preceptos de Hermágoras.

»En estudio nadie aventajó, ni quizá en ingenio, á mi yerno C. Pison. No tenía un momento ocioso: ó se ocupaba en los negocios forenses, ó estudiaba en su casa, ó escribia, ó meditaba. Parecia que en el trabajo volaba, más bien que corria. Era elegante en la eleccion de las palabras, rotundo en los períodos: encontraba muchos y fortísimos argumentos, y frecuentes y agudas sentencias. En el gesto era por naturaleza tan aventajado, que simulaba un arte que no tenía. Temo por mi amor hácia él exagerar sus méritos, pero no es así. Aún merece alabanzas mayores. Ni en la continencia, ni en la piedad, ni en otra alguna virtud hallo ninguno de su tiempo que sea comparable con él.

»Tampoco creo que debe omitirse á M. Celio, cualquiera

que fuese el triste resultado á que le llevaron sus propósitos ó su fortuna. Miéntras obedeció á mi autoridad, fué tan excelente tribuno de la plebe, que nadie se opuso con tal fortaleza, en defensa del Senado y de la causa de los buenos, á la popular y turbulenta demencia de algunos perdidos ciudadanos. A lo excelente de su accion se unia un estilo espléndido, solemne, y á las veces gracioso y urbano. Tres fueron sus principales acusaciones, y todas en pro de la república: sus defensas, aunque no valian tanto, no eran tampoco despreciables. Con grande aplauso de todos los buenos fué elegido edil curul; pero no sé cómo, durante mi ausencia se mostró inconsecuente consigo mismo, y se perdió por imitar á aquellos que tanto habia censurado.

»Digamos algo de M. Calidio, que no fué orador vulgar, sino casi singular entre muchos: de tal suerte ilustraba sus recónditas y exquisitas ideas lo brillante de su elocucion. Nada tan suave como sus cláusulas, nada tan flexible; la frase se modelaba á su arbitrio, como ningun otro orador lo consiguió nunca: tan pura y flúida era su palabra: no habia un solo vocablo que no estuviera bien colocado en su lugar, *tanquam in vermiculato emblemate*, que dijo Lucilio. Ni habia tampoco palabra alguna dura, insolente, humilde ó traida de léjos. Casi nunca usaba de voces propias, sino de las trasladadas; pero de suerte que no parecian arrancadas por fuerza, sino que por su propia voluntad habian trasmigrado. No era por eso desaliñado é incorrecto, sino armonioso, aunque no cerraba siempre de igual modo sus cláusulas. Frecuentes eran en él las figuras de palabras y sentencias, que llaman los Griegos *schemas*, y que vienen á ser como lumbres y matices de la oracion. Conocia perfectamente las fórmulas de los jurisconsultos, y sabía aplicarlas. A todo esto se añadia el órden lleno de arte, la accion culta y hermosa, y todo el estilo plácido y sano.

»Si el colmo de la perfeccion fuera hablar con dulzura, nada más podria desearse. Pero ya he dicho ántes que tres cosas ha de procurar el orador: enseñar, deleitar y conmover. Logró Calidio dos de ellas: ilustrar con claridad el asunto, y entretener sabrosamente los ánimos de su auditorio. Faltóle el tercer mérito: conmover y arrastrar.

»No tenía fuerza ni arranque alguno: ya procediera esto de que juzgaba locos y delirantes á los oradores de palabra fogosa y accion vehemente; ya de que la naturaleza le hubiera negado estas cualidades; ya de falta de costumbre. Recuerdo que acusando á Q. Galio de haber querido envenenarle, y presentando testigos, documentos, indicios y pruebas de todo género, bastantes á dar fe del hecho, yo en la respuesta alegué como uno de los argumentos la serenidad, lentitud y sangre fria con que él habia hablado de una cosa que tan de cerca le tocaba: del peligro de su vida. «¿Habias de hablar así, M. Calidio, si no fingieras lo que dices? ¿Tú que con tanta elocuencia defiendes á otros, tan frio en causa propia? ¿Dónde está el dolor que suele arrancar voces y querellas hasta á los niños? Ni tu alma ni tu cuerpo se han conmovido en lo más mínimo: ni tu frente ni tus piernas han vacilado: no has herido la tierra con el pié. Tan léjos has estado de inflamar nuestros ánimos, que casi nos hemos dormido.» Así la serenidad ó el defecto de este excelente orador me sirvió de argumento contra él.

—¿Y cómo dudar, interrumpió Bruto, que esa serenidad era un vicio? ¿Quién no confesará que siendo el mayor triunfo del orador conmover é inflamar á los oyentes, el que esto no consigue no ha conseguido nada?

—Sea como quieras, y pasemos á Hortensio, el único que nos queda. Luégo, ya que te empeñas en eso, Bruto, hablaré de mí mismo, aunque sea con brevedad. Antes debo hacer mencion de dos jóvenes que, á haber vivido más tiempo, hubieran alcanzado fama grande de elocuencia.

—Lo dirás por Cayo Curion y Cayo Licinio Calvo, interrumpió Bruto.

—Bien dices. El uno de ellos era tan fácil y suelto, tan agudo en las palabras y en las sentencias, que no era fácil hallar nada más elegante y expedito. Poco le instruyeron sus maestros; pero tuvo una disposicion admirable para la oratoria. De su estudio nada digo: si hubiera querido hacerme caso, habria preferido de seguro los honores á las riquezas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fácil es entenderme. Siendo el honor un premio de la virtud otorgado á alguno por el juicio y unánime voluntad de los ciudadanos, sólo el que legítimamente le alcanza me parece glorioso y honrado. El que aprovechándose de una ocasion feliz obtiene el poder áun contra la voluntad de sus conciudadanos, logra el nombre del honor, no el honor. Si Curion me hubiera creido, fácil le fuera llegar con gloria á todos los grados de la magistratura, como habia llegado su padre y cual él otros ilustres varones. Recuerdo que las mismas exhortaciones para que siguiera el camino recto, trillado por sus mayores, hice á P. Craso, hijo de Marco, cuando en su juventud buscó mi amistad. Habia recibido esmerada educacion: era verdaderamente erudito, de ingenio agudo y palabra elegante: grave sin arrogancia, y modesto sin timidez.

»Pero tambien á éste le envolvieron las olas de la vanagloria, vicio tan comun en los jóvenes; y como siendo soldado habia hecho obras de general, quiso ser general á toda costa, cargo al cual reservaban nuestros mayores edad cierta, é incierta suerte. Y así, por desdicha suya, empeñado en ser rival de César y Alejandro, resultó muy desemejante de Lucio Craso y de todos los Crasos.

»Pero volvamos á Calvo, que así como era más literato que Curion, tenía tambien un estilo más esmerado y elegante, aunque peinaba demasiado sus discursos, y se es-

cuchaba cuando hablaba, y queriendo huir de los defectos, perdia la sangre y el jugo. Por eso los doctos oian con atencion sus limados discursos, pero no la muchedumbre y el foro, para quien se ha hecho la elocuencia.

—Es que Calvo, interrumpió Bruto, queria ser ático, y de ahí la pobreza de sus discursos.

—Así lo pretendia, pero se equivocaba, é indujo á muchos al mismo error. Si se llama áticos á los que no hablan con ineptitud ni torpeza, todo buen orador será ático. ¿Quién de buen gusto no odia la insulsez y la insolencia, y la tiene por locura en un orador, ó quién no admira con religioso respeto la sobriedad y pureza? Y todavía, si comprenden en el género ático la misma sequedad de estilo, con tal que sea culta, urbana y elegante, pase; pero como entre los áticos hay unos mejores que otros, preciso es conocer los grados y las desemejanzas, y la fuerza y la variedad de los áticos. Se dice: «Quiero imitar á los áticos.» ¿A cuáles? porque no pertenecen á un género sólo. ¿Qué cosa hay ménos parecida que Demóstenes y Lisias, ó que Lisias é Hipérides, ó que cualquiera de ellos y Esquines? ¿A quién imitas, pues? Si á uno sólo, los demas no serán áticos. Y si á todos, ¿cómo puedes, siendo tan desemejantes entre sí? ¿Tienes por ático á Demetrio Falereo? Me parece que en sus oraciones respira la misma Aténas. Y sin embargo, es más florido que Hipérides y que Lisias.

»Por el mismo tiempo hubo dos nada parecidos, aunque áticos entrambos: Charisio, que escribia muchas oraciones para otros, y tenía pretensiones de imitar á Lisias; Democáres, hijo de una hermana de Demóstenes, el cual compuso algunas oraciones, y una historia de las cosas que habian pasado en Aténas en su tiempo, en estilo más oratorio que histórico. A Charisio quiso imitar Hegésias, que se juzga ático y tiene á todos los demas por agrestes. ¡Y sin embargo, qué cosa más descosida y pueril, en medio de su

elegancia, son sus discursos! «Queremos imitar á los Áticos.» En hora buena. ¿Pero son oradores áticos éstos? ¿Quién lo puede negar? A éstos imitamos. ¿Cómo, si se parecen tan poco? Imitamos á Tucídides. Está bien, pero será escribiendo historia, no defendiendo causas; porque Tucídides fué grande y excelente narrador, pero nunca se ejercitó en el género forense. En cuanto á las muchas oraciones que intercala en su historia, yo las alabo mucho, pero ni podria imitarlas, si quisiera, ni quizá querria, aunque pudiera: de la misma suerte que nos deleita el vino de Falerno, no tan nuevo que haya nacido en tiempo de los últimos cónsules, ni tan viejo que se remonte al consulado de Opimio y Anicio. Dirás que estas son buenas marcas. Cierto, pero la excesiva antigüedad no tiene la dulzura que buscamos, ni siquiera es tolerable. En todo ha de haber un término razonable. Húyase del mosto nuevo é hirviente del estilo de los modernos, pero tampoco se persiga la marca anticuada de Tucídides, que lo es tanto como la de Anicio. El mismo Tucídides, si hubiera vivido más tarde, sería mejor y más suave.

»Imitémos, pues, á Demóstenes, ¡oh dioses inmortales! ¿Y qué otra cosa hacemos, ni qué más podemos desear? Pero no lo conseguiremos. No parece sino que esos pretendidos áticos consiguen todo lo que se les antoja. Y ni siquiera entienden que fué necesario (y no en vano se cuenta) que toda la Grecia concurriese á oir á Demóstenes. Y estos áticos, por el contrario, no sólo se ven abandonados por el concurso, sino hasta por sus clientes. Si el hablar seca y pobremente es de áticos, séanlo en hora buena, pero vengan á los comicios, hablen á un juez sentado. El foro pide más grandeza y plenitud de diccion.

»Quiero que al sólo anuncio de que el orador va á hablar, se llenen los asientos y el tribunal, no se den punto de reposo los escribas para colocar á los oyentes, se apiñe el concurso, los jueces estén en pié, y apénas se levante

el orador, guarden todos profundo silencio, y estallen luégo las muestras de aprobacion, y las de admiracion, y de vez en cuando la risa ó el llanto; de suerte que el que se halle léjos, aunque no oiga de qué se trata, comprenda que el orador está feliz, y que domina la escena como si fuera un Roscio. Al que estos efectos consiga, tenedle por ático, que esto hacian Perícles, Hipérides, Esquines y, sobre todo, Demóstenes.

»Si llaman *ático* el estilo discreto, agudo, sencillo, sólido, pero algo desprovisto de galas y ornatos, tambien lo acepto. Tambien para la modesta elegancia hay lugar en el arte. Por eso, no todos los que hablan en estilo ático, hablan bien, pero todos los que hablan bien, son áticos. Volvamos á Hortensio.

—Bien, dijo Bruto, aunque esta digresion ha sido para mí muy agradable.

—Muchas veces he querido interrumpirte, añadió Ático, pero nunca me he atrevido. Ahora que te vas acercando á la peroracion, quiero hacerlo.

—Dí lo que quieras, Tito.

—Siempre me ha parecido muy bien aquella elegante y chistosa ironía con que habla Sócrates en los libros de Platon, Xenophonte y Esquines. Es propio de un hombre culto y chistoso, cuando se disputa acerca de la sabiduría, atribuírsela á los otros, y así Sócrates, en los diálogos de Platon, ensalza mucho á Protágoras, Hipias, Pródico, Gorgias, y él se confiesa ignorante y rudo. Yo encuentro esto muy bien, aunque Epicuro lo reprenda. Pero en la historia (é historia has hecho, al exponer los méritos de cada orador), témome mucho que la ironía sea tan vituperable como en el testimonio.

—¿Por qué dices esto? No lo entiendo.

—En primer lugar, porque has alabado á muchos oradores de un modo que puede inducir á error á los ignorantes. Apénas podia yo contener la risa, cuando comparabas con

al ático Lisias á nuestro Caton, hombre grande, á fe mia, ó más bien excelente y consumado varon, que esto nadie lo ha de negar, pero ¿orador? ¿pero semejante á Lisias, prodigio de elegancia? Bella ironía, si hablásemos en burlas, pero hablando en serio, creo que debemos proceder con la misma religiosa escrupulosidad que en un testimonio.

»Yo á tu amigo Caton le aplaudo como ciudadano, como senador, como general, como hombre, en suma, de admirable prudencia, y adornado de todo género de virtudes. Las oraciones, para ser de aquel tiempo, no me parecen mal. Demuestran algun ingenio, aunque imperfecto y rudo. El elogio que hiciste de sus *Orígenes*, comparándolos con los escritos de Filisto y Tucídides, ¿crees que ni Bruto ni yo podemos aprobarle? ¿Osas comparar con escritores que los Griegos mismos juzgaron inimitables, á un hombre Tusculano, que ni siquiera sospechaba áun lo que es abundancia y primor de estilo?

»Alabas á Galba: si como el mejor de aquella edad, estoy de acuerdo contigo, porque así lo hemos aprendido todos; pero si ensalzas su mérito en absoluto, toma sus oraciones, que existen aún, y dí de buena fe si quisieras hablar ó escribir de aquel modo. Aplaudes las oraciones de Lépido: está bien si las alabas por antiguas, y lo mismo te digo de Escipion el Africano, y de Lelio, aunque estimas por superior á todo la dulzura de sus oraciones. Quieres sin duda engañarnos con el nombre de un varon tan ilustre, y con las justísimas alabanzas de su gloriosa vida. Pero prescinde de esto y verás que ese estilo suyo tan dulce y decantado es tan rastrero, que apénas se puede tolerar. Sé que Carbon tuvo fama de orador, pero en esto, como en todo, pasa por bueno lo mediano, cuando no hay otra cosa mejor.

»Lo mismo digo de los Gracos, aunque estoy conforme con algunas de las cosas que de ellos afirmas. Omito á los

demas, y vengo á Craso y á Antonio, en quienes suponen ya perfecta la elocuencia, y que fueron sin duda grandes oradores. Haces bien en elogiarlos, pero no tanto que digas que la oracion de Craso en defensa de la ley Servilia, fué tu modelo, á la manera que Lisipo decia que lo habia sido de él el *Doriphoro* de Polycleto: esto es verdadera ironía, y no te diré por qué, para que no creas que te adulo.

»Prescindo de todo lo demas que has dicho de Cota, de Sulpicio, de Celio y de los restantes.

»Estos al cabo fueron oradores. Tu verás qué mérito tuvieron. Y no me cuido de que hayas enumerado á todos los operarios de este arte. De fijo que algunos querrian morirse, sólo porque los incluyeras en el número de los oradores.»

A esto le contesté: «Largo razonamiento has empezado, Ático, y digno de tratarse en otro coloquio, que reservaremos para mejor ocasion. Entónces hemos de recorrer los libros de Caton y de algun otro, para que te convenzas de que no falta en ellos ningun ornato ni flor alguna, fuera de las postizas y contrahechas que se inventaron despues. En cuanto al estilo de Craso, juzgo que quizá él mismo pudo escribir mejor, pero que ninguno otro hubiera podido hacerlo. Ni tengas por ironía el haber dicho yo que su oracion me sirvió de modelo, aunque formes tan alto juicio de mis facultades oratorias, lo cierto es que, cuando jóvenes, no teníamos entre los Latinos ningun modelo mejor que imitar. Y si nombré á tantos, ya he dicho que fué para que se entendiera cuán pocos hubo dignos de memoria entre tantos como se arrojaron á hablar. No quisiera pasar por irónico, aunque el mismo Publio Escipion el Africano lo fué, segun dice Fannio en su historia.

—Como quieras, dijo Atico. Yo no juzgaba impropia de tí una cualidad que tuvieron Escipion el Africano y Sócrates.

—De esto hablaremos despues, dijo Bruto mirándome. ¿Pero cuándo nos explicarás esas antiguas oraciones?

—Cuando estemos en Cumas ó en el Tusculano, puesto que en una y otra parte somos vecinos. Volvamos á nuestro asunto.

»Hortensio, que habia llegado muy jóven al foro, empezó muy pronto á encargarse de causas de importancia. Aunque sus principios coincidian con el esplendor de Cota y Sulpicio, y brillaban aún Craso y Antonio, Filipo y Julio, competia ventajosamente con cualquiera de ellos. Su memoria era tal, como yo no la he visto en ninguno otro; sin escribir nada, repetia palabra por palabra lo que en su casa habia pensado. Esta memoria prodigiosa le servía para recordar sus palabras y las de los adversarios, y todo género de documentos. Su aficion al foro era ardentísima é incomparable; no se pasaba dia sin que hablase ó preparase algo, y á veces trabajaba en dos causas el mismo dia. Su oratoria nada tenía de vulgar, y entre otras introdujo dos cosas, que ningun otro habia usado: las divisiones de lo que iba á decir, y recapitulaciones de lo que se habia dicho en contra y de lo que él habia respondido. Era elegante y espléndido en las palabras, fácil en la composicion, discreto en los argumentos, y habia logrado todo esto á fuerza de ingenio y ejercicio. Recordaba bien las cosas, dividia con agudeza y no omitia casi nada de lo que en la causa podia ser útil para la confirmacion ó la refutacion. Su voz era dulce y sonora, el movimiento y el gesto tenian más arte que el que conviene á un orador. Miéntras él florecia, Craso murió, Cota fué desterrado, los juicios se interrumpieron por la guerra, y yo me presenté en el foro.

»Hortensio estaba en la guerra, donde al segundo año le hicieron tribuno militar; Sulpicio y Marco Antonio eran lugartenientes; todo juicio se celebraba conforme á la ley Varia, porque las demas estaban interrumpidas á conse-

cuencia de la guerra: no hablaban los principales oradores, como Lucio Memmio y Quinto Pompeyo, sino ciertos acusadores, al modo de Filipo, que tenian abundancia y vehemencia. Los demas que pasaban entónces por principales eran magistrados, y cada dia teníamos ocasion de oirlos. Cayo Curion era tribuno de la plebe, y entónces callaba, desde que una vez le habia abandonado todo el auditorio. Quinto Metelo Céler no era orador, pero tampoco carecia de palabra. Eran disertos Qinto Vário, Cayo Carbon, Cneo Pomponio, pero éstos hablaban siempre en los *Rostros*. Cayo Julio, edil curul, pronunciaba cada dia ingeniosos discursos. Yo, que tantos deseos tenía de oir á todos, sentí gran pesar cuando fué desterrado Cota. A los demas los oia con frecuencia, escribiendo, leyendo y meditando sus discursos, si bien nunca me contentaban del todo estos ejercicios oratorios. Al año siguiente fué condenado Quinto Vario, á consecuencia de su ley, y salió para el destierro. Yo entónces me dedicaba al derecho civil, bajo la direccion de Quinto Scévola, hijo de Publio, que aunque no ejercia la enseñanza privada, respondia á las consultas de los estudiosos. Al año siguiente, en que fueron cónsules Sila y Pompeyo, tuve ocasion de conocer la oratoria de Publio Sulpicio, durante su tribunado. Por este tiempo, y á causa de la guerra de Mitrídates, tuvo que salir de su patria y refugiarse en Roma con otros Atenienses principales, Filon, jefe de la Academia, y yo me puse bajo su direccion, dedicándome con inusitado ardor al estudio de la filosofía, no sólo porque me deleitaba mucho la variedad y grandeza de las cosas que en ella se tratan, sino porque parecia que el foro habia enmudecido para siempre. Sulpicio habia muerto aquel año, y sucesivamente habian perecido á hierro tres ilustres oradores: Quinto Cátulo, Marco Antonio y Cayo Julio. El mismo año empecé á oir las lecciones de Molon de Rodas, gran defensor de causas y maestro en el arte de bien decir.

»Aunque todo esto parece impropio del asunto, lo he dicho para que Bruto sepa (porque tú, Atico, bien los coneces) los pasos que dí siguiendo las huellas de Quinto Hortensio.

»Tres años duró la paz, pero por muerte, destierro ó fuga de los oradores (pues áun los más jóvenes, como Marco Craso y los dos Léntulos, estaban ausentes), era Léntulo el principal entre los que defendian causas, y cada dia lograba mayor aplauso Antistio. Pison hablaba con frecuencia; Pomponio, ménos; rara vez Carbon; una ó dos Filipo. Yo por este tiempo pasaba los dias y las noches en el estudio. Vivia con el estoico Diodoto, que murió hace poco tiempo en mi casa, donde casi siempre habia morado. Con él me ejercitaba en la dialéctica, que viene á ser una elocuencia breve y concisa, sin la cual tú mismo, Bruto, no crees posible alcanzar aquella perfecta elocuencia, que podemos llamar dialéctica amplificada. Con tal ahinco me dedicaba á este maestro y á estas artes, que ningun dia me quedaba libre para ejercicios oratorios. De vez en cuando declamaba, ya con Marco Pison, ya con Quinto Pompeyo, ya con algun otro, y lo hacía muchas veces en latin, pero más en griego, ya porque la lengua griega, como más rica, me daba primores y formas nuevas que aplicar á la latina, ya porque los maestros griegos no podian corregirme ni enseñarme, si no hablaba en griego. Vinieron despues los tumultos para recuperar la libertad de la república, y la muerte cruel de tres oradores, Scévola, Carbon y Antistio, el regreso de Cota, Curion, Craso, los dos Léntulos y Pompeyo; la libertad restituida á los juicios y á las leyes. Sólo se echaba de ménos en el número de los oradores á Pomponio, Censorino y Murena. Entónces yo, por vez primera, empecé á defender causas privadas y públicas, no para aprender en el foro, como hicieron muchos, sino para venir al foro, ya instruido. Por este tiempo era yo discípulo de Molon, que habia venido

de embajador de los Rodios, siendo dictador Sila. Y tuvo tanto aplauso mi primera defensa pública, la de Sexto Roscio, que desde entónces no hubo causa ninguna de importancia que no se me encomendara. Yo trabajaba mis oraciones con el mayor esmero que podia.

»Y ya que quereis verme de cuerpo entero, os diré algunas cosas, quizá innecesarias. Tenía yo entónces un cuerpo flaco y débil, el cuello largo y delgado, lo cual parece indicar peligro para la vida, si á esto se agrega el trabajo y el esfuerzo de los pulmones. Y esto infundia tanto más temor á mis amigos, cuanto que yo hablaba con pocas pausas, sin variedad, en tono muy alto y con grandes esfuerzos de voz. Y exhortándome mis amigos y médicos á que me apartase del foro, preferí exponerme á cualquier peligro ántes que renunciar á la gloria tan apetecida. Pero creyendo que con moderarme en la voz y con mudar de estilo podria evitar el peligro, determiné mudar de género, y este fué el motivo de mi viaje al Asia. Y habiéndome ejercitado por dos años en las causas, y siendo ya celebrado mi nombre en el foro, salí de Roma y me dirigí á Aténas.

»Allí estuve seis meses con Antíoco, ilustre y prudentísimo maestro de la Academia antigua, y renové el estudio de la filosofía, nunca abandonado desde mi primera adolescencia.

»Tambien solia concurrir á la escuela de Demetrio el Sirio, viejo y no despreciable maestro de retórica. Despues recorrí toda el Asia, oyendo á los más excelentes oradores, de los cuales era entónces el principal, á mi juicio, Menipo Estratonicense, que merece contarse entre los áticos, si es que el estilo ático consiste en huir de vulgaridades é insulseces.

»Conmigo estaban casi siempre Dionisio Magnes, Esquilo Cnidio, Xenocles Adramyteno, que pasaban entónces en el Asia por los principales retóricos. Y no contento aún, me dirigí á Ródas á la escuela de Molon, á quien ya habia

oido en Roma, buen orador en causas verdaderas, y escritor excelente, sobre todo para notar y reprender los vicios y para instruir y enseñar. Él procuró (no sé si llegó á conseguirlo) corregirme de cierta redundancia y superfluidad juvenil, y encerrar el curso de mi diccion en su legítimo cauce. Dos años despues estaba yo no sólo más instruido, sino tambien casi variado: ya no tenía que hacer aquellos esfuerzos de voz; mis pulmones habian cobrado fuerzas, y el gesto y ademan se habian modificado mucho.

»Sobresalian entónces dos oradores que despertaban en mí codicia de imitarlos, Cota y Hortensio: el primero, aunque propio en las palabras y diestro en la construccion de los períodos, era blando y remiso: el otro era elegante, agudo, y no como tú, oh Bruto, ya en su vejez le conociste, sino mucho más vehemente en la accion y en las palabras. Por eso queria yo más bien competir con Hortensio, que tenía un estilo más semejante al mio y era casi de mi edad. Yo habia visto que en las mismas causas en que Cota era el abogado principal, vg., la de Marco Canuleyo, y la del consular Cneo Dolabela, en que Cota era el abogado principal, brillaba, sin embargo, en primer término Hortensio. Porque el concurso y estrépito del foro requiere un orador acre, fogoso, de voz sonora y poderoso en la accion.

»Un año despues de haber vuelto del Asia tuve una defensa ruidosa, pretendiendo yo la cuestura, Cota el consulado y Hortensio la edilidad. Yo tuve que ir de cuestor á Sicilia; Cota, durante su consulado, á las Galias: el principal de todos era Hortensio, y en tal concepto se le tenía. El año que volví de Sicilia, juzgué ya que mis facultades oratorias, cualesquiera que ellas fuesen, habian llegado á su perfeccion y madurez. Harto prolijo he sido en hablar de mí mismo: sírvanme de disculpa el que no ha sido por mostrar mi ingenio y elocuencia (de lo cual estoy muy léjos), sino mi trabajo é industria. Habiéndome, pues, ejer-

citado cerca de cinco años en muchas causas y con los principales abogados, tuve que entrar en lid con Hortensio, defendiendo yo á los Sicilianos contra Vérres. Hortensio era entónces cónsul electo, y yo estaba designado edil.

»Pero como este discurso nuestro no se limita á la enumeracion de los oradores, sino que requiere ciertos preceptos, veamos con verdad lo que hay que notar y advertir en Hortensio.

»Despues de su consulado, como veia que ninguno de los consulares era comparable con él, y despreciaba á los que no habian sido cónsules, interrumpió aquellos estudios, que desde niño habia profesado con tanto ahinco, y quiso vivir en la abundancia, más feliz (segun él decia); á mi parecer, más ocioso y descuidado.

»El primero, el segundo año y el tercero, fué quitando no poco color á sus antiguas pinturas, aunque esto no podia conocerlo cualquiera del pueblo, sino un juez inteligente y docto. Y luégo fué decayendo tanto en las de mas partes de la elocuencia, sobre todo en la rapidez y en el enlace de las palabras, que cada dia iba siendo más desemejante de sí mismo.

»Yo, por el contrario, no dejaba de perfeccionar mi estilo, como quiera que él sea, con todo género de ejercicios, principalmente con el de escribir. En los años que siguieron á mi edilidad, fuí elegido pretor con increible voluntad del pueblo. Los ánimos estaban dispuestos en mi favor, tanto por la asiduidad en las causas como por el modo de decir escogido y nada vulgar. Nada diré de mí, pero de los otros oradores, nadie habia que hubiera estudiado con diligencia algo más que vulgar las buenas letras, que son la fuente de la perfecta elocuencia: nadie se habia dedicado á la filosofía, madre de todas las buenas acciones y de todas las frases felices: nadie conocia el derecho civil, tan necesario para las causas privadas: nadie la historia romana, para poder invocar como testigos á los

héroes ya difuntos: nadie conocia el arte de ir estrechando breve y agudamente al adversario, ni de hacer pasar el ánimo de los jueces de la severidad á la risa: nadie sabía amplificar ni dar á las cuestiones particulares en que hay designacion de persona y tiempo, el interes de una cuestion universal: nadie amenizaba la causa con digresiones: nadie sabía mover á indignacion á los jueces ni arrancarles el llanto: nadie gobernar á su albedrío los ánimos: verdadero triunfo del orador.

»Cuando Hortensio estaba ya casi oscurecido, fuí elegido yo cónsul, seis años despues de su consulado, y entónces volvió él á sus antiguos estudios, para que siendo iguales en honor, no fuésemos desiguales en mérito. Así, doce años despues de mi consulado, nos ejercitamos los dos en las causas más señaladas, viviendo siempre en grande amistad y armonía, porque yo le tenía por superior á mí, y él de mí juzgaba lo mismo, y se habia convertido en grande admirador de los hechos de mi consulado, que al principio le habia sido algo molesto. Bien pudo conocerse lo que uno y otro éramos, poco ántes de que el estruendo de las armas hiciese enmudecer del todo este nuestro estudio. Cuando la ley de Pompeyo concedia sólo tres horas para hablar, y todos los dias veníamos á defender causas nuevas aunque muy semejantes entre sí, tú tambien, Bruto, tomaste en ellas parte y defendiste muchas, ya solo, ya con nosotros. Hortensio habia empezado su práctica forense diez años ántes que tú nacieras, y todavía á los sesenta y cuatro años, muy pocos dias ántes que su muerte, defendió contigo á tu suegro Apio.

»Cuál fué el estilo de uno y otro, nuestras oraciones lo dirán á los venideros. Pero si se pregunta por qué Hortensio brilló más en su juventud que en su vejez, podrán alegarse dos causas principales: 1.ª Que su estilo era asiático, más propio de la adolescencia que de la senectud. Dos géneros hay de estilo asiático: uno sentencioso y agudo, de

sentencias no tan graves y severas como elegantes y graciosas. Así era en la historia Timeo: así eran en la oratoria Hiérocles Alabandeo y su hermano Menecles, cuyas oraciones son de las mejores dentro del género asiático. El otro estilo no se distingue tanto por lo copioso de las sentencias como por el fácil y arrebatado curso de las palabras. Tal es el estilo que hoy domina en toda el Asia, y el que seguian Esquilo Cnidio y mi contemporáneo Esquines de Mileto. En éstos el curso de la oracion era admirable, pero no lo eran las sentencias. Ya he dicho que estos géneros son propios de la juventud, y no tienen gravedad en los viejos. Así Hortensio, que se distinguia en uno y otro, arrancaba estrepitosos clamores cuando jóven. Tenía la misma aficion que Menecles á las sentencias, aunque fuesen á veces más elegantes y graciosas que necesarias y útiles. Sus discursos eran al mismo tiempo arrebatados y vibrantes, cultos y agudos; no gustaban de ellos los viejos, y yo ví muchas veces reirse de ellos y áun enfadarse á Filipo, pero los admiraban los jóvenes, y la multitud se conmovia.

»A juicio del vulgo, tenía cuando jóven la primacía. Y aunque su estilo no fuera muy severo, parecia propio de su edad, y como brillaba su ingenio donde quiera, y era perfecta la construccion de los períodos, excitaba admiracion suma. Pero cuando ya los honores que habia obtenido y su autoridad de anciano requerian algo más grave, persistió inoportunamente en el mismo estilo, y abandonando el ejercicio y el estudio, que en él habia sido grande, conservó la riqueza de sentencias, pero no aquella elegancia de diccion con que ántes lo adornaba todo.

»Por eso, Bruto, te agradó quizá ménos que te hubiera agradado si le hubieses conocido en el apogeo de sus facultades.

—Comprendo lo que afirmas, respondió Bruto, y siempre tuve por grande orador á Hortensio, sobre todo cuando hizo, en ausencia tuya, la defensa de Mesala.

—Así lo cuentan, y así lo declara á cada paso aquella oracion. Él floreció desde el consulado de Craso y Scévola hasta el de Paulo y Marcelo: yo desde el dictador Sila hasta los mismos cónsules. La muerte hizo enmudecer la voz de Q. Hortensio; la calamidad pública la mia.

—No hagamos tan tristes predicciones, dijo Bruto.

—Sea como quieras, y esto no tanto por mi causa como por la tuya. ¡Feliz Hortensio, que murió ántes de ver cumplidas las cosas que habia predicho! Muchas veces deploramos juntos las calamidades que se acercaban, cuando veíamos las causas de la guerra civil en las ambiciones de los particulares, y ninguna esperanza de paz en las instituciones públicas. La felicidad que le acompañó siempre, le mató á tiempo para que no viera estas miserias.

»Nosotros, Bruto, ya que despues de la muerte de Hortensio hemos venido á quedar como únicos tutores de la huérfana elocuencia, guardémosla en casa con liberal custodia y religioso respeto, y alejemos de ella á esos desconocidos é impudentes amadores, y defendamos de sus ímpetus á la casta y ya adulta vírgen. Y aunque siento haber entrado en el camino de la vida demasiado tarde, sumergiéndome, ántes de morir, en esta oscura noche de la república, vivo, sin embargo, con las esperanzas que tú, Bruto, me diste en tu dulcísima carta, donde me exhortabas á tener buen ánimo y fortaleza, puesto que habia hecho ya tales cosas que, aunque yo callase, hablarian por mí, y vivirian despues de mi muerte.

»Perc cuando me acuerdo de tí, Bruto, crece mi dolor, al ver que en medio de los laureles de la juventud se ha visto atropellada tu cuadriga por esta adversa fortuna de la república. Esto es lo que más me angustia, y tambien á nuestro Ático, partícipe de mi amor y estimacion hácia tí. Mucho te amamos: mucho es nuestro deseo de ver premiadas tus virtudes y de que puedas renovar y hacer aún más ilustre la memoria de dos esclarecidos linajes. El foro

era tu campo de batalla: tú eras el único que á él habia llegado, no sólo despues de asiduos ejercicios oratorios, sino juntando á la elocuencia todo el esplendor de las virtudes, y enriquecido con todo linaje de ciencias y disciplinas. Dos cosas me angustian: que carezcas tú de la república, y la república de tí. Pero aunque oprima el curso de tu ingenio esta importuna calamidad civil, enciérrate en tus perennes estudios, y sigue la senda que has comenzado para no verte confundido con la turba de abogados de que aquí he hecho mérito. Ni esto sería digno de tí, adornado de tan copiosa enseñanza, la cual fuiste á buscar á Aténas, morada y templo de las artes. ¿Para qué te ejercitó Pammenes, varon el más elocuente de Grecia, y aquel Antisto, huésped y familiar mio, heredero de la Academia antigua, sino para que fueras desemejante del vulgo de los oradores? ¿No vemos que apénas ha habido en cada época dos oradores tolerables? Galba sobresalió entre todos sus contemporáneos. El mismo Caton, el anciano, reconocia su superioridad, y lo mismo Lépido y Carbon, que eran más jóvenes. Los Gracos usaban un estilo más libre y fácil, pero en su tiempo todavía no llegó á madurez la elocuencia. Todavía florecieron despues Antonio, Craso, Cota, Sulpicio, Hortensio, y yo mismo, si merezco ser comprendido en el número.»

EL ORADOR.

A MARCO BRUTO.

EL ORADOR.

Á MARCO BRUTO.

Mucho he dudado, Bruto, si era más difícil negarte lo que tantas veces me pediste ó hacer lo que me rogabas. El negarme á quien tanto quiero y que tanto me ama, especialmente en una peticion tan justa, me era muy duro, y el tomar á mi cargo una cosa tan importante que no sólo era difícil conseguir, sino abarcar con el pensamiento, me parecia digno de incurrir en la reprension de los varones doctos y prudentes. Habiendo entre los buenos oradores tanta desemejanza, ¿quién podrá juzgar cuál es el mejor estilo y manera de decir? Pero ya que tanto me lo ruegas, lo intentaré, no con la esperanza de llevarlo á cabo, sino con la voluntad de probarlo. Más quiero que me acuses de falta de prudencia porque he accedido á tus deseos, que de falta de benevolencia porque no lo he hecho.

Muchas veces me has preguntado qué género de elocuencia me agrada más y cuál me parece el más perfecto y acabado, en términos que nada pueda añadírsele. Pero temo que si hago lo que deseas, y trazo la imágen del orador que buscas, retarde los estudios de muchos que, perdiendo toda esperanza, no querrán intentar lo que des-

confian de poder conseguir. Pero necesario es que lo prueben todo los que se arrojan á grandes y difíciles empresas. Y si á alguno le faltare disposicion natural ó condiciones de ingenio, ó estuviere poco instruido en las artes liberales, siga, no obstante la carrera, hasta donde pueda. Aunque siempre se desea el primer lugar, no es vergonzoso quedarse en el segundo ó en el tercero. Entre los poetas (limitándome ahora á los griegos), no sólo hay lugar para Homero, para Arquíloco, Sófocles ó Píndaro, sino para los segundos despues de éstos, y áun para los inferiores despues de los segundos. Ni á Aristóteles le apartó de escribir de filosofía el ámplio estilo de Platon, ni el mismo Aristóteles, á pesar de su admirable ciencia y riqueza de conocimientos, atajó los estudios de los que vinieron despues.

Y no sólo acontece esto en las más altas especulaciones y en las artes superiores, sino que lo mismo sucede con los artífices, aunque no logren imitar la hermosura del Yaliso de Rodas ó de la Vénus de Cos. Ni el simulacro de Júpiter Olímpico, ni la estatua del Doriforo, fueron parte á que otros dejasen de probar hasta dónde podrian llegar sus fuerzas, y hubo tantos escultores, y de tanto mérito cada uno en su género, que admirando lo perfecto, no dejamos por eso de aplaudir lo inferior. De los oradores griegos es de admirar cuánto sobresale uno entre todos los restantes. Este es Demóstenes; pero ántes de el hubo muchos é ilustres oradores, y despues tampoco faltaron. No hay razon para que se pierda la esperanza ó para que desmayen en el trabajo los que se han dedicado al estudio de la elocuencia. Ni ha de desesperarse de la perfeccion misma, porque en casos tan difíciles, todavía es buen lugar el que está cerca del primero. Yo me propongo hacer un orador como quizá no le hubo nunca; no busco el orador que ha existido, sino la idea de la perfeccion suma, que no sé si se ha logrado todavía en el conjunto del discurso, por más que

brille en algunas partes con más ó ménos frecuencia ó rareza. Creo que nada hay tan hermoso en ningun género que no ceda su hermosura á aquella idea de que es imágen y que no puede percibirse ni por los ojos, ni por los oidos, ni por ningun sentido, sino sólo por el pensamiento y la inteligencia. Todavía podemos concebir estatuas más perfectas que las de Fidias, aunque sean éstas las más acabadas que en su género hemos visto, y pinturas más hermosas que las que nombré ántes.

Y por eso aquel artífice, cuando hacía la estatua de Jove ó de Minerva, no contemplaba ningun modelo del cual tomase la semejanza, sino que habitaba en su mente un admirable dechado de perfeccion, á cuya semejanza, y sin apartar de ella los ojos, dirigia su arte y su mano.

Así como en las formas y en las figuras hay algo perfecto y excelente que sirve de regla para imitar y juzgar los objetos visibles, así llevamos en la mente la idea de la perfecta elocuencia, y con los oidos buscamos su imágen. A estas formas de las cosas llama *ideas* aquel sapientísimo autor y maestro no sólo de filosofía, sino de elocuencia, Platon, y dice que nunca nacieron, y que son eternas y están contenidas en la razon y en la inteligencia, y que todo lo demas nace, muere, corre, se desliza y nunca permanece en el mismo ser y estado. Cualquiera que sea la materia de que se dispute, ha de referirse siempre á la última forma y especie de su género. Pero veo que este preámbulo mio no está tomado de las disputas oratorias, sino de lo más hondo de la filosofía, y tanto por antigua como por oscura ha de merecer reprension ó á lo ménos admiracion de parte de muchos. Se admirarán algunos diciendo que esto no pertenece al asunto de que tratamos; pero ya les desengañará la cosa misma, y comprenderán por qué hemos traido de tan léjos el principio. Otros nos reprenderán porque abrimos inusitadas vias y dejamos las comunes y trilladas. Yo, sin embargo, creo decir cosas

nuevas cuando repito las antiguas y ya desconocidas para muchos, y confieso que como orador (si es que lo soy), y sea cualquiera el valor de mi oratoria, no he salido de las oficinas de los retóricos, sino de los jardines de la Academia.

En todo lo que allí se dice se ve todavía impresa la huella de Platon; su doctrina y la de los demas filósofos inflaman y ayudan mucho al orador. Ellos agotaron, digámoslo así, toda la riqueza y descuajaron toda la selva oratoria; pero dejaron las causas forenses para musas más agrestes y ménos cultas, como ellos mismos solian decir. Así la elocuencia forense, despreciada y repudiada por los filósofos, careció de muchos y grandes auxilios; mas con el ornato de palabras y sentencias, logró aplausos entre el pueblo y no temió el juicio y reprension de unos pocos. Así á los doctos faltó la elocuencia popular, y á los diertos la elegante doctrina.

Establezcamos ante todo (y esto se entenderá mejor despues) que sin la filosofía nadie puede ser elocuente; no porque en la filosofía se encuentre todo, sino porque ayuda al orador como la palestra al histrion, si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes. Sin la filosofía, nadie puede discurrir ni hablar de grandes y variadas cosas con extension y abundancia.

Por eso en el *Fedro* de Platon dice Sócrates que Perícles aventajó á los demas oradores, por haber sido oyente del físico Anaxágoras, del cual aprendió muchas y excelentes cosas, y en cuya escuela adquirió riqueza, fecundidad y buen gusto en el estilo, lo cual es el pricipal mérito de la elocuencia, y el arte de atraer los ánimos á donde queria.

Lo mismo puede decirse de Demóstenes, pues vemos por sus epístolas que fué asiduo discípulo de Platon. Y en verdad que sin la ciencia de los filósofos no podemos distinguir el género y la especie de cada cosa, ni definirla, ni

dividirla, ni separar lo verdadero de lo falso, ni rechazar lo inconsecuente, repugnante y ambiguo. ¿Y qué diré del estudio de la naturaleza, que tantos tesoros proporciona al discurso? ¿Qué puede saberse de la vida, de los deberes, de la virtud, de las costumbres, sin un grande estudio de la filosofía?

A todo esto se han de añadir innumerables ornatos de diccion, que ántes enseñaban sólo los filósofos. De aquí que nadie consiga la verdadera y absoluta elocuencia, porque una es la ciencia del razonar y otra la del bien decir, y unos buscan la doctrina de las cosas y otros la de las palabras. Así Marco Antonio, á quien nuestros padres concedieron la palma de la elocuencia, varon de ingenio muy agudo y prudente, dícenos en el único libro que nos dejó, que habia visto muchos oradores *disertos*, pero ninguno elocuente. Y es que habia en su entendimiento un modelo de elocuencia que veia con los ojos del alma, pero no en el mundo real.

Aquel varon de tan extremado ingenio echaba de ménos muchas cualidades en sí y en los otros, y no veia á nadie á quien con justicia pudiera llamar elocuente. Y si no se tuvo por elocuente á sí propio, ni tuvo á Lucio Craso, es porque habia concebido una forma de la elocuencia á la cual nada faltaba y en la cual no podia incluir á los que carecian de alguna ó de muchas cualidades. Investiguemos, pues, Bruto, quién era ese orador que nunca vió Antonio, y que quizá no existió nunca, y si no podemos imitarle y expresar su imágen, porque esto, segun él decia, solo á Dios está concedido, podremos decir á lo ménos cómo debe ser este orador perfecto. Tres son los principales estilos, y en cada uno de ellos han florecido insignes oradores; pero muy pocos han descollado por igual en todos, que es lo que buscamos. Ha habido oradores grandilocuentes, fogosos, variados, graves, ricos y majestuosos en las palabras, hábiles para conmover y arrastrar los áni-

mos; otros, dentro del mismo estilo, han sido ásperos, tristes, hórridos, y sin correccion ni acabamiento; otros, en el estilo sencillo se han mostrado agudos, lúcidos, más atentos á la claridad que á la magnificencia, limados, sutiles y tersos en el estilo. Y, por el contrario, en el mismo género donde ellos habian puesto gracia, viveza y sencillos ornatos, otros han sido incultos, aunque hábiles, y han querido de intento hablar como la gente ruda é imperita.

Hay un estilo medio y templado, que no tiene la agudeza del segundo ni los rayos del primero, sino que participa de los dos, ó más bien, si buscamos lo cierto, difiere mucho de uno y otro. Unas veces fluye apaciblemente mostrando sólo facilidad y llaneza; otras veces añade á la oracion ligeros adornos de palabras y sentencias. Los que en cada uno de estos géneros han conseguido la perfeccion, tienen gran fama entre los oradores. Investiguemos ahora si han logrado lo que deseaban.

Vemos á algunos que han sabido hablar con ornato y majestad, y al mismo tiempo aguda y sutilmente. ¡Ojalá que entre los Latinos pudiésemos encontrar este género de oradores! Gran cosa sería no tener que buscar ejemplos extraños, sino contentarnos con los propios. Pero yo, que en el diálogo *Bruto* he concedido tanto á los Latinos, ya por amor á los nuestros, ya por alentarlos, me acuerdo que sobre todos pongo á Demóstenes, por haber sabido acomodar su elocuencia á la idea de perfeccion que yo tengo, y á la que en otros he visto y conocido. Nunca ha habido ninguno más grave, ni más ingenioso, ni más templado. Y por eso debo advertir á los que por el desaliño de su estilo quieren ser llamados áticos, ó pretenden hablar áticamente, que admiren este dechado de perfeccion, el cual fué más ático que la misma Aténas. Aprendan en él lo que es estilo ático, y midan la elocuencia por las fuerzas de Demóstenes, y no por su propia debilidad. Ahora

cada uno alaba tan sólo lo que tiene esperanza de poder imitar. Sin embargo, no juzgo inoportuno para los que tienen grande estudio, pero juicio poco firme, explicar en qué consiste el mérito propio de los áticos.

Siempre fué norma del estilo de los oradores la cultura de los oyentes. Todos los que quieren ser alabados, tienen en cuenta la voluntad del auditorio, y á ella y á su arbitrio y gusto lo amoldan todo. Así la Caria, la Frigia y la Misia, por ser ménos cultas y elegantes, adoptaron cierto género de diccion abundante, aunque pingüe y craso, el cual nunca aceptaron sus vecinos los Rodios (separados de ellos por tan poco espacio de mar), ni los Griegos mucho ménos, y que los Atenienses rechazaron del todo, porque su recto y seguro criterio no les permitia oir nada que no fuera elegante y severo. Esclavo de este respeto el orador, no se atrevia á usar ninguna palabra insolente ni odiosa.

Por eso aquel de quien decimos que se aventajó á todos los restantes, en su admirable discurso en defensa de Tesifon empieza en tono muy sencillo; despues se va animando al hablar de las leyes, y finalmente, cuando ve á los jueces conmovidos, procede con ardorosa elocuencia. Y sin embargo, en este mismo orador que pesaba tan bien el valor de todas las palabras, reprende y censura Esquines algunas cosas, y las tiene por duras é intolerables. Y al llamarle bestia, parece dudar si aquellas palabras son monstruosas; de suerte que, en concepto de Esquines, ni el mismo Demóstenes fué verdaderamente ático. Fácil es notar alguna palabra demasiado vehemente (digámoslo así) y burlarse de ella cuando ya está apagado el incendio en los ánimos. ¿De qué modo se hubiera tolerado en Aténas á un Misio ó á un Frigio, cuando hallaban que reprender en el mismo Demóstenes? ¿Quién hubiera podido sufrir al que comenzase á hablar á la manera de los asiáticos, con voz indignada y aullante?

Han de llamarse, pues, áticos los que en el decir se acomodan á los oidos severos y ejercitados de los Áticos. Y hay muchos géneros de aticismo, aunque éstos imitadores sólo saben la existencia de uno. Se equivocan en creer que es solo: no se equivocan en creer que es ático. A juicio de éstos, si solo el estilo que ellos ensalzan fuese ático, no lo hubiera sido el mismo Pericles, á quien sin controversia otorgaban todos la primacía. Si se hubiera contentado con el estilo sencillo, nunca hubiera podido decir de él el poeta Aristófanes que tronaba, relampagueaba y confundia la Grecia. Sea en buen hora ático el elegante y cultísimo Lisias. ¿Quién lo puede negar? Pero entendemos que el aticismo de Lisias no consiste en ser sencillo y poco adornado, sino en no tener palabra alguna desusada ó impropia. El hablar con ornato, majestad y abundancia será tambien ático, ó no lo serán ni Esquines ni Demóstenes.

Algunos hay que se dicen imitadores de Tucídides: nuevo é inaudito género de ignorancia, porque al ménos los que siguen á Lisias, siguen á un abogado, no por cierto arrebatado ni grandilocuente, sino elegante y agudo, y tal que en las causas forenses puede ser buen modelo. Pero Tucídides narra las batallas y demas hechos militares y políticos con admirable estilo ciertamente, pero que ninguna aplicacion tiene á la práctica forense ó al juicio público. Sus mismos discursos tienen muchas sentencias oscuras y recónditas que apénas se entienden, lo cual es vicio grande en un orador civil. ¿No sería un absurdo en los hombres que, despues de inventado el alimento, comiesen todavía bellotas? ¿Pudo perfeccionarse el alimento, y no habrán podido los Atenienses perfeccionar el discurso? ¿Quién de los retóricos griegos aprendió nada de Tucídides? Y sin embargo le alaban todos, lo confieso; pero le alaban como expositor prudente, severo y grave de las cosas; no como orador judicial, sino como narrador de historias y de guerras. Por eso ni áun le cuen-

tan en el número de los oradores. No quiero decir con esto que su nombre no viviria aunque no hubiese escrito historia, porque siempre hubiera sido notable y celebrado personaje. Nadie imita su gravedad de palabras y sentencias; pero hay algunos que apénas han dicho cuatro frases mutiladas é incoherentes, como pudieran hacerlo sin maestro, ya se creen hermanos de Tucídides. No falta asimismo quien pretenda imitar á Jenofonte, cuyo estilo es más dulce que la miel, pero muy apartado del estrépito forense. Volvamos á la materia empezada, y hablemos de esa elocuencia perfecta que en nadie pudo encontrar Antonio.

Obra grande y difícil acometemos, Bruto; pero nada hay difícil para el amor que tengo y tuve siempre á tu ingenio, estudios y costumbres.

Cada dia me enciendo más, no sólo en el deseo de verte y disfrutar de tu doctísima conversacion, sino tambien con la admirable fama de tus increibles virtudes, que, diversas en especie, se unen con el lazo de la prudencia. ¿Qué cosas hay más apartadas entre sí que la severidad y la cortesanía? ¿Y quién es á la vez más severo y más dulce que tú? ¿Qué cosa hay más difícil que ser amado por todos cuando se juzgan controversias de muchos? Y tú consigues dejar contentos á los mismos contra quienes sentencias. De suerte que, no haciendo nada por gracia, resulta agradable todo lo que haces. Por eso de todas las tierras sólo la Galia es la que no participa hoy del comun incendio.

¿Y cuánto no es de estimar el que, en medio de las mayores ocupaciones, nunca interrumpes los estudios y siempre escribes algo ó me convidas á escribir?

Por eso he comenzado este libro apénas acabé la defensa de Caton, la cual nunca hubiera emprendido por ser estos tiempos tan enemigos de la virtud, si tú no me hubieras exhortado y su sagrada memoria no me diera voces, pareciéndome nefando desoirlas. Pero testifico que, á rue-

gos tuyos y contra mi voluntad, me he arrojado á escribir esto. Quiero compartir contigo este crímen, para que, si no puedo defenderme de la acusacion, sea tuya la culpa de haberme impuesto tan pesada carga, mia la de haberla aceptado.

Así podré disculpar el error de mi juicio con el mérito de haberme dado tú este encargo.

En todas las cosas es muy difícil exponer la forma, ó como dicen los Griegos, el carácter de lo perfecto, porque á unos les parece perfecta una cosa y á otros otra. A mí me deleita Ennio, dice uno, porque no se aparta del comun modo de hablar; á mí Pacuvio, responde otro, porque todos sus versos son cultos y bien trabajados, al paso que el otro tiene muchas negligencias. Otros preferirán á Accio, porque los juicios son varios, lo mismo entre los bárbaros que entre los Griegos, ni es fácil explicar cuál es la mejor de las formas. En la pintura, á unos agrada lo horrible, inculto y opaco; á otros lo terso, alegre y brillante. ¿Cómo se ha de encontrar un precepto ó una fórmula comun, cuando cada uno es excelente en su género, y los géneros son tantos? Este temor no me ha retraido, sin embargo, de mi intento, porque creo que en todas las cosas hay un grado de perfeccion aunque esté oculto, y que de él puede juzgar todo el que sea inteligente.

Pero como son tantos y tan diversos los géneros del discurso, y no se pueden reducir todos á una forma, prescindiré ahora de las alabanzas y vituperios, de las suasorias y de otros escritos semejantes: vg., del Panegírico de Isócrates y otras muchas obras de los sofistas, y de todos los demas géneros que nada tienen que ver con la controversia forense, por ejemplo, el que los Griegos llaman epidíctico, que sirve sólo para la recreacion y deleite. Y no prescindo de estos géneros porque sean despreciables, antes creo que con ellos puede educarse el orador que vamos formando.

Así adquirirá copia de palabras y se ejercitará en su construccion, y podrá usar con más libertad del número y ritmo. Allí se permite más la excesiva sutileza en las sentencias y se concede mayor artificio en las palabras, y este artificio nó oculto y disimulado, sino claro y patente, de suerte que las palabras respondan unas á otras, y peleen entre sí, y terminen de igual modo y con el mismo sonido los extremos de la cláusula; todo lo cual, en una causa verdadera hacemos más rara vez y con más disimulo. Isócrates confiesa haber buscado de intento esa armonía en el *Panatenaico*, porque no habia escrito para convencer á los jueces, sino para deleitar los oidos.

Dicen que en tratar esto fueron los primeros Trasímaco Calcedonio y Gorgias Leontino, y despues Teodoro de Bizancio y muchos otros, á quienes Sócrates en el *Fedro* llama *logodédalos:* en todos los cuales hay muchas cosas agudas, pero demasiado pueriles, afectadas y que parecen versecillos. Por eso son más admirables Herodoto y Tucídides, que habiendo florecido al mismo tiempo que los ántes nombrados, distan tanto de esas delicias, ó mejor dicho, ¡nepcias. El uno fluye como un rio tranquilo y sin ningun tropiezo; el otro es más arrebatado, y entona, digámoslo así, un canto guerrero: entrambos, como dice Teofrasto, fueron los primeros en dar brío á la historia y hacerla más copiosa y elocuente que la habian hecho los anteriores.

Sucedió á éstos Isócrates, á quien entre todos los de su género me habrás oido elogiar siempre, no sin alguna repugnancia tuya, Bruto; pero fíjate bien en lo que de él alabo. Pareciéndole demasiado concisos Trasímaco y Gorgias, que fueron los primeros en enlazar con algun arte las palabras, y encontrando á Tucídides harto duro y no bastante rotundo, digámoslo así, fué el primero en dilatar y henchir con palabras y blando número las sentencias. Y habiendo instruido á los que, parte en el decir, parte en el escribir, sobresalieron, su casa fué considerada como un

oficina de elocuencia. Y así como yo, cuando nuestro Catón me alababa, sufria con paciencia que los demas me reprendiesen; así parece que Isócrates, contento con el aplauso de Platon, despreciaba el juicio de todos los restantes. Acuérdate de lo que en la última página del *Fedro* dice Sócrates: «Oh Fedro, todavía es jóven Isócrates, pero quiero decirte lo que de él auguro. Su ingenio me parece mayor que el que resplandece en las oraciones de Lisias. Su propension á la virtud es todavía mayor, y no será de admirar que, adelantando en años, venza en el mismo género á que ahora se dedica, no sólo á los jóvenes, sino á todos los que alguna vez han compuesto discursos; ó si no se contenta con esto, arrebatado por un divino impulso, apetezca cosas todavía mayores. En el entendimiento de este hombre hay una filosofía natural é ingénita.» Esto predijo Sócrates de él, cuando todavía era jóven. Esto escribió de él Platon, perpétuo enemigo de todos los retóricos, y lo escribió cuando ya Isócrates habia llegado á la vejez. Los que no gustan de Isócrates, consiéntanme errar en compañía de Sócrates y de Platon.

El estilo dulce, suelto y afluente, agudo en sentencias, resonante de palabras, es propio del género epidíctico y de los sofistas, más acomodado á la pompa que á la pelea, útil para el gimnasio y la palestra, pero excluido del foro. Mas como la elocuencia educada con este alimento va tomando despues color y fuerza, no me ha parecido inoportuno tratar de estas niñeces del orador. Esto por lo que toca á los juegos y á la pompa: vengamos ahora á la lid y á la batalla.

Dijimos que en el orador habia que considerar tres cosas: lo que dice, cómo lo dice, y cuándo. Expliquemos cuál es lo más excelente en cada género, pero de manera algo diversa de como suele enseñarse en los tratados del arte. No pondré ningun precepto, ni es este mi propósito, pero declararé la idea y forma de la más excelente elocuencia,

sin decir cómo se adquiere, sino cómo la entiendo y concibo.

De los dos primeros puntos trataré con brevedad, porque propiamente no estriba en ellos la gloria del orador, aunque sean necesarios y comunes á muchos. La invencion, y el escoger lo que se va á decir, es más propio de la prudencia que de la elocuencia. ¿Y en qué causa puede faltar la prudencia? Conozca, pues, el orador que ya suponemos perfectas las fuentes de los argumentos y razones. Porque en toda controversia ó disputa se pregunta *si es*, ó *qué es*, ó *cómo es*. A la pregunta *si es*, se responde con los signos; á la pregunta *qué es*, con las definiciones; y á la de *cómo es*, con las calificaciones de bueno ó malo; para usar de las cuales, debe el orador, (no el vulgar, sino el excelente) no reducir, siempre que pueda, la controversia á particulares personas y tiempos. Más ancho campo ofrece el disputar sobre el género que sobre la parte, y lo que se prueba en general queda probado en particular. Esta cuestion particular, reducida á general, se llama tésis. En esta ejercitaba Aristóteles á los jóvenes, no disertando asiduamente al modo de los filósofos, sino defendiendo entrambas partes con ornato y abundancia, y él mismc indicó ciertos lugares ó notas de los argumentos para defender una y otra parte.

Fácilmente podrá nuestro orador, que no ha de ser ningun declamador de escuela ni rábula de foro, sino el más docto y perfecto de los oradores posibles, recorrer todos los lugares comunes, usarlos oportunamente, y aprender de dónde emanan. No prodigará toda esta riqueza, sino que hará uso de ella con eleccion y parsimonia, porque no siempre y en todas las causas convienen los mismos argumentos. El juicio dirigirá, no sólo la intencion, sino tambien la eleccion. Nada hay más feraz que los ingenios, sobre todo cuando han recibido algun cultivo. Pero así comc las mieses fecundas y ricas no sólo producen espi-

gas, sino tambien hierbas muy dañosas á la cosecha, así tambien de los argumentos hay que descartar muchas cosas pueriles, ó ajenas á la causa, ó inútiles: en lo cual está el juicio y discrecion del orador. De otra suerte, ¿cómo ha de insistir en los argumentos que tienen realmente fuerza? ¿Cómo ha de suavizar lo duro ú ocultar lo que no puede destruir? ¿Cómo ha de conmover ó regir á su arbitrio los ánimos, ó presentar un argumento que parezca más probable que el más fuerte de los argumentos contrarios?

Y una vez hallado lo que va á decir, ¿cómo lo colocará? Porque este era el segundo punto de los tres. Espléndido vestíbulo y entrada para la causa es el apoderarse de los ánimos en la primera agresion, debilitando y destruyendo las pruebas contrarias, y colocando algunos de los argumentos más firmes al principio, otros al fin, é interpolados con ellos los más leves. Esto baste sobre las dos primeras partes. Ya he dicho que, aunque sean de grande importancia, requieren ménos arte y trabajo que la tercera. Una vez hallado lo que se va á decir, y cuándo, resta saber cómo se dice. Solia afirmar nuestro Carneades que Clitómaco decia siempre las mismas cosas, y que Cármadas las decia siempre del mismo modo. Y si en la filosofía, donde se atiende á las cosas y no á las palabras, importa tanto el modo de decir, ¿qué sucederá en las causas, donde todo consiste en las palabras?

Segun infiero de tus cartas, Bruto, lo que deseas saber de mí, no es á quién tengo por perfecto orador en la invencion y en la colocacion, sino qué género de oratoria me parece preferible. Cosa difícil, oh Dioses inmortales, por no decir la más difícil de todas. Pues siendo la palabra tan blanda y flexible que se la puede llevar á donde uno quiera, sin embargo, la variedad de costumbres y caracteres crearon muchos géneros y estilos diversos entre sí. Unos gustan del arrebatado rio de las palabras, y

ponen en la rapidez el mérito de la elocuencia; á otros agradan los largos períodos y las dilatadas pausas. ¿Qué cosas puede haber más distintas? Y, no obstante, cada una puede ser excelente en su género. Trabajan otros en un estilo llano é igual, y en un puro y cándido modo de decir. Algunos afectan dureza y severidad en las palabras, y dan á la oracion un aire de tristeza. En suma, la division que ántes hicimos del estilo, en grave, humilde y templado, es aplicable á los oradores, porque los hay de tantas clases, cuantos son los mismos estilos. Y ya que he comenzado á satisfacer ámpliamente lo que me pedias, pues preguntándome tú solamente de la elocucion, te he hablado además, aunque brevemente, de la invencion y de la disposicion, diré ahora algo de la accion, para que así no quede omitida ninguna parte, exceptuando la memoria, de la cual se habla en muchos tratados.

En la accion y en la elocucion estriba el modo de decir las cosas. Es la accion una cierta elocuencia del cuerpo, como que consta de voz y movimiento. Las inflexiones de la voz son tantas como los afectos del ánimo. Por eso el perfecto orador, cuando quiera mostrarse apasionado y conmover el ánimo de los oyentes, escogerá un tono que responda bien á la pasion. De esto podria decir mucho si fuera ocasion ó tú me lo preguntaras. Diria tambien algo del gesto y del ademan. Es increible cuánto importa el buen empleo de estos recursos al orador, hasta tal punto que los niños, por sólo el mérito de la accion, lograron muchas veces el fruto de la elocuencia, al paso que muchos oradores elocuentes parecieron niños, por faltarles el gesto y ademan; de suerte que no sin causa concedió Demóstenes el primero, segundo y tercer lugar á la accion. Sin accion no hay elocuencia; y la accion tiene por sí sola, y sin el auxilio de la palabra, extraordinaria fuerza. El que aspire, pues, á la perfeccion oratoria, diga con tono espantado y misterioso las cosas atroces, con voz blanda

y suave las sencillas, con dignidad y reposo las graves, y en humilde y quejumbroso estilo las dolorosas. Admirable es la naturaleza de la voz humana, que con tres tonos, agudo, grave y circunflejo, produce tanta y tan agradable variedad en el canto.

Hay en el decir un tono más oscuro, no el de los retóricos de Frigia y Caria, que es casi una canturia, sino aquel de que hablan Demóstenes y Esquines, cuando se echan mutuamente en cara las flexiones de la voz. Demóstenes afirma muchas veces que Esquines era de voz dulce y clara; y aquí se me ocurre una observacion digna de tenerse en cuenta, acerca de la suavidad de la voz. La misma naturaleza, como si quisiera modular la voz humana, puso en toda palabra un acento agudo, ni en la primera, ni en la última sílaba, para que así siguiera el arte á la naturaleza misma en el deleitar los oidos.

El tener buena voz no está en nuestra mano, pero sí el educarla y mejorarla. Lo mismo debe hacer el perfecto orador, recorriendo todos los tonos, así altos como bajos, y ejercitándose en el movimiento y en el gesto. La postura será en pié y con la cabeza levantada; el adelantarse hácia los oyentes ha de ser raras veces y no á largos pasos; todavía han de ser más raros los movimientos á derecha é izquierda; no estarán en contínua movilidad y agitacion el cuello y los dedos, ni éstos irán siguiendo el compas, sino que ha de haber en toda la figura cierta majestad varonil, levantándose ó bajándose el brazo, segun que la oracion sea más elevada ó más remisa.

¿Y cuánta dignidad y gracia no añade el semblante, y sobre todo la expresion de los ojos, que son intérpretes del alma, y que ora mostrarán alegría, ora tristeza, segun las cosas de que se trate? Lleguemos ya á la idea del consumado orador y de la perfecta elocuencia. El nombre mismo indica que la elocucion ha de ser su principal mérito. No se le llama inventor, compositor ó actor, sino en

griego *rhetor*, y en latin *elocuente*. De todas las demas condiciones que en el orador hay, todos pueden reclamar alguna parte; pero solo á él se concede el lauro de la elocuencia, pues aunque algunos filósofos han escrito con elegancia, tanto que Teofrasto alcanzó por esto el renombre de divino, y Aristóteles reprendió al mismo Isócrates, y por la voz de Jenofonte dicen que hablaron las Musas, y Platon se aventajó en gravedad y elegancia á todos los que escribieron ó hablaron ántes que él; sin embargo, su discurso no tiene nervio ni aguijon oratorio ó forense. Hablan con doctos, y quieren sosegar sus ánimos más bien que conmoverlos. Hablan de cosas tranquilas y nada turbulentas, y hablan para enseñar, no para sorprender; y hasta cuando logran producir agrado, paréceles á algunos que han pasado los límites de su ciencia. No es difícil distinguir esta elocuencia de la que ahora estamos explicando. El estilo de los filósofos es sencillo y reposado; no tiene ni sentencias ni palabras populares, ni está sujeto á número, sino libre y suelto. Nada tiene de airado, de envidioso, de atroz, de admirable ni de astuto: es siempre casto, ruboroso, vírgen, digámoslo así. Más bien debe llamarse conversacion que discurso. Porque aunque toda alocucion sea discurso, sólo á los del orador se aplica con propiedad este nombre.

Hay que hacer excepcion de los sofistas, que usan las mismas flores que emplea el orador en las causas civiles. Pero se diferencian en que su propósito no es perturbar los ánimos, sino entretenerlos: no tanto persuadir como deleitar; y lo hacen con más frecuencia y más á las claras que los otros, buscan sentencias brillantes más que probables, se apartan muchas veces del asunto, mezclan fábulas, hacen traslaciones de palabras y las disponen á la manera que los pintores varian el color, y oponen antitéticamente las palabras, ó hacen que los períodos se correspondan en su cadencia.

A este género se parece la historia, en la cual se narra ó se describe con elegancia una region ó una batalla, se intercalan oraciones y exhortaciones, todo en estilo corriente y flúido, no vigoroso y encendido. La elocuencia que buscamos debe distinguirse de la historia poco ménos que de la poesía. Tambien los poetas han suscitado la cuestion de en qué se distinguen de los oradores. Antes la diferencia estaba en el número y en el verso, pero ya los oradores van haciendo gran caudal del número.

Todo lo que pueden medir los oidos, aunque no sea verso (porque esto en la prosa sería un vicio), se llama número, y entre los griegos *rhitmo*. Y por eso han creido algunos que la locucion de Platon y de Demócrito, aunque no sea verso, sin embargo, por el calor del estilo y por las lumbres y matices de palabra, debia ser tenida por un poema, con más razon que las obras de los poetas cómicos, entre los cuales, aparte de los versos, nada hay que difiera de la conversacion ordinaria. Es tanto más laudable que el poeta procure lograr los mismos efectos que el orador, cuanto que procede sujeto por las cadenas del metro.

Pero aunque sea magnífico y elocuente el estilo de los poetas, creo que tienen más libertad que nosotros para formar y componer palabras, y que á veces atienden más al deleite de los oidos que á la sustancia de las cosas. Y aunque haya entre ellos y nosotros este punto de semejanza, es decir, el juicio y eleccion de las palabras, no por eso ha de negarse la desemejanza en otras cosas. En esto no cabe duda, y si alguna cuestion pudiera haber, el resolverla no es necesario para nuestro propósito. Separado, pues, el orador de la elocuencia de los filósofos, de los sofistas, de los historiadores y de los poetas, réstanos explicar cómo ha de ser.

Será elocuente, pues (ya que buscamos al orador perfecto siguiendo las huellas de Antonio) el que en el foro y en las causas civiles hable de tal manera que pruebe, de-

leite y convenza. El probar es de necesidad; el deleitar de utilidad. En el convencer está la victoria final de toda causa. Cuantos son los oficios del orador, tantos son los modos de decir. Sutil en el probar, templado en el deleitar, vehemente en el persuadir: aquí está toda la fuerza del orador. Grande ingenio, maravillosas facultades ha de tener el que modere y temple esta triple variedad. Sólo él juzgará lo que es oportuno en cada circunstancia, y podrá hablar del modo más acomodado á la causa. El fundamento de la elocuencia es la sabiduría. Así en la vida como en el discurso, nada es más difícil que atinar con lo que conviene. Llaman á esto los griegos πρεπον: nosotros podemos llamarle *decoro*. Sobre él se han dado muchos preceptos, y es cosa muy digna de saberse. Por ignorarle se peca á menudo, no sólo en la vida sino en los poemas y en el discurso. Así en las sentencias, como en las palabras, ha de guiarse el orador por el decoro. No toda fortuna, no todo honor y autoridad, no todo lugar, tiempo ú oyente, pueden ser tratados con el mismo género de palabras ó de sentencias, y siempre, y en toda parte del discurso, ha de guardarse el decoro de la persona que habla y de las que oyen. Esta materia larga y variada suelen tratarla los filósofos en la moral (no cuando disputan de lo recto en sí, porque éste es uno solo); los gramáticos al tratar de la poesía; los oradores en todo género y parte de la causa. ¡Cuán extraño no sería usar de expresiones magníficas y lugares comunes al hablar de una causa de *Stillicidio*, y por el contrario, tratar en humilde y sencilla frase de la majestad del pueblo romano! Esto en general.

Algunos pecan por faltar á la consideracion debida á su propia persona ó á los jueces ó á los adversarios; que no sólo se peca en las cosas, sino en las palabras, pues aunque sin las cosas no tengan fuerza alguna las palabras, sin embargo una misma cosa suena mejor ó peor segun que se diga con unas ú otras expresiones. En todo importa

mucho la moderacion: todo tiene su medida; pero ofende más lo mucho que lo poco. Por eso Apeles censuraba á algunos pintores que no observaban el justo medio. Gran materia es esta y que exigiria un largo volúmen, pero que tú conoces perfectamente, oh Bruto.

A nuestro propósito baste con decir que este decoro que aplicamos á todos los hechos y palabras grandes y pequeñas no ha de confundirse en modo alguno con la conveniencia. Esta es una perfeccion que ha de buscarse siempre y en todo, al paso que el decoro es acomodado á tiempos y personas, y no sólo se advierte en las acciones, sino en las palabras, en el gesto, y ademan, y lo mismo la falta de decoro. Si el poeta huye, como del mayor defecto, de atribuir á un malvado el lenguaje de un hombre de bien, ó á un necio el de un sabio; si aquel pintor que representó el sacrificio de Ifigenia, despues de pintar triste á Cálcas, triste á Ulises, y más triste aún á Menelao, juzgó necesario ocultar la cabeza de Agamenon, por parecerle imposible imitar con el pincel tan gran duelo; y si el histrion atiende tanto al decoro, ¿qué ha de hacer el orador? Siendo esto de tanta importancia, al orador toca ver lo que hace no sólo en el total de la causa, sino en cada una de sus partes, pues cada una exige ser tratada de distinto modo. Resta señalar las notas y caracteres de cada estilo: obra á la verdad grande y difícil; pero su dificultad debimos considerarla al principio: ahora que nos hemos hecho á la mar, dejémonos llevar por el viento que hincha nuestras velas.

Ante todo, hablemos del estilo que vulgarmente y por excelencia llaman ático. El humilde y sencillo imita el tono de la conversacion, y difiere más en realidad que en apariencia del lenguaje comun. Por eso, los que le oyen, aunque sean niños, se imaginan que tambien ellos podrían hablar de aquella manera. Y, sin embargo, nada hay más difícil de imitar. Aunque no tenga este estilo mucha san-

gre, ni gran nervio, ha de tener algun jugo é íntegra salud. Ante todo, está libre de la esclavitud del ritmo.

En cualquier otro género de oratoria tiene mucha importancia el número; en ésta, ninguno: ha de ser suelto y libre, pero no vago y descuidado. Tampoco ha de ponerse grande esfuerzo en el encadenamiento de las palabras. Admite el hiato y concurso de vocales, que indica una no desagradable negligencia, como de hombre que se cuida más de las cosas que de las palabras. Si tanta libertad hay en cuanto á la colocacion de las palabras, veamos cómo se ha de proceder en lo restante. Cabe en las cosas pequeñas y menudas cierta negligencia elegante. Así como á algunas mujeres les sienta bien la falta de adorno, así deleita á veces en este género de oraciones cierto aparente desaliño. El arte no debe faltar nunca, pero ha de estar oculto. Exclúyase todo aparato de joyas y piedras preciosas; exclúyase hasta el adorno del pelo y los afeites del rostro: siempre quedarán la elegancia y la limpieza. Sea la lengua pura y latina, clara y llana: no se olvide jamás el decoro. Añádase á esto el que Teofrasto pone en cuarto lugar entre los méritos del discurso: el ornato suave y afluente: agudas y copiosas sentencias que esmalten inesperadamente el discurso. Ha de ser moderado el uso de las figuras, ya de pensamiento, ya de palabra. El ornato de las palabras es doble, segun que se las considere separadas ó en construccion. Han de preferirse siempre las palabras propias y más usadas, que mejor suenen y más bien declaren el concepto. Tambien pueden usarse las trasladadas ó tomadas de otra parte, ó prestadas ó forjadas de nuevo, ó arcáicas y desusadas. Y de éstas las hay entre las propias, aunque rara vez las empleamos. La colocacion de las palabras tiene por sí algun ornato, que desaparece en variando esas palabras, aunque la sentencia permanezca la misma. Las elegancias de sentencia son muchas, pero las que sobresalen pocas. Así, pues, el orador elegante y sen-

cillo no será audaz en la composicion de las palabras, y procederá con mucha moderacion en las traslaciones, en el empleo de voces arcáicas y en los demas ornamentos de palabras y sentencias. De las traslaciones hará uso más frecuente, porque á menudo se emplean, no sólo en el lenguaje urbano, sino en el de los rústicos. Así oimos decir á éstos: *los campos tienen sed, las mieses están alegres, la vegetacion es lujosa.* Todas estas figuras pueden usarse sin tacha ni atrevimiento, cuando sea grande la semejanza de la cosa trasladada ó cuando ésta no tenga nombre propio, y la traslacion parezca hecha por causa de utilidad y no de placer. Aunque esta figura pueda emplearse en el estilo sencillo con alguna más libertad que las restantes, nunca tanto como en otro estilo y modo de decir más ámplio.

Por eso se nota una falta de decoro ó de conveniencia cuando la metáfora es traida de muy léjos y se pone en una oracion de género humilde lo que sólo convendria en otra de más elevado tono.

Tambien aquella elegancia que ilumina la colocacion de las palabras con las lumbres y matices llamados por los Griegos *schemas* (nombre que aplican tambien á las figuras de sentencia), cabe en el estilo sutil (que con propiedad llaman ático, aunque no es el solo estilo ático); pero cabe con moderacion. Porque en un convite, aunque se huya de la magnificencia, ha de mostrarse la elegancia unida á la sobriedad. Figuras hay que caben en el estilo templado de que venimos hablando. Claro es que ha de huirse de las antítesis y de las conclusiones semejantes y de las similicadencias y de las alteraciones de letras, para que no se vea demasiado claro el artificio y la intencion de hacer efecto. Tambien las repeticiones de palabras, cuando llevan consigo demasiado aire de disputa y clamor, deben excluirse de este género templado: las demas figuras podrán usarse indistintamente, siempre que el encadenamiento de los períodos sea fácil y libre, y las pa-

labras muy usadas, y las traslaciones no violentas, y las figuras de sentencia no demasiado brillantes. No hará hablar á la república, ni resucitará los muertos, ni juntará ni acumulará los apóstrofes para hacer efecto. Todo esto ni ha de buscarse ni pedirse en el género de que vamos á hablar.

Nuestro orador ha de ser más humilde, así en la voz como en el discurso. Pero caben, áun en medio de esta sencillez de estilo, muchas de las figuras y recursos oratorios, con tal que se usen moderadamente. Añádase á esto una accion no trágica ni histriónica, en que sea mayor la expresion del rostro que el movimiento del cuerpo. Admite tambien este género algunas sales, que son de admirable efecto en el decir. Las hay de dos géneros: *facecia* y *dicacidad*: una y otra puede usarse; la primera en las narraciones, la segunda para poner alguna cosa en ridículo. Los géneros son muchos; pero ahora no tratamos de eso.

Sólo advierto que el ridículo no ha de ser demasiado frecuente, para que no caiga en truhanesco ni obsceno, para que no parezca mímico ó petulante, para que no descubra mala intencion; ni ha de recaer en calamidades, porque sería inhumano; ni en crímenes, para que la risa no ocupe el lugar del odio; ni ha de desdecir de la propia persona ó de la de los jueces, ó de la ocasion, porque todo esto sería indecoroso. Han de evitarse asimismo las interrogaciones, que, cuando no son espontáneas, sino preparadas en casa, casi siempre parecen frías. Respetaráse la amistad y la dignidad; se desterrará del discurso toda afrenta y oprobio; sólo se perseguirá á los adversarios, y no á todos siempre y de la misma manera. Fuera de esto, pueden derramarse á manos llenas las sales y los chistes, lo cual yo no he visto hacer á ninguno de estos nuevos áticos, por más que sea muy propio del estilo ático.

Esta es, á mi entender, la forma que ha de elegir el ora-

dor de estilo sencillo, pero grande y legítimamente ático, porque todo lo que es agudo y gracioso en el discurso es propio de los áticos. Y no todos tienen la misma gracia: Lisias é Hipérides, bastante; Démades, más que los otros; Demóstenes pasa por inferior en esto; pero á mí nada me parece más gracioso que él, aunque tiene más de dicaz que de faceto. Lo primero requiere un ingenio más agudo; lo segundo, mayor árte.

Hay otro estilo algo más rico y robusto que éste de que venimos hablando, pero ménos espléndido que aquel de que hablaremos en seguida. Tiene éste segundo más elegancia que nervio, es más lleno que el primero, y ménos adornado y copioso que el tercero.

A este género convienen todos los adornos del estilo, y no es poca la elegancia que en esta forma del discurso cabe. En ella florecieron muchos oradores griegos, pero, á mi juicio, Demetrio Falereo se aventajó á los restantes. Su modo de decir es plácido y tranquilo, y á trechos le esmaltan, como estrellas, metáforas, sinécdoques y metonimias. Llamo metáforas á las traslaciones fundadas en la semejanza y nacidas ya de la necesidad, ya del agrado. En las sinécdoques y metonimias se usa, en vez de la palabra propia, otra que significa lo mismo, y que se toma de algo consiguiente. Lo cual, aunque sea traslacion, es traslacion de diverso género, vg., cuando dice Ennio: «dejas huérfana la ciudad y el alcázar,» donde el alcázar está tomado por la patria; ó cuando escribe: «la horrible Africa se estremece con feroz tumulto:» aquí se toma el Africa por los Africanos.

A esta figura llaman los retóricos hypálage, porque en ella se sustituyen unas palabras á otras. Los gramáticos la apellidan metonimia, porque es una traslacion de nombres.

Aristóteles incluye en la traslacion la figura llamada catacrésis, que consiste en usar de palabras semejantes, vg., *menudo* por *pequeño*, ya por elegancia, ya por

necesidad y conveniencia. Cuando hay muchas traslaciones seguidas, resulta lo que los Griegos llaman *alegoría*, aunque quizá fuera mejor llamarlas á todas *traslaciones*. Falereo hace grande uso de ellas, y son muy agradables.

En el mismo estilo severo y templado, aunque elegante, cabe mucho esplendor de palabras y de sentencias, largas y eruditas controversias, y lugares comunes, siempre que no degeneren en disputa. ¿Qué mucho que así suceda, si este modo de decir salió de las escuelas de los filósofos? Hay tambien un estilo brillante, florido y variado, en que se unen todos los primores de palabra y sentencia. Este género pasó de los sofistas al foro; pero rechazado igualmente por los escritores de estilo sencillo y por los de estilo grave, vino á quedar en esta medianía de que ahora hablamos.

El tercer estilo es ámplio, copioso, grave, elegante y de poder extraordinario. Esta es la elocuencia que ha asombrado á las naciones y ha sido reina y señora de las ciudades; esta, la de grande, potente y arrebatado curso; esta, la que todos contemplan, la que todos admiran y desconfian de poder alcanzar, la que conmueve los ánimos, la que los témpla, la que arranca las viejas opiniones y persuade las nuevas.

Hay mucha diferencia entre este género y los anteriores. El que ha trabajado en el estilo sutil y agudo hasta conseguir la perfeccion, sin proponerse otra cosa, será en su línea grande orador, ya que no admirable, y no correrá peligro de resbalarse ni de caer. El orador de estilo medio y templado no temerá los peligros, escollos y dificultades de la oracion, y si á veces (y esto con frecuencia sucede) no brilla tanto, por lo ménos el peligro no es grande, ni puede caer de mucha altura. Pero este nuestro orador, grave, acre y ardiente, si para esto sólo ha nacido, si sólo en esto se ha ejercitado, sin templar la riqueza de su estilo con los otros dos géneros, será muy digno de despre-

cio. Al orador de estilo sencillo bástale para ser declarado bueno el decir con agudeza y tersura; al de estilo medio, bástale la elegancia; el de estilo copioso, si no tiene buen gusto, parecerá un loco ó delirante. El que nada puede decir con tranquilidad y reposo, con claridad, distincion y órden, por más que la causa ó algunas de sus partes lo exijan; el que se proponga inflamar á los oyentes cuando los oidos de éstos no se hallan preparados, ha de parecer necesariamente un loco entre sanos, ó un beodo entre sobrios. Ya hemos alcanzado, Bruto, lo que buscábamos, pero sólo lo hemos alcanzado con el entendimiento. Porque si yo pudiera asir con la mano á este orador perfecto, ni él mismo con toda su elocuencia podria persuadirme á que le soltara.

Digo que hemos encontrado al varon elocuente que nunca logró ver Antonio. ¿Y dónde está esa maravilla? Lo diré en pocas palabras, para declararlo luégo más extensamente. Es elocuente el que puede decir con agudeza las cosas humildes, con riqueza y esplendidez las de más alta importancia, y en estilo templado las medianas.

Dirás que nunca ha existido semejante orador. Sea en hora buena, pero yo disputo, no de lo que he visto, sino de lo que deseo ver, y vuelvo á aquella idea y forma de Platon, que no se contempla con los ojos sino con el entendimiento. No busco nada mortal y caduco, sinó aquello cuya posesion hace al hombre elocuente, es decir, la elocuencia misma, que sólo podemos ver con los ojos del alma.

Toda mi defensa de Cecina versó sobre las palabras del interdicto: tuve que explicar y definir las cosas embrolladas, hacer el elogio del derecho civil, distinguir las palabras ambiguas. En la ley Manilia, elogié á Pompeyo, y tuve que usar un estilo rico y elegante, aunque templado. En la causa de Rabirio iba envuelto el derecho de majestad; por eso recurrí á todo linaje de encendida amplificacion.

Pero todo esto á las veces hay que templarlo y variarlo. ¿De qué estilo no se halla alguna muestra en mis siete libros de acusacion contra Vérres, ó en la defensa de Avito, ó en la de Cornelio, ó en muchas otras de las mias, de las cuales podria entresacar ejemplos, si no creyera que son bastante conocidos ó que puede elegirlos el que quiera? No hay género, estilo ó primor oratorio del cual en mis oraciones no se vea algun conato y sombra, ya que la perfeccion nunca. Pero aunque no la consigamos, bástanos tener la idea de ella, y tan léjos estoy de admirar las cosas mias, que soy tan difícil de contentar, que ni el mismo Demóstenes me satisface, y por más que en todo estilo lleve la palma á todos, no siempre llena mis oidos: tan ávidos y capaces son, que siempre desean algo inmenso ó infinito.

Pero ya que tú conoces perfectamente á este orador, y no le sueltas de la mano, desde que en Aténas, y bajo la enseñanza de Pammeno, tan apasionado tuyo, te dedicaste á su estudio, y como lees además con frecuencia nuestros escritos, has podido ver que él llevó á la perfeccion muchas cosas, y que yo he intentado muchas; que él pudo, y yo he querido, hablar siempre del modo más acomodado á la causa. Él fué grande orador porque sucedió á oradores grandes, y lo fueron tambien sus contemporáneos. Yo no pude llegar á esa perfeccion por haber nacido en una ciudad donde, como escribe Antonio, nunca se habia oido á ningun varon elocuente. Y si á Antonio no le pareció elocuente Craso, ni él mismo se tuvo por tal, verosímil cosa es que tampoco se lo hubieran parecido nunca Sulpicio, Cota y Hortensio.

Nunca usó del estilo ámplio Cota; nunca del templado Sulpicio; pocas veces del grave Hortensio. Los dos anteriores, es decir, Craso y Antonio, se acomodaron mejor á todo estilo. Encontré, pues, los oidos de esta ciudad no avezados á este modo de decir múltiple y variado, y yo

fuí el primero que, en cuanto estuvo en mi poder, desperté increible aficion á decir y á oir este linaje de discursos.

¡Qué clamores no excitó aquella mi declamacion juvenil sobre el suplicio de los parricidas! Y, sin embargo, mirándola despacio, conocí luégo que no tenía bastante calor. «¿Qué cosa hay tan comun como el espíritu á los vivos, la tierra á los muertos, el mar á los náufragos, la costa á los que arroja la tormenta? Pero los parricidas de tal manera viven, que no pueden respirar; de tal manera mueren, que no cubre la tierra sus huesos; de tal modo son agitados por las olas, que nunca se ahogan, y, finalmente, cuando son arrojados á la costa y se estrellan en los peñascos, ni siquiera despues de muertos encuentran reposo.» Todo esto es como de un jóven, y si merece elogio, no es por la madurez, sino por la esperanza. Del mismo género es aquella frase, ya más madura: «Mujer de su yerno, madrastra de su hijo, corruptora de su hija.» No siempre tenía yo, el mismo ardor, ni decia de igual modo todas las cosas. La misma defensa de Roscio, con ser juvenil y redundante, tiene muchas cosas de estilo templado, y áun alegre, y lo mismo la de Avito, la de Cornelio y muchas otras, porque no ha habido ningun orador, áun entre los Griegos, tan ocioso que haya escrito más que yo ni con más variedad de estilos.

¿Habia de conceder yo á Homero, á Ennio y á los demas poetas, sobre todo á los trágicos, el variar á cada paso de tono y acercarse á veces á la conversacion familiar, y no habia de apartarme yo alguna vez del tono acre de la disputa? ¿Pero á qué recurrir á los poetas de divino ingenio? Basta fijarnos en los más consumados histriones, que no sólo agradan en diversos papeles, sino á veces el cómico en la tragedia y el trágico en la comedia. ¿No he de trabajar yo en lo mismo? Y cuando digo yo, entiendo hablar así mismo de tí, Bruto, porque yo ya dí todo el fruto que podia esperarse. Pero tú, ¿defenderás del mismo modo to-

das las causas, ó rechazarás algun género de ellas, ó conservarás sin intermision el mismo aliento en toda el discurso? Demóstenes mismo, cuya estatua de bronce vi hace poco en tu casa del Tusculano al lado de las de tus mayores, prueba insigne de lo mucho que le admiras, nunca cedió en sutileza á Lisias, ni en lo agudo á Hipérides, ni en dulzura ó en esplendor de palabras á Lísias. Hay muchas oraciones suyas de templada elegancia, vg., la que pronunció contra Leptines; muchas de estilo grave, como las Filípicas, y otras de estilo vário, como la de la Falsa Legacion ó la de la Corona contra Esquines. Cuando quiere, pasa rápida y fácilmente al estilo medio desde el grave; pero con este solo arranca los aplausos y logra el triunfo más alto de la elocuencia.

Pero dejemos esto, ya que hablamos del género y no del hombre, y expliquemos la índole y poder de la elocuencia. Y no olvidemos nunca lo que ántes dijimos, que no vamos á hablar como preceptores y maestros, sino como oyentes y críticos. Y en esto me extenderé más, porque conozco que no has de ser tú, que conoces estas cosas mejor que yo que pretendo enseñarlas, el único lector de este libro, sino que con la recomendacion y patrocinio de tu nombre, es necesario que corra y se divulgue.

El ser perfecto orador consiste, no sólo en tener las facultades propias del bien decir, sino tambien la ciencia de los dialécticos, que es vecina y hermana del arte oratorio. Aunque una cosa parezca la oracion y otra la disputa, y no sea lo mismo *hablar* que *decir*, sin embargo, una y otra cosa estriban en el razonamiento. Pertenezca en buen hora á los dialécticos el arte de la disputa; pertenezca á los oradores el de bien decir y adornar. Cenon, maestro de los estoicos, solia indicar con la mano la diferencia entre estas artes. Cuando apretaba los dedos y cerraba el puño, daba á entender la dialéctica. Y comparaba la elocuencia con la palma de la mano abierta y extendida. Y án-

tes que él, Aristóteles, al principio de su Retórica, dice que esta arte corresponde en su mayor parte á la dialéctica, pero con esta diferencia: en la primera, es el arte de decir más extenso, y en la segunda, es el de hablar más recogido. Quiero, pues, que el orador perfecto conozca de la dialéctica todo lo que pueda adornarse con las galas del bien decir. A tí, que eres tan erudito en estas disciplinas, no se te ocultará que para esto hay dos caminos. Porque el mismo Aristóteles dió muchos preceptos, y despues los llamados dialécticos los dieron mucho más espinosos y difíciles. Creo que quien aspire al lauro de la elocuencia no debe ser enteramente rudo é ignorante de estas cosas, sino que educado en la antigua doctrina ó en la nueva de Crisipo, ha de conocer primero el valor, naturaleza y género de las palabras, lo mismo simples que compuestas, y ha de saber de cuántas maneras puede decirse una cosa, y cómo se distingue lo verdadero de lo falso, cuáles son las relaciones de causa y efecto, de consecuencia y contrariedad, y cómo se ha de dividir y explanar cada una de las cosas ambiguas. Todo esto debe observarlo el orador, porque á cada paso ocurre; pero él tiene que añadir, además, el esplendor y brillantez del estilo.

Y como en todo lo que depende del razonamiento debe empezarse por definir la materia de que se trata, porque si no están de acuerdo los que disputan sobre el valor de la cosa controvertida, nunca puede llegarse á un resultado; es necesario las más de las veces explicar y definir la cosa tal como la entendemos, porque la definicion es un modo de decir que muestra brevísimamente lo que es aquello de que se trata.

Explicado el género, hay que ver sus especies ó partes y dividir en ellas el discurso.

El elocuente orador, cuya idea vamos trazando, sabrá, definir, y no seca y brevemente, como suele hacerse en las disputas filosóficas, sino con más amplitud y riqueza y de

un modo más acomodado al juicio comun y la inteligencia popular. Cuando el asunto lo pida, dividirá el género en especies, de tal modo que no sobre ni falte ninguna: cuándo y cómo ha de hacerlo, no me corresponde enseñarlo; ya dije que quiero ser juez y no maestro.

Y no solo quiero que esté instruido en la dialéctica, sino que conozca todas las partes de la filosofía. Porque sin esta ciencia, nada de lo que pertenece á la religion, á la muerte, á la sociedad, al amor de la patria, á las virtudes ó á los vicios, á las obligaciones, al dolor, al deleite, á las pasiones y afectos del alma, puede tratarse con majestad, amplitud y riqueza.

De la materia del discurso hablo ahora, no del estilo y modo de decir. Quiero que el orador tenga un asunto digno de los oidos eruditos, ántes que piense qué palabras ha de usar y cómo. Cuanto más grande sea el orador y más se acerque á la perfeccion (como ántes dije de Pericles), más le exigiré que no ignore nada, ni siquiera la ciencia de los físicos. Así, cuando descienda de las cosas celestiales á las humanas, lo dirá y sentirá todo con más grandeza y magnificencia. Y si conociere lo divino, tampoco debe ignorar lo humano. Aprenda el derecho civil, que cada dia se necesita en las causas forenses. ¿Pues qué cosa hay más torpe que encargarse de controversias legales y civiles, cuando se ignoran las leyes y el derecho civil? Conozca además la historia, sobre todo la de nuestra ciudad y la de los imperios más poderosos y reyes más ilustres, cuyo trabajo nos facilitó nuestro Ático, recogiendo en un libro las Memorias de setecientos años, con indicacion precisa de los tiempos, sin omitir nada señalado. El ignorar lo que sucedió ántes de nacer nosotros, es como ser siempre niños. ¿Qué es la edad humana si por la memoria de las cosas antiguas no se enlaza con las edades anteriores? El recuerdo de los hechos de la antigüedad añade, á la vez que sumo deleite, mucho crédito y autoridad al discurso.

Venga, pues, el orador armado y dispuesto para la causa, y ante todo conozca los géneros de ella.

Toda controversia estriba, ó en el hecho ó en las palabras. Las controversias de hecho pueden ser acerca de lo verdadero, lo recto, ó el nombre. Las de palabras pueden ser de ambigüedad ó de contrariedad. Porque cuando una cosa quieren decir las palabras y otra suenan, resulta un género de ambigüedad en que se significan dos cosas con una misma palabra.

Siendo tan pocos los géneros de las causas, tampoco son muchas las reglas que se dan sobre los argumentos. Señálanse dos clases de fuentes de donde tomarlos: ó nacen de las cosas mismas, ó son extrínsecos. El modo de tratar las cosas es lo que hace admirable el discurso, porque el conocimiento de las cosas es muy fácil. ¿Qué resta ya, ni qué puede exigir el arte sino que se haga el exordio tratando de conciliar el ánimo de los oyentes ó de prepararlos á oir: que se exponga el asunto con brevedad y llaneza y en términos probables; que se confirmen los argumentos propios y se destruyan los del adversario, y que todo esto se haga no confusamente, sino cerrando de tal manera cada una de las argumentaciones, que la consecuencia se deduzca lógicamente de las premisas, y que se corone todo con una peroracion ardiente ó impetuosa? Cómo ha de tratarse cada una de estas partes, difícil es declararlo aquí, porque no siempre se tratan del mismo modo. Pero como no busco á quién enseñar sino á quién aplaudir, alabaré sobre todo á quien guarde el decoro y conveniencia de tiempos y personas. Porque no siempre ni ante todos, ni contra todos, ni en defensa de todos, creo que se puede hablar de la misma manera.

Será elocuente el orador que acomode á la conveniencia su discurso, de suerte que las palabras correspondan bien á las cosas, y ni se diga áridamente lo que debe ser ameno y agradable, ni con menudencias y por-

menores lo que de suyo es grande. Los exordios serán modestos, no tejidos de palabras altisonantes sino de agudas sentencias, ya en ofensa del adversario, ya en recomendacion de la propia persona. Las narraciones serán creibles, y no se harán en estilo histórico sino familiar y corriente.

Si la causa es de poca importancia, tambien será leve el hilo de los argumentos, así en la confirmacion como en la refutacion, procurándose siempre que las palabras sean fiel espejo de la idea.

Cuando la causa sea tal, que en ella pueda desplegarse todo el poder de la elocuencia, hará el orador vistoso alarde de sus recursos, rendirá y doblegará los ánimos, consiguiendo todo lo que quiera, es decir, lo que la naturaleza de la causa y el tiempo pidan. Este ornato y gala de la elocuencia será doble, pues, además de la perfeccion que exige cada parte del discurso, de tal modo que no haya palabra alguna que no sea grave ó elegante, ha de haber dos partes más luminosas y más de resalto que todo lo demas: una, en las cuestiones de género universal, que los Griegos llaman tésis; otra, en la amplificacion que ellos mismos nombran *auxesis*. Y aunque una y otra deben estar igualmente derramadas en todo el cuerpo del discurso, brillan más en los lugares comunes, llamados así porque son los mismos en muchas causas, por más que deben de ser propios de cada una. Aquella parte del discurso que versa sobre el género universal, contiene muchas veces toda la causa. Sea cual fuere el asunto sujeto á controversia, que los Griegos llaman *chrinomenon*, conviene siempre enlazarle con una cuestion perpétua y universal, á no ser que se dispute sobre la verdad, porque entónces hay que acudir á las conjeturas.

Se hablará, pues, no al modo de los peripatéticos, cuya elegante manera de discusion ordenó Aristóteles, sino con más nérvio, y de tal manera se aplicarán los argumentos

comunes, que se trate siempre con blandura al reo y con aspereza al adversario.

En la amplificacion ó disminucion por hipérbole, nada hay que no pueda conseguir el orador, y deberá hacerlo aun en medio de los argumentos, siempre que se presente ocasion de ensalzar ó deprimir un objeto. Pero sobre todo, puede hacerlo ámpliamente en la peroracion: dos cosas son las que bien tratadas por el orador hacen más admirable el discurso; una lo que los Griegos llaman ética, es decir, el estudio de la naturaleza humana, de las costumbres y de la vida: otra lo que llaman patético, es decir, el arte de mover los afectos. El primer género es elegante, agradable, propio para conciliar la benevolencia; el segundo, vehemente, encendido, arrebatado é irresistible.

Tal recurso me valió á mí, orador mediano, y quizá ni áun esto, para confundir en más de una ocasion á mis adversarios. Yo en la defensa de un reo hice enmudecer al grande Hortensio. Yo en el Senado reduje al silencio al audacísimo Catilina; y en una causa privada pero de grande importancia, en que habia empezado á responderme Curion el padre, tuvo que sentarse é interrumpió su discurso, diciendo que algun filtro le habia quitado la memoria.

¿Y qué diré del modo de excitar la compasion de que yo he hecho tanto uso, que hasta cuando hablábamos varios dejaban siempre á mi cargo la peroracion? Triunfos que debí no al ingenio sino á la pasion.

Todas estas cualidades, valgan lo que valieren (y del resultado no me arrepiento) aparecén en mis oraciones, aunque carezcan éstas de aquella vida que hace parecer mayores las cosas cuando se oyen que cuando se leen.

Y no sólo ha de moverse á compasion el ánimo de los jueces, como hice yo en una ocasion levantando en mis brazos á un niño, ó en otra causa llenando de lamentaciones el foro, sino que además hemos de hacer que el juez se enoje, se calme, admire, desprecie, ame, aborrezca, se

hastíe, tema, espere, se alegre, se entristezca. De todo esto se hallarán ejemplos en mis acusaciones ó en mis defensas, porque ningun medio de cuantos pueden sosegar ó conmover los ánimos he dejado de poner en práctica. Diria que en este género habia yo alcanzado la perfeccion, si así lo creyera, y no temiese incurrir en el vicio de arrogancia. Pero, como ántes dije, no la fuerza de mi ingenio, sino la de mi alma, es la que me arrastra y domina, y nunca podria inflamarse el ánimo del que oye si no llegase á él encendida y vehemente la palabra. Citaria ejemplos propios si tú no los hubieras leido: los citaria extranjeros ó latinos si los encontrase, ó griegos si conviniera. Pero de Craso hay muy pocos discursos, y éstos no judiciales. Nada de Antonio, nada de Cota, nada de Sulpicio. Hortensio hablaba mejor que escribia.

Sospechemos y vislumbremos tan sólo el poder extraordinario de la elocuencia que buscamos, y caso de citar ejemplos, tomemos los de Demóstenes en el juicio de Ctesifon, cuando empieza á hablar de sus hechos, consejos y méritos para con la república. Esta oracion entra de tal modo en la idea que yo tengo en el entendimiento, que apénas puedo concebir mayor elocuencia.

Resta sólo la forma y el carácter. Por lo que llevamos dicho se habrá comprendido cómo ha de ser. Hemos hablado del esplendor y elegancia de las palabras, ya separadas, ya unidas, el cual ha de ser tal que no salga de la boca del orador ninguna frase que no sea elegante ó majestuosa; y se hará frecuente uso de traslaciones de todos géneros que por la semejanza hacen volar el pensamiento de una parte á otra: movimiento y agitacion del ánimo que por sí mismo deleita.

Grande ornato comunican al discurso las figuras que estriban en la colocacion de las palabras. Aseméjanse á ciertos ornatos de la escena ó del foro que no sólo embellecen, sino que por sí mismos son bellos. Lo mismo sucede

con estos matices y lumbres del discurso, vg.: el duplicar las palabras, ó el repetirlas con pequeña variacion, ó el colocar el mismo vocablo al principio y al fin, ó cualquier otro género de repeticion, ó el uso de una misma voz en dos distintas acepciones, ó la semejanza de cadencias ó desinencias, ó las antítesis, ó la gradacion, ó la disolucion y el suprimir las conjunciones, ó la *preterición*, que consiste en omitir algo diciendo por qué, ó la correccion de lo que nosotros mismos hemos dicho, ó las exclamaciones de admiracion y queja, ó el declinar un nombre por varios casos.

Las figuras de palabra son mucho más importantes, y como las usa tanto Demóstenes, piensan algunos que este es el principal mérito de su elocuencia. Y en realidad nunca deja de dar alguna forma al pensamiento, ni es otra cosa el arte de bien decir sino iluminar con algun esplendor de forma todas ó casi todas las sentencias. Si tú, Bruto, comprendes bien esto, ¿para qué es añadir nombres ó ejemplos? Basta con apuntarlo de pasada.

El orador, cuya imágen trazamos, ha de tratar de muchos modos una misma cosa, detenerse á veces en una misma sentencia, á veces atenuarla, otras burlarse, ó alejarse algo del asunto, ó proponer lo que va á decir, ó hacer una definicion, ó rectificar, ó insistir en lo que dijo, ó cerrar los argumentos, ó interrogar y responderse á sí mismo, ó querer que se entiendan sus palabras de un modo contrario de como suenan, ó manifestar dudas sobre lo que ha de decir y cómo, ó dividir en partes, ó pasar en silencio algo, ó prevenirse con tiempo, ó echar al adversario la culpa de lo que á él mismo se le acusa, ó deliberar muchas veces con los que oyen y alguna vez con el adversario, ó describir las costumbres y remedar las palabras de los hombres, ó introducir hablando á séres mudos é inanimados, ó apartar los ánimos del objeto que se trata, convirtiéndolo todo en hilaridad y risa, ó anticiparse á las

objeciones que se le puedan hacer, ó usar ejemplos, símiles y comparaciones, ó acudir á la distribucion, ó contestar á una interpelacion, ó valerse de reticencias, ó apelar al temor de un peligro próximo, ó fingir algun atrevimiento, ó enojarse, ó reprender, ó rogar, ó suplicar, ó jurar, ó abandonar el propósito comenzado, ó usar de la optacion ó de la execracion, ó hacerse familiar á los oyentes. Y áun ha de hacerse estudio de otras cualidades de estilo: la brevedad, si el asunto lo pide: muchas veces el poner, digámoslo así, las cosas delante de los ojos: otras veces encarecerlas en cuanto es posible. A veces se dará á entender más de lo que se dice; otras convendrá excitar la risa; otras imitar la vida y costumbres humanas.

En este género, donde hay una verdadera selva de figuras, es donde ha de brillar todo el poder de la elocuencia; pero si no están oportunamente colocadas y no se entretejen bien con las palabras, en vano aspirarán á la gloria que pretendemos. Al ir á tratar yo de esta materia, convidábame por una parte, pero por otra me detenia, una consideracion que voy á exponer. Ocurríaseme que podrian encontrarse no sólo envidiosos, de los cuales está lleno todo, sino tambien admiradores mios, que no creyesen propio de un varon de cuyos méritos habian hecho tanta estimacion el Senado y pueblo romano cuanta de ningun otro, escribir tanto sobre el arte de bien decir. Y aunque no respondiera otra cosa sino que habia yo querido satisfacer á Marco Bruto, que con ahinco lo solicitaba, bastante excusa sería el haber querido complacer á un tan grande y excelente amigo mio y que pedia cosa tan recta y justa. Pero si prometo (ojalá pudiera cumplirlo) enseñar á los estudiosos los preceptos y el camino que lleva á la elocuencia, ¿qué justo estimador de las cosas podrá reprenderme? ¿Quién dudó nunca de que en nuestra república, en tiempos pacíficos y tranquilos, tuvo siempre la elocuencia el primer lugar, y sólo el segundo la ciencia

del derecho civil? Porque en la una estriba la gloria, la salvacion y la defensa, y la otra da reglas para perseguir y defenderse, para lo cual muchas veces tiene que pedir auxilio á la elocuencia, y tolera sin escrúpulo que ella invada sus términos y fines. Y si la enseñanza del derecho civil fué siempre honrosa, y las casas de los hombres más ilustres se vieron llenas de discípulos, ¿por qué hemos de vituperar al que ayuda á la juventud y aguza su ingenio en la elocuencia? Si es vicioso el hablar con ornato, destiérrese de la ciudad toda oratoria. Pero si no sólo honra á los que la poseen, sino á toda la república, ¿por qué ha de ser vergüenza aprender lo que es honroso saber ó por qué no ha de ser glorioso enseñarlo, siéndolo tanto el conocerlo?

Se dirá que lo uno está autorizado por la costumbre, y que lo otro es nuevo. Lo confieso, pero la razon es clara.

Ocupados nuestros oradores en sus negocios domésticos ó en los forenses y en responder á las consultas de sus clientes, consagraban al descanso el resto de su tiempo, ¿cómo les habia de quedar espacio para la enseñanza? Y áun creo que la mayor parte de ellos valian más por el ingenio que por la doctrina, y podian hablar mejor que dar preceptos: á nosotros, quizá nos suceda lo contrario.

Dirán que no tiene dignidad el enseñar. Ciertamente, si se hace como por juego; pero si se hace amonestando, exhortando, preguntando, y á veces leyendo y oyendo juntos el que aprende y el que enseña, ¿por qué no has de querer mejorar el gusto de alguno, cuando esto sea posible? Si no se tiene por desdoro el enseñar las fórmulas de la enajenacion de las cosas sagradas, ¿por qué ha de serlo el explicar el modo de conservar y defender las cosas mismas?

Enseñan el derecho los mismos que lo ignoran: la elo-

cuencia sólo pueden enseñarla los que la han conseguido, y áun éstos disimulan su valer en ella, porque la prudencia es grata á los hombres: la palabra es sospechosa. ¿Es posible que la elocuencia pueda ocultarse, ó ha de tener nadie por deshonra el enseñar los preceptos de un arte tan excelente y glorioso, que á él mismo le estuviera muy bien entender?

Otros serán quizá más disimulados: yo siempre me precié de lo que habia aprendido. ¿Y cómo no, si en mi juventud viajé tanto, y pasé el mar por causa de estos estudios, y tuve siempre llena mi casa de hombres doctísimos, y presentan mis escritos indudables señales de haber estudiado, y estos escritos los lee todo el mundo? ¿Qué habia de probar con mi disimulo, sino que quizá no habia aprendido bastante?

Y siendo esto así, puede decirse, no obstante, que lo que hasta ahora venimos tratando es materia de más noble enseñanza que lo que vamos á decir ahora. Hablaremos de la composicion de las palabras y del modo de contar y medir las sílabas, lo cual, aunque sea, como á mí me lo parece, necesario, parece, con todo eso, más grande y espléndido, ejecutado que explicado. Verdad es esto; pero en las artes sucede lo que en los árboles: su altura nos deleita, las raíces y los tallos no tanto; pero lo uno no puede existir sin lo otro. Yo, persuadido por aquel verso que todos conocen y que prohibe «avergonzarse del arte que se profesa,» y obligado, además, por tu empeño en recibir este volúmen, juzgué conveniente, sin embargo, defenderme de los que en algo pudieran acusarme.

Y si esto no fuera así, ¿quién habria de ánimo tan duro y agreste que no me concediera esta recreacion y entretenimiento, ahora que no puedo dedicarme al foro ni á los negocios públicos? Yo no puedo entregarme al ocio, y temo más la tristeza que las letras. Lo que antes me aprovechaba para los juicios y la curia, ahora me deleita en casa. Y no

sólo me ocupo en cosas tales como las que este libro contiene, sino en otras mucho más graves y mayores, y si logro verlas terminadas, pienso que mis ocios domésticos igualarán á mis defensas judiciales. Pero volvamos al propósito comenzado.

Se colocarán, las palabras de suerte que tengan entre sí estrecha relacion las últimas con las primeras, siendo elegantísimos los vocablos, ó de modo que la misma forma y elegante disposicion de las palabras haga el período armonioso y rotundo. Ante todo, exige mucha diligencia la estructura del período, aunque no ha de ser excesiva y puerilmente laboriosa; lo cual en una sátira de Lucilio censura Scévola en Albucio:

Quam lepidæ lexeis compositae? ut tesserulæ omnes
Arte pavimento, atque emblemate vermiculato.

No quiero que parezca esta construccion demasiado menuda, aunque la pluma ejercitada fácilmente hallará el modo de componer. Pues así como en la lectura los ojos, así el entendimiento en el discurso verá lo que sigue, para evitar que el encuentro de las últimas palabras con las primeras produzca hiatos y asperezas. Aunque las sentencias sean elegantes y graves, si las palabras son desaliñadas, ofenderán los oidos, cuyo juicio es inapelable, y esto se observa tanto en la lengua latina, que nadie hay tan rústico que no sepa unir bien las vocales. Y en esto es digno de reprension Teopompo, por haber huido tanto de estas letras, aunque lo mismo hizo su maestro Isócrates. Pero no Tucídides, y Platon, que todavía fué más admirable escritor que él, y no sólo en sus diálogos, donde hubo de hacerlo de intento, sino en la oracion popular con que es costumbre en Aténas alabar á los que mueren en el combate, la cual fué tan alabada, que se estableció, como sabes, la costumbre de recitarla todos los años en el mismo

dia. En ella es frecuente el concurso de vocales, que Demóstenes evitó en gran parte como viciosa.

Pero hagan los Griegos lo que quieran: nosotros forzosamente hemos de contraer las vocales. Lo indican las mismas desaliñadas oraciones en Caton; lo muestran todos los poetas, fuera de los que para completar un verso hacian el hiato, vg., Nevio:

Vos qui accolitis Histrum fluvium atque Algidum.

Y en otra parte:

Quam nunquam vobis Graii atque Barbari.

Ennio dice una vez: *Scipio invicte.* Y yo he escrito: ***Hoc motu radiantis Etesiæ in vada ponti.***

Nunca hubieran tolerado los nuestros lo que en los Griegos es tan frecuente y les parece tan bien. ¿Qué digo las vocales? Aun sin vocales hacian muchas veces los Latinos la contraccion por causa de brevedad, diciendo, vg.: *Multi'modis*, *vas'argenteis*, *palm'et crinibus*, *tecti'fractis.*

¿Y qué mayor licencia que la de contraer los nombres de personas para que sonasen mejor?, pues así como se dice *Duellum* (guerra) y *Duis* (dos), así á *Duellio*, el que ganó la batalla naval contra los Cartagineses, le llamaron *Bellio*, siendo así que todos sus antepasados se habian llamado siempre *Duellios*. A veces se contraen las palabras no por abreviar, sino por el agrado del oido. ¿Cómo *Axilla* ha venido á convertirse en *Alla*, sino por la pérdida de una letra áspera, que tambien ha desterrado la lengua latina de *Maxillis*, *Taxillis*, *Vexillo* y *Paxillo?* Tambien gustaban de juntar las palabras, diciendo, vg.: *Sodes* por *si audes*; *sis* en vez de *si vis*. En la palabra *Capsis* hay otras tres, y se dice *ain'* en vez de *aisne: nequire* por *non quire*; *maulle* por *magis belle*; *nolle* por *non belle*; *dein* por *deinde*; *exin*

por *exinde*. ¿Y por qué se dice *cum illis* y no se dice *cum nobis*, sino *nobiscum?* Porque si así se dijese, resultaria una frase obscena del concurso de las letras. Por lo mismo se dice *mecum* y *tecum*, no *cum me* ni *cum te*, para guardar la analogía de *vobiscum* y *nobiscum*. Algunos quieren enmendar á los antiguos, y no les siguen en esto. Y así, en vez de decir: *proh deum atque hominum fidem*, dicen *deorum*. ¿Pero ignoraban esto los antiguos, ó era que la costumbre les daba licencia? Y así el mismo poeta que con ménos frecuencia hizo contracciones, dice: *patris mei meum factum pudet*, en vez de *meorum factorum*, y *exitium examen rapit*, en vez de *exitiorum*: no dice *liberum*, como casi todos decimos, sino como quieren estos: *Neque tuum unquam in gremium extollas liberorum ex te genus*. Y él mismo escribe: *namque æsculapi liberorum*. Y aquel otro poeta en la tragedia *Chryse*, no sólo dice: *Cives, antiqui, amici maiorum meum*, que era lo más usado, sino que añade todavía con mayor dureza:

Consilium augurium atque extum interpretes.

Y el mismo prosigue:

Postquam prodigium orriferum, portentum pavos,

lo cual no es muy usado en los neutros. Y no me atreveria yo á escribir: *armum judicium*, en vez de *armorum*, por más que lo diga el mismo poeta. Pero me atrevo á decir, como está en las tablas censorias, *fabrum* y *procum*, en vez de *fabrorum* y *procorum*. Nunca digo *duorum virorum judicium*, ó *trium virorum capitalium*, ó *decem virorum litibus judicandis*. Y eso que dijo Accio: *video sepulcra dua duorum corporum*. Y tambien: *mulier una duum virum*. Sé cuál es la verdadera palabra, pero unas veces me valgo de la licencia, vg., al decir *proh deum*, en vez de *proh dco-*

rum; otras veces me someto á la necesidad, vg., al decir *trium virum* y no *virorum: sextertium nummum*, y no *nummorum*, porque en esto no varía el uso.

¿Por qué prohiben que se diga *nosse* y *judicasse* en vez de *novisse* y *judicavisse*, como si no supiéramos que está bien usada la palabra entera y tambien la contraccion, y que las dos se encuentran en Terencio? *Siet* es la palabra entera, *sit* la abreviada, y de las dos se puede usar indistintamente.

Y no reprenderé á los que dicen *scripsere*, aunque me agrada más *scripserunt*; pero creo que algo debe concederse al deleite de los oidos. Así dijo Ennio: *in templis isdem*, en vez de *eisdem* ó de *iisdem*, que hubiera sonado mal. La costumbre ha permitido incurrir en algun defecto gramatical por causa de elegancia. Yo diria mejor *pomeridianas quadrigas* que *postmeridianas*, y *mehercule* en lugar de *mehercules*. *Non scive*, parece palabra bárbara; *nescive* es más dulce. ¿Por qué se dije *meridiem* y no *medidiem?* Sin duda porque esto último era más duro.

La preposicion *abs* sólo se conserva en ciertos documentos jurídicos, y se ha perdido en el resto del lenguaje. Así decimos *amovit*, *abegit*, *abstulit*, sin que pueda determinarse muchas veces si es compuesto de *ab* ó de *aps*. ¿Y por qué les pareció mal *abfugit* y *abfer*, y prefirieron decir *aubfugit* y *aubfer*, la cual preposicion sólo se encuentra en estas dos palabras? De la misma manera, en vez de anteponer la preposicion *in* á las palabras *noti*, *navi* y *nari*, les pareció más dulce decir *ignoti*, *ignavi*, *ignari*. Se dice *ex uso* por evitar el encuentro de vocales, y se dice por el contrario *e republica* porque resultaria áspera la frase si no se suprimiese una letra. En *exegit*, *edixit*, *effecit*, *extulit*, *edidit*, se alteró la primera letra al añadirse una preposicion, y resultó *subegit*, *summotavit*, *sustulit*.

¿Y qué diremos de las palabras juntas? ¿Por qué se dice *insipientem* y no *insapientem*, *iniquum* y no *inæquum*,

tricipitem y no *tricapitem*, *concisum* y no *concæsum?* Algunos quieren que se diga tambien *pertisum*, pero el uso no lo aprueba. ¿Y qué cosa hay más elegante que lo que no se hace por casualidad, sino con cierto artificio, diciendo (vg.) *inclytus* é *inhumanus* con la primera sílaba breve, é *insanus*, é *infelix* con la primera larga? En suma: se alarga la primera sílaba en aquellas palabras donde las primeras letras son las mismas que en *sapiente* y en *felice*. En todas las demas se pronuncia breve. Cuando se dice *composuit*, *consuevit*, *concrepuit*, *confecit*, aunque esto en realidad sea reprensible, el juicio de los oidos lo aprueba. ¿Por qué? preguntarás. Porque así les agrada, y porque al deleite de los oidos debe ajustarse el discurso.

Yo mismo, sabiendo que los antignos apénas usaban de la aspiracion, sino en las vocales, decia siempre *pulcros*, *Cetegos*, *Triunpos*, *Cartaginem*, y sólo más tarde, y por no ofender los oidos, consentí en hablar como el pueblo, reservándome yo la ciencia del bien hablar. Digo, no obstante, *Orcivios* y *Matones*, *Otones*, *Cepiones*, *Sepulcra*, *Coronas*, *Lacrymas*, porque los oidos lo consienten. Ennio y otros antiguos escriben siempre *Burro* y no *Pirro*, *Bruges* y no *Phryges*. Entónces no usaban ninguna letra griega; ahora usamos dos, aunque es absurdo el aplicar una letra griega á los casos de una lengua bárbara, ó el introducir entera la palabra, tal como la usan los Griegos.

Ahora se tiene por rusticidad lo que en otro tiempo pasaba por elegancia, es decir, quitar la última letra no seguida de vocal en las palabras cuyas dos últimas letras son las mismas que en *Optumus*. Así se evitaba en los versos un tropiezo, que no evitan los poetas modernos. Así decíamos: *qui est omnibu princeps*, en vez de *omnibus princeps*. *Vita illa dignu*, *locoque*, en vez de *dignus*. Si la costumbre indocta produce tales elegancias, ¿qué no podrá esperarse del arte y de la doctrina?

Dije esto con más brevedad que si de esto sólo tratara

(porque es materia larga la de la naturaleza y uso de las palabras): así y todo me he dilatado más de lo que á mi propósito convenia.

Pero así como el juicio de las palabras y de las cosas corresponde á la prudencia, así de las voces y de los números es el único juez el oido. Si lo uno se refiere á la inteligencia, lo otro al deleite: de lo uno es árbitro la razon, de lo otro el sentido. Investiguemos, pues, el modo de producir este deleite.

Dos son las cosas que halagan los oidos: el sonido y el número. Del número hablaremos despues; ahora del sonido. Han de elegirse palabras bien sonantes, pero no buscadas con exquisito esmero como los poetas, sino tomadas del habla comun.

Y no sólo ha de atenderse á la composicion de las palabras, sino tambien al modo de terminar los períodos, ya por la composicion misma y como espontáneamente, ya por casos semejantes, ya por corresponderse palabras iguales ó contrarias, todo lo cual produce una cláusula numerosa, aunque la armonía no se busque de propósito.

En este género de elegancia dicen que fué el primero Gorgias. Al mismo género pertenece aquel pasaje de nuestra *Miloniana:* «Hay, oh jueces, una ley no escrita sino innata, que no hemos aprendido ni leido, sino tomado de la misma naturaleza, y en la cual no hemos sido educados, sino imbuidos.» Aquí parece que el número no se ha buscado, sino que se ha seguido.

Lo mismo acontece con las antítesis, que no sólo hacen numerosa la oracion, sino que á veces convierten la frase en verso, vg.: *eam, quam nihil accusas, damnas.* Para evitar el verso sería preciso decir *condemnas.*

Ya ántes de Isócrates se deleitaban mucho los Griegos en las antítesis, y especialmente Gorgias. Yo tambien las he usado con frecuencia, vg. en este pasaje de la cuarta acusacion contra Verres: «Comparad esta paz con aquella

guerra; la llegada de este pretor con la victoria de aquel general; la cohorte impura de éste con el ejército invicto de aquél; las liviandades del uno con la continencia del otro, y direis, sin duda, que Siracusa fué fundada por el que la conquistó, y entrada á saco por el que la recibió ya conquistada!

Tiempo es ya de explicar el tercer género de estilo armonioso; y en verdad que los que no le sienten no sé qué oidos tienen ó qué hay en ellos de humano. Mis oidos se deleitan con la caida suave y redondeada de las palabras, y ni gustan de períodos cortos, ni de los demasiado redundantes. ¿Y qué digo de mí? Hasta el pueblo prorumpe en gritos de entusiasmo cuando acaban rotundamente los períodos. No era así entre los antiguos, y quizá era esto sólo lo que les faltaba, porque sabian elegir palabras y sentencias graves y elegantes, pero no acertaban á enlazarlas ni á dar á la oracion un corte armonioso.

Dirán algunos que esto mismo les deleita. ¿Y porque nos deleite aquella antiquísima pintura de pocos colores más que esta ya perfecta, hemos de volver á la antigua y rechazar la nueva? Así como los viejos tienen siempre autoridad, así hace fuerza en todo el ejemplo de los antiguos, y no dejo yo de estimarlo en mucho. Más bien que lamentar lo que les falta, alabo lo que tienen, sobre todo porque es de mayor importancia que aquello de que carecen. Más valor doy á las palabras y á las sentencias en que sobresalen, que á la conclusion de los períodos en que ellos no pararon mientes.

Si entónces se hubiera conocido ese arte, no hubieran dejado de usarle aquellos antiguos, así como vemos que despues le han empleado todos los grandes oradores. Algunos tienen por sospechoso el buscar en una oracion judicial y forense lo que los Latinos llaman número y los Griegos ritmo. Paréceles una añagaza para sorprender los oidos. Y llevados de esta idea, hablan de una manera cor-

tada y seca, y reprenden á los que son cuidadosos de la armonía. Si ésta recae sobre vanas palabras y frívolas sentencias, tienen razon. Pero si los pensamientos son felices y las palabras están bien escogidas, ¿por qué prefieren ir cojeando ó tropezando, más bien que deslizarse majestuosamente siguiendo el curso de las ideas? Ese ritmo que tanto censuran, sirve para amoldar bien el pensamiento á la palabra, lo cual hacian tambien los antiguos, pero casi siempre por casualidad ó por disposicion natural, y lo que en ellos se alaba más, es precisamente por estar bien concluido.

Entre los Griegos tiene este arte cerca de cuatrocientos años de antigüedad: entre nosotros es muy moderno. Y si Ennio osó despreciar *los versos que antiguamente cantaban los faunos y profetas*, ¿por qué no nos ha de ser lícito hacer lo mismo con los antiguos oradores, aunque sin la arrogancia de exclamar como él: *nos ausi reserare*? He leido y oido que son perfectos en este linaje de armonía. En cuanto á los que no consiguen tanto, básteles no ser despreciados, pero no pretendan alabanza. Yo alabo á los maestros de quienes ellos se dicen imitadores, por más que en los maestros mismos echo de ménos algo. De los discípulos no hago ninguna cuenta, porque imitan sólo los vicios de sus modelos.

Y ya que sus oidos son tan ásperos y rudos, ¿no les convence á lo ménos la autoridad de tantos varones doctos? Omito á Isócrates y á sus discípulos Eforo y Naucrates, aunque deben ser tenidos por grandes oradores y por artífices consumados en la construccion y ornato del discurso. ¿Pero quién fué más docto que Aristóteles? ¿quién más agudo en la invencion y en el juicio, ni quién más enemigo de Isócrates? Y sin embargo, prohibe que haya versos en la oracion, pero manda que haya número. Lo mismo preceptúa su discípulo Teodectes, á quien el mismo Aristóteles cita muchas veces como escritor cultísimo.

Esta misma es la opinion de Teofrasto. ¿Qué hemos de decir á los que desprecian á estos autores ó ignoran que dieron tales preceptos?

Y dado caso que sea así, ¿tan torpes son sus oidos que no distinguen lo malsonante, lo desaliñado, lo redundante ó lo que claudica? Una sílaba larga ó breve en un verso hace que los espectadores prorumpan en gritos y exclamaciones, y eso que la muchedumbre no conoce los piés métricos, ni tiene idea del número, ni sabe por qué le ofende lo que realmente le desagrada. Pero la naturaleza ha colocado en nuestros oidos el juez infalible de los sonidos largos y breves, de las voces agudas y graves.

¿Quieres que te explique, Bruto, esta materia con más extension que me la enseñaron mis maestros? ¿Crees que podemos contentarnos con lo que ellos dijeron? Inútil es preguntarte si quieres, cuando por tus eruditísimas cartas veo que lo deseas ardientemente. Explicaré primero el orígen, despues la causa, luégo la naturaleza, y, finalmente, el uso del estilo elegante y numeroso. Los que tanto alaban á Isócrates, cuentan por su principal mérito haber sido el primero en dar armonía á la prosa. Pues viendo que á los oradores se los escuchaba con severidad, y á los poetas con agrado, buscó cierto número oratorio para que la variedad reparase el cansancio. Tienen razon los que esto dicen, pero sólo hasta cierto punto, porque si hemos de confesar que nadie venció á Isócrates en este género, cierto es tambien que el primero en inventarle fué Trasimaco, como lo muestran sus obras armoniosamente escritas. Cierto que Gorgias habia hecho ya grande uso de las similicadencias y de las antítesis, que por sí mismas suelen resultar numerosas aunque la armonía no se busque de propósito, pero tambien lo es que Gorgias hizo uso inmoderado de ellas.

Uno y otro fueron anteriores á Isócrates, que los venció en la moderacion, no en la invencion. Así como tiene me-

jor gusto que ellos en las traslaciones y en la formacion de palabras nuevas, así tambien en la armonía y en el número. Templó la intemperancia de Gorgias, aunque habia recibido sus lecciones en Thesalia siendo todavía muy jóven.

Conforme fué entrando en años (llegó casi á los ciento) hízose ménos supersticioso de la armonía, como él mismo declara en el libro que dirigió á Filipo de Macedonia. Así es que no sólo corrigió á los anteriores, sino que se corrigió á sí mismo.

Ya que sabemos cuáles fueron los inventores de este arte, y hemos averiguado su orígen, resta indagar sus causas. Las cuales son tan claras, que me admiro de que los antiguos no reparasen en ellas, sobre todo cuando fortuitamente cerraban bien un período y podian juzgar de la impresion que hacian en los oidos y en el ánimo de los hombres. Porque los oidos, ó el alma por medio de los oidos, contiene en sí cierta medida natural de todas las voces, y juzga de lo que es demasiado largo ó demasiado breve, y se complace en lo perfecto y moderado, y tropieza en las frases cortas y mutiladas, como si se le defraudase de lo que se le debe, y reprueba asimismo los periodos demasiado largos y de inmoderada extension, pues en este género ofende más lo redundante que lo escaso, y así como la poética y los versos se inventaron siguiendo el juicio del oido y la observacion de los varones prudentes, así mostró tambien la experiencia que hay en la prosa cierto ritmo, aunque más libre y vago.

Ya que hemos explicado la causa del número, mostremos ahora su naturaleza, aunque esta cuestion no pertenece á nuestro objeto, sino á lo más íntimo del arte. Puede preguntarse cuál es el número de la oracion, y en qué consiste, y de qué nace, y si es uno ó dos ó más, y cuándo se adquiere, y cómo ha de aplicarse, y en qué se funda el deleite que produce. Pero en esta materia, como en casi

todas, pueden seguirse dos caminos: uno más largo, otro más breve y claro.

La primera cuestion que se presenta es si realmente hay armonía en el discurso. A algunos les parece que no, porque no tiene una ley fija como en los versos, y eso que los que tal afirman no saben dar la razon íntima del número poético. Admitido que le haya tambien en la prosa, resta saber si es uno ó muchos, y si es del mismo género que los poéticos y á cuál de ellos se parece. Hay quien sostiene que el número oratorio es uno solo, otros dicen que son muchos, algunos defienden que todas las armonías poéticas caben en la prosa. Luégo falta averiguar si son comunes á todo el discurso ó si los hay diversos para la narracion, para la persuasion y para la enseñanza, y dado que sean diversos, en qué se diferencian, y por qué la armonía no se siente tanto en la prosa como en el verso, y si esta armonía depende sólo del número ó tambien de la composicion y eleccion de las palabras, ó si son cosas distintas, de suerte que el número consista en intervalos, y la eleccion de las palabras sea como la forma y luz del discurso, y la composicion como la fuente de la cual procede el número y todos los primores y excelencias oratorias, que los Griegos llaman *schemas*.

Todas estas cosas tienen relacion con el número, pero este existe por sí, y la composicion difiere de él en que atiende sólo á la gravedad y elegancia de las palabras. Esto es lo que puede preguntarse sobre la naturaleza de la cosa.

Que hay en la prosa cierta armonía, no es difícil conocerlo. Lo mismo acontece en los versos, los cuales tienen cierta natural armonía, de cuya observacion procedió el arte. Esta armonía es más clara que en la prosa, aunque á veces depende del canto, sobre todo en el mejor de los poetas líricos griegos, cuyos versos, separados de la mú-

sica, parecen pura prosa. Lo mismo acontece con algunos de los nuestros, vg., este verso del *Tyestes:*

Quemnam te esse dicam? qui tarda in senectute,

lo cual, si prescindimos del acompañamiento de la flauta, es prosa pura. Tambien los versos senarios de los poetas cómicos, por su semejanza con el lenguaje de su conversacion, son tan rastreros que á veces no es fácil distinguir en ellos la medida ni el ritmo.

De dos partes se compone el discurso. Las palabras son como la materia, el número como la forma. En todas las cosas la necesidad fué ántes que el deleite: por eso, muchos siglos ántes que se pensara en la armonía ni en el deleite de los sentidos, existió una oratoria ruda y seca, pero bastante para expresar los afectos y las ideas. Todavía Herodoto y su tiempo carecieron de esta armonía, ó no la alcanzaron sino por casualidad, y los escritores más antiguos nada dijeron del número, entre tantos preceptos como nos dejaron sobre el discurso. Porque lo más fácil y lo más necesario es siempre lo que se conoce primero.

Las traslaciones, la formacion y la composicion de palabras fueron conocidas y estudiadas pronto, porque se tomaban del lenguaje familiar y cotidiano. No así el número, y por eso fué conocido más tarde, y vino á dar la última perfeccion y las últimas líneas al discurso.

Si hay frases estrechas y concisas y otras amplias y difusas, depende esto, no de la naturaleza de las letras, sino de la variedad de pausas largas y breves que tejen la trama del discurso. La armonía misma hace correr y deslizarse el período hasta llegar al fin y reposar en él. Es claro, por tanto, que la prosa ha de estar sujeta á cierto número, pero no ha de tener versos.

Se pregunta si estos números son del mismo género que los poéticos, ó si son distintos. No hay más números que

los poéticos y no pueden pasar de tres. Porque es necesario que una parte del pié sea igual á la otra, ó doble que la otra, ó vez y media mayor que la otra. *Igual* es el dáctilo, *doble* el yambo, *vez y media* mayor el peon. Estos piés han de entrar forzosamente en el discurso, y oportunamente colocados tienen que hacerle armonioso.

Se pregunta cuál de estos piés ha de usarse con preferencia. La prueba de que todos ellos pueden entrar es que á veces por descuido hacemos versos en la prosa, lo cual es grave defecto, nacido de no atendernos ni oirnos á nosotros mismos. Debemos evitar los versos *senarios* y los *hiponacteos*. En gran parte el discurso consta de *yambos*, pero estos versos los conoce fácilmente el auditorio, porque son de los más usados. A veces por imprudencia tropezamos en otros ménos conocidos, pero que al fin son versos: grave defecto que debemos evitar con todo cuidado. En todos los libros de Isócrates sólo pudo encontrar el ilustre peripatético Jerónimo treinta versos, casi todos senarios y algunos anapestos (lo cual suena pésimamente), aunque es cierto que en la eleccion procedió con malicia, porque quitando la primera sílaba de la primera palabra de la sentencia, unió á la última palabra la primera sílaba de la siguiente. Asi resultó el anapesto que llaman aristofánico, el cual ni es fácil ni tampoco necesario evitar. Por cierto que al mismo corrector, en el mismo lugar en que reprende á Isócrates, se le escapa un verso senario. Quede, pues, establecido que en la prosa hay número, y que los ritmos oratorios son los mismos que los poéticos.

Resta averiguar qué ritmo es el que conviene mejor al discurso. Algunos creen que el yámbico, que es el más semejante á la prosa, por lo cual se le usa en las comedias para mejor imitacion de la verdad, al paso que el ritmo dactílico se acomoda mejor á la grande elocuencia de los exámetros. Eforo, orador mediano pero de muy buena escuela, prefiere el peon ó el dáctilo, huye del espondeo y

del troqueo. Porque como el peon tiene tres sílabas breves y el dáctilo dos, parece que las palabras se deslizan más suave y libremente, al reves de lo que sucede en el espondeo y en el troqueo, pues constando el uno de largas y el otro de breves, hace el primero demasiado tardo el discurso, y el segundo excesivamente acelerado. A mi juicio, los que sostienen la primera opinion se equivocan, y tampoco Eforo acierta. Porque los que prescinden del peon no ven que renuncian á una armonía dulce y llena. Muy de otra manera le parece á Aristóteles, que juzga el ritmo heroico demasiado altisonante para la prosa, y el yambo demasiado vulgar. En su concepto, el discurso ni ha de ser humilde y rastrero ni demasiado alto y pomposo, sino lleno de gravedad, de suerte que mueva á admiracion el ánimo de los que oyen. Parece que el coreo ó troqueo carece de dignidad por lo muy breve y acelerado. Por eso aprueba el peon y dice que de él usan todos sin conocerlo. Los primeros de quienes hablé, atendieron sólo á la comodidad y no á la dignidad del estilo. Por lo mismo que el yambo y el dáctilo son tan frecuentes en verso, deben evitarse en la prosa: nada hay más enemigo de la prosa que los versos. El peon es poco á propósito para los versos, y por eso entra bien en la prosa. Eforo ni áun llegó á entender que el espondeo, del que huye, es igual al dáctilo, que tanto le agrada. Creyó que los piés se median por sílabas y no por intervalos, y lo mismo hace con el troqueo, que en tiempos y en pausas es igual al yambo, pero más vicioso que él si se pone al fin del período, porque los períodos acaban mejor en sílabas largas. Esto que Aristóteles dice del peon lo repiten Teofrasto y Teodectes.

Por mi parte, creo que en la prosa están confundidos y mezclados todos los piés, y que es censurable el usar siempre los mismos, pues el discurso no debe ser numeroso como un poema, ni carecer tampoco de número como el lenguaje del vulgo. Lo uno pareceria hecho de in-

tento, lo otro desaliñado y trivial; lo primero no agradaria, y lo segundo causaria tedio. Guárdese, pues, un justo medio, sin excluir ningun ritmo, ni ménos el peon, ya que tanto le recomienda el mejor autor de estas cosas.

Ahora debo explicar cómo han de unirse entre sí estos ritmos, para que resulte como un tejido de púrpura el discurso, y qué género de oraciones es más acomodado á cada uno de ellos. El yambo es muy frecuente en los oradores de estilo humilde y trivial, y el peon en los más elevados. Unos y otros usan con frecuencia el dáctilo. Conviene interpolarlos y mezclarlos todos en la oracion, para que no aparezca demasiado claro el nimio estudio en buscar el placer de los oidos, con detrimento de las palabras y de las sentencias. En éstas se fijan principalmente los que oyen, y ocupada su atencion en ellas, pasa inadvertido el número y armonía.

No ha de pecarse de exceso en cuanto á la armonía de la prosa. Al fin y al cabo no es un poema. Basta para que un discurso sea armonioso que no claudique en parte alguna, ni ande como fluctuando, sino que proceda con igualdad y constancia. La armonía de la prosa no estriba en que toda se componga de números. En los versos hay una ley fija é invariable, que necesariamente ha de seguirse. En la prosa basta que no sea redundante, ni desaliñadamente suelta, ni pobre y encogida. No son los golpes fuertes de la música los que rigen esta armonía, sino el placer del oido que aprecia sólo la disposicion general y el modo de cerrar y redondear las cláusula.

Suele preguntarse si en toda la cláusula caben los piés métricos, ó sólo en la primera parte y en la última. Muchos opinan que basta que el período termine rotundamente. Bueno es esto, pero no basta. Los oidos esperan siempre el final, y en él descansan; pero desde el principio debe reinar la armonía, difundiéndose desde la cabeza hasta las extremidades.

A los que hayan hecho buenos estudios, ejercitándose mucho en escribir, ó hablando con el mismo esmero que si escribieran, no les será esto muy difícil. Medítese bien lo que se va á decir, y pronto se ocurrirán las palabras: el sentimiento, cuya rapidez es portentosa, pondrá cada una en su lugar, y hallará un final armonioso, haciendo que desde la primera palabra hasta la última concurran todas á esta general armonía. Unas veces es más rápido, otras más sosegado el curso de la oracion, pero desde el comienzo de la cláusula ha de pensarse en el fin. En esto como en los demas primores de estilo, es grande la semejanza de la oratoria y de la poesía. Una y otra tienen materia y forma: materia que son las palabras; forma que es el modo de colocarlas. Las palabras (prescindo ahora de las propias) pueden ser traslaticias, nuevas ó anticuadas. De todas ellas usan con más frecuencia y libertad los poetas.

Lo mismo sucede con el ritmo, si bien puede decirse que en él les obliga la necesidad. La armonía de la prosa no es la misma, aunque tampoco enteramente distinta. A veces no depende del número, sino de la construccion de las palabras.

Si se pregunta cuál es el número que conviene á la prosa, debe responderse que todos, aunque unos son más á propósito que otros. ¿Cuál es su lugar? en cualquiera parte del discurso. ¿Cuál es su razon? el placer de los oidos. ¿Cuándo ha de usarse? siempre. ¿Cuál es la causa del agrado que producen? la misma que en los versos: el oido sólo puede, áun sin arte, discernirlos y gustar de ellos.

Esto baste acerca de su naturaleza: tratemos ahora del uso. Se pregunta si pueden usarse en todo el curso de la oracion que los Griegos llaman *período*, y nosotros *circuito*, *comprension*, *continuacion* ó *circunscripcion*, ó si han de ponerse sólo al principio, ó al fin, ó en una y otra parte. Se pregunta despues qué diferencia hay entre la

esencia del número, y el ser alguna cláusula numerosa. Luégo resta averiguar si en todos los ritmos han de ser las partes de igual extension, ó unas más largas, otras más breves, y cuándo y por qué, y si estas partes han de ser iguales ó desiguales, y cómo han de colocarse entre sí. Y se ha de disputar de las partes y divisiones de la cláusula.

Contestaré en general, pero de modo que fácilmente pueda deducirse cada respuesta particular. Prescindiendo de los demas géneros, me fijaré sólo en el judicial y forense. En los demas, es decir, en la historia, y en lo que llamara género *epidíctico*, puede hablarse ó escribirse siempre á la manera de Isócrates y Teopompo, en períodos largos semejantes á un círculo completo, y reservando para lo último las más notables sentencias. Desde que prevaleció esta manera de formar las cláusulas, nadie de los que escribieron oraciones amenas y destinadas á la lectura, y no á la controversia forense, dejó de reducir á número y cuadro sus sentencias. Como el lector de este género de discursos no recela engaño, perdona de buen grado al orador el que halague, áun con exceso, sus oidos.

Semejante estilo, ni es el mejor para las causas forenses, ni tampoco debe excluirse del todo. Si se usa á menudo, no sólo engendra hastío, sino que hasta el más ignorante conoce el artificio. Quitan tales afectaciones verdad humana á la expresion de los afectos. Pero como alguna vez, aunque rara, pueden emplearse, conviene examinar cuándo y de qué manera, y en cuántos modos.

Cabe el estilo numeroso en los elogios, gr.: en el que yo hice de Sicilia en la segunda acusacion contra Verres, ó cuando hablé de mi consulado ante los senadores. Cabe tambien en las narraciones, cuando éstas han de tener más dignidad que dolor: por ejemplo, lo que en la oracion cuarta contra Verres dije de la Céres de Enna, de la Diana

de Segesto, y de la situacion de Siracusa. Es tolerable asimismo en la amplificacion, y todo el mundo lo concede. Yo quizá no lo he conseguido nunca, pero á lo ménos lo he intentado muchísimas veces, como lo probarán infinitos lugares de mis defensas. Puede amplificarse cuando ya el auditorio está dominado y vencido por el orador, y no recela ni quiere permanecer á la defensiva, sino que se deja arrastrar en la corriente, y, admirando la forma de la palabra, no encuentra nada que reprender.

Esta forma no puede prolongarse mucho, ni en la peroracion ni en las demas partes del discurso. Empleados ya los recursos de que ántes hablé, todo el esmero ha de ponerse en los que llaman los Griegos κόμματα y Κῶλα, y nosotros, no sé por qué, *incisos* y *miembros*. Cuando las cosas son desconocidas, no pueden ser conocidos los nombres, y en todas las artes obliga la necesidad á inventar nuevos nombres para ideas nuevas, ó á usar de traslaciones.

El ritmo es ya acelerado y rápido, ya lento. Está bien el primero en las contiendas forenses; el segundo en las exposiciones. Las cláusulas se cierran de muchos modos: en Asia ha prevalecido la forma del *dicoreo*, llamada así por ser *coreos* los dos piés últimos. Y ahora debemos explicar por qué los mismos piés reciben en diversos autores nombres distintos.

El *dicoreo* no es, por sí mismo, vicioso en las cláusulas, pero nada más vicioso que su perpétua repeticion, nada que engendre más fastidio. Me acuerdo que Cayo Carbon, tribuno de la plebe, decia un dia en el foro (estando yo sentado en el tribunal): *O Marce Druse, patrem appello.* Ahí aquí un inciso con dos piés métricos. Y prosiguió: *Tu dicere solebas, sacram esse rempublicam.* Son tres piés. Y continuó la cláusula: *quicumque eam violavissent, ab omnibus ei esse poenas persolutas.* Es un *dicoreo*, sin que importe que la última sea larga ó breve. Y acabó: *Patris dictum sa-*

piens temeritas filii comprobavit. Al oir este segundo *dicoreo*, prorumpieron todos en aplausos, como si hubiera dicho una cosa admirable. Pregunto: ¿no es esto obra del ritmo? Muda tú el órden de las palabras, dí: *comprobavit filii temeritas*, y todo el efecto desaparece, aunque *temeritas* conste de tres sílabas breves y una larga: lo cual á Aristóteles le sonaria muy bien, y á mí en este caso no. La idea y las palabras son las mismas, pero al oido no le basta. No conviene, sin embargo, abusar de este linaje de ritmo: empieza por conocerse, pronto fastidia, y á la larga, entendida su facilidad, se le desprecia.

Hay otros muchos géneros de cláusulas que terminan agradable y numerosamente. El *crético*, que consta de larga, breve y larga, y el *peon* su igual en tiempo, aunque tenga una sílaba más, caben muy bien en la prosa. El terminar los períodos con una larga y tres breves, ó con tres breves y una larga, como suelen hacer los antiguos, no lo rechazo del todo, aunque prefiero otros ritmos.

Ni siquiera puede rechazarse en absoluto el espondeo; aunque pesado y tardo por constar de dos largas, tiene cierta dignidad y reposo, sobre todo en los incisos y paréntesis, y compensa el ser pocos sus piés con el ser largos.

El yambo, que consta de breve y larga, y es igual en tiempo, no en sílabas, al coreo, que tiene tres breves; y el dáctilo, que tiene una larga y dos breves, caen bien ántes del último pié, cuando este es coreo ó espondeo, cosa del todo indiferente. Pero estos mismos tres piés cierran mal la cláusula, á no ser que el último, en vez de un crético, sea un dáctilo. Puede ser uno ú otro, porque hasta en el verso es indiferente la cuantidad de la última sílaba.

Los que tuvieron por mejor el *peon*, fundados en que tiene la última sílaba larga, no repararon en lo poco que esto importaba. Y áun algunos al peon no le llaman *pié*, sino *ritmo*, porque tiene más de tres sílabas. Segun el

unánime parecer de los antiguos (Aristótcles, Teofrasto, Teodectes, Ephoro), es el más acomodado al principio, al medio ó al fin de diccion. Al fin yo preferiria el crético. El *dochmio*, que tiene cinco sílabas: breve, dos largas, breve y larga, vg.: *amicos tenes*, está bien en cualquiera parte, pero una vez sola. Repetido ó continuado, resulta demasiado á la vista el artificio armónico.

Sólo le evitaremos alternando oportunamente todos estos piés métricos, y como no sólo del ritmo, sino tambien de la composicion depende la armonía de la cláusula, ha de ser la composicion de tal suerte, que no parezca el número buscado, sino nacido, como en este pasaje de Craso: *Nam ubi libido dominatur, innocentiæ leve præsidium est.* El órden de las palabras produce ya la armonía, sin que se vea el esfuerzo del orador. Por eso, si alguna vez los antiguos (quiero decir, Herodoto y Tucídides y todos los de su tiempo) alcanzaron la armonía, fué sólo por la colocacion de los vocablos, y no por el ritmo.

Hay ciertas formas de estilo que inevitablemente traen el ritmo consigo. Así las comparaciones y las antítesis. Todo esto ofrece variedad de recursos, para no terminar siempre del mismo modo. Ni son estas leyes tan estrictas, que alguna vez no podamos quebrantarlas. Hay gran diferencia entre ser numeroso el discurso, y constar todo de números. Lo segundo es intolerable vicio, pero sin lo primero será inculta, desaliñada y floja la oracion.

Pero como el estilo resonante y numeroso no es frecuente en las verdaderas causas, es decir, en las forenses, necesario es que veamos lo que son *incisos* y *miembros*, porque esta es la forma que más abunda en este género de discursos.

La cláusula, para ser perfecta, y henchir los oídos, y no ser más larga ni más breve que lo justo, debe constar de cuatro partes ó miembros. A veces conviene, sin embargo, acortarla ó extenderla. En esto la prosa tiene mu-

cha más libertad que la poesía, y yo sólo me fijo en un término medio.

De estos cuatro miembros, que puden compararse con cuatro versos exámetros, unidos y trabados entre sí con cierta manera de nudos, consta la cláusula perfecta. A veces las interrumpimos y cortamos para intercalar algun miembro. Entónces debe ponerse mayor cuidado en el número, por lo mismo que entónces aparece ménos y vale más. De este género son aquellas palabras de Craso: ***Missos faciant patronos: ipsi prodeant.*** Si hubiera dicho ***prodeant ipsi*** (áun siendo esto más armonioso), se hubiera visto á las claras el empeño en buscar el senario. *¿Cur clandestinis consiliis nos oppugnant? ¿cur de perfugis nostris copias comparant contra nos?*

Aquí tenemos dos incisos, que los Griegos llaman Κόμματα, y un miembro, que ellos apellidad Κωλον. Resulta una cláusula no larga, pues consta de dos versos ó miembros, y acaba en espondeos. Tal solia ser el estilo de Craso, y el que yo más apruebo.

Lo que incidentalmente se dice, ha de tener mucha armonía y número, vg.: *¿Domus tibi deerat? at habebas. ¿Pecunia superabat? at egebas.* A estos cuatro incisos, siguen estos miembros: *Incurristi amens in columnas: in alienos insanus insanisti.* Y luego, á modo de trueno, viene la cláusula larga: *Depressam, coecam, iacentem domum pluris quam te, et quam fortunas tuas, aestimasti.* Acaba con un dicoreo, próximo á un dispondeo.

El proceder por incisos y miembros es de gran efecto en las verdaderas causas, sobre todo en las acusaciones y defensas. Así dije yo en la oracion segunda contra Cornelio: *¡Oh callidos homines! ¡oh rem excogitatam! ¡oh ingenia meluenda!* Y proseguí en el mismo estilo cortado: *testes dare volumus.* Sigue una cláusula de dos miembros, la más breve de todas: *Quem, quaeso, mostrum fefellit, ita vos esse facturos.*

Y no hay modo de decir que sea mejor ni más enérgico que el herir con dos ó tres palabras, á veces con una sola, interponiendo de vez en cuando, entre las cláusulas cortas, alguna larga y numerosa. Queriendo huir de esto Hegésias é imitar malamente á Lisias, que es casi otro Demóstenes, procede como por saltos, cortando siempre la frase, y errando no ménos en los pensamientos que en las palabras, hasta el extremo de no poder hallarse nada más inepto que él.

Ya que he discurrido acerca de la armonía del discurso más que otro alguno ántes que yo, he de tratar ahora de su utilidad. No ignoras, Bruto, que el bien decir no es otra cosa que usar pensamientos y palabras escogidas. Y no hay idea alguna que en la oracion dé fruto si no está bien expuesta y desarrollada; ni brillan las palabras si no están bien colocadas, y no las realza el número. Este número, conviene repetirlo, no es el poético, y difiere mucho de él, aunque no en su esencia, porque al cabo uno mismo es el ritmo del orador y el del poeta, y áun el de todo el que habla, y el de todo sonido que podemos medir. Pero el órden de los piés hace que lo que se pronuncia sea oracion ó poema.

Esta composicion, perfeccion ó número es absolutamente necesaria al que quiere hablar con elegancia, no sólo, como dicen Aristóteles y Teofrasto, para que el discurso vaya sujeto á una ley y no se extienda indefinidamente, sin más traba que las exigencias de la respiracion ó los puntos y comas de la escritura, sino porque el discurso armonioso tiene mucha más fuerza que el suelto y descolorido. Y así como vemos á los atletas y gladiadores proceder siempre con arte en el huir y en el acometer, juntando la utilidad de la pelea con la gallardía y elegancia; así el orador nunca hace herida grave, ni resiste victoriosamente el ímpetu del contrario, si no atiende al decoro en la resistencia misma.

A los movimientos torpes y sin gracia del atleta se parece el discurso en que se presentan sin armonía las ideas, y tan léjos está de ser verdad lo que afirman los que, ó por falta de maestros, ó por torpeza de ingenio, ó por huir del trabajo, no han llegado á esta perfeccion, es decir, que enerva á la prosa el mismo esmero en la composicion de las palabras, que ántes al contrario, sin esta armonía y número no cabe fuerza, vigor ni ímpetu.

Pero todo esto requiere largo ejercicio, ni hemos de trasponer las palabras de modo que se vea claramente que lo hacemos sólo por buscar una armoniosa cadencia. Ahí está Lucio Celio Antipatro, que en el proemio á su *Guerra Púnica*, dice que nunca lo hará sino en caso necesario. ¡Oh varon sencillo, que no nos oculta nada! ¡Hombre sapientísimo, que juzga que debemos ceder á la necesidad! Pero éste es un escritor enteramente rudo. Yo ni en el escribir ni en el hablar admito esta excusa de la necesidad. Nada es necesario, y aunque lo fuese, no deberia confesarse. El mismo Antipatro, que se disculpa con Lelio, á quien escribe, y le pide perdon, usa con frecuencia de traslaciones, y no por eso acaba mejor sus cláusulas.

Entre los oradores asiáticos, tan supersticiosos del número, hallarás ciertas repeticiones, sólo para llenar los períodos. Otros, como Hegésias, cayeron en el vicio del estilo cortado y rastrero, muy semejante al de los Sículos. Hay otro tercer estilo en que sobresalieron los dos hermanos Hierocles y Menecles, príncipes de los retóricos asiáticos, y á mi juicio nada despreciables. Es verdad que se apartan del severo modo de decir de los áticos; pero compensan este defecto con la facilidad y abundancia, aunque carecen de variedad y cierran siempre sus frases del mismo modo.

El que quiera evitar estos defectos, y no trasponga con artificio demasiado evidente las palabras, ni se empeñe en rellenar todos los huecos, ni buscando pueriles armonías

mutile y enerve las sentencias, ni use siempre del mismo *ritmo*, éste habrá llegado al colmo de la perfeccion. No es preciso decir las excelencias del estilo: basta con enumerar los vicios contrarios.

¡Cuánto vale y significa la armonía! Puede conocerse con sólo deshacerla, variando algunas palabras. Tomemos por ejemplo un trozo mio en la segunda Corneliana: *Neque me divitiae movent, quibus omnes Africanos et Laelios multi venalitii mercatoresque superarunt.* Si decimos: *Multi superarunt mercatores venalitiique*, toda la armonía desaparece. *Neque vestis aut coelatum aurum et argentum, quo nostros veteres Marcellos, Maximosque multi eunuchi e Syria Ægiptoque vicerunt.* No puedes decir: *Vicerunt eunuchi e Syria Ægiptoque.* A continuacion digo: *Neque vero ornamenta ista villarum, quibus L. Paulum et L. Mummium, qui rebus his urbem Italiamque omnem referserunt, ab aliquo video perfacile Deliaco aut Syro potuisse superari.* No se puede decir: *potuisse superari ab aliquo Syro aut Deliaco.* ¿Ves cómo en alterando un poco el órden de las palabras, aunque sean las mismas y no varíe el pensamiento, desaparece toda armonía? De la misma suerte, tomando una frase desaliñada de cualquiera, y mudando un poco el órden de las palabras, resulta elegante y numerosa. Por ejemplo, esta frase de Graco ante los Censores: *Abesse non potest, quin ejusdem hominis sit probos improbare, qui improbos probet.* ¡Cuánto mejor hubiera dicho: «*qui improbos probet, probos improbare!*» ¿Quién no deseará hablar siempre de este modo? Y los que no lo hacen es porque no pueden, y creen disimular su impotencia con llamarse áticos. ¡Cómo si no lo hubiera sido Demóstenes, que siempre fulmina rítmicamente sus centellas!

Y si á alguno le agrada el estilo suelto y cortado, cultívele en hora buena, con tal que al deshacer el escudo de Fidias y destruir la colocacion de sus partes, no altere ni eche á perder la hermosura de cada una. Así en Tucídides

busco en vano el ritmo, pero ninguno de los demas ornatos del discurso faltan. Mas el desatar un discurso pobre y ruin, en que no hay palabra ni sentencia digna de memoria, no es deshacer el escudo, sino *scopas dissolvere*, como dice el proverbio, aunque parezca humilde. Y para despreciar con fundamento el estilo que yo alabo, necesario es que ántes hayan escrito algo en estilo de Isócrates ó de Esquines y Demóstenes: sólo así conoceré que, no por desesperacion de alcanzarlo sino por buen juicio, han renunciado á él.

Diré en dos palabras lo que pienso. El hablar con mucho aparato, pero sin ideas, es locura: el hablar sentenciosamente sin órden ni concierto en las palabras, puerilidad, pero en la que suelen incurrir no sólo los necios, sino muchos varones prudentes. Mas el orador que busca no sólo aprobacion, sino admiracion y aplauso, debe sobresalir en todo, y avergonzarse de que otro le aventaje en nada y sea oido con más gusto que él.

Esto es, Bruto, mi juicio acerca del orador: si te parece bien, síguele: si no, aténte al tuyo. No me empeñaré en persuadirte, ni afirmaré tampoco que lo que en este libro sostengo sea más verdad que lo que tú digas. No sólo á tí, sino á mí mismo, en otras circunstancias, más adelante, me parecerán las cosas de distinto modo. Y no sólo en esta materia, que depende del aplauso del vulgo y del placer de los oidos, pésimos fundamentos para el juicio, sino en cuestiones mucho más graves, no he encontrado todavía ningun principio fijo á qué atenerme, ni por dónde dirigir mi juicio más allá de lo verosímil, ya que la verdad está oculta. Si no te parece bien lo que he escrito, piensa que he emprendido una obra superior á mis fuerzas, ó que deseando complacerte, he preferido á la vergüenza de negarme la osadía de escribir.

ÍNDICE.

	Págs.
Diálogos del orador.	5
Libro primero	7
Libro segundo	73
Libro tercero	171
Bruto, ó de los ilustres oradores	233
El orador.—Á Marco Bruto	323